

RAFAEL MITJANA



En el

Magreb-el-Aksa

VIAJE Á MARRUECOS

CUATRO REALES

ANULADO

F. SEMPERE Y COMP.^a EDITORES

Calle del Palomar, 10.—VALENCIA

SUCURSALES: { *Salas, 4.—MADRID*
{ *Carmen, 3. 1.º—BARCELONA*

Una peseta el tomo

- Alexis. Bonafoux, Blasco Ibáñez.*—Emilio Zola (su vida y sus obras).
Alexis (Paul).—Las chicas del amigo Lefèvre.
A. Hamon.—Determinismo y responsabilidad.
A. Hamon.—Psicología del Militar profesional.
Angel Guerra.—Literatos extranjeros.
Bakounine.—Dios y el Estado.
Bakounine.—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.
Barón d' Holbach.—Moisés, Jesús y Mahoma.
Bjærnstjerne Bjørnson.—El Rey.
Blasco Ibáñez.—Arroz y turtana.
Blasco Ibáñez.—Flor de Mayo.
Blasco Ibáñez.—Cuentos valencianos.
Blasco Ibáñez.—La condenada.
Büchner.—Fuerza y materia.
Büchner.—Luz y vida.
Bueno (Manuel).—A ras de tierra.
*Comandante ***.*—Así hablaba Zorrapastro.
Conde Fabraquer.—La expulsión de los jesuitas.
Chamfort.—Cuadros históricos de la Revolución Francesa.
D'Annunzio.—Episcopo y Compañía.
Darwin.—El origen del hombre.
Darwin.—Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.
Darwin.—Origen de las especies. 3 t.
Darwin.—La expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 tomos.
Daudet.—Cuentos amorosos y patrióticos.
De la Torre (José María).—Cuentos del Júcar.
Draper.—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 tomos.
Fauré.—El dolor universal. 2 tomos.
Flaubert.—Por los campos y las playas.
France (Anatolio).—La cortesana de Alejandría (Tais).
Garchine.—La guerra.
Gautier (Judith).—Las crueldades del amor.
Gautier (Teófilo).—Un viaje por España.
Goncourt (Edmundo de).—La ramera Elisa.
Gorki.—Los ex-hombres.
Grave (Juan).—La sociedad futura. 2 t.
Grave (Juan).—La sociedad moribunda y la Anarquía.
Guy de Maupassant.—El Horla.
Guy de Maupassant.—La mancebía.
George (Enrique).—Progreso y miseria.
George (Enrique).—Problemas sociales.
Haggard.—El hijo de los boers.
Haeckel.—Los enigmas del Universo 2 tomos.
Hugo (Victor).—El sueño del Papa.
Ibsen.—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.
Ibsen.—Emperador y Galileo.—Juliano Emperador. 2 tomos.
Ibsen.—Los espectros.—Hedda Gabler.
Inchofer (Jesuita).—La monarquía jesuita.
Ingenieros.—La simulación en la lucha por la vida.
Kropotkine.—La conquista del pan.
Kropotkine.—Palabras de un rebelde.
Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.
Kropotkine.—Las prisiones.
Laugel.—Los problemas de la Naturaleza.
Laugel.—Los problemas del alma.
Laugel.—Los problemas de la vida.
López Ballesteros.—Junto a las máquinas.
Lubbock.—La dicha de la vida.
Materlinck.—El tesoro de los humildes.
Malato.—Filosofía del anarquismo.
Marx (Carlos).—El capital.
Max Nordau.—El mal del siglo. 2 t.
Max Nordau.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.
Max Nordau.—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.
Max Nordau.—La comedia del sentimiento.
Max Stirner.—El Único y su propiedad. 2 tomos.
Merimée.—Los hugonotes.
Merimée.—Cosas de España



EN EL MAGREB-EL-AKSA

DEL MISMO AUTOR

Discantes y contrapuntos.—*Una peseta.*

RAFAEL MITJANA

EN EL MAGREB-EL-AKSA

Viaje de la Embajada Española á la Corte del Sultán
de Marruecos, en el año 1900



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10.—VALENCIA

SUCURSALES: { *Salas, 4.—MADRID*
 { *Carmen, 3, 1.º—BARCELONA*



R.73305

AL EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL

Don José López Domínguez

Mi muy respetado amigo: Sería una verdadera ingratitud en mí, no inscribir su nombre preclaro al frente de este modesto trabajo. Gracias á usted, logré realizar mi deseo de conocer el Imperio de Marruecos, uno de los objetos preferente de mis predilecciones; sin contar que siempre me alentó usted en el camino, amparando y protegiendo mis estudios.

Sin duda, el recuerdo de haber hecho sus primeras armas en aquella memorable guerra de Africa, tan gloriosa como poco fértil en consecuencias, gracias á la incuria y al abandono tradicionales en nuestra patria, le movió á acoger con marcada bondad mis desaliñadas notas de viaje, que hoy, reunidas en volumen, tengo el alto honor de ofrecerle como prueba de sincera gratitud y cordial adhesión.

Dulce y agradable es siempre cumplimentar una obligación y satisfacer una deuda, sobre todo si esta última es de afecto y cariño, pero en el caso presente me quedará siempre el resquemor de lo poco que valen mis esfuerzos puestos en parangón con la afectuosa benevolencia que siempre dispensó á este su incondicional amigo y seguro servidor

Q. L. B. L. M.,

Rafael Mitjana.

Diciembre de 1905.

INTRODUCCIÓN

Durante el tiempo que desempeñé las funciones de Secretario de la Legación de España en Tánger, acaricié la idea de acompañar alguna Misión extraordinaria que visitase el interior de la Mauritania y la corte suntuosa y fantástica de los Emperadores de Marruecos, Sultanes de Fez, Tarudant y Tafílete. Comprendía la conveniencia de que nuestra patria realizara un acto que acrecentase nuestro prestigio cerca de la nación vecina; y ya que los recientes desastres habían demorado indefinidamente su ejecución, esperaba que, una vez terminados tan desgraciados asuntos, se verificaría el proyectado viaje. En efecto, todo se hallaba dispuesto; los regalos que los monarcas españoles ofrecerían, según antigua costumbre, al descendiente del Profeta, se encontraban depositados en la Legación de España en Tánger, el personal se hallaba nombrado, y sólo faltaba la orden de partir.

Las medidas económicas dictadas en 1899 por el Gobierno, á fin de remediar la difícil situación creada por la pérdida de nuestras colonias, modificaron las plantillas del Cuerpo diplomático, y el puesto de tercer Secretario en la Legación de Tánger fué suprimido. No he de discutir la justicia de dicha medida, que se redujo á disminuir algunas plazas de categoría secundaria, y escasamente remuneradas, respetando en absoluto los capítulos más gravosos é inútiles del presupuesto de Estado. Lo cierto es que quedé en situación de excedente, perjudicándome bastante, y que ya que no fui de los afortunados elegidos que pudieron evitar el rigor de semejante dis-

posición, sólo me queda la satisfacción de haber sido sacrificado en beneficio del Erario público.

Dejé á Tánger con gran sentimiento. Aquel país me encantaba, interesándome sobremanera, y hubiera deseado poderlo estudiar por completo; desgraciadamente, razones que á nadie sino á mí mismo importan, me obligaron á regresar á España. No obstante, me prometía volver á Marruecos en cuanto me fuera posible; así que apenas recibí una cariñosa y galante invitación de mi antiguo jefe el señor don Emilio de Ojeda, Ministro de España cerca del Gobierno marroquí, para que pasase en su compañía una temporada, me apresuré á ponerme en camino.

Al poco tiempo de llegar supe que la proyectada Embajada iba á ser un hecho, y que todo se disponía para su realización en la próxima primavera. Naturalmente, mi antiguo deseo de visitar el interior de Marruecos se acrecentó, y convenientemente autorizado por mi amigo y jefe, me decidí á aprovechar la ocasión que se me presentaba, y emprendí las gestiones necesarias para obtener mi nombramiento, ofreciéndome á acompañar la misión sin sueldo ni gratificación de ninguna clase. El Ministro de Estado, atendiendo á las indicaciones del señor de Ojeda, y teniendo en cuenta que había sido el último tercer Secretario de aquella Cancillería, accedió á mi petición, y se dignó extender mi nombramiento para formar parte del personal de la Embajada.

Recibí la noticia con inmensa alegría, pues no sólo iba á realizar uno de los mayores deseos de mi vida, sino que tenía la certeza de que la misión que debía acompañar, sería en extremo interesante. En efecto, esta Embajada era la primera que visitaría la corte del Sultán, después de los grandes reveses sufridos, y á ella estaba encomendado aumentar nuestro prestigio y fomentar nuestras relaciones con el Imperio marroquí. Durante el siglo XIX, cuatro veces con esta han enviado los monarcas españoles sus representantes á visitar los Emperadores magrebinos en la ciudad de Marruecos ó Marrakesh, como la denominan los árabes, una de las tres capitales

del imperio de Al-Magreb. Fué la primera de estas visitas, aquella que en 1863 realizó el difunto Conde de Benomar, á raíz de la gloriosa guerra de África; siguiéronle, en 1883, la del señor Diosdado, y, diez años después, la del Capitán General Martínez Campos, que puso término á los famosos sucesos de Melilla.

La cuarta Embajada, de la que formo parte, tiene por objeto principal presentar las cartas credenciales del Ministro Plenipotenciario señor Ojeda al nuevo Sultán Muley Abdul-Azis, y al mismo tiempo recabar el cumplimiento de algunas cláusulas del tratado de Wad-Ras de 1860 y del Convenio de Marrakesh de 1893, aún pendientes de ejecución; así como otras diversas reclamaciones de súbditos y protegidos españoles, que se negociaban á la sazón. Según declaración del señor Ministro de Estado (don Francisco Silvela) en el Congreso de Diputados, uno de los asuntos principales que deberían ventilarse, sería la reclamación de los territorios para establecer pesquerías, concedidos á España por el art. 8.º del ya citado Tratado de Wad-Ras, en las cercanías de Santa Cruz de Mar Pequeña, reclamación que nunca había sido atendida, por más que se hubiera formulado repetidas veces. Sabidas son las sutilezas y argucias empleadas por la diplomacia marroquí para esquivar el cumplimiento de lo pactado, por cuya causa suponía, que, dada la habilidad reconocida del señor Ojeda, su gran experiencia y su no común pericia, las negociaciones deberían resultar en extremo interesantes. Únase á esto la curiosidad de un viaje tan extraño como original y poco frecuente, y se comprenderá fácilmente lo satisfecho que me hallaría de formar parte de la expedición, cuyo personal era el siguiente:

El Exmo. Sr. D. Emilio de Ojeda, Ministro Plenipotenciario de España en Tánger, á quien acompañan su señora, hija é hijo D. Jaime, Agregado diplomático.

El Ilmo. Padre Fray Pascual Cervera, Prefecto apostólico de Marruecos y Prior de la Misión Franciscana de Tánger, con su Secretario Fray Domingo García, lego de la misma orden.

El teniente coronel de Estado Mayor D. Eduardo Alvarez Ardanoy, jefe de la misión topográfica española en Marruecos, y los señores D. Francisco Javier Ayensa, capitán, y D. Manuel Benítez, teniente del Cuerpo de Artillería, comisionados para entregar al Sultán las armas, construídas en las fábricas nacionales de Toledo y Oviedo, que le regala el Soberano español.

D. Alfonso Cerdeyra, Médico de Marina, Agregado á la expedición.

El primer intérprete D. Manuel Saavedra y el joven de lenguas D. Reginaldo Ruíz; sin contar el que estas páginas escribe, Secretario de Embajada.

Hay que añadir á la lista un maestro y un tirador de la fábrica de armas de Oviedo, que deberán practicar las pruebas de las carabinas y fusiles Maüsser, modelo español, ante Su Majestad Sheriffiana, y los numerosos servidores necesarios para desempeñar las funciones que exige la vida civilizada durante un viaje tan largo como pesado.

Desde que supe que debía formar parte de la Embajada, pensé tomar apuntes y notas del viaje, y así lo hice, lisa y llanamente, sin pretender escribir ni una descripción del Imperio marroquí, ni una guía del viajero, ni un estudio político y sociológico, sino un simple diario en que he ido anotando, *cálamo corriente*, mis impresiones y el resultado de mis estudios en un país tan extraño como desconocido, tan interesante como curioso, en el extremo Occidente de los orientales, en el *Magreb-el-Aksa* de las mil y una noches.

EN EL MAGREB-EL-AKSA

CAPÍTULO PRIMERO

De Tánger á Mazagán

Campamento de Mazagán, 15 y 16 de Abril de 1900.

Las campanas de la iglesia de la misión franciscana tocaban á gloria. Era el Sábado Santo, 14 de Abril del año de gracia de 1900, y en semejante día, una vez vencidos los obstáculos que la inclemencia del tiempo había suscitado, y pasadas las grandes solemnidades religiosas de la semana mayor, debíamos embarcar á bordo del hermoso buque de guerra *Carlos V*, para emprender nuestra expedición y visitar en nombre de España al Emperador de Marruecos. El poderoso crucero nos aguardaba hacía ya varios días en la bahía de Tánger; casi durante una semana vimos ondear en sus cofas el Pabellón Nacional, y aunque todos deseábamos comenzar el viaje cuanto antes, el mal tiempo reinante, que hacía sumamente peligrosa la navegación por la temible costa occidental de Marruecos, así como las fiestas católicas, nos habian detenido. Grandes fueron, pues, nuestra sorpresa y alegría, cuando al levantarnos el Sábado de Gloria pudimos apreciar que reinaba un fuerte viento de Levante que, si bien dificultaría nuestro embarque, apenas hubiéramos doblado el Cabo Espartel y salido del estrecho de Gibraltar, nos aseguraba una excelente travesía. Dispúsose al momento nuestra marcha, y como la mayor parte de la impedimenta se hallaba ya á bordo, no hubo más que dividir en grupos el numeroso personal de la Embajada y la servidumbre, lo mismo mora que cristiana, que debía acompañarnos, para que fueran embarcando paulatinamente.

Según costumbre establecida, todo el personal diplomático residente en Tánger bajó al muelle á despedir al Enviado de España. Yo, soñando con el momento de zarpar, por mi tan deseado, me había embarcado un poco antes y desde la cubierta del *Carlos V*, armado de unos buenos catalejos, presenciaba la cordial despedida que nuestros colegas Representantes de las distintas Potencias de Europa, acreditados cerca de S. M. Sheriffiana, la colonia española y las autoridades marroquíes, dispensaban al Representante de España. Una lancha ostentando la bandera nacional se separó del muelle, y comenzaron los saludos de ordenanza. El fuerte de Tánger disparó sus cañones, siendo contestado por los disparos del *Carlos V* y del cañonero *Pinzón*, anclado entonces en la bahía. El momento era solemne y en verdad grandioso; en él comenzaba su viaje de alta significación política, que á raíz de nuestras recientes desgracias, podía ser fecundo en resultados beneficiosos, señalando una nueva orientación á nuestras aspiraciones.

A la una en punto zarpaba el *Carlos V* de la bahía de Tánger. La gentil ciudad, que tan pintoresco aspecto presenta desde el mar, fué alejándose poco á poco. Desde la cubierta presenciábamos el espléndido espectáculo. Aquellas casas blancas como la nieve, rodeadas de un círculo de suaves montañas, cobijadas por un cielo purísimo, encerradas en un paisaje radiante de luz y de alegría; extendidas sobre pintorescas colinas que se deslizan hasta el mar, como pretendiendo sus caricias, y sobre las cuales se alzan algunas esbeltas palmeras, y las gallardas torres de las Mezquitas cubiertas de mosaicos verdes, y, dominándolo todo, la silueta de la *Kasbah*, rodeada de sus murallas almenadas, forman un conjunto que encanta y fascina. Es la impresión soñada de Oriente. Es la realización de algo que conocíamos y deseábamos de antemano por habérnoslo imaginado en esos momentos de entusiasmo en que dando rienda suelta á nuestra fantasía, lo dejamos correr y vagar á su antojo. El buque parece acercarse por un momento á la costa española, y con una sola mirada abrazamos la extensa zona que se extiende desde Gibraltar hasta el cabo de Trafalgar, que allá muy lejos se esconde entre las brumas. Pronto cambiamos de rumbo, y nos dirigimos francamente hacia el Sudoeste. El tiempo es hermosísimo, y desde la cubierta del poderoso acorazado vemos desaparecer lentamente la colina del Marshan con sus lindos hotelitos europeos, el monte con sus huertas de vegetación espléndida, y por último, el faro del Cabo Espartel, erguido sobre el Atlántico y desafiando la inmensidad.

Marchamos hacia lo desconocido, volvemos la espalda á la vieja Europa, y vamos en busca de civilizaciones extrañas, de mundos casi ignorados. ¡*Marrakesh!* Mi fantasía, excitada por esta palabra, empieza á soñar. Dicho nombre despierta en mí vagos recuerdos de poesía romántica, y los patios de la Alhambra y los jardines del Generalife, los gallardos héroes musulimes y las huries del profeta, los misterios del harén y las luchas de los guerreros, las venganzas terribles y misteriosas, los dramas sangrientos, los artificios políticos, las sutilezas del ingenio, en una palabra, todas las memorias de la historia y de la leyenda se agolpan confusamente á mi memoria, prometiéndome un sin fin de emociones nuevas y extraordinarias.

La costa, de la que nos hemos alejado mucho, una vez pasado el Cabo Espartel, se muestra abrupta, salvaje y deshabitada. El continente misterioso justifica su nombradía. No deja vislumbrar nada de lo que encierra. A la caída de la tarde, ya bien adelantado el crepúsculo, pudimos divisar un momento las luces de Larache, *huerto de los placeres* de los árabes, el *jardín de las Hespérides* de los antiguos, pero la visión lejana y confusa se pierde entre las sombras de la noche. Pronto la luna llena lo inunda todo de su luz clarísima, el mar está tranquilo, y el barco, caminando rápidamente, se desliza por el Atlántico dejando tras él una estela de plata. Gozamos de una noche deliciosa, y todos nos atardamos sobre cubierta con la imaginación llena de ilusiones y de proyectos, el corazón henchido de esperanza, y soñando con que un viaje comenzado bajo tan buenos auspicios, termine favorablemente por todos conceptos.

Al levantarnos la mañana siguiente, nos encontramos frente á Mazagán, la antigua posesión portuguesa de *Castello Reale*, fundada en 1506, durante el reinado del glorioso don Manuel, desde donde debíamos emprender la marcha hacia el interior. Como sucede en toda la costa Oeste de Marruecos, la rada de Mazagán no ofrece ningún amparo para los buques, y sí grandes dificultades para el desembarco. Por el primer motivo, el *Carlos V* hubo de permanecer alejado á respetable distancia de la tierra, y el segundo, nos obligó á esperar la hora de la *pleamar* para que nos fuera posible abordar sin dificultad al muelle de la primitiva fortaleza lusitana. Desde el buque velamos perfectamente el campamento enviado por el Sultán para servirnos de hospedería durante las jornadas del viaje. Se levantaba en una playa vecina á la ciudad, junto al Santuario de Sidi Musa-Ben-Hamara, y presentaba un aspecto en extremo pintoresco.

Sobre mediodía comenzaron las lanchas y barcazas á transportar al muelle la formidable impedimenta que nos acompañaba, y cerca de las dos de la tarde arribaban al desembarcadero las canoas que nos conducían. Esperaban á la Embajada las autoridades marroquíes, el *Basha* (Gobernador) de Mazagán; el *Kaid-er-Rhá*, jefe de la escolta que debía acompañarnos; el *Amin* (Delegado de Hacienda); el Cónsul de España, señor Cabanilles, los notables de la numerosa colonia española y el pueblo en masa, que había acudido á presenciar nuestra llegada, que resultó en extremo interesante. La visión fantástica comenzaba y su primer cuadro era ya una maravilla de luz, de animación y colorido. A las salvas del *Carlos V*, respondían los cañones del fuerte de Mazagán con los disparos prescritos en las ordenanzas, mientras que el enviado de España, rodeado de su acompañamiento, ingresaba en la ciudad, por medio de las tropas imperiales, que presentaban armas, y de una muchedumbre que saludaba con entusiasmo frenético. Los soldados del Sultán, vestidos de rojo y armados con fusiles de todos tiempos y sistemas, maniobraban con sin igual descuido y dejadez, se movían con falta de precisión y ritmo, y presentaban un aspecto de marcado aburrimiento. A decir verdad, me recordaban cierta escena grotesca de una popular zarzuela bufa muy celebrada en tiempos de Arderius. Indudablemente, la disciplina no se ha hecho para los soldados sheriffianos, acostumbrados á vagar en libertad por el Imperio, y á batirse á su antojo y capricho sin esperar órdenes de nadie.

La comitiva llegó á la casa ocupada por el Consulado de España, y en tanto el Ministro recibía á los numerosos españoles residentes en Mazagán que ansiaban saludarle, yo me dirigía á visitar la ciudad, que, á decir verdad, bien poco tiene de morisca, habiendo sido fundada á principios del siglo XVI por el Almirante don Manuel Jorge de Mello, noble magnate portugués, á once kilómetros al Oeste de *Azimur*, y en el lugar de la torre de *xelj Alboreja*, á la sazón abandonada. En poco tiempo, los portugueses crearon en aquel lugar una plaza fuerte inexpugnable para la época, construyendo al efecto un soberbio cuadrilátero de murallas almenadas, en cada uno de cuyos ángulos se levantaba una fuerte torre, y al que rodeaba un foso que fácilmente podían inundar las aguas del mar, convirtiendo la fortaleza en una especie de islote. Todas estas obras se mantienen hoy día en bastante buen estado de conservación, distinguiéndose en el fuerte central, al Este, la vieja torre de Alboreja, y en los otros puntos cardinales, las llamadas *Cadea*, *Segonha* y *Rebate*. Esta última

domina las campiñas colindantes en una extensión de veinticinco kilómetros, y servía de atalaya, desde la cual, un vigía señalaba los movimientos de los árabes que pretendieran atacar la ciudad por tierra. Fué el primer Gobernador de la plaza fuerte, el propio hijo de su fundador, don Martín Alfonso de Mello, á quien el Rey dió también el mando de cien infantes y de veinticinco jinetes.

No he de extenderme en relatar la historia por demás curiosa de Mazagan, que el estudioso podrá hallar fácilmente en numerosos y eruditos trabajos (1). Básteme decir que de allí partió en 1513 el infante Don Jaime de Braganza para conquistar á Azimur, y que al volver triunfante á Lisboa, habló con tanto entusiasmo al Rey don Manuel, de las grandes condiciones de la fortaleza, que el soberano envió inmediatamente á Juan del Castillo, con la comisión de edificar la ciudad, concediéndole al mismo efecto los obreros y materiales que hubiera de menester, cien piezas de artillería y hasta dos morteros, que se colocaron en los baluartes de *San Antonio* y del *Serrão*. Con todo esto Mazagán llegó á adquirir bastante importancia, tanto que el número de sus habitantes pasaba de cuatro mil y el régimen de la ciudad nada dejaba que desear. Representaba al Monarca portugués un Gobernador, á quien los Sultanes *Magrebinos* llamaban *Alcaide de Alboreja*. Desde los primeros tiempos se confió la educación literaria y religiosa á los frailes franciscanos, y la munificencia real costaba dos profesores encargados de las matemáticas y de la música, con el fin de completar la instrucción de los moradores de la nueva ciudad. La noticia concerniente á los profesores de música no deja de tener su interés, y sería curioso para aclarar la historia de la música portuguesa, tan íntimamente ligada á la historia de la música española, llegar á conocer los nombres de aquellos ignorados maestros que en los primeros años de la décimasexta centuria difundieron las enseñanzas del divino arte en aquel rincón lejano de la desconocida Africa.

Por aquellos tiempos imperaba en Marruecos el Sultán Muley Abdallah, hombre de gran energía, que celoso de la preponderancia que los portugueses adquirían en las costas de sus dominios, se propuso conquistar á Mazagán, la plaza más fuerte ocupada por el enemigo. Al efecto, preparó un formida-

(1) Véase entre ellos: Luis María de Conto de Alburquerque: *Memorias para á historia de praça de Mazagao*, Lisboa, 1864, y *Discurso da Jornada de Don Gonzalo Continho*, ambos libros contienen datos muy interesantes.

ble ejército, cuyo mando fué confiado á su hijo el Príncipe Muley Mohammed el Negro, uno de los tres reyes que perecieron en la famosa batalla de Alcázar Quebir, luchando al lado del desgraciado don Sebastián, contra su tío el Moluco. En los primeros meses de 1562 Mazagán sufrió un sitio que resistió valerosamente, consiguiendo la pequeña guarnición portuguesa que allí se hallaba que los audaces sitiadores se retirasen vencidos y maltrechos. Después del desastre de Alcázar Quebir, al ser proclamado Rey de Portugal nuestro monarca Felipe II, la ciudad marroquí pasó á ser del dominio de España. Creyendo el Sultán que las cosas habían cambiado y convencido de que Mazagán jamás sería suya por la fuerza de las armas, propuso al poderoso soberano español cangearla por la plaza de Larache. Las negociaciones emprendidas al efecto no dieron ningún resultado y el cambio no llegó á efectuarse.

Durante la dominación española, la ciudad africana sufrió un nuevo asalto de sus constantes perseguidores, y quizás hubiera caído en poder de los musulmanes si la esposa del Gobernador don Blas Téllez de Meneses, doña Catalina de Caro, verdadera heroína, comprendiendo la difícil situación en que se hallaba su marido, no hubiese mandado armar á las mujeres, y vestidas de soldados, repartirlas por las murallas para que acudieran en auxilio de los diezmados defensores. Tan inauditos esfuerzos, lograron su conveniente recompensa, y los moros se vieron precisados á levantar el sitio y á retirarse después de haber sufrido considerables pérdidas.

En 1663, reconoció España de nuevo la independencia de Portugal, volviendo Mazagán al poder de sus fundadores, que gozaron pacíficamente de su posesión durante más de un siglo. Pero al fin, al terminar el año de 1768 el Sultán Muley Mohammed, al frente de un ejército de cien mil hombres, puso cerco á la ciudad. Las escasas fuerzas que guarnecían la fortaleza, dirigidas por su Gobernador don Dionisio Gregorio de Mello y Castro, se defendieron con denuedo, esperando un pronto y eficaz auxilio. Más el Gobierno portugués pensaba de otro modo. El Rey Don José I, aconsejado por su famoso Ministro el Marqués de Pombal, ordenó que se embarcasen todos los moradores de la plaza y que se entregase Mazagán, lo que se ejecutó en Mayo de 1769, terminando con la rendición de esta fortaleza el poderío portugués en el imperio de Marruecos.

Los desgraciados habitantes de Mazagán antes de retirarse destruyeron las iglesias que en la ciudad había, que, según cuentan los historiadores, eran numerosas; quemaron sus bienes muebles y minaron los baluartes de la fortaleza. Al

llegar á Lisboa, los pobres emigrantes á la fuerza, fueron muy mal acogidos por el Gobierno, y tan maltratados, que muchos perecieron en los almacenes del convento de los Jerónimos de Belén, donde fueron alojados, y los pocos que sobrellevaron tan duras pruebas acabaron por emigrar al Brasil, donde fundaron una colonia que llamaron *Villa Nova de Mazagao*, en recuerdo de la ciudad que perdieron.

Muley Mohammed, al entrar en la plaza conquistada, no halló, excepción hecha de la fortaleza y de las murallas, nada más que un montón de ruinas, por lo que mandó que fuese de nuevo reedificada. A esta causa debe Mazagán el nombre de *Gedida*—la nueva—con que designan los árabes hoy día, á la antigua ciudad portuguesa.

Recordaba todos estos episodios mientras recorría las viejas y venerables murallas, testigos de tanta proeza. Aún se conservan con bastante solidez, y son, sin género alguno de duda, las mejores y más fuertes obras que existen en el Imperio. En ellas tienen los árabes no pocos cañones, entre los que se encuentran todavía algunas culebrinas que ostentan las armas lusitanas. Pueden verse también, al transitar por las calles de la ciudad, ciertos restos de edificios que se remontan á los primitivos fundadores, como algunas fachadas de iglesias y capillas. En uno de los baluartes que dan al mar se levanta una curiosa construcción, especie de pequeño palacio, al que vulgarmente llaman la *Inquisición*, sin que se pueda comprender el origen ó fundamento de semejante aserto, puesto que ninguno de los autores que tan minuciosamente han escrito acerca de Mazagán, y ya he dicho que son numerosos, suministra el menor indicio que pueda hacer creer que dicho palacete perteneciera nunca al Santo Oficio; más verosímil me parece, que semejante edificio, de forma elegante y sencilla, y con sus pretensiones arquitectónicas, sirviera de residencia al Gobernador de la Plaza ó al Alcaide de la fortaleza.

En la actualidad, Mazagán tiene, próximamente, unos cuatro mil habitantes, en su mayor parte españoles; este número sin contar los árabes que viven en los *aduares* inmediatos. Su clima es apacible y templado, y bajo el punto de vista comercial, es uno de los puntos más importantes de la costa. Si el Sultán permitiese la exportación de ciertos productos, y más especialmente de granos, adquiriría aún mayor incremento, pues sería la salida natural de las inmensas riquezas agrícolas de la fertilísima llanura que forma la rica provincia de *Dukala*, célebre por sus caballos, y á ella colindante. Gracias á la munificencia del Gobierno español, existe en Mazagán una

preciosa iglesia católica, de reciente construcción, confiada á la guarda de los misioneros franciscanos.

Mucho había oído hablar de la grandiosa cisterna que los portugueses construyeron para abastecer de agua á su famosa plaza fuerte. Según se cuenta, esta construcción, que ocupa el espacio comprendido entre las cuatro torres centrales de la fortaleza, consta de seis arcos de cuatro metros de anchura en cada uno de sus cuatro lados, pudiéndose pasear dentro de ella, embarcado, como por un amplio estanque. No pude comprobar la veracidad y exactitud de la descripción, pues lo único que hoy puede verse de la cisterna en cuestión es el brocal, que se encuentra cuidadosamente obstruido. Lo mismo ocurre con la escalera que conducía al interior. La incuria de los cristianos, que de esto no podemos culpar á los moros, ha permitido que aquéllo, que había de ser de suma utilidad para la población, en un país donde tan precioso elemento de vida como el agua escasea tanto, por no llover en casi toda una mitad del año, se haya convertido en un sumidero de inmunidias, que es un poderoso foco de infección, verdaderamente temible en caso de epidemia.

El aspecto general de la ciudad es poco interesante. Siendo de origen europeo y de reciente construcción, tiene escaso carácter oriental. Las casas están edificadas conforme á nuestros usos y costumbres, con ventanas y balcones; las calles son regulares, y tan sólo en el *soko* ó mercado y en los *duares* de los alrededores se encuentra algún color local. En el *soko*, situado fuera del recinto amurallado, nos detenemos largo rato para contemplar el animado cuadro que presenta. La hora de las transacciones comerciales ha pasado, y los indígenas allí congregados forman corros, escuchando á los poetas ambulantes narrarles historias maravillosas ó admirando los trabajos de los volatineros. En el centro de uno de aquellos grupos, dos muchachotes altos, esbeltos, musculosos, de tez cobriza, se entregan á la esgrima de palo, y es de ver la agilidad con que se mueven, describiendo círculos y eses, irguiéndose y agachándose, dando quiebros con sin igual soltura, estirándose, encogiéndose, acurrucándose, rebulléndose, en fin, agitándose en todas direcciones, ya en el suelo, ya en el aire, y atizándose, en medio de aquella prolijidad de gestos, fuertes palos, que provocaban la alegría de la concurrencia. Más bien que seres humanos parecían dos jiniños: tal era la flexibilidad de sus cuerpos y la viveza de sus movimientos.

Una hora basta y sobra para visitar todo Mazagán; así que, cuando regresé al Consulado de España, me encontré con que aún no había terminado la recepción de la colonia española,

que como ya he dicho y sucede en todas las ciudades del Imperio del Magreb, es la más numerosa de las extranjeras que allí residen, habiendo conseguido con esto que en casi todo Marruecos se hable el castellano, y que sean muchos los árabes, moros y hebreos, que conozcan algunas palabras, por lo menos, del idioma de Cervantes. Una vez que descansé, incorporado á mis demás compañeros, me dirigí al Campamento enviado por el Sultán, y en el que debemos habitar los días que dure nuestro viaje hacia la capital. Ha sido levantado en la playa, como á una milla de distancia de la ciudad, y lo componen ocho tiendas de forma circular ó elíptica, de lona blanca, ornamentada con diseños azules.

Nuestras nuevas habitaciones son anchas, espaciosas y cómodas en lo posible. A ellas añadimos tres tiendas de las enviadas por el Gobierno español, destinadas á residencia de las damas, á comedor y á cocina. El campamento queda constituido definitivamente, formando un cuadrilátero, tres de cuyos lados ocupan las tiendas. En el fondo, el comedor, y á cierta distancia, tras él, la cocina; después, en las líneas paralelas, cuatro tiendas á cada lado, quedando la cuarta línea desocupada. El mismo orden se seguirá durante todas las jornadas. La tienda destinada al jefe de la expedición ostenta en su remate una bola de cobre, señal de mando; su interior está forrado de paño rojo, y ante ella se levanta un mástil, en el que tremola la bandera roja y gualda.

Mientras se organiza todo esto, y cada uno toma posesión del domicilio que le ha sido designado, pasan largas horas. La instalación es difícil y pesada, pues hay que desembalar innumerables chirimbolos para amueblar las residencias y tener una cama en que dormir y reposar. Atender á semejante número de personas es tarea por demás difícil y complicada; pero con buena voluntad se vencen todas las dificultades, y, aunque ya bien entrada la noche, al fin nos reunimos para comer, y poco después cada cual se retira á su tienda. Todos hemos ganado el derecho de descansar. La *Hostería del aire libre*, el *Hotel de la luna*, nombres que damos al campamento, ha quedado establecido y funciona á las mil maravillas. En el día de mañana acabaremos de arreglarlo todo, para que inmediatamente podamos comenzar el viaje.

La noche se pasa admirablemente, y por más que las camas de campaña resultan un tanto duras y estrechas, no nos percatamos de ello, y nos despertamos alegres y dispuestos á todo. Aunque los alrededores de Mazagán ofrecen excursiones interesantes, como *Azimur*, ciudad árabe sumamente pintoresca, construída en la desembocadura del río Morbea, y ro-

deada de jardines que la embellecen sobremanera, y las ruinas de *Tit*, *Tait* ó *Tayel*, antiquísima colonia romana, cuya fundación se atribuye á Tito el emperador, no faltando quien pretenda que fuera el cartaginés Hannon, son tantos y tan variados los detalles que tenemos que ultimar, que resulta punto menos que imposible alejarse del campamento.

Vecino al nuestro, se levanta el que ocupan las tropas enviadas por el Sultán para escoltarnos durante el viaje. Manda dichas fuerzas un *Kaid er Rha*, grado análogo al nuestro de coronel, hombre en extremo simpático y agradable. Un poco más allá se encuentra acampada la numerosa servidumbre, compuesta de mozos de caballos y mulas, camelleros, encargados de las tiendas y demás. Había en todo unos ochenta ó cien hombres. Aumentan la animación del espectáculo veinticinco ó treinta caballos, sesenta ó setenta mulas y otros tantos camellos, animales que han de transportar el personal de la Embajada, su servidumbre y la formidable impedimenta que componen nuestros equipajes y los regalos destinados á S. M. Sheriffiana, á la capital marroquí.

El día se pasa rápidamente probando los caballos que hemos de montar, animales que no se distinguen por su belleza y bizarria, distribuyendo en cargas proporcionales los infinitos bultos y cajones que nos acompañan é instalándonos lo mejor posible. Con tantas ocupaciones se viene la noche tranquilamente encima, y como la partida ha sido fijada para la madrugada próxima, todos ansiamos descansar y nos recogemos temprano.

CAPÍTULO II

Diario del viaje

Campamento de El Kel-Lali, 17 de Abril de 1900.

Por más que se había decidido salir de madrugada de Mazagán, y aunque á las cuatro se tocó diana y poco después todo el mundo se hallaba dispuesto, fué imposible emprender la marcha antes de las ocho de la mañana; tales dificultades surgieron y hubo que vencer para organizar el régimen de una caravana tan numerosa y heterogénea, seguida de una

impedimenta formidable, cerca de cien cajones de todos tamaños y dimensiones. Preciso es confesar que en los primeros momentos reinó una confusión soberana, aumentada por las continuas idas y venidas de los árabes de la escolta, que gritando desaforadamente y gesticulando con exceso, acudían á todas partes, sin llevar á cabo ninguna de las comisiones que se les encargaban. Inútil resultaba ordenarles terminantemente que cargasen esto ú aquello sobre los alhameles, no hacían caso ninguno; llegaban al lugar indicado, donde se hallaba dispuesto el cargamento, contemplaban breves momentos los bultos, hablaban entre sí discutiendo con gran calor, chillaban y gesticulaban como energúmenos, y cuando después de haber ejercitado luengamente la paciencia, esperaba uno que al fin y al cabo iba á ver realizado su objeto, los hijos de Mahoma se alejaban impasibles para repetir la misma escena algunos pasos más allá.

Sólo á fuerza de constancia y paciencia, se consiguió que todo entrase en caja. Poco á poco fueron batiendo tiendas, los camellos avanzaron con sus fuertes cargas—algunas de estas bestias pueden soportar un peso de seis quintales—y les siguieron las mulas que conducían los equipajes de mano. Causaban extraordinario efecto los aparatos que sostenían algunas cajas de gran tamaño y peso, como las dos que contenían el filtro destinado á purificar las aguas para nuestro uso, y un espléndido reloj de péndulo de más de dos metros de altura, regalo dedicado al Gran Visir, que se balanceaban solemnemente, sostenidas por dos fuertes maderos, cuyos extremos se hallaban suspendidos del lomo de sendos poderosos camellos.

Se había decidido que toda la impedimenta que no había de ser utilizada en el camino se enviase directamente á Marrakesh, y así se hizo saber al Kaid-er-Rha, jefe de la escolta. En tanto, habían acudido al campamento las autoridades de Mazagán, el Cónsul, señor Cabanilles, y su esposa, los notables de la colonia española, y algún curioso indiscreto que, armado de su correspondiente aparato fotográfico, intentó sacar varios grupos de los expedicionarios. Nuestro cocinero, que ya se había aprestado á marchar, montó en un soberbio caballo enjaezado á la morisca con gualdrapas verdes y encarnadas, y queriendo, sin duda, dejar fijada la estampa tan maja que presentaba en tan solemne instante, se dejó retratar tres ó cuatro veces. Pudimos observar que había abandonado la cocina en el preciso momento que se procedía á su embalaje, y como su presencia era allí indispensable, se le hizo volver á sus ocupaciones. Entretanto, uno de los mozos se apoderó del animal tan gallardamente enjaezado. Grave conflicto. El cocinero,

indignado al verse arrebatar el caballo en que pretendía lucirse, protestó con toda energía, y hubo necesidad de intervenir para zanjar la cuestión. Reintegrado en la posesión de la codiciada bestia, el cocinero, más ancho que largo, se alejó camino de Marrakesh, derramando majeza y bazarria. ¡La Magdalena lo guíe!

A las ocho en punto, conforme dije anteriormente, nos pusimos en marcha. Tocaron pífanos y tambores, sonó una corneta desentonada, el Kaid formó la escolta, y un mozo sucio y mal vestido, empuñando una lanza mohosa, de la que pendía un harapo rojo, desteñido y mugriento, que no era otra cosa sino la gloriosa y vencedora enseña de los Sultanes de Marruecos, se adelantó indicando el camino, ó por mejor decir, el rumbo que debíamos seguir á través de las campiñas, puesto que en camino propiamente dicho era inútil pensar. Siguiéronle los *Mejaznias*, guardias árabes á caballo, que llevaban como distintivo el *tarbús*, ó gorro cónico encarnado, y por armas un sable pendiente del tahalí, y la espingarda, envuelta en su funda, y terciada sobre la silla. Vino después el *Bashador*, rodeado de su numeroso séquito, en el que se mezclaban á más y mejor, moros y cristianos.

Pasamos primero junto á un campamento de *askaris* (infantería del Sultán), quienes nos tributaron los honores de ordenanza, y después tomamos decididamente el camino de la capital. Hasta dos leguas más allá de la ciudad, nos acompañaron el Cónsul de España en Mazagán, las autoridades marroquies, y muchos de los notables de la colonia. Se despidieron de nosotros en el caserío de *Dar-el-Abbás*, y desde aquel punto quedamos solos el personal de la Embajada y su correspondiente escolta. El aspecto de la caravana era por demás variado y pintoresco. Imaginense setenta ú ochenta jinetes, ya en caballos, ya en mulas; unos vestidos con los airosos trajes moriscos y envueltos en blancos albornoces ó en azules chilabas; otros con una indumentaria más ó menos caprichosa de *turistas* extravagantes. Cascos ingleses al lado de capuchas y turbantes, paveros y boinas, uniformes militares y harapientos jaiques, hábitos de religiosos franciscanos entre vestiduras moriscas, caballos aderezados á la antigua jineta y conforme al uso inglés; en fin, una confusión de trajes y matices imposible de describir, que formaba un cuadro maravilloso de luz y colorido.

¡Luz! Deslumbrante, cegadora, que reverbera en un cielo purísimo, en el que no se nota ni una sola nube, como amenazando dejar sin vista al que pretenda penetrar sus maravillosos secretos. ¡Sol! Espléndido, brillante, abrasador, desplo-

mando sus ardientes rayos sobre nuestras cabezas como para castigarlas por nuestra audacia al intentar penetrar en sus dominios. ¡Paisaje! Casi nulo. Ni un árbol, ni una mata, ni un accidente de terreno; campos de trigo peor ó mejor cultivados, hasta perderse de vista, y en lontananza algún *duar*, mancha gris y tétrica en el horizonte, y alguna *kubba* blanqueada, sombreada por una palmera solitaria y triste, que vela el último sueño de algún *morabito*. ¡Camino! Ni soñarlo. Un mal sendero trazado por el paso continuo del caminante, que describe curvas y diseños inexplicables. Algún caserío que blanquea á lo lejos, chozas oscuras y lóbregas, mucho silencio en la inmensa llanura, mucho sol y mucha luz en el horizonte, un cielo purísimo, y sólo la caravana circulando por el largo, interminable, sendero, desarrollando su enorme cola de impedimenta, y derramando á su paso la animación y la alegría por aquel paisaje inerte, si se me permite la palabra.

Un momento entrevemos en lontananza un pueblecito llamado *El Fhaz*, que, según nos dicen, fué rico en otro tiempo. Hoy es un montón de escombros, entre los que se ven algunas casuchas construidas á la morisca y una pequeña *Kubba*. Los edificios blanqueados por completo, sólo presentan ángulos rectos, y tienen sus tejados planos en forma de terraza, según la costumbre preestablecida. Dejando á un lado este único aspecto un tanto pintoresco del paisaje, proseguimos atravesando los infinitos sembrados de trigo por la misma interminable vereda. El terreno, á poco, comienza á ser ondulado, aunque las elevaciones son pequeñas.

El único incidente que viene á turbar la monotonía del viaje es el cambio de saludos del *Xeiz* ó Gobernador del distrito que recorremos, ceremonia que se repite innumerables veces durante el camino, y que se reduce al canje de saludos más ó menos afectuosos entre el representante de España y la primera autoridad de la comarca. Según parece, las demostraciones de simpatía hacia el enviado de la madre patria, son cordialísimas y por demás expresivas. No hay que fiarse mucho, los árabes observan siempre una conducta esmerada, y es casi imposible ganarles en zalamería y fineza.

Acampamos en un lugar que no presenta ninguna particularidad saliente, denominado *El-Kel-Lali*, por el nombre del Gobernador del distrito que en su vecindad habita. Es un llano inmenso, quemado por el sol, y sin más vegetación que algunas gramíneas agostadas, que suspiran por un poco de agua. Hace un calor insoportable que nos molesta en extremo,

y aunque la jornada sólo ha durado dos horas y cuarenta y cinco minutos, resultamos cansados.

Por la tarde hacen la *muna* ó regalo que ofrecen las kabilas en nombre del emperador á sus huéspedes. Consiste el obsequio en comestibles de diversas clases: carneros, gallinas, huevos, dátiles, té verde, pilones de azúcar (fabricados en Bélgica) y velas (procedentes de Inglaterra), todo ello en gran abundancia. Tras separar los víveres necesarios para la subsistencia de la Embajada, que se confían al cocinero europeo, la *muna* restante se distribuye entre el séquito. Es de ver el cuadro animado que presenta el campamento á la hora del reparto. Los soldados de la escolta y la servidumbre rora acuden con premura, ansiosos de recoger la no pequeña parte que les corresponde, á fin de pasar el resto de la noche en fiesta y algazara, celebrando la robra, á costa de su poderoso y respetado Señor, el descendiente del Profeta. Para ellos una Embajada es una verdadera fiesta, en la que no dejan un solo día de comer opíparamente y divertirse.

Campamento de Sock-el-Arbáa, 18 de Abril.

A las cinco de la mañana se abatieron las tiendas, y á las seis menos veinte minutos, todo listo y preparado, emprendimos de nuevo la caminata. Hemos continuado por la misma interminable llanura de ayer. El camino (y daremos por brevedad este nombre, que resulta sobradamente ampuloso, al mal sendero que recorreremos) no presenta ninguna particularidad. De trecho en trecho, pasamos junto á algún pozo, y hemos de tener gran cuidado para que ninguna de nuestras caballerías tropiece y caiga en alguna de las numerosas cavernas abiertas en el suelo, que los árabes denominan *mamóra* y utilizan para conservar el grano.

Cambiamos de kaid y disfrutamos del espléndido espectáculo de ver correr la pólvora. Nada más bello, elegante y original que este noble y viril ejercicio, que revela toda la natural altivez y gallardía de la raza árabe. A veces corren la pólvora hasta trece jinetes de frente; otras uno solo. No he de ocultar que más de una vez admiré sinceramente, y hasta sentí envidia de no ser alguno de aquellos soberbios personajes que, caballeros en espléndidos corceles y envueltos en los pliegues de finísimos jaiques, se alejaban un instante de la caravana para precipitarse luego, con un galope desenfrenado, sobre el costado de la comitiva, disparando al paso sus espingardas. El momento en que tan airoas figuras aparecen cir-

cundadas por el humo de la pólvora, que á veces se confunde con la gasa transparente de sus blancos albornoces, flotantes al aire, es admirable, y hace creer en una visión fantástica de caballeros apocalípticos. Todos ellos manejan sus briosos caballos con sin igual elegancia, y sus movimientos resultan de una distinción natural inimitable. Sorprende y fascina tan valiente ejercicio, propio de una raza fuerte que derrocha sus energías en manifestaciones de gallarda gentileza y apostura.

Algunas veces, unas pobres moras de los *duares* por cuyas cercanías pasamos, siguiendo las costumbres patriarcales que aún practican, se aproximan á nosotros para ofrecernos leche, que se beben con júbilo los *fraiguita*, *ruá*, y *Lamala* del acompañamiento. Los primeros, gente alegre que siempre camina á la carrera y cantando alegremente, son los encargados de las tiendas; los segundos cuidan los caballos, y los terceros se ocupan de las mulas y equipajes.

Después de cuatro horas y cuarto de jornada, levantamos el campamento en un pequeño valle, rodeado de colinas de escasa elevación, en cuyo fondo se encuentran algunas lagunas saladas. En este lugar se celebra un mercado todos los miércoles, de aquí su nombre de *Sock el Arbáa*, es decir, mercado del cuarto día, pues los árabes comienzan á contar la semana desde el domingo. Dado el absoluto aislamiento en que viven los miserables habitantes de los *duares* esparcidos por el vasto territorio del imperio, es natural que se reúnan en parajes determinados, adonde acuden los comerciantes de las ciudades, para proveerse de cuanto necesitan. Cada día de la semana se constituye el mercado en un lugar diferente, y allí se reproducen escenas características altamente interesantes.

La coincidencia de ser hoy precisamente miércoles, el día designado, la *cuarta feria* musulmana, nos permite presentar el curioso espectáculo. Apenas acampamos fuimos á visitar el mercado en cuestión. Reuníanse allí hasta doscientas personas, todas pobres y miserables. Había tiendas de tablajeros, herreros, perfumistas y drogueros; fraguas ambulantes y primitivas, barberos al aire libre, y, para que nada faltase, curanderos y charlatanes de profesión. Hemos visto á alguno de estos últimos curar las insolaciones por medio de ventosas, especie de pipas de hoja de lata aplicadas á la nuca del paciente, y por cuyos conductos el oficiante aspira la sangre á manera de los vampiros de las leyendas. Sobre un hueso de camello, y con un clavo, hemos visto fabricar dientes de sierra á una hoz, que así trabajada llegaba á alcanzar el fabuloso

precio de un real. En pocas palabras; mucha barbarie, mucha miseria y mucha suciedad.

Pretendo sacar algunas fotografías, y los circunstantes se alarman; el intérprete que me acompaña tranquiliza los ánimos excitados, diciendo que no se trata más que de un aparato para aumentar la visión, pues yo padezco algo de la vista. Cuando me traduce la respuesta que ha dado á los indígenas, sigo su juego y sustituyo mi *photojumelle* por unos gemelos, brindando á los que nos rodean á que miren por el aparato. Al principio no se atreven ni á acercarse, pero á poco se aproximan, y uno de ellos, muchachuelo de dieciséis ó diecisiete años, más osado que los demás, coge decididamente el instrumento, y manteniéndolo á respetable distancia, trata de mirar á través de los conductos. Naturalmente, nada ve, y todos me contemplan con extrañeza. Entonces yo me aproximo al muchacho y le acerco el gemelo á los ojos, indicándole que dirija su mirada á la tumba de *Sidi Ben Abou*, que se divisa en lontananza, y tranquilamente regulo el tornillo graduador hasta ajustar los lentes á su vista. Cuando el pobre árabe llega á contemplar tan próximo un edificio, que en realidad está bastante lejos, prorrumpe en gritos de entusiasmo y comienza á hacer cabriolas como un pequeñuelo. Todo el grupo que nos rodea pretende también mirar por el aparato, y no sé cuántas manos se adelantan pidiendo el maravilloso *meraia el Hind*, el *espejo de las Indias*, de las leyendas orientales. Gran trabajo nos cuesta separarnos de aquellos desgraciados, que, como niños, quieren disfrutar, siquiera sea un solo instante, de un espectáculo tan extraordinario como nuevo para ellos.

En las cercanías de *Sock-el-Arbda* existen dos tumbas de santones muy venerados en todo Marruecos. Una, situada á cierta distancia, y á la que antes he aludido, es una *Kubba* cuadrada y cubierta por un casquete semiesférico, según la forma consagrada por la tradición y el uso, para esta especie de santuarios. Todo el edificio está enjalbegado y dedicado á *Sidi Ben Abou*, venerable morabito. La otra consiste en un pequeño circuito de piedras con cuatro remates en cada uno de sus extremos, que pretenden asemejarse á columnas toscamente labradas; en el centro reposa su último sueño el ilustre *Sidi Bucknadil*. Es infinito el número de santuarios análogos que existen en el Imperio, demostrando de este modo la innumerable cantidad de santos ó de locos—entre los musulmanes es lo mismo—que han florecido en el imperio de *Al-Magreb*.

A decir verdad, el calor no se ha dejado sentir mucho y hemos disfrutado de una temperatura bastante agradable. Los reflejos del crepúsculo sobre las aguas salobres de las lagunas,

dan al campamento un aspecto misterioso y fantástico. Las gentes que acudieron al mercado se han desvanecido como por ensalmo, y el silencio que reina en torno es imponente. Nos hallamos en un sitio, cuya desolación impresiona profundamente, y que no habremos de olvidar jamás. En las cercanías y entre las piedras, hemos entrevisto bastantes escorpiones y serpientes; al cerrar la noche, oímos á lo lejos los ásperos y estridentes maullidos de los chacales, que no se atreven á aproximarse, ahuyentados por las fogatas encendidas por los soldados de la escolta. Estamos verdaderamente en África.

Campamento de Sock-el-Telata, 19 de Abril.

Con la niebla y frío comenzamos la etapa de hoy á la misma hora que ayer. El camino ha sido más pintoresco y variado; atravesamos las fértiles llanuras de la provincia de Dukala. Todo este territorio es riquísimo, y á mediados de Abril ya está cosechada la cebada, y el trigo completamente dorado. Si un año se obtiene el cuarenta por uno de producto, se juzga la cosecha como mala; es verdad que, por lo general, se alcanza el setenta y cinco por uno. Y todo esto casi, casi, sin cultivar la tierra. ¡Qué no serían estos territorios bien labrados con arreglo á los progresos de la agricultura moderna! Hubo un día en que el geógrafo Ptolomeo, pudo llamar á las regiones del Tell, donde se halla la provincia de Dukala, el granero de Roma, y en aquellos tiempos, Roma quería decir el mundo.

La caravana se detiene breves momentos para tomar un pequeño refrigerio junto á la casa de un protegido español, el *Hach Ismäel-el-Hilali-Buisi*, en el sitio denominado *Bir Hilal*, y mientras tanto, los maravillosos jinetes de Dukala, de las kabilas de Vlad Bufaraix y Vlad Bu-Sarrara, se entregaron al bizarro deporte de correr la pólvora. Como la provincia es muy rica, y hasta ahora ha sido administrada con equidad, los árabes que han salido á nuestro encuentro visten con elegancia y riqueza, y montan soberbios caballos enjaezados con verdadero lujo. El espectáculo es fascinador y sorprendente. Según me refieren, el Sultán, ansioso de mermar el poderío de esta floreciente tribu de Dukala, la ha dividido en tres Gobiernos, y los tres nuevos *Kaides* cumplirán seguramente al pie de la letra la gráfica frase marroquí, y se comerán en nombre de su omnipotente Señor, es decir, esquilmarán á los ricos propietarios de estas regiones.

Durante todo el camino los numerosos jinetes que nos rodean no cesan un solo instante de correr la pólvora, y como continuamente salen á saludarnos nuevos destacamentos, llegamos al lugar prefijado para acampar, rodeados por más de trescientos caballos, lujosamente aderezados con gualdrapas de vistosos colores, que montan gallardos caballeros espléndidamente vestidos, presentando el conjunto un golpe de vista maravilloso.

La jornada ha sido de cuatro horas y quince minutos.

Sock-el-Telata, sea el lugar del Mercado del tercer día, ó de los Martes, uno de los más importantes de la rica provincia de Dukala, es el sitio donde acampamos. Se trata de una extensa planicie, en la que se encuentra un *duar* vecino á la tumba de *Sidi-Ben-Nur*, santuario muy venerado en todo el Imperio y cuya reciente reparación del interior ha costado más de ocho mil duros, según me aseguran, suma en verdad considerable para Marruecos, donde la mano de obra no alcanza sino una remuneración irrisoria. Lo que podemos ver del edificio nada presenta de particular, y su exterior es bien pobre y miserable: dos cuadrados unidos, uno mayor que otro, y ambos contruidos de ladrillos. El primero, que es el más grande, sirve de pórtico al segundo, que constituye el verdadero lugar consagrado; viene á ser una especie de patio rodeado de columnas (según podemos vislumbrar desde la puerta). El cuadrado posterior está cubierto de tejas ordinarias, y entre ellas anidan innumerables cernicalos y otras aves de rapiña. Damos la vuelta á la construcción, que contra la costumbre moruna no está blanqueada, conservando el color rojizo del ladrillo, y por una de las ventanas, por la cual penetra indiscretamente un rayo del sol poniente, entrevemos, allá en la altura, un delicioso friso alicatado y algunas inscripciones ornamentales, pero la visión dura un solo instante, pues el rubicundo astro del día, avergonzado, sin duda, por la indiscreción cometida, se oculta lleno de rubor tras una nube.

Al regresar al campamento atravesamos el *duar* cercano á la tumba de *Sidi-Ben-Nur*. Creo prudente determinar lo que son estos *duares* de que con tanta frecuencia hablo. Consisten por lo general en una reunión de chozas—de seis á veinte cuando más—construidas con palos y cubiertas con un tejido compuesto de cerdas de camello y de cabra, y filamentos de las plantas llamadas vulgarmente palma de San José y palma enana. Se hallan dichas tiendas colocadas en círculo, y en el centro se sitúa una, mayor que las demás, destinada á mezquita, y llamada comúnmente *Yama*, que también sirve de escuela y de hostelería para los viajeros que piden hospitali-

dad. Cada *duar* es gobernado por un *tey*, y los habitantes que lo constituyen, aunque nómadas, nunca se alejan del radio de la kabila á que pertenecen.

No puede imaginarse nada más miserable que las viviendas que forman el *duar* que hemos visitado, verdaderos tugurios lóbregos y tristes, contruidos en forma de tiendas de campaña, que hasta en esto se deja sentir la gran afición de los indígenas por la vida errante, tan celebrada por los poetas árabigos. Tales chozas, de color pardo obscuro, se encuentran rodeadas por un círculo, especie de parapeto de defensa donde se recogen los animales domésticos, construido con espinos secos de un tono gris cenizoso que les da un aspecto sumamente tétrico. De esta forma circular adoptada para el conjunto, y para cada una de las pequeñas construcciones, proviene el nombre de *duar*, que precisamente quiere decir círculo.

Los habitantes de aquella pobrísima aldea se acercan á nosotros con demostraciones de simpatía. No son huraños, ni ariscos; nos consideran como seres raros, y nada más. Vienen en demanda del *tebib*, el médico, pues ya saben por experiencia que ningún *Bashador* viaja sin el suyo. Puedo observar que las mujeres, casi todas feas y envejecidas por la mala vida y las duras faenas á que se dedican, tienen la cara revestida de una capa de pintura negruzca, que las hace horrosas, debida á cierta hierba llamada *argázul*, cuya tintura refrescante utilizan para librarse de las quemaduras del sol africano.

Los hombres, y entre ellos los ancianos venerables, se aproximan á nuestro grupo, y con sin igual desfachatez se quejan de que *tienen frío* y reclaman los auxilios de la ciencia médica para recobrar el vigor y fortaleza de la juventud gastada. Nuestro doctor les escucha atentos y se abstiene de contestarles, no queriendo, sin duda alguna, prejuzgar de los designios de Allah y anticipar á aquellos buenos musulmanes los goces del paraíso de Mahoma. Juzgarán seguramente muy mal de la ciencia europea, y es de esperar que algún curandero les devuelva por medio de sus buenas ó malas artes el bien perdido.

Mientras tanto el sol transponía lentamente por el horizonte, revistiéndolo todo de suavísimas tintas rosales; sus rayos dorados difumaban los edificios y tiendas que nos rodeaban, dándoles no sé qué extraña diafanidad, y el cielo purísimo, de un azul intenso, nos invitaba al recogimiento y á la meditación. El silencio profundo, abrumador, de aquella naturaleza muerta, turbaba singularmente mi espíritu, y no sé qué vaga y misteriosa sensación de terror se apoderó de mí.

Parecíame que la muerte era la soberana absoluta de aquellas regiones y que también pretendía imponerme su yugo y envolverme en la mortal inercia que reinaba en sus dominios. Creía que no me sería dado jamás salir de allí, que el misterio africano me envolvía entre sus sombras y que poco á poco el sepulcral silencio que todo lo avasallaba, penetraba hasta el fondo de mis huesos, obligándome á confundirme, á compenetrarme en aquel *no ser* absoluto y universal. Aumentaban la impresión de silencio los disparos de las espingardas de algunos árabes que en torno del campamento corrían la pólvora. Aquellas detonaciones rápidas que resonaban un instante para apagarse en seguida, apenas conseguían turbar el silencioso ambiente; y el sordo rumor del galope de los caballos que se alejaban en vertiginosa carrera, llevando en sus espaldas una sombra envuelta en blanco alquicel y en nubes de pólvora, suscitaba el deseo de huir, de huir también de aquel antro de la muerte, del silencio y del misterio.

El sol se había ocultado por completo. La luz crepuscular lo envolvía todo en vaga penumbra; los árabes ya no corrían la pólvora; el campamento reposaba, y el silencio, profundo y misterioso, aumentaba más y más. De pronto, como para acrecer la agudeza de la sensación dolorosa, las notas de un *guembri* resonaron á lo lejos, y una voz apagada, casi diría silenciosa, entonó una canturía triste y melancólica. Era la última protesta de la vida; era como el último suspiro de un alma moribunda antes de confundirse en el silencio augusto del *no ser*. Pero la voz también calló, y la última nota del instrumento se perdió en el aire, y el profundo reposo de la muerte, muerte de una naturaleza y de una raza, dominó tranquilo y sosegado en aquel rincón solitario y tétrico del Africa tenebrosa.

Campamento de Guerando, 20 de Abril.

Emprendimos la jornada á las cinco y media de la madrugada, en medio de una densa niebla y con un frío bastante molesto, al que el sol, levantándose poco á poco en el horizonte, no tardó en poner término. El camino ha sido algo más pintoresco que el hasta aquí recorrido, gracias á la vegetación, algo más variada. Pasamos junto á algunas huertas y viñedos, cercados de chumberas, que en cierto modo recuerdan los paisajes de Andalucía. Puedo observar que las vides están dispuestas en la misma forma que en España; y esta reminiscencia del país natal destruye en un instante todas las impresiones

de tristeza. Por desgracia, todo esto dura muy poco, y volvemos á caer en la misma monotonía de los días anteriores, en la misma inmensa, interminable, llanura, en que no crecen más que algunas que otras gramíneas agostadas, que parecen suspirar por una gota de agua que las refresque.

Después de dos horas de marcha, en que no hemos hecho más que anhelar llegar á ciertas montañas que se divisaban en el extremo horizonte, arribamos junto al *duar* de *Mtal*, erigido en los contornos de la *Kubba* de *Sidi Embareck*. No nos es dado observar nada nuevo. Las mismas *xaimas* ó chozas pardas, los mismos círculos de espinos secos de un gris cenizoso y la misma miseria y lóbreguez. Aunque se celebra un *Soko* ó mercado, no nos detenemos, pues los habitantes de este *duar* son *Shorfas*, es decir, descendientes de *Sherifes*, y por este concepto, á más de brillar por su fanatismo y barbarie, son independientes, y apenas si respetan la autoridad del Sultán.

Nos alegramos de proseguir la marcha para llegar cuanto antes á las montañas por que suspirábamos, y que, en efecto, fueron las bienvenidas, pues á más de recrear nuestra vista con sus caprichosas ondulaciones y accidentes, nos trajeron un fresco delicioso. Entrábamos en los montes de Guerando, estribaciones del *Gibel Laydar*, la *Montaña verde*, que allá muy lejos divisábamos, y que es considerada por los marroques como lugar santísimo, en el que habitan, alejados del mundo, venerables anacoretas, dedicados á la contemplación de Allah y á la vida ascética. La caravana se detuvo para el desayuno en un lugar precioso, un pequeño valle, rodeado de colinas de formas variadas, en cuyo fondo corre un arroyuelo formado por el desagüe de unos pozos, junto á los cuales crecen cinco ó seis palmeras. Un verdadero oasis. Agua y árboles: ¿qué más podíamos desear después de haber atravesado durante horas larguísimas campos desiertos y solitarios, tristes y abandonados eriales? Nadie pudiera imaginar que unos cuantos árboles y un poco de agua corriente y murmuradora causaran una impresión tan dulce y apacible, dieran tanto descanso al espíritu atormentado por el misterioso influjo de una Naturaleza muerta.

Y, no obstante las pocas florecillas que allí crecían parecían secas, se dirían que eran de papel, y recordaban las siemprevivas; mas, á pesar de todo, recreaban el ánimo, pues aquel conato de vegetación representaba la vida, y con ella el movimiento y la alegría. El color rojizo de las rosas vecinas revelaba yacimientos metálicos, y es casi seguro que en aquellos montes deben existir numerosas vetas de mineral de hierro.

Proseguimos la cabalgada, y después de otras dos horas y cuarto de camino arribamos al campamento, situado esta vez en la falda de un monte, en cuya cumbre se conservan las ruinas de una antigua fortaleza, fundada, según algunos, nada menos que por los cartagineses, y según otros, siendo esta la opinión que me parece más verídica, por los portugueses en tiempos más cercanos. Cuentan ciertas tradiciones, que un caballero portugués llamado Guerando (quizás *Ferrando*) poseía en aquellos lugares, y en la época en que los lusitanos dominaban en las poblaciones de la costa, unas riquísimas minas de plata, y que con objeto de defenderlas levantó un fuerte castillo, cuyos restos podemos contemplar desde la llanura en que nos hallamos. Los árabes, siempre tan aficionados á todo lo que sea sobrenatural y fantástico, aseguran que entre los restos de aquellos derruidos muros se conserva un maravilloso tesoro, custodiado celosamente por innumerables legiones de duendes, genios y trasgos, que impiden á todo curioso indiscreto acercarse á las ruinas, lanzando sobre ellos infinitos y desagradables insectos que les cierran el paso.

Por la tarde pudimos comprobar la veracidad de semejante afirmación, pues emprendemos la subida á la montaña, y en efecto, al aproximarnos á las ruinas, un formidable ejército de hormigas aladas, de aspecto repulsivo y repugnante salen á nuestro encuentro; pero nosotros continuamos avanzando y al fin y á la postre nos es dado visitar lo poco que queda de la antigua morada del caballero lusitano. Bien poco es en verdad: algunos restos de fuertes murallas construídas de sólida argamasa, y unos cuantos montones de piedras labradas por la mano del hombre. Varias aberturas dan entrada á subterráneos abiertos á fuerza de picos en la roca viva, que penetran en el fondo de la montaña. Entramos en algunos de ellos; pero á los pocos pasos los encontramos obstruidos de tal modo, por piedras, escombros y detritus vegetales y animales, que tenemos que retroceder, por más que hubiéramos deseado averiguar la certeza del dicho de algunos moros de nuestro acompañamiento, que pretendían que una de dichas cavernas se prolonga hasta atravesar toda la montaña, desembocando á orillas del arroyo que serpentea el pequeño valle vecino.

Esperábamos divisar la cordillera del gran Atlas desde la cumbre del monte del Guerando: así lo creíamos en vista de lo que afirman algunos escritores que han hecho antes que nosotros el presente viaje. Vano fué nuestro deseo. Disfrutamos de un panorama hermosísimo; pero por más que miramos hacia el Mediodía, nada vislumbramos. No quiero poner en

duda la veracidad de los autores en cuestión; ¡pero la generalidad han visto en Marruecos cosas tan extraordinarias y extrañas, que no hemos encontrado por ninguna parte!

Bajamos del castillo de Guerando y nos dirigimos hacia el campamento. Uno de nosotros pregunta al guía que nos acompaña, si sabe algo de la historia del caballero portugués: *Se murió*, nos contesta con la habitual indiferencia musulmana. Como yo me hubiese adelantado bastante, me detuve junto al arroyo para esperar á los compañeros rezagados. Algunos moros daban de beber á sus caballos, y uno de ellos vino á sentarse junto á mí, y con sin igual desenfado comenzó á tocar algunas prendas de mi traje y á compararlas con las suyas, indicándome con gestos y exclamaciones las grandes diferencias que encontraba. Le sorprendieron mucho mis polainas de cuero, adoptadas para combatir ciertas plantas espinosas, que hacían sumamente desagradable el caminar por aquellos campos; algo menos mis calzones bombachos, que en algo se asemejaban á los suyos, lo mismo que mi chaqueta; acabando por fijarse con insistencia en los gemelos que llevaba en bandolera, pretendiendo equiparar su estuche con la bolsa que por lo general llevan los marroquíes á falta de bolsillo. Le indiqué, como pude, que en nada se asemejaban, y, sacando los gemelos, se los hice aplicar á su vista y fijarlos en las ruinas de Guerando. Gran sorpresa y entusiasmo de mi interlocutor, que en su vida había visto cosa semejante. Al punto, lleno de alborozo llamó á sus compañeros, y estos repitieron la misma escena que días antes había presenciado en *Sock-el-Arbáa*.

Al tornar al campamento nos dicen que se acaba de recibir un correo de Marrakesh, portador de un despacho, en que el Gran Visir saluda en nombre de su Señor á la expedición española. Aprovechamos el mensajero, que continuará su viaje á Mazagán, para escribir á nuestras familias, y nos recogemos pensando en la historia del caballero Guerando. ¿Qué había de cierto en todo ello? Contentémonos con la respuesta que dan los moros: ¡Sólo Allah lo sabe!

Campamento de Snela Smira, 21 de Abril.

Hoy hemos hecho una jornada de cuatro horas y diez minutos, abandonando los fértiles territorios de la provincia de Dukala para entrar en la de Rejamna, cuyos habitantes son famosos por su bravura y fiereza. No ha mucho tiempo que la kabila se sublevó contra el Gobierno y llegó á poner sitio á la

propia ciudad de Marrakesh. Esto ocurrió cuando la muerte de Muley Hassán, y el actual gran Visir, Ba-Amed, con un rasgo de audacia y temeridad asombroso, secuestró el cadáver del Emperador, y haciéndolo pasar por vivo le condujo hasta la ciudad de Rabat, donde se hizo fuerte y proclamó nuevo Sultán al actual, Muley Abdul-Azis. El esfuerzo y valentía de los sublevados de Rezamna resultó estéril, pues el descendiente del Profeta, gracias á las innumerables intrigas y artificios, siempre usados entre los musulmanes, cayó sobre ellos y se los tragó, que tal es la expresión consagrada con que el soberano de Marruecos comunica á su pueblo la noticia de haber vencido una de las continuas rebeliones que á cada paso se desarrollan en su dilatado Imperio. Más de 8.000 prisioneros en las cárceles de Tetuán, Rabat y Fez pugnan en espantosos suplicios (sabido es lo que son las prisiones marroquíes) un instante de arrojo y valentía.

Si el paisaje fué monótono y triste durante los primeros días de camino, más lo ha sido hoy; todo el tiempo hemos cruzado una llanura árida é interminable, un yermo en toda la extensión de la palabra: el valle del *Hamera*. La venganza de S. M. Sheriffiana se ha dejado sentir cruelmente en estas regiones, hoy incultas y desoladas. Los árabes, que cumplimentando la etiqueta salen á recibirnos, son pobres y vienen mal vestidos, montan caballos sin arneses y algunos usan como bocado para regir al animal un simple trozo de cuerda de esparto. No puede darse mayor miseria. No corren la pólvora porque no la tienen y si lo hacen es bien pobremente y por la necesidad de honrar al enviado de España.

El calor ha sido bastante fuerte, molestándonos mucho. Para colmo de contrariedades, el caballo que montaba en días anteriores, animal noble, manso y pacífico, se ha puesto malo, y he tenido que montar otra formidable bestia, que al oír correr la pólvora se excita, se entusiasma, y por más esfuerzos que hago acaba por hacer que, contra toda mi voluntad y pesándome mucho, acompañe á los jinetes de Rezamna en la realización de tan noble y elegante ejercicio. El cielo, sin duda alguna, quiso castigar el movimiento de envidia que sentí al admirar los soberbios caballos de Dukala. Como en mi vida había corrido la pólvora, confieso que al principio pasé mal rato; pero pronto me rehice y dejé á mi caballo correr á su gusto y desahogar sus bríos, hasta que, cansado, se rindió sumiso, convirtiéndose á la postre en manso cordero.

Llegamos al campamento sobre las diez de la mañana, rodeados de numerosos jinetes (casi pudieran contarse quinientos), pero andrajosos y miserables. El sitio elegido se en-

cuentra en las cercanías de una *Enzalla* ó pequeña aldea, que viene á ser una especie de *duar*, levantado junto á la tumba de *Sidi Dania*. Antiguamente *Snela Smira* (*Smira* quiere decir partida), que tal es el nombre del lugar en cuestión, era muy célebre por existir en él un *Fondak* ó posada, erigido por un árabe inmensamente rico llamado M'Sodi, cuya historia es digna de ser contada.

Cuentan las tradiciones musulmanas que este respetable descendiente de Ismael era un hombre temeroso de Dios y fiel cumplidor de los preceptos del Alcorán. Conforme á las reglas, no tenía más que cuatro mujeres legítimas, á quienes quería y apreciaba sobremanera; pero como siempre se ajustaba á todo lo prescrito y no ignoraba que en la variedad consiste el gusto, poseía también innumerables esclavas de todos colores, á fin de que le distrajeran en sus momentos de ocio y expansión. A pesar de haber reunido tantos y tan variados elementos de recreo, M'Sodi se aburría soberanamente en su hermosa residencia de Marrakesh. El tedio y el hastio eran sus inseparables compañeros, y su tristeza fué tan grande que el pobre desgraciado enfermó. Para buscar alivio á sus males hizo convocar en junta y asamblea solemne á los más sabios *alfaques* y *tibibs* del Imperio; haciendo venir también, para que asistiesen al sabio congreso, á los más ilustres y venerables *morabitos*, de esos que por vivir solos y en lugares apartados, alejados de todo comercio humano, gozan, sin género alguno de duda, de la revelación divina. Cuando tan eminentes personajes se reunieron en cónclave supremo, M'Sodi les expuso lo que le sucedía y les pidió humildemente consejo para combatir los efectos de aquel fastidio insoportable que amenazaba concluir con su existencia. El docto concurso examinó con suma detención lo expuesto por el paciente, y después de largas y eruditas deliberaciones, tras una discusión acaloradísima y reñida, y como consecuencia de profundas y maduras reflexiones, decidió por unanimidad absoluta que todo lo que ocurría al bueno de M'Sodi, era debido á no haber cumplimentado todavía uno de los más santos deberes que impone la religión mahometana á sus prosélitos: ir á visitar el santuario de la Meca.

M'Sodi comprendió al punto lo razonable, justo y conveniente de semejante decisión, que le permitía cumplir un sagrado mandato del Profeta, al par que le presentaba ocasión propicia y favorable para alejarse de sus cuatro mujeres legítimas y de sus innumerables esclavas, que eran la causa (y esto sea dicho entre nosotros y con la mayor reserva) á la que él atribuía su colosal y extremado aburrimiento. De seguida

se apercibió para el viaje, no tardando en emprender la peregrinación, y aun cuando en el momento de partir comprendió lo mucho que le costaba separarse de su familia, y sobre todo, de algunas jóvenes esclavas que dejaba en la flor de su hermosura, de su casa de Marrakesh, y de los innumerables elementos de placer y distracción que en ella había reunido, para lanzarse en un viaje largo y arriesgado, logró sobreponerse y dominarse, pensando que se trataba del cumplimiento de un precepto divino, y que en su aventurada excursión hallaría alivio y consuelo al extraño mal que le aquejaba.

En efecto, los numerosos accidentes de tan penosa peregrinación, la novedad de los países recorridos, los variados monumentos y paisajes que le era dado admirar y más que nada los nuevos ejemplares de femenina belleza que pudo conocer en el camino, causaron muy saludables efectos en el piadoso M'Sodi, que llegó á la Meca lleno de contento y satisfacción, atribuyendo naturalmente, como buen creyente, su curación á los mágicos efectos de haber tranquilizado su conciencia, cumplimentando el santo mandamiento de Mahoma, con lo que había logrado tres cosas: realizar un deber religioso, ganar fama y consideración entre los creyentes, y sobre todo, y esto era lo que más le complacía, distraerse y esparcir su espíritu sobremanera.

Únicamente de cuando en cuando sentía ciertos resquemores que le atormentaban un tanto al recordar su familia abandonada en Al-Magreb, su casa de Marrakesh y los innumerables elementos de recreo que en ella había reunido. Pero como deseaba llenar con escrupulosidad sus obligaciones religiosas, y temía volver á caer enfermo, resistió con valor y entereza los crudos dolores de la separación y buscó consuelo á la soledad en la compañía de una hermosa circasiana de carácter cariñoso y compasivo que había conocido durante el viaje, y con la cual contrajo matrimonio.

Muchos años permaneció M'Sodi en compañía de su bella compañera, hasta que ésta, siguiendo el destino fatal de los mortales, murió; lo que le causó una impresión penosa y desagradable, por más que, siempre devoto, reconociera en tan cruel pérdida la intervención de la providencia en su favor, tanto más cuanto que ya comenzaba á aburrirse de nuevo. Pero esta vez M'Sodi ya conocía la triaca conveniente para combatir el terrible mal que con tan sobrada razón le atemorizaba, y sin consultar á los *alfaquies* y *morabitos*, hizo tranquilamente sus devociones postreras, dió siete vueltas á paso pausado, siete más de prisa y siete corriendo alrededor de la *Káabá*, arrojó siete piedras negras en el monte de la tenta-

ción, para espantar al demonio; y depuso siete piedras blancas en el sagrado lugar donde apareció el ángel Gabriel, bebió agua en el santo pozo *Zem-Zem*, abierto á ruegos de Agar, y visitó en Medina la tumba venerable del Profeta. Y tras haber cumplimentado á la perfección todos sus deberes religiosos, abandonando la familia que se había creado en la Arabia, emprendió el viaje de regreso hacia *Al-Magreb*.

A llegar á Marrakesh sufrió una gran desilusión, pues encontró que sus cuatro mujeres legítimas habían muerto de tristeza al verse abandonadas, que sus hijos se habían perdido, sin que á pesar de sus esfuerzos lograra encontrarlos, que sus esclavas que habían sufrido mucho con su ausencia, presentaban señales evidentes de que el tiempo no había pasado en balde, que su casa se hallaba ruinoso y sus jardines descuidados; en una palabra, que cuantos elementos de distracción había reunido á costa de grandes sacrificios, estaban viejos y gastados, todo lo cual le produjo profundísimo pesar. De nuevo volvió á hallarse en la soledad, que le pesaba de modo extraordinario, y como no podía acostumbrarse á vivir sin compañía, buscó por todas partes, y al fin logró encontrarlas, algunas jóvenes agraciadas con quienes contraer nuevas nupcias. Halló M'Sodi en sus compañeras lo que buscaba. Una de ellas, especialmente, fué una fuente de consuelo y felicidad para nuestro desgraciado peregrino, que ya se consideraba otra vez dichoso, cuando fijándose con detención en su esposa predilecta, notó que su vista le suscitaba recuerdos del pasado, pues sus facciones se asemejaban en extremo á las de una de las mujeres que más había amado en tiempos anteriores y lejanos, lo que traía á su mente ideas desagradables. Turbaron hondamente estas reminiscencias el espíritu de M'Sodi, que no paró hasta indagar por cuantos medios pudo, cuáles fueran los orígenes y antecedentes de su dulce mitad, averiguando por último, con gran espanto suyo, que no era sino una de sus propias hijas, de aquellas pequeñuelas que había abandonado para efectuar su viaje á la Meca. El descubrimiento escandalizó á los marroquíes.

Comprendió nuevamente M'Sodi la influencia divina, y acató los inexcrutables designios del Todopoderoso, que le obligaban otra vez á separarse de una compañera que, involuntariamente, le recordaba cosas tristes y que le fastidiaban mucho. Pero como no se atrevía á abandonar de nuevo á su esposa é hija, y tampoco podía avenirse á vivir á su lado, reunió en segunda asamblea á los más venerables *alfaquies* y *morabitos* del Imperio, para consultarles la forma de resolver tan intrincado conflicto.

Volvieron á congregarse los sabios y doctores, y después de largas y eruditas deliberaciones, tras una discusión reñida y acalorada, y como consecuencia de profundas y maduras reflexiones, resolvieron que M'Sodi se debía separar de su hija y esposa, y que para calmar la cólera divina, fundaría un *fondak* para los peregrinos que visitaban la ciudad de Marrakesh, en el propio sitio donde había conocido á la causa inconsciente de sus desventuras, y que ésta quedaría allí al frente del establecimiento, mientras que él, pecador arrepentido, emprendería un nuevo viaje á la Meca.

Siempre sumiso á la voluntad divina, M'Sodi acató los decretos de la docta asamblea, y como le gustaba hacer bien las cosas, realizó su fortuna y fundó en *Snela Smira*, que era precisamente el lugar en que había hecho tan fatal conocimiento, un espléndido *fondak*, al que dotó de agua potable por medio de un hermoso acueducto subterráneo, y una casa para que en ella residiese su esposa é hija, que tan tristes memorias le recordaba, y á quien se veía precisado á abandonar. Terminadas las edificaciones, M'Sodi recogió los restos de su fortuna, aún considerables, y despidiéndose de todo el mundo emprendió su segundo viaje á las santas ciudades de la Arabia, dejando á sus conciudadanos asombrados ante el espectáculo de un hombre tan justo y tan desgraciado, al que consideraron desde luego como digno de veneración y de respeto.

Una vez en la Meca, M'Sodi se entregó por completo á la contemplación divina, no se sabe si en compañía de una ó más circasianas, jóvenes y guapas, que le distrajesen en sus ratos de ocio, le amortiguasen las consecuencias del tedio de la vida y le evitaban los dolores de la soledad, que tanto le pesaban. Así vivió largos años, rodeado del respeto y consideración de todos los fieles musulmanes, muriendo en olor de santidad, y siendo más que probable que, como testimonio de vida tan llena de abnegación y de sumisión á la voluntad divina, se erigiese un santuario en el lugar donde se depositaron sus venerables restos.

La historia del *Hach*, ó sea el peregrino M'Sodi, envuelve una moraleja profunda, que es fácil de hallar para la perspicacia de los europeos, pues cuántos existen entre nosotros que siguen al pie de la letra la práctica filosofía del buen musulmán. Todavía pueden verse en *Snela Smira* los restos del famoso *fondak* y de la casa de la hija de M'Sodi; y aún subsiste y se utiliza el acueducto subterráneo, cuyas aguas, aprovechadas por un árabe protegido inglés, riegan una pequeña huerta rodeada de higueras. Estos pobres árboles nos causan gratísima impresión y descansamos con agrado bajo su fresca

sombra: son los únicos que hemos visto desde Guerando hasta aquí.

Volvemos al campamento, donde hallamos la servidumbre morisca alborotada con la presencia de un santo ó más bien de un loco, que entre los musulmanes ambas cosas son lo mismo. Mi criado Abdallah, que por las cicatrices que en su cabeza, y más especialmente en su frente ostenta, demuestra pertenecer á la fanática secta de los *Hamacha*, le abraza y besa con gran entusiasmo y veneración. ¡Vaya un tipo asqueroso é innoble el del tal santo, que más bien parecía un foragido que una persona respetable! Sabido es que los mahometanos rinden gran consideración á los dementes, fatuos y simples, bastando que un individuo sea conceptuado como tal, para que goce de la inmunidad más completa y absoluta; puede hacer cuanto quiera, en la seguridad que nadie se opondrá á que verifique todos sus caprichos, aunque sean el apoderarse de lo ajeno, tomar de las tiendas lo que les venga en gusto ó propasarse á los mayores excesos. Todos sus actos son atribuidos á la inspiración divina, pues su espíritu, ó por mejor decir, el que debieran tener, está retenido por Allah en el paraíso. Lo malo es que algunos individuos que se pasan de listos, fingen hallarse dementes, y hacen contorsiones ridículas, y se visten de un modo raro y extravagante, con el único objeto de ejecutar su santa voluntad y explotar la superstición de sus compatriotas. A esta última clase me pareció pertenecer el santo que visitaba nuestro campamento, y cuyas trazas eran las de un pillo rematado. No obstante, los mahometanos le tienden la mano, le auxilian y le colman de agasajos; hasta el mismo *Kaid-er-Rha* le recibe en su tienda y conversa familiarmente con él. Como me hallaba presente á tan interesante escena, hice preguntar al Kaid que quién era aquel individuo á quien tanto atendían. *Un santo*—me contestó—*descendiente de Muley Dris*, lo que, según parece, era cierto, poseyendo la familia del loco en cuestión los comprobantes.

¡Adónde ha venido á parar la descendencia del poderoso Sultán, insigne fundador de la gran ciudad de Fez!

Campamento de Suinia, 22 de Abril.

Los sonidos metálicos de una campanilla hirieron nuestros oídos, apenas nos levantamos, llamándonos á la tienda comedor, convertida en capilla. El Padre Cervera, en vista de que era Domingo, había decidido decir una misa, á la que asistió todo el personal católico de la expedición.

Apenas terminó la ceremonia religiosa, montamos á caballo y emprendimos de nuevo la caminata. Serían las cinco y media de la mañana, la kabila de *Aitu el Bagzara* que nos acompañaba ayer se ha retirado, de manera que nos hallamos solos la caravana y su escolta. El paisaje que hemos recorrido ha sido verdaderamente abrumador; salvo haber entrevisto á lo lejos las Colinas de *El Gantur*, no hemos dejado de recorrer la misma llanura inmensa, invariable, infinita, cubierta con las mismas plantas mustias y secas; bajo el mismo sol abrasador y envuelto en el mismo misterioso silencio. Ni un pájaro, ni un insecto siquiera para turbar aquella paz solemne y majestuosa. Se diría de nuevo que la naturaleza está muerta. Algunas veces, efecto del grandísimo calor que nos sofoca, se levanta allá, á lo lejos, una pequeña tromba de arena que se pierde en el horizonte, describiendo innumerables espirales. Todo se ha revestido de un tinte gris de aspecto tétrico y pavoroso; el mismo cielo ha tomado un tinte plomizo uniforme, pesando sobre nuestras cabezas como la losa de un sepulcro, y como la caravana, sobrecogida por la inmensidad de aquel desierto y la majestad angusta de la calma, camina silenciosa, una grandísima tristeza se apodera de mí, producida nuevamente por la impresión del paisaje africano, del África de los misterios y tinieblas.

De pronto, hacia el Mediodía, en medio del vaho que despiende el calor de la tierra abrasada, comenzamos á vislumbrar una línea negra, que poco á poco va haciéndose perceptible, acabando por convertirse en una cadena de montañas de regular elevación. Son las llamadas *Djebilat*, las montañitas. Cuando las distinguimos claramente y cierran el horizonte con sus graciosas ondulaciones, divisamos encima de ellas una línea blanca que parece suspendida en el aire, y que, aclarándose por completo, nos descubre otra cadena de montañas, pero esta vez colosales, gigantescas, que se confunden con el cielo. Son las cumbres del gran Atlas, siempre cubiertas de eternas nieves, que resplandecen y reverberan á lo lejos, y sus picachos más altos, sobresaliendo entre las nubes, soberbios y orgullosos, dominan las montañas y las colinas, los valles y las llanuras, pareciendo sostener sobre sus remates la cúpula del firmamento. El espectáculo sobrepasa á toda descripción.

Embebecidos por la contemplación de tan espléndido panorama, no reparamos en la mortal tristeza de la gran llanura de *El Yera*, que atravesamos, siempre muerta, siempre desolada, y nos detenemos para tomar el desayuno en medio de aquel inmenso erial. Un chico se aproxima á nosotros y nos ofrece huevos, que, naturalmente, no aceptamos, recompen-

sando su amabilidad con alguna peseteja y comestibles. El muchacho en un principio, desconfía de nuestra conducta, pero no tarda en recobrase, y, con gran desenfado nos pide copas, y dinero para su familia y amigos, que habitan en uno de aquellos *duares* miserables, pertenecientes á la kabila de *Menara*, y que allá á lo lejos divisábamos, llegándonos entonces el turno de extrañarnos también ante aquel repentino exceso de confianza.

Mientras tanto, habíase puesto en discusión, si terminaría nuestra jornada en *Saharidji*, como se había pensado en un principio, ó si proseguiríamos hasta *Suinia*, haciendo dos etapas sucesivas, pues, según pretendían los directores de la caravana, en el primero de aquellos lugares no quedaba ya agua. No faltó quien supusiera que se trataba de un ardid del Gobernador del Distrito, para evitarse una *muna*, ya que ambos sitios caían dentro de su jurisdicción; pero el *Kaid-er-Rha*, jefe de la escolta, quizás para evitar maliciosas interpretaciones, dijo que se hallaba á las órdenes del Ministro, y que se haría lo que éste ordenase; pues si bien era cierto que en *Saharidji* no quedaba agua, la podría mandar traer de otros lugares. Decidióse ir á almorzar á dicho lugar, y resolver allí, en vista del tiempo que hiciera y del estado de cansancio en que nos hallásemos, si continuaríamos ó no. Avisóse por medio de un mensajero á los *fraiguias* que nos precedían, que al llegar á *Saharidji*, levantarán tan sólo las tiendas que nos servían de comedor y de cocina, y esperasen nuestras órdenes, y volviendo á montar á caballo proseguimos en dicha dirección.

Después de dos horas de marcha (habíamos caminado, descontando el desayuno, cuatro horas), llegábamos al lugar de *Saharidji*, así llamado por existir en él una antigua cisterna, á la que rodean tres *duares* miserables, de aspecto fatídico y melancólico, con sus *xaimas* cónicas cubiertas con un tejido de pelo de cabra y camello, y con sus parapetos circulares, formados de espinos secos, de un gris cenizoso. Junto á una charca de aguas turbias, en la que algunas moras miserables, sucias y desgrefiadas, pretendían lavar lana recién cortada, se eleva una especie de muralla como de veinte metros de largo por uno y medio de ancho, terminada en ambos extremos en unos remates algo elevados en forma de campanarios, en cuyas bases se abren dos pequeñas puertas. Aquello era la famosa cisterna. Me asomé por una de dichas aberturas, y hallé una escalera que descendía por veinte ó veinticinco escalones hasta el fondo, viniendo el todo á formar un largo túnel en el que no existía ni una gota de agua. Algunos indi-

genas, huyendo del calor abrasador que al aire libre dominaba, se habían guarecido en el fondo de aquel subterráneo.

Nunca olvidaré la impresión de tristeza allí experimentada. Uno de los moros, especie de loco ó santo, cantaba en el fondo de la cisterna, que había elegido como refugio, una canción llena de tristeza y melancolía, como todas las árabes. Su voz repercutía lúgubremente en la alta bóveda, y despertando los dormidos ecos, resonaba en el exterior con modulaciones extrañas, y aquel canto resultaba tétrico y terrible: parecía una maldición, un lamento y una amenaza, y al oírlo, la misma impresión de angustia que había experimentado en *Sock-el-Telata*, volvió á apoderarse de mi espíritu.

Era mediodía; la Naturaleza, domeñada por un calor abrasador, más que dormida parecía muerta. El sol caía á plomo sobre la inmensa llanura árida y desolada; en torno nuestro algunos *duares* se dibujaban sobre el horizonte como manchas parduzcas de aspecto siniestro; las débiles gramíneas que allí vegetaban, se inclinaban al suelo mustias y secas, buscando un poco de sombra que no encontraban, y el cielo, de color plomizo, pesaba como la losa de un sepulcro; no se percibía el menor rumor que demostrase la vida, y solamente algunos torbellinos de arena levantados por el aire caliente, se alejaban formando espirales caprichosas que se disolvían en lontananza. Turbaba únicamente aquel silencio espantoso, la triste voz que parecía brotar del fondo de la tierra, que aumentada por la resonancia de la bóveda de la cisterna, sonaba á mis oídos como una predicción de ruina y desolación. El canto fúnebre, para que nada faltase, tenía también su acompañamiento, extraño y singular, como convenía: los golpes secos y acompasados que daban con sus palas de madera las moras tristes y silenciosas que junto á la laguna vecina batían lana. Nuevamente sentí miedo ante el enigma de aquella naturaleza inerte y misteriosa que se presentaba tan dura, inclemente y despiadada para todo lo que significara vida y movimiento.

Todos deseábamos terminar cuanto antes el viaje para salir de aquella monotonía desesperante; así que, aprovechando una ligera brisa que se levantó, nos apresuramos á seguir la marcha hacia *Suinia*, á fin de llegar esta misma tarde al pie del *Djebilat*. Durante dos horas continuamos atravesando la imponente llanura, dejando á un lado *Soc-el-Hat*, el mercado del primer día, donde reinaba, por ser domingo, gran animación. Los muchos árabes allí reunidos vieron pasar la caravana con absoluta indiferencia, y nosotros nos alejamos rápidamente, anhelando arribar á las montañas.

El campamento se ha levantado en las faldas de la cadena

del *Djebilat*, que nos separa del valle del *Tensif*, donde se encuentra la ciudad de Marrakesh, meta de nuestra expedición. El lugar elegido llámase *Suinia*, del nombre de una primitiva noria que allí existió en tiempos anteriores. Una cisterna, una noria, un pozo, tales son los monumentos notables señalados á la atención del viajero que atraviesa estas regiones, y se comprende fácilmente, pues el agua es el elemento más escaso y codiciado en estos países. Nada queda de la noria, y en su lugar se encuentran unos pozos que nos suministran agua pura, fresca y cristalina. En cualquier parte, el paisaje que nos rodea sería insignificante; sin embargo, aquí me parece bello por el contraste que establece con el que antes contemplaba. Al llano ha sucedido la montaña, hierba fina y tupida cubre el suelo como una alfombra verde, y algunas florecillas de variados colores crecen alegremente, y numerosos arbustos cubiertos de hojas que mece el viento, produciendo un suave murmullo que halaga dulcemente nuestros oídos, se ven por todas partes. A los pozos vecinos bajan á beber bandadas de aves que cantan y pían, é innumerables insectos alados pululan en todas direcciones. La vida ha recobrado sus derechos; podemos respirar tranquilamente.

Vecinas al campamento se levantan dos pequeñas *Kubbas*. Una, erigida en honor de *Sidi Hamed*, escondida en un valle y rodeada de montañas, apenas nos deja ver su cúpula blanca, resplandeciente entre los espinos salvajes que crecen en las alturas vecinas que la circundan. La otra se encuentra bastante más próxima y en dirección hacia Poniente. Hacia ella nos dirigimos y averiguamos que está dedicada á Sidi-Mohammed-Ben-Faddil, cuyos venerables restos allí se conservan. El edificio nada ofrece de particular y es idéntico á cuantos erigidos con objeto análogo hemos visto anteriormente: un cuadrado de murallas cubierto por un casquete esférico; el todo cuidadosamente encalado. Precede al edificio un pequeño cementerio rodeado de tapias, en el que crecen algunos árboles, de los que cuelgan numerosos fragmentos de cuerdas cubiertas de nudos. Estas cuerdas vienen á ser á manera de exvotos allí suspendidos para testificar los milagros alcanzados, gracias á la influencia del Santo enterrado en la *Kubba*. Por la puerta entreabierta vislumbramos el interior del santuario, desnudo de toda clase de adornos, salvo un zócalo de azulejos esmaltados que relucen entre las sombras que no logran disipar algunas lámparas tristes y melancólicas.

Detrás del santuario el sol se ocultaba rodeado de nubes que brillaban con infinitos matices, tanto que el cielo había tomado un aspecto maravilloso. Una luz rosada envolvía

cuanto nos rodeaba, esfumando los contornos y suavizando las asperezas, en forma que todo se perfilaba vagamente y se hallaba revestido de tintas delicadísimas de una suavidad encantadora. Parecía como si aquella luz tan apacible fuera una caricia del astro del día antes de ocultarse y la Naturaleza entera la recibiera estremecida de gozo. ¡Ya me había anunciado mi buen amigo el notable pintor Enrique Simonet que este era el país de las puestas de sol maravillosas!

Por la noche fuimos á visitar al simpático *Kaid er Rhá*, jefe de nuestra escolta. *Sidi Mohammed Ben Guerazi*, que apenas contará veinticinco años, tiene el grado militar equivalente al nuestro de coronel, y manda á mil hombres. Nos recibe en su tienda, reclinado sobre unos cojines. Nada más sencillo que el modestísimo ajuar de aquel interior: tapetes y colchonetas extendidas por el suelo, y las armas del dueño suspendidas al poste central que sostiene el frágil edificio. Nos sentamos á la moruna y entablamos, con auxilio de los intérpretes necesarios, una conversación interesante sobre el ejército marroquí. Los datos que nos suministra el *Kaid-er-Rhá* respecto á los *mejaznias* (tropas á caballo) y á los *ascaris* (tropas á pie) son ya conocidos. Dividense en fracciones de diez, cien, y mil hombres, al frente de cada uno de los cuales figura un *Kaid* de la categoría correspondiente. Los uniformes, como los armamentos, son caprichosísimos y llenos de variedad, habiendo trajes de todos los colores, y fusiles de todos los sistemas, lo que no deja de producir un efecto pintoresco. En el ejército hay hombres de todas las edades, desde niños de doce á catorce años, hasta ancianos decrepitos. Los sueldos son irrisorios y miserables: podemos juzgar de ellos al saber que nuestro *Kaid-er-Rhá* cobra tan sólo dos reales diarios. Los soldados disfrutan de seis céntimos al día, y tienen, además, la obligación de mantener á su costa el caballo que montan. Sabiendo esto, ¿habrá quien pida moralidad á las tropas del Sultán? ¿Habrá quien les impida dedicarse al pillaje y al robo?

Sidi Mohammed Ben Guerazi, á pesar del puesto elevado que ocupa, es un verdadero muchachote que se conserva ingenuo y sencillo. Sé mueve con la natural elegancia de los animales salvajes, y revela en sus pies y manos pequeños y en sus muñecas finas y delgadas, pertenecer á una raza escogida. Es oriundo de Mequinez; su hermano desempeña el cargo de lugarteniente-*Jalifa* del *Kaid-el-Meshuar*, ó sea el Introdutor de Embajadores de la corte Sheriffiana. Hace un año sólo que el Gran Visir le llamó para entregarle el mando de un regimiento, y con aquel motivo el Sultán le regaló la tienda que

ocupamos y un hermoso caballo árabe que monta con sin igual donosura. Desconoce todo lo que no sea su país, y muy ufano y orgulloso de la expedición que ha dirigido, nos pregunta si España, digo mal, si toda Europa es tan grande y tan hermosa como las provincias de Dukala y Rejamna, que acabamos de atravesar; y semejante pregunta no debe sorprender á nadie, puesto que á nosotros mismos las condiciones en que hacemos el viaje no les hacen parecer interminables, y sólo por reflexión comprendemos que, en realidad, sólo se trata de recorrer 200 kilómetros por terreno llano, lo que uno de nuestros ferrocarriles realizaría en poco más de tres horas.

¿Qué tiene, pues, de extraño que Sidi Mohammed Ben Guerazi, acostumbrado á viajar con la lentitud musulmana y á tardar cuatro días, cuando menos, en recorrer la distancia que separa Mazagán ó Mogador de Marrakesh, juzgue infinitamente pequeños esos países de Ultramar, de que ha oído hablar, y que, según le han dicho, se atraviesan de extremo á extremo en cuarenta y ocho horas? El medio de locomoción no quiere decir nada, y para las imaginaciones árabes el tiempo debe hallarse en proporción con la distancia. Es verdad que resulta casi imposible hacerles comprender que una locomotora marcha con rapidez vertiginosa invirtiendo por completo las proporciones establecidas. En vano tratamos de explicar á nuestro huésped las ventajas que el ferrocarril reporta, y uno de nosotros, queriendo hacer una comparación práctica, le dice que si existiera en Marruecos, nuestro viaje apenas hubiera durado medio día. Nuestro interlocutor se queda pensativo y, aunque lucha por esconder sus impresiones, no logra ocultar su sorpresa; vacila entre el asombro y la creencia de que pretendamos abusar de su buena fe, y tras una pausa no muy breve, nos responde: «¡Todo es posible, si Allah lo quiere! Ojalá existieran esas máquinas poderosas que permitiesen que aquel que reside en Mequinez, pudiera prestar sus servicios al Magzen y regresar de noche á su casa, de manera que para servir á su Señor no tuviera que vivir por completo alejado de los suyos. Ciertamente que eso sería muy hermoso, y si no existe en *Al-Magreb* es porque el Todopoderoso (mil veces bendito sea) no lo consiente. Cúmplase en todo instante su omnipotente voluntad.» Fué imposible obtener nada más del caudillo árabe, y como la noche avanzaba y era prudente descansar, cada cual se retiró á su tienda.

¿Qué pensaría durante aquella noche Sidi Mohammed-Ben-Guerazi? Sin duda alguna se diría á sí mismo que bien poco valen las fábulas de los cristianos si se comparan con las fantásticas creaciones de las *Mil y una noches*, y qué podía correr

un artilugio de hierro, obra seguramente de los espíritus malignos, al lado de aquella maravillosa y casi divina jumenta Elborack, que, llevando sobre sus lomos al Profeta, recorría los siete cielos y el inmenso infinito, en el escaso tiempo que tarda en derramarse un vaso de agua.

Campamento de El Kanthara, 23 de Abril.

Ya podemos dar el viaje por terminado: acampamos en las afueras de Marrakesh, en medio del grandioso bosque de palmeras que circunda la capital magrebina. Pero conviene proceder con método, y antes de tratar de dar una idea aproximada del delicioso sitio en que nos hallamos, conviene relatar las peripecias de la caminata.

Aunque habíamos madrugado como de costumbre, fué preciso esperar en el Campamento de *Luinia* hasta que fuese día claro, pues no era conveniente atravesar la garganta del Dzebilat á la escasa luz de la aurora. Paseábamos para matar el tiempo, cuando escuchamos unos golpes secos y acompasados que repercutían en el aire marcando un ritmo cadencioso. Procedía el ruido del vecino campamento de los soldados, y hacia allí nos dirigimos creyendo que estarían batiendo lana ó haciendo algún otro oficio semejante. Pero no era nada de esto. Al aproximarnos presenciábamos un espectáculo terrible de imponente crueldad. Un desgraciado yacía en tierra, boca abajo, los brazos extendidos, sujetados por cuerdas á dos cuñas clavadas en el suelo, la espalda desnuda, y junto á él, dos negros fornidos que descargaban pausadamente y con método sus formidables garrotes sobre aquel cuerpo miserable. El infeliz paciente no exhalaba ni un quejido, los verdugos cumplían su misión con absoluta impasibilidad, y para ayudarse en el trabajo canturreaban un canto lúgubre. Jamás olvidaré aquel cuadro espantoso, que todos los circunstantes indígenas contemplaban con completa indiferencia. Según nos dijeron, el pobre castigado había robado un poco de cebada del pienso destinado á las mulas confiadas á su guarda, y el *Haid* de los *Ruús*, al saberlo, ordenó que se le diesen cincuenta palos, y ya estaba la sentencia casi cumplimentada. Nuestro espíritu se sublevó ante tanta barbarie, é intervinimos en favor del desgraciado, que de seguida fué puesto en libertad, y sin tardar un instante corrió á esconderse entre los suyos, atemorizado, y sin dirigirnos siquiera una mirada de gratitud: tal era el espanto que le dominaba.

Entretanto se había hecho bastante luz para que pudiésemos emprender la marcha, y muy poco tiempo después nos internamos en los desfiladeros del *Dzebilat*.

Más de una hora duró la travesía, que no ofreció ninguna dificultad, por no ser el sendero demasiado agreste: en cuanto al paisaje nos resultaba en extremo pintoresco, pues contrastaba con el que durante los días anteriores habíamos contemplado. Marchábamos por una especie de cañada no muy estrecha, y el suelo descubría grandes vetas de mármol de diferentes colores. La vegetación, escasa y pobre, como siempre; el cielo muy azul, y el sol ya bastante alto, pesando sobre nuestras cabezas. A causa de los accidentes del terreno, la caravana marchaba esparcida, y así siguió, atravesando las montañas, hasta que, después de dos horas y veinte minutos, nos deteníamos para tomar el desayuno en la vertiente opuesta, junto al pozo de Ben Said.

Desde que salimos de la garganta del *Dzebilat* y comenzamos á descender hacia el valle, admirábamos la cordillera del Atlas, que se manifestaba á nuestra vista con todo su esplendor. Desde *Bir-Ben-Seid*, en adelante caminamos de sorpresa en sorpresa, y, á decir verdad, nuestro espíritu gozaba sobremanera al contemplar tan maravilloso espectáculo. Había salido á nuestro encuentro el *Haid de Smira*, excusándose de no habernos saludado al pasar por su distrito. Era un muchacho joven y simpático, al que acompañaba numeroso y brillante séquito de jinetes y mientras estuvimos detenidos junto al pozo, él mismo, en unión de sus soldados, corrió repetidas veces la pólvora. A pesar de tal atractivo, no permanecemos mucho tiempo en aquel lugar, pues deseábamos cuanto antes llegar á la meta deseada.

De *Bir-Ben-Seid* á la entrada del puente sobre el *Tensif*, en cuyas cercanías habíamos de acampar para preparar el ingreso solemne en la ciudad, hay una hora y cuarenta minutos de marcha, tiempo que se pasa en un momento admirando el espléndido panorama que se domina, cuyos componentes van haciéndose cada vez más claros y perceptibles. Al fondo, cerrando el horizonte por el Sur, las altas montañas del Atlas, siguiendo sus cumbres, siempre cubiertas de nieve, hasta el cielo; á los pies de la cordillera, el fertilísimo valle que riegan los ríos *Tensif* é *Issyl*; en el centro del valle, una inmensa mancha verde oscuro; el gran bosque de palmeras; y en medio del bosque otra mancha más pequeña de color rojizo: la ciudad, *Marrekesh-el-Amhrra*, dominada por los gallardos y elegantes minaretes de sus mezquitas, entre los que descuella como reina y señora la primorosa construcción, rival de la

Giralda sevillana, la gran torre edificada por Jacob Almanzor el victorioso: la famosa *Kotubia*.

Uno de los últimos altos que preceden la definitiva bajada al valle está formado por una roca de mármol blanco, y desde allí se ve perfectamente toda la ciudad, distinguiéndose las cúpulas verdes de las mezquitas, y más especialmente la del venerado santuario de *Sidi-Bel-Abbes*, terminada por un remate compuesto de tres gruesas bolas de cobre dorado superpuestas, así como los casquetes semiesféricos de las innumerables *Kubbas*, todas blanqueadas y relucientes al sol; las casas enjalbegadas también y rodeadas de jardines; muchas torres, ya rojizas por el color de los ladrillos, ya cubiertas de caprichosos esmaltes y alicatados, todo encerrado por el amplio cinturón de las murallas almenadas, circundadas á su vez por la extensa faja de palmeras que ciñe á la ciudad. Dicen que cuando llegan á aquella piedra los caminantes musulmanes, después de sus largos y peligrosos viajes, prorrumpen en gritos de entusiasmo al contemplar lo que en su idioma tan pintoresco y expresivo, llaman el mar de verdura, y que emocionados por la admirable belleza de aquel paraíso, entonan una plegaria á Allah é invocan á los santos patronos de la ciudad, *Sidi-Bel-Abbes*, y los *Siete Durmientes*, tan venerados, á fin de encontrar en la capital buena y franca hospitalidad. Al mismo tiempo, como piadoso homenaje, depositan en un lugar determinado una piedrecita, y estos *exvotos* forman ya un enorme montón, que se encuentra al lado del camino.

No es de extrañar que los árabes consideren el valle del Tensif como uno de los lugares más bellos del mundo. Pano-ramas semejantes se encuentran muy pocos, y su vista compensa con exceso las fatigas y molestias del viaje, causando, además, en nosotros una sensación anormal y paradójica el contemplar aquellas palmeras que dibujan su elegante silueta sobre un fondo brillante de inmaculadas nieves. Pero lo más admirable es la luz radiante y vivísima que todo lo rodea con una especie de aureola, y que derramándose entre aquella vegetación exuberante de vida, viene á romperse en las murallas rojizas de la ciudad y en los verdes y azules esmaltes de las torres, en las *Kubbas* encaladas y en el violáceo de las montañas, y reverberando en la nieve de las cumbres acaba por formar una sinfonía de colores que, recorriendo toda la gama de tonos y matices, amortigua todas las durezas y funde todos los detalles en un conjunto indescriptible de incomparable y serena belleza.

Y en la delectación de la visión extraordinaria y de la sensación deliciosa llegamos sin sentir al campamento levantado

en una verde pradera, regada por innumerables riachuelos y sombreada por infinitas palmeras que levantan al cielo sus airosos penachos, ya solas, luciendo sus formas elegantes, ya en grupos de cuatro ó cinco, muellemente enlazadas.

Como habíamos adelantado una jornada en el camino, no éramos esperados, y fué preciso avisar á la ciudad, distante aún unos seis kilómetros, nuestra feliz arribada. Pronto supimos que el Magzen no tenía dispuesto nada para nuestro ingreso solemne en la forma establecida por el ritual, sino para el miércoles, lo que nos obligaba á estar detenidos un día más en el campamento de *El-Kanthara*. No obstante, se hacía también saber al enviado de España, que si él lo deseaba se tomarían las disposiciones necesarias para que la recepción fuese al día siguiente. Todos ansiábamos terminar el viaje é instalarnos de un modo definitivo. Aunque la expedición no ha sido desagradable, ni la vida de campamento resultado molesta, el que más y el que menos siente sus deseos de encontrarse en una casa medianamente amueblada y con buenos lechos para descansar, así es que el Ministro, teniendo en cuenta las justas aspiraciones de la comitiva, contestó que no habiendo ningún inconveniente de importancia que á ello se opusiera, le agradaría verificar su ingreso lo más pronto posible, conviniéndose en que semejante ceremonia tendrá lugar mañana por la mañana.

La resolución fué acogida con júbilo por todo el mundo, y la tarde se ha pasado hablando de aquel acto solemnisimo, del que nos habían hecho descripciones maravillosas. Veremos si se confirman. También hemos paseado por el hermoso bosque de palmeras, sin dejar de visitar el grandioso puente sobre el río *Tusif*, que da nombre al lugar en que acampamos. Esta hermosa construcción de piedra y argamasa tiene quince ojos y más de cuatrocientos metros de largo. Se encuentra en estado ruinoso. El río apenas si trae agua, por más que, á juzgar por la importancia del puente, debe arrastrar extraordinario caudal en la época del deshielo.

Pasóse la tarde entre unas y otras cosas, y todos hemos cuidado de prepararnos debidamente para la solemne ceremonia de la entrada. Hánse abierto cajas y baúles, se han sacado los uniformes y nos vamos á acostar pensando en una fiesta original y sorprendente, y dando gracias al cielo por haber terminado felizmente tan larga y extravagante expedición.

CAPÍTULO III

La entrada solemne

Marrakesh, Dar Muley Ali, 24 de Abril de 1900.

Escena de comedia de magia, visión fantasmagórica, triunfo, apoteosis, aún no sé cómo definir el maravilloso espectáculo que hemos presenciado esta mañana, y digo mal presenciar, puesto que la Embajada ha desempeñado en él parte primordial é importantísima. Punto menos que imposible resulta describir cuadro tan estupendo de animación, luz y color, que más bien que realidad pudiera creerse la materialización de un sueño de *Las mil y una noches*. Según Enrique IV, París bien valía una misa; nosotros podemos decir que bien se pueden soportar las molestias y fatigas del viaje á Marrakesh, con tal de presenciar semejante ceremonia, incomparable por su bárbara grandeza y loco alarde de pompa exótica y realizada hasta lo sublime por el espléndido panorama en que se desarrolla; un admirable oasis africano, cubierto de palmeras que dominan las excelsas cumbres del Atlas, eternamente cubiertas de nieve.

A la hora señalada desde ayer tarde presentaba nuestro campamento un golpe de vista pintoresco y animado. Entre las tiendas, circulábamos todos, vestidos de uniforme y conversando con algunos miembros de la Embajada italiana, á la sazón en la corte del Sultán, que habían venido á saludarnos y á acompañar nuestra comitiva. Por otra parte, todo era bullicio, algazara y albórbola: los árabes de la escolta se agitaban corriendo en todas direcciones y sentidos, preparándolo todo y disponiéndolo según el orden que habíamos de seguir, establecido del siguiente modo: primero el *kaid-er-Rha*, con un destacamento de *mejaznias* á caballo, á manera de batidores; después el Embajador, llevando á su lado un intérprete, luego el personal de la Embajada dispuesto por orden de categorías, y en último lugar el resto de la escolta y la servidumbre.

Nos pusimos en marcha á las ocho de la mañana, en dirección al río Tensif, y no bien acabamos de cruzar el hermoso puente, hoy medio arruinado, cuando comenzó á desarrollarse ante nuestra vista el sorprendente espectáculo que presentaba la formación de caballería de las kabilas comarcanas. Formaban una línea regular situada á nuestra izquierda, y durante largo trecho del camino pudimos observar á aquellos jinetes tan bizarros, que montaban caballos de raza bereber, hermosos y fornidos. A medida que adelantábamos, algunos de aquellos pelotones se incorporaban á nuestro séquito, que iba aumentando paulatinamente.

El camino que recorriamos atravesaba el bosque de palmeras que se extiende por siete kilómetros de espesor en torno de la ciudad, cuyas torres se alzaban entre las ramas de los árboles, y como á cada paso nos aproximábamos hacia ella, comenzaron á verse á diestra y siniestra huertas y jardines de vegetación riquísima y frondosa. Entre los datileros crecían en abundancia vetustos y venerables olivos y graciosos granados cubiertos de flores rojas—la flor de Persephone—relucientes y deslumbrantes en medio de la ardiente luz solar que todo lo iluminaba. Enormes plantas de viña enlazaban sus sarmientos y pámpanos entre las palmas y demás árboles, describiendo círculos y curvas caprichosas, y un sin fin de florecillas menudas esmaltaban el suelo feraz, regado por innumerables canales que derraman en todas direcciones las aguas de los ríos Tensif é Issyl, fertilizadores forzados de toda la vega. El color rojizo del suelo prueba la generosidad de aquella tierra, y como el camino que recorremos debe ser sumamente transitado, una nube de polvo tenue y sutilísimo nos envuelve, esfumando los contornos de las cosas y revisitiéndolo todo de una especie de niebla de tono rosa pálido, que amortigua la cruda viveza de aquel colorido tan brillante y abigarrado.

La interminable fila de jinetes sigue á nuestra izquierda, durante centenares de metros, y á ella suceden las fuerzas de *askaris* (infantería regular), con sus variados y caprichosos uniformes. Desde este instante marchamos rodeados por numerosos soldados que maniobran con bastante habilidad, por más que fuera de temer que en semejante confusión, la punta de una de aquellas bayonetas causase un mal tercio á alguno de la comitiva.

De distancia en distancia, un grupo de jovenzuelos soplaban en sus clarines y trompetas, mientras que otros de sus compañeros redoblaban á todo trazo en sus tambores, armando un ruido ensordecedor, y en tanto, á nuestro encuentro, montan-

do briosos corceles ó pacíficas mulas, salian á recibirnos los altos dignatarios de la Corte; el Representante del Ministro de Negocios Extranjeros, puesto que desempeña el Gran Visir, que, según nos dicen, está enfermo, Abd-el-Krim Ben Soliman, conocido en nuestra patria por haber desempeñado el puesto de Secretario de la Embajada que, presidida por Sidi-Brisha, visitó la corte española á raíz de los sucesos de Melilla; el Introdutor de Embajadores, Kaid-el-Meshuar; el Mayordomo mayor de palacio; el *Basha* ó Gobernador de Marrakesh; dos funcionarios del Ministerio de la Guerra, uno de los cuales ha sido educado en Bélgica y habla perfectamente francés, mientras que su compañero no habla inglés, por haber estudiado algún tiempo en la Gran Bretaña. Este último, que desempeña interinamente el cargo de Ministro, vacante por la muerte de su último poseedor, Si Said, hermano del Gran Visir, el famoso *Ba-Ahmed-Ben-Muza*, nos dice que aquella misma mañana ha fallecido otro hermano del poderoso valido, quien se encuentra también bastante delicado. Es lo cierto que esta serie de calamidades, caídas sobre individuos de una misma familia, en plazo no muy largo, nos dan que pensar, sobre todo, recordando las tenebrosas intrigas de la política marroquí, y los medios empleados para deshacerse de los personajes que estorban.

Entre la abigarrada multitud que forman los magnates y su séquito, y las tropas del Sultán, se encuentran algunos europeos, y entre ellos el inglés Mr. Mac-Lean, antiguo oficial británico, hoy Kaid instructor de los ejércitos imperiales y personaje influyente en la corte, que viste un uniforme bastante parecido al de los spahis franceses, y los dos oficiales de artillería que componen la misión que Francia sostiene en permanencia cerca de S. M. Sheriffiana.

En una de las infinitas revueltas del camino, una mancha de color vivísimo hiere nuestra vista, al mismo tiempo que la más extraña algarabía musical sorprende nuestros oídos. Son los músicos del Sultán. Colocados sobre un terraplén, sombreado por un grupo de palmeras, forman dos filas. Visten largas túnicas verdes y rojas, con amplias mangas flotantes, y ciñen sus frentes gorros puntiagudos de idéntico color que el traje. Empuñan sendos instrumentos de cobre dorado, que relucen al sol, y adoptan actitudes hieráticas. Apenas nos ven, comienzan á tocar al unísono una especie de marcha solemne y pausada, de ritmo exótico, pero no desprovisto de majestad. La melodía extravagante resuena simultáneamente en toda la escala de los sonidos, y la reproducen al mismo tiempo el agudo y chillón flautín, y el grave y bronco bombardón, en tanto

que el bombo implacable é impasible marca todos los tiempos fuertes fuera del compás. Nadie puede imaginarse nada más bárbaro que aquella música desentonada y salvaje. Los intérpretes ejecutan la melodía (si puede dársele semejante nombre) con sin igual entusiasmo; sus carrillos se hinchan y de las fauces abiertas de los instrumentos brotan verdaderos mugidos que atruenan el espacio. Tocan lo más fuerte que pueden, como poseídos de la grandeza de la misión que desempeñan, y permanecen hieráticos, encantados, escuchando el formidable estruendo que producen. Semejante marcha saluda siempre la aparición del Príncipe de los Creyentes; en tiempos pasados, después de la guerra de Africa, el himno nacional marroquí era una especie de marcha real española echada á perder; hoy ha cambiado y lo sustituye esa otra composición, apropiada como ninguna para resonar en presencia de un Soberano, Emperador y Pontífice, cuyo poder despótico ejerce la más completa tiranía sobre un pueblo de esclavos, que le contemplan extasiados, como al legítimo representante del Todopoderoso en este mundo.

Nuestra comitiva, que se ha aumentado visiblemente por habersele incorporado los ministros y magnates con sus séquitos respectivos, camina con verdadera dificultad á través de un verdadero océano humano, cuyas oleadas tratan de contener inútilmente los soldados que nos rodean. Toda la ciudad presencia nuestro paso, pues el Sultán, según añeja costumbre, ha ordenado que los habitantes de la capital salgan á recibir y festejar sus huéspedes. Ansiosos de asistir al espectáculo siempre nuevo y original, puede calcularse que más de veinte mil individuos, ya formando masa compacta, ya subidos en palmeras ú olivos, contemplan la entrada solemne, triunfal pudiera decirse, de la Embajada española, saludándonos con gritos de bienvenida; y era de ver aquella inmensidad de cabezas expresivas que fijan en nosotros penetrantes miradas y se agitan con entusiasmo. Es tal la aglomeración, que vemos desgajarse las ramas de un corpulento olivo, incapaz de resistir el racimo de criaturas que de ellas se habian suspendido.

La variedad de tipos y figuras saltaba á la vista. Conviene no olvidar que la población del imperio es de lo más heterogénea que pueda imaginarse. Se compone, en efecto, de bereberes, la raza indígena; de moros, de árabes, de *amazirgas* y *xilajs*, pueblos de origen cananeo, que habitan las montañas del Atlas y los territorios del Sur; de hebreos, á quienes los *amazirgas* llaman *Philistim*; sin contar negros de Guinea, Senegambia y el Sudán. Los árabes son, por lo general, nómadas,

y desde el siglo IX que llegaron al *Magreb*, viven en sus *duares*, que transportan á los lugares donde encuentran pastos para el ganado. Los *amazirgas* y *xilojs* viven en aldeas, y refugiados en territorios abruptos y escarpados, apenas reconocen—fuera del orden religioso—la autoridad del Sultán; al primero de estos pueblos pertenecen los *rirafas*, habitantes del Riff, y nuestros vecinos de Ceuta. En cuanto á los moros refugiados de España, que constituyen la clase más culta, civilizada é inteligente, habitan en las ciudades y desempeñan casi sin excepción los altos puestos como *Ameñes*, *kaides* y *Bashas*.

Confieso que marchaba insensiblemente, embebecido por el maravilloso espectáculo. A veces parecíame ser un monarca de aquellos de los cuentos de hadas, que penetra triunfador en la capital de sus estados, en medio del delirante entusiasmo de sus súbditos; ó bien, por el contrario, creía actuar de comparsa en una de aquellas magníficas procesiones que solemos presenciar en los grandes teatros de ópera. La pompa del segundo acto de *Aida* se presentaba con insistencia á mi memoria, y á ello contribuía, sin duda alguna, aquel grupo de músicos de todos colores, que en actitud hierática continuaban tocando su marcha bárbara, salvaje y grandiosa, cuyo ritmo señalaban fuera de tiempo los fuertes golpes del bombo. La ceremonia, con todo su lujo oriental y su brutal grandeza, resultaba sorprendente é inesperada para nuestras mezuquinas fantasías de europeos que han olvidado desde hace ya tanto tiempo aquellos actos solemnes con que toma parte activa todo un pueblo.

Poco á poco nos habíamos aproximado á la ciudad. La cúpula verde del santuario de *Sidi-Bel-Abbes* brillaba á lo lejos, y las murallas rojas, con sus torres y almenas, cerraban el horizonte con una línea accidentada y sinuosa. *Bab-el-Djemis*, la puerta del jueves, se hallaba frente á nosotros, pero no debíamos entrar por ella en Marrakesh, pues con el fin de evitar recorrer las tortuosas calles de la ciudad, continuamos bordeando las murallas hasta *Bab-Dukala*, la puerta que se halló más aproximada al palacio de Muley Ali, residencia que nos ha sido destinada.

Sobre las murallas, en las terrazas de las casas, en las torres, en todas partes, divisamos blancas manchas que se movían y agitaban con vivacidad extraordinaria; eran las mujeres que, envueltas en sus niveos mantos, presenciaban el espectáculo y entusiasmadas por el golpe de vista deslumbrador, y ateniéndose á la etiqueta, prorrumpían en agudos y penetrantes chillidos, especie de grito de júbilo y saludo de

bienvenida, que dominaba el ensordecedor estrépito de la charanga, que prosigue lanzando á todo trapo su invariable tocata; y de las innumerables bandas de cornetas y tambores que resuenan á más y mejor.

Declaro que estaba anonadado y confundido, que jamás había imaginado nada semejante y que me faltaban ojos con que ver y oídos con que oír. Aquel conjunto de colores que cambiaba con la frecuencia y rapidez de un kaleidoscopio, sucediéndose, á los albornoces blancos de los magnates, las chaquetas rojas de los soldados; á las túnicas verdes de los músicos, los infinitos matices de las chilabas del pueblo; todo ello, confundiéndose y compenetrándose, aturdió y mareaba; aumentando el efecto aquel mar de cabezas y brazos que se movían en todas direcciones, aquellos racimos humanos suspendidos de los árboles, el maravilloso bosque de palmeras, los muros rojos de la ciudad, las torres esmaltadas, las cumbres deslumbradoras del Atlas cubiertas de nieve, el cielo azul purísimo, el sol difundiendo sus rayos por todas partes, los gritos de entusiasmo de la muchedumbre, los saludos y zalemas de los magnates, las voces de mando de los jefes, los alaridos de las mujeres, la tocata de la charanga, los sonidos de los clarines y el redoblar de los tambores, los disparos de las espingardas haciendo salvas de honor, en fin, una confusión de ruidos y cosas diversas que, envueltas en una nube de polvo finísimo de tono rosa pálido, asemejaban un sueño ó una fantástica visión.

Arrastrados por el torrente que formaba la comitiva, sin darnos cuenta pasamos bajo las murallas de la Puerta de Dukala, recorrimos algunas calles tortuosas y estrechas que sombreaban una especie de enrejado cubierto con lienzos y hojas de palmera; llegamos á una gran plaza en que se alzaba la mezquita de la Kotubía con su bellissimo alminar; y después de franquear una puertecita abierta en un blanco muro, sentimos una deliciosa sensación de frescura al hallarnos bajo los árboles del jardín del palacio de Muley Ali, nuestra vivienda en Marrakesh.

Llevábamos dos horas de marcha rodeados de aquella multitud y de aquel estrépito, y nos encontrábamos ansiosos de un poco de soledad y silencio. Unicamente los Ministros y altos funcionarios penetraron con nosotros en el recinto del hermoso palacio, especie de Alhambra en bruto, con grandes patios y hermosos jardines, sin duda, con objeto de instalar al Embajador en sus habitaciones. Durante algún tiempo continuó aquello pareciendo la torre de Babel; pues allí se hablaba árabe, español, italiano, francés, inglés, qué sé yo, cru-

zándose las órdenes en todos los idiomas. Los funcionarios marroquíes pronunciaban á todos y á cada cual largos discursos, en que los expresivos saludos de bienvenida se mezclaban con las corteses hipérboles usadas por los Orientales y propias del caso.

Unos tras otros, fueron todos retirándose, y ya solos, se procedió á la distribución de las habitaciones. Por mi parte me tocó en suerte un precioso camarín que había de compartir con mi entrañable amigo Jaime de Ojeda, y que abría sobre un jardín encantador, plantado de naranjos, mirtos y arrayanes, lleno de rosales floridos y fuentes murmuradoras, y rodeado de altas murallas que dominaba la torre de la Kotubía. Formaba aquello un voluptuoso retiro. A la anterior algazara había sucedido un silencio dulcísimo, y comencé á sentir una impresión de delicioso bienestar. Todos los nuevos habitantes de *Dar Muley Ali* descansaban, y yo, por mi parte, después de echar sobre la puerta entreabierta una cortina de paño azul que dejaba entrar una luz tenue y suave, intenté hacer lo propio. Por más que hacía no me era posible apartar ni un momento de mi imaginación la visión del maravilloso espectáculo que acabábamos de presenciar, verdaderamente indescriptible, y traté de fijar sus detalles escribiendo las presentes líneas. Estaba rendido por el cansancio, y, sin querer, invitado á ello por aquella tranquilidad deliciosa, quedéme dormido... La voz planífera del Almuédano, que desde lo alto de la torre de la mezquita vecina llamaba los fieles á la oración, me despertó en el preciso momento en que soñaba que era el Príncipe Aladino que acababa de entrar triunfante en la maravillosa ciudad de Samarcanda.

CAPÍTULO IV

Un poco de historia antigua

Dar Muley Ali, 30 Abril 1900.

Siempre me ha gustado sobremanera conocer el pasado de las ciudades en que he tenido que residir, ya por obligación, ya por capricho, y en lo que concierne á la capital del Imperio

magrebino, sentía verdadera curiosidad por averiguar su historia, envuelta en sombras y casi ignorada, por más que tenga bastantes relaciones con algunos episodios interesantes de la de nuestra patria. Como la enfermedad que aqueja al Gran Visir nos tiene en ocio forzoso, puesto que es inútil intentar nada sin contar con la intervención del famoso Ba-Ahmen Ben Muza, que ha asumido en su persona todas las atribuciones y facultades del poder, y como aún no conozco bastante la ciudad para pasearme por ella libremente y poderla visitar á mi antojo, he dedicado estos días á estudiar el pasado de Marrakesh, una de las capitales más famosas de la Edad Media. En previsión de una larga estancia en regiones tan incultas é incivilizadas, todos hemos traído libros de estudio y recreo, que forman una buena biblioteca, de modo que en unión del reverendo padre Cervera, orientalista consumado, y auxiliado por mi buen amigo don Reginaldo Ruiz, que, como nacido en Tánger, posee admirablemente el idioma que se habla en Marruecos, puedo recoger gran acopio de datos que satisfacen sobradamente mi curiosidad.

Los orígenes de Marrakesh no son anteriores al siglo XI. Según refieren los historiadores marroquíes, hacia el año 1038 habitaba en las vertientes Sur del Atlas un pueblo llamado *Zenhachas* que aún desconocía la religión mahometana, ya extendida por casi todo el Magreb. En aquel año, Abdalla-ben-Yasin salió del Sus, su país natal, para predicar á aquellas gentes la doctrina del Alcorán. Apenas comenzó su propaganda, innumerables tribus acudieron presurosas á escuchar sus lecciones, distinguiéndose especialmente la de Lemtuna. No tardó el nuevo apóstol en hallarse rodeado de unos mil discípulos, prosélitos fanáticos dispuestos á todo, á quienes dió el nombre de *El-Morabitum* (los ermitaños) fundando así la tribu que andando los tiempos había de dominar en España, y cuyos miembros fueron designados entre nosotros con el epíteto de *almoravides*. Apenas Abdallah se vió al frente de aquellas gentes, siguiendo las prácticas mahometanas, quiso imponer por fuerza su religión á algunas tribus vecinas que aún se oponían á convertirse, y al efecto les declaró la guerra. Bien pronto su poder se extendió hasta el Sudán, conquistando también gran parte del Magreb, hasta Sichilmesa, y todo el país del Draá.

Abdallah, agradecido á que los lemtunas habían sido siempre sus más fieles partidarios, eligió uno de ellos para su lugarteniente ó jalifa, Abubecr-ben-Omar, que fué el encargado de continuar la guerra por los territorios de *Sus-el-Aksa*, que conquistó, ayudado por su primo *Yusef-ben-Taxefin*, quien

mandaba la vanguardia del ejército. Entonces ocuparon también la vertiente Norte del Atlas y la antigua ciudad romana de *Aghmat*, donde se establecieron.

En 1059 murió Abdallah-ben-Yasin, y los almoravides eligieron como caudillo al infatigable Abubecr, que continuó extendiendo sus conquistas por el país de los *Berghuata* y de los *Beni-Ifran*. En *Aghmat*, capital de su Imperio, recibió la noticia de que algunas kabilas del Sus y del Sahara se habían sublevado, y al punto marchó con el propósito de dominar á los rebeldes, dejando el mando de la mitad de sus tropas á Yusef-ben-Taxefin, que si bien en un principio fué considerado como jalifa de Abubecr, no tardó en concebir la idea de declararse independiente y dueño absoluto del Magreb. Comenzó por someter bajo su dominio á todas las tribus vecinas, llegando á hacerse tan poderoso y popular, que al regresar Abubecr vencedor y conocer los proyectos de su lugarteniente, no quiso intentar una lucha cuyo triunfo era dudoso, dadas las fuerzas de su rival, y con el fin de no perderlo todo, pidió una entrevista á Yusef, y en ella le felicitó por sus victorias, renunció á sus pretensiones sobre los territorios situados al Norte del Atlas, y se volvió al desierto, donde continuó gobernando las tribus que le habían permanecido fieles y predicando el Alcorán hasta la época de su muerte, acaecida en 1087.

Comprendiendo Yusef que la ciudad de *Aghmat* era pequeña para ser la capital del creciente Imperio de los almoravides, se decidió á fundar á poca distancia de ella, en la fértil llanura que riegan los ríos Tensif é Issyl, á Marrakesh, ciudad que su sucesor Abu-Yusef-Yacub-Almanzur, el vencedor de Alarcos, había de elevar á su mayor apogeo durante el siglo XII. Al efecto, el año 454 de la Hégira (1062 de nuestra Era), después de haberse proclamado *Amir-el-Muslimin* (príncipe de los musulimes), compró una vasta extensión de terreno á los Mazamudas (1) y allí construyó una mezquita para la oración y una pequeña alcazaba para guardar sus tesoros y armas, sin que rodeara de murallas dichas construcciones, con el objeto de que pudiera ir extendiéndose libremente la ciudad.

Yusef-ben-Taxefin llegó á hacerse sumamente poderoso. No contento con ser dueño del Magreb, al frente de 40.000 esforzados almoravides conquistó á Tánger y Ceuta, defendi-

(1) Noticias tomadas del libro árabe titulado: *Kitab el istikza bi ajbar Dul el Magreb el Akzu* (Compendio de la historia del extremo Occidente), escrito en el presente siglo por el autor marroquí el Xiej-Ahmed ben-Yaled ennaziri esselauí.

das por los árabes andaluces; destruyó á las dos tribus que se disputaban el imperio de Fez, los Beni-Ifran y los Maghrauas: se apoderó de Orán, Argel y Túnez, no parando hasta llegar á las fronteras de Egipto. Jamás se habia conocido en Africa un Imperio musulmico tan dilatado. Es verdad que, según los cronistas árabes, el ilustre caudillo estaba dotado de grandes cualidades. Astuto, valiente, intrépido, ambicioso, hábil para conquistar naciones y más apto aún para gobernarlas, es indudable que supo aprovechar las circunstancias favorables y sobre todo el estado de decadencia en que se encontraba entonces el Imperio del Magreb. Los últimos monarcas *zenetas* que allí reinaron eran demasiado débiles para oponerse al empuje de aquellas tribus tan atrevidas y valerosas, y por su parte en nada podían ayudarles los califas de Córdoba, tan desvalidos, que apenas si podían defenderse de los ataques de los reyes cristianos.

La fama del fundador de Marraskesh fué tan grande, que el Emir de Sevilla, Mohammed Ben Abbés, le llamó para que le auxiliase contra el Rey Alfonso VI de Castilla. Acudió á su favor Yusef Ben Taxefin, y se embarcó en Ceuta en 1086, pasando á España, donde derrotó al ejército castellano en Zalaca, y redujo á la obediencia al Emir de Sevilla, su defendido. Hizo posteriormente cuatro viajes más á la Península, acabando por hacer feudatarios suyos á todos los reyezuelos árabes que en ella habia. Afirman los historiadores marroquies que el primer *Amir-el-Mustimin* vivió cien años, pues habia nacido en el desierto en 1006, y murió en su capital de Marrakesh en 1106; y que, á pesar de su inmenso poderío y de su gran renombre como político y conquistador, quiso ser enterrado modestamente.

Le sucedió en el trono su hijo Ali, apodado *Abulhassain*, cuya madre fué una cristiana cautiva llamada *Kumsa*, luna. En este reinado se verificó la batalla de Uclés, tan desastrosa para los españoles. Pero si la suerte le fué favorable en nuestra patria, donde, á más de semejante triunfo, pudo conquistar en 1115 las islas Baleares, no le ocurrió lo mismo en Africa; pues allí sufrió grandes reveses de una nueva tribu, formada en el corazón del Atlas y destinada á apoderarse del imperio de los Almoravides. En efecto; un hombre de obscura condición, nacido en España, Mohammed Ben Aldalla-el-Mehdi, después de haber estudiado en Bagdad, regresó á Marruecos con el firme propósito de modificar las costumbres religiosas de los mahometanos, un tanto relajadas, y para ello comenzó á predicar en las montañas y en los campos, fundando una nueva asociación, que se llamó de los *el-Muahhe*

dim (1), al frente de la cual declaró la guerra á los poseedores del Magreb, combatiendo resueltamente y con éxito lisonjero á *Abulahassain*, y al hijo y sucesor de este Abu Amar, penúltimo Emir de esta dinastía, cuyo último baluarte fué Marrakesh, única ciudad que quedó fiel á Ishac, hermano de Abu Amar, muerto en 1146, cuando Abdelmumen, segundo Emir de los Almohades, tomó aquella capital. Refiere el historiador Abu Mohammed, en su *Rudh el Kartás* (2), que al entrar los conquistadores en la ciudad de Marrakesh, la dejaron casi despoblada, pues mataron más de 70.000 de sus habitantes, apoderándose de sus riquezas.

Abdelmumen, que cambió el título de *Amir-el-muslimin* por el de *Amir-el-Mumenin* (Príncipe de los creyentes, el Miramamolín de nuestros mayores), fué padre de Abu Yusef, y abuelo del famoso Yacub-Almanzur, el vencedor de Alarcos, que fué proclamado Sultán en 1184, y elevó su Imperio al mayor grado de esplendor. El fué quien dotó de aguas á la ciudad de Marrakesh, y quien, al regreso de España, vencedor, mandó construir la hermosa puerta de *Aguinao* y la magnífica torre de la *Kotubia*, análoga á la que había hecho edificar en Sevilla, y hoy denominamos la *Giralda*. Con los 13.000 cautivos españoles que trajo de sus guerras, engrandeció su capital y plantó el extenso bosque de palmeras que la rodea. En su reinado florecieron las artes y las letras, y de aquellos tiempos datan los más hermosos monumentos que se conservan en Marrakesh y en la famosa ciudad de Rabat, fundación suya.

Los almohades dominaron bastante tiempo en el Magreb, por más que tuvieron que sufrir continuas rebeliones y guerras intestinas, especialmente cuando vacaba el trono. En 1227 ocurrió una sublevación importante, en cuya terminación desempeñaron gran papel los españoles. En aquella fecha, los Xiejes de Marruecos asesinaron á su jefe el Emir *el-Adel*, y aunque al punto hicieron saber su sumisión á su hermano y legítimo heredero Abuláala (el Abulí de Mariana) á la sazón gobernador de Andalucía, que se había declarado soberano independiente bajo el nombre de El Mamum, no esperaron su respuesta, aceptando el trono, y proclamaron desde luego Emir á un sobrino del difunto, *Yahya-ben-en-Nazer-ben-el-Manzur*. Al saber tal noticia, El Mamum decidió mantener sus derechos, y al efecto pidió auxilio al Rey de Castilla,

(1) *El-Muahhedim*, los unitarios, los que creen en la unidad divina, de cuya palabra proviene la castellana de almohades.

(2) Traducción de A. de Beaumier. París, 1860.

Fernando III, quien le concedió un cuerpo de 12.000 guerreros españoles, estipulando la condición precisa de que, una vez conquistada la capital del Imperio, podrían establecerse libremente en Marrakesh, levantando iglesias y campanarios, y practicando públicamente la religión cristiana. Con semejante refuerzo, El Mamum pasó á Africa, llegando hasta las cercanías de Marrakesh, donde en 1230 encontró al ejército de Yahya, y, tras larga y reñida batalla, lo destruyó por completo, penetrando victorioso en la capital. El triunfador cumplimentó fielmente lo que pactara con el monarca español, entregando á los caballeros el arrabal de la ciudad, llamado *El Bord*, y edificándoles una iglesia. De este modo se constituyó un grupo numeroso de españoles que residían en la misma capital del Imperio magrebino, pues á los recién llegados había que aumentar los muchos descendientes de los cautivos que á ella trajeran Taxefin y Yacub-el-Manzur. El vencido Yahya se refugió en las altas montañas del Atlas, donde fué reuniendo poco á poco á sus antiguos partidarios y á buen número de nuevos prosélitos, esperando con paciencia una ocasión propicia para recuperar el trono. No tardó ésta en presentarse, pues El Mamum fué perdiendo, una tras otra, todas las provincias y ciudades que poseía en la Península, y hasta su mismo hermano Abu Musa, Gobernador de Ceuta, se sublevó, declarándose Emir independiente. Hubo el Sultán de acudir á castigarlo, llevando en su compañía á la mayor parte de los soldados cristianos que tan fieles le habían sido, y para ello vióse precisado á dejar la ciudad abandonada. Aprovechó Yahya la oportunidad; al punto asaltó á Marrakesh, que hubo de rendirse, y sus fuerzas entraron en la capital á sangre y fuego, destruyendo la iglesia cristiana y pasando á cuchillo los españoles que allí habían quedado. El Mamum pereció en el sitio de Ceuta; pero *Erraxid*, hijo suyo y de una cautiva cristiana, vengó su memoria y recuperó la corona y la ciudad de Marrakesh, auxiliado por aquellos caballeros cristianos que acompañaron á su padre en su desastrosa expedición.

Durante todo el tiempo que los almohades dominaron en el Magreb, Marrakesh fué la capital de su Imperio. Pero esta dinastía debía fatalmente seguir la misma suerte que la de los almoravides. Las rebeliones de las provincias se sucedían sin interrupción, y los últimos emires de esta raza fueron rudamente combatidos por sus propios súbditos. Con el reinado de *El Mamum* había comenzado la decadencia. Una nueva tribu, los Beni-Merines, descendientes de los antiguos Zenetas, señores de Fez, llenos de pujanza y brio, supieron aprovechar la debilidad de los últimos emires almohades, y si bien en un

principio se contentaron con arrebatárles el dominio de la capital de sus mayores, y proclamarse emires independientes, fueron aumentando tanto sus conquistas que, en 1267, Abu-Dabbús, el último emperador almohade, tuvo que pedir auxilio á Abu-Yusef-Yacub, emir de Fez, para recuperar la capital de su reducido Imperio, ofreciendo cederle la mitad de los territorios que recobrase. Logró Abu-Dabbús sus propósitos, pero una vez dueño de Marrakesh se negó á cumplir lo prometido, por lo que Abu-Yusef le declaró la guerra, y encontrando á sus ejércitos en las llanuras de Dukala, le derrotó por completo, pereciendo en el combate Abu-Dabbús y con él la dinastía almohade.

Con la toma de Marrakesh, consolidó Abu-Yusef-Yacub, por sobrenombre *el Manzur*—el victorioso—el Imperio de los Beni-Merines. Durante su reinado mantuvo constantes relaciones con los españoles, quienes habían tomado gran parte en las guerras anteriores, favoreciendo ya á una dinastía, ya á otra, pero comportándose siempre, según testimonio de los historiadores musulmanes, con completa lealtad é hidalguía. En 1284, Abu-Yusef recibía en Marrakesh á don Alonso Pérez de Guzmán, el futuro héroe de Tarifa, enviado por don Alfonso el Sabio, con objeto de que empeñase su corona en 60.000 doblas de oro, para poder combatir á su hijo don Sancho. El segundo *el Manzur* no pudo igualar la gloria de su antecesor. La grandeza del Imperio musulmico de Occidente había concluido con la dinastía almohade. Este Sultán trasladó la capital de sus Estados á Fez, y allí, en la famosa Universidad que tanto fomentara, depositó todos los libros que le remitió, accediendo á su petición, el rey don Sancho de Castilla. Sus sucesores tuvieron que reprimir continuas rebeliones, y los gobernadores de Marrakesh no fueron, ciertamente, los menos levantiscos, siendo de citar la sublevación de Yusef-Ben-Mohammed, en el reinado de Abu-Tabet, quien logró castigar á los rebeldes, y tras largo sitio recuperar la capital, haciendo matar á los cristianos españoles que en ella había. Por su parte, los monarcas castellanos continuaban la gran obra de la reconquista y atacaban rudamente las fuerzas mahometanas. La batalla del Salado fué un golpe mortal para el poder de los Beni-Merines, que en ella perdieron—así lo afirman los historiadores musulmanes—más de doscientos mil soldados. En 1374 el Magreb estaba dividido en dos reinos: el de Fez y el de Marrakesh, reinando en cada uno de ellos Abulabas y Abderahman, pero semejante estado de cosas duró poco tiempo, resbleciendo al fin el primero la unidad del Imperio, que si en tiempos anteriores fuera poderoso y extenso, era en la época

de que tratamos un verdadero caos. Los aspirantes al vacilante trono eran tantos cuantos se creían con fuerzas para conquistarlo; la autoridad de los legítimos soberanos era completamente desconocida, nadie acataba sus mandatos, y las pasiones del pueblo se desbordaron en forma que acabó por reinar la más espantosa anarquía. Habían perdido los sultanes magrebinos todos los territorios que poseyeran en España, y los cristianos comenzaban á ocupar algunas de sus ciudades. En 1415 los portugueses tomaron á Ceuta, y algunos años después á Alcázar Zeguer.

Si el Gobierno de los sultanes Beni-Merines fué desastroso para Marruecos, no lo fué menos el de sus sucesores los Beni-Uatas, dinastía fundada por el Xiej Adu Abdalah el-Uatasi, y que sólo dió cuatro reyes al trono. En su tiempo ocuparon los españoles á Melilla (1497), y el conde Pedro Navarro conquistó el Peñón de la Gomera, una de las mayores guaridas de piratas del Mediterráneo, y paseó sus armas triunfadoras por parte de la costa marroquí, al par que los portugueses se hacían fuertes en las plazas de Tánger y Arcila. Mientras tanto, en las comarcas del Daráa vivía un sabio religioso, muy dado á la lectura del Alcorán y muy versado en la magia y ciencias naturales, que se decía descendiente de Mahoma por Abutalez y Alí, el esposo de Fátima. Llamábase Mohammed el-Kaim, y comprendiendo que, dado el estado de decadencia del Magreb, le sería muy fácil apoderarse del trono, decidió poner en juego todos los resortes que su ilustración nada común y la oportuna explotación del fanatismo podían proporcionarle. Al afecto, aleccionó convenientemente á sus hijos, que llegaron á ocupar altísimos puestos en la corte, llegando á ser uno de ellos ayo y preceptor de los Príncipes, hijos del penúltimo Sultán Beni Uata, adquiriendo tal influencia sobre éste, que consiguieron convencerle les encargara la proclamación de la guerra santa contra los cristianos, que ocupaban algunas ciudades del reino. Pero la guerra religiosa fué sólo un pretexto que les sirvió para adquirir gloria y prestigio: así que en la primera ocasión conveniente se hicieron fuertes en Tarudant, y conquistaron á Marrakesh, gobernada á la sazón por Nazer Abu Xatnuf, con cierta independencia de los Emires de Fez, á quienes pagaban tan sólo un pequeño tributo.

Las predicaciones de los Sherifes Hassanies levantaron los ánimos del pueblo, que emprendió la guerra contra los cristianos, bloqueando el Peñón de Vélez, que su Gobernador don Juan de Villalobos dejó sorprender desgraciadamente en 1522, y dos años después, los mismos hijos del Marabut Mohammed el Kaim, ya dueños de Marrakesh, sitiaron el fortín que Es-

paña tenía en el puerto de Guáder ó Agadir, también llamado Santa Cruz de Mar Pequeña, que era gobernado por don Bernardino de Anaya. Defendiéronse los españoles con inusitado valor, pero viendo que no recibían los socorros que pidieron á las Canarias, se rindieron, y los Sherifes arrasaron la fortaleza. Carlos V, al saberlo, ordenó que se reedificara, pero jamás se cumplió semejante mandato.

Con tan señalados triunfos, los Sherifes Hassanies aumentaron considerablemente sus partidarios, y ya bastante fuertes, se proclamaron, Ahmed-el Aárech, Rey de Marruecos, y su hermano Mahommed ex-Xiej, Rey del Sus y del Daráa, negándose á reconocer la autoridad del Sultán Beni Uata, Abulabas, quien acudió á combatirlos, pero fué vencido miserablemente en las márgenes del río *Guadeldíbid*. En este sangriento combate tomó parte activa el desgraciado Boabdil, último Rey de Granada, y de este modo los Sherifes Hassanies se afirmaron definitivamente en el trono del Magreb. Naturalmente, en gentes tan ambiciosas, no tardó en envidiar un hermano á otro los territorios que poseía, y tras una lucha cruel y larga, Mahommed ex-Xiej entró en la ciudad de Marrakesh, y quedó como dueño y señor absoluto de todo el Imperio.

En las Cortes de Monzón prometió Felipe II destinar una escuadra para que defendiese las costas del Mediterráneo contra los piratas marroquíes, y cumplimentando su oferta, envió á don García de Toledo, Virrey de Cataluña, quien recobró en 1564 la plaza del Peñón, quedando encargado de su defensa don Alvaro de Bazán. A pesar de este y de otros reveses, los Sherifes Hassanies supieron aumentar su prestigio, que se acreció muchísimo después de la batalla de Alcazarquivir, tan desgraciada para las armas cristianas, y en la que perecieron no sólo el desgraciado Rey don Sebastián y la flor de la nobleza portuguesa, sino el Sultán Abdelmalic el Moluc, y el pretendiente Abu Abdalah Mahommed (1). A raíz de la victoria, los árabes proclamaron por Emir á Abulábbas Ahmed el Manzur, hermano del difunto Abdelmalic, cuyo primer acto político fué celebrar paces y amistad con Felipe II, dedicándose á extender sus dominios por la parte del Sáhara, llegando hasta Timbuctu y las primeras poblaciones de Guinea, y haciendo sus tributarios á casi todos los reyezuelos del Africa central. El reinado de este Sultán fué sumamente notable, adquiriendo el país bajo su acertado go-

(1) Para más detalles, véase la descripción de la batalla de Alcazarquivir ó de los tres Reyes, que hace el señor don José María de Murga, en su interesante libro *Recuerdos Marroquíes*. Bilbao, 1868.

bierno un grado de florecimiento y bienestar, como hacia mucho tiempo que no se conocía. Precisamente en su palacio de Marrakesh recibió al Embajador de Felipe II, don Pedro Venegas de Córdoba, que llevaba la misión de obtener la libertad de los cautivos de la batalla de Alcazarquivir, y de recoger los restos del malogrado don Sebastián, que el monarca español hizo depositar en el Monasterio de Belem, cerca de las tumbas de sus abuelos. Otro de los asuntos encomendados al Embajador, era tratar el cambio de Mazagán por Larache, plaza importantísima, cuyo puerto, á juicio del gran monarca español, *valía el solo todo el Africa*; pero el astuto Abulabbas ed-Dahabi, supo hábilmente prolongar durante cinco ó seis años las negociaciones entabladas con don Pedro Venegas y Diego Marin, representantes del ilustre hijo de Carlos V, y sin alterar la amistad con España, siempre accedía á lo propuesto, sin comprometerse formalmente, ni dar motivo para romper las relaciones cordiales que mantenía con el Rey Católico.

Abulabbas murió sin realizar los deseos de Felipe II, pero estaba escrito que Larache habia de ser español. Uno de sus sucesores, el Sherif Muley ex-Xiej, hubo de pedir socorro á Felipe III, ofreciéndole en cambio la deseada ciudad, que entregó religiosamente en 1610 á don Juan de Mendoza. Su hermano y heredero Muley Zidan pretendió, aunque en vano, recuperarla, y excitado por los moriscos expulsados de España, llegó á concebir la atrevida idea de declarar la guerra al Rey católico, proyecto que no llegó á realizar, si bien obligó á España á mantener una activa vigilancia en las costas y mares de Marruecos. En todo este reinado las armas españolas triunfaron repetidas veces de las mahometanas. En 1614 don Luis Fajardo realizaba aquella famosa expedición que dió por resultado la conquista de Mehdia ó Maâmora; cinco años despues, don Antonio de la Cueva defendía valientemente á Larache y bombardeaba á Arcila, tanto, que llegamos á poseer en el litoral africano las plazas de Orán, Mazalquivir, Melilla, Alhucemas, el Peñón, Ceuta, Tánger, Larache, Mehdia y Mazagán, que formaban una línea defensiva de las costas, y que necesariamente impedían las expediciones piráticas, que si no terminaron para siempre después de los terribles golpes que España les diera en tiempos de Felipe III y Felipe IV, fué por culpa de los Gobiernos de Francia, Inglaterra y Holanda, que ya oculta, ya manifestamente favorecieron en cuanto podían á los mahometanos.

Los misioneros franciscanos españoles se habian establecido por todo el Imperio y podían practicar libremente la religión cristiana, hasta en la misma ciudad de Marrakesh. Mu-

chos sultanes les prestaron su ayuda y habían logrado levantar numerosas iglesias y monasterios. Pero el Emir Abu Yacid el-Ualid, fanático y sanguinario, martirizó por su propia mano en la capital de sus estados al Venerable Fray Juan de Prado, haciéndole sufrir, lo mismo que á dos de sus compañeros, horribles tormentos. Una dramática conspiración motivada por sus crueldades y excesos le privó del trono, que fué ocupado por su sobrino Abu Abdalah Mohammed, que dió libertad á los prisioneros franciscanos que habían sobrevivido á la persecución, cediéndoles además á perpetuidad la antigua iglesia que poseían en la *Sagena* ó cárcel de los cautivos. Este Sultán recibió en Marrakesh una Embajada que le enviaba el Duque de Medina Sidonia, á quien, como Capitán general de Andalucía, le convenia sostener buenas relaciones con los dueños del Magreb. El franciscano Fray Nicolás de Velasco fué el enviado del prócer español, y saliendo de Cádiz, llegó á Mazagán, prosiguiendo hasta Marrakesh, donde fué recibido con la solemnidad acostumbrada en las cortes orientales. Tres años después, en 1640, Muley Abdallah le devolvía la visita por medio de otro fraile, Fray Matías de San Francisco, compañero del mártir Juan de Prado, á quien encargaba solicitase el apoyo de España, pues temia con sobrada razón que los Sherifes Filalis, que habían levantado bandera en el Sur del imperio, erigiéndose en Señores de Tafílete y venciendo al ejército del Sultán, pretendieran desposeerle del trono. Con este motivo, entabláronse relaciones muy cordiales entre ambos reinos. El Duque de Medina Sidonia, después de oír á Fray Matías, le aconsejó que volviese á Marruecos, dándole por compañero á don Juan de Montellano, y encargándole que llevase al Emperador una carta, en la que le encarecía la conveniencia de que enviase una Embajada al monarca español. Interesado el Sultán en seguir las negociaciones, determinó enviar á Madrid al mismo Fray Matías, con objeto de que acompañase á su pariente Hamed en-Nabili, que llevaba su representación. Apenas desembarcó en Sanlúcar, el Embajador marroquí, sobresaltado y creyéndose prisionero, se negó á proseguir su viaje, empenándose en regresar á Marruecos, por lo que Fray Matías fué quien llegó hasta Felipe IV, desempeñando su comisión, y muriendo en Córdoba en 1644 cuando disponia su viaje de regreso. A pesar de las críticas circunstancias por que atravesaba España, nuestro soberano no descuidó del todo los asuntos de Marruecos, y dispuso enviar una nueva Embajada, compuesta de Fray Francisco de la Concepción, misionero franciscano, á quien Inocencio X nombró Prefecto apostólico de Marruecos, y á don Miguel Escudero, para que visitasen á Muley Abdallah. La

nueva expedición embarcó en Cádiz en Junio de 1646, llegando pocos días después á Ayer, en la desembocadura del Tensif, y entrando en Marrakesh el 16 de Julio siguiente, donde los embajadores fueron alojados en el propio palacio del Sultán (1).

España desplegó en esta ocasión el mayor lujo y esplendor, pues cuando salió la Embajada de la audiencia solemne encontró multitud de moros que pedían limosna, por lo que el señor Escudero ordenó que se les arrojasen 1.600 monedas de plata, acción que dió lugar á que en todo Marruecos se dijese que los enviados de Felipe IV habían sembrado con dineros el palacio imperial. Obtuvieron del Sultán que todos los españoles pudieran ir libremente á la capital y tratar toda clase de asuntos comerciales en sus Estados, pagando únicamente el diezmo al fisco, siendo respetados sus personas y bienes, y amenazando con graves penas á cualquiera que los molestase. La influencia que los religiosos tuvieron durante los primeros años del reinado de Muley Abdallah comenzó á disminuir visiblemente, acabando por que fueran expulsados del Imperio, si bien en 1654 se les permitió de nuevo la entrada.

Hacia el año 1266 se había establecido en Sichilmesa, capital de los territorios de Tafílete, un sabio musulmán llamado Muley Hassan-ben-Kassen, que oriundo de la Arabia, se decía descendiente de Hassan-es-Sebt, hijo de Ali y de Fatima, y, por consiguiente, de la sangre del profeta. Llevaba Muley Hassan una vida retirada dedicada al estudio y á la oración, por lo que era tenido en gran consideración y respeto hasta por los mismos Merinidas que habitaban en Sichilmesa. Sus hijos, primero, y después sus nietos, supieron explotar hábilmente la fama de santidad que dejara, y aprovechando el fanatismo de los árabes, se proclamaron señores independientes de Tafílete, y poco á poco fueron extendiendo sus conquistas, llegando á apoderarse de Fez, y más adelante de casi todo el Magreb. Muley Ali Sherif, que murió en 1632, fué el verdadero fundador de esta nueva dinastía de los Sherifes Filalis, que aun hoy día reina en Marruecos, y su nieto Muley Erraxid llegó á reunir bajo su dominio todos los territorios que se encuentran entre el cabo Nun y el río Muluya, pues hasta la misma ciudad de Marrakesh, último baluarte de los Sherifes Hasanies, se le entregó en 1668.

(1) Véase: *Epítome del viaje que hizo á Marruecos el P. Fray Francisco de la Concepción, Consultor del Santo Oficio, Padre y definidor de la Santa Provincia de San Diego del Andalucía*, por Fray Ginés de Ocaña.—Sevilla, Simón Faxardo, 1646.

Los Sherifes Filalis tuvieron por capital á Fez, y Muley Ismael, uno de los sucesores de Muley Erraxid, después de someter la ciudad de Marrakesh, sublevada contra su gobierno, hizo demoler sus mejores fortalezas, reduciéndola á ciudad particular, á cuyo frente puso á un simple Gobernador. También transportó todos los cautivos cristianos que en ella habia á Fez y á Mequinez. Durante este reinado, España conquistó la plaza de Alhucemas (1673), que desde entonces no ha vuelto á salir de nuestro dominio; pero en cambio perdió la Maâmora y el pueblo de Larache, y hubo de sostener la plaza de Ceuta, sitiada durante veintiséis años, derrotando repetidas veces las armas de Muley Ismael. Este Sultán, célebre por su extremada crueldad, fué el que instituyó la famosa *guardia negra*, formada de negros del Sudán, á los que concedió grandes privilegios, encomendándoles la guarda y defensa de su persona. Dicho cuerpo habia de ejercer más adelante una influencia decisiva en la sucesión al trono de Marruecos. Muley Ismael, que, según dicen los historiadores musulmanes, llegó á tener 8.000 mujeres en el harén de su palacio, tuvo el atrevimiento de enviar una Embajada á Francia, encargada de pedir á Luis XIV la mano de la hija que habia tenido de Mlle. de Lavallière, dejando—siempre según testimonio de los mismos cronistas—900 hijos y 342 hijas. Después de ocupar el trono durante cincuenta y cinco años, el reinado más largo que registra la historia de Marruecos, murió en Mequinez, ciudad que habia hermoñado mucho y designado como capital de sus Estados (1). Aunque fué excesivamente cruel y sanguinario, se portó muy bien (cosa extraña) con los misioneros franciscanos, y recibió en 1693 á Fray Diego de los Angeles como Embajador de Carlos II, que le llevó magníficos y valiosos regalos.

Nada notable ocurrió durante muchos años en Marrakesh, excepción hecha de las continuas sublevaciones, ya en pró ya en contra de los sultanes Filalis ó de los pretendientes al trono, que ocurrían con suma frecuencia, por lo que hubo de sufrir muchos asaltos, pues aunque ya no era la capital del Imperio, transportada á Fez y á Mequinez, según donde residía la corte, siempre se la consideraba como una de las ciu-

(1) Para más detalles sobre Muley Ismael, vide: *Misión histórica de Marruecos, en que se trata de los martirios, persecuciones y trabajos que han padecido los misioneros, y frutos que han cogido las Misiones, etc., etc.* Por Fr. Francisco de San Juan del Puerto, Guardián del Real Convento de Mequinez. En Sevilla, por Francisco Garay, impresor de libros en la calle de Vizcaynos, 1708.

dades más importantes del Magreb. Se hallaba en la mayor decadencia y medio arruinada, contribuyendo mucho á aumentar su degradación y miseria el terremoto de 1755, que tantos estragos hiciera en Lisboa, pues destruyó muchos de sus principales edificios, si bien dejó intacta la famosa y bellísima torre de la Kotubia. Reinando en Marruecos el Sultán Sidi Mohammed, volvió á adquirir cierto grado de esplendor, pues este Sherif trasladó á ella la corte, y desde allí entabló negociaciones con el Rey de España, Carlos III, que dieron por resultado que se ajustase un tratado de paz y amistad. El ilustre monarca, conociendo los verdaderos intereses de nuestra política, encomendó al franciscano Fr. Bartolomé Girón de la Concepción para que preparase el ánimo del Sultán, á fin de celebrar un tratado de comercio con España. Comenzaron ambos soberanos á darse pruebas de simpatía y consideración, poniendo en libertad á los prisioneros que tenían en sus respectivos reinos y ordenando á sus buques de guerra y corsarios del Mediterráneo que se respetasen mutuamente. Todo esto equivalía á una suspensión de hostilidades, y demostraba el firme propósito de mantener cordiales relaciones entre ambos países, por lo que Sidi Mohammed manifestó su deseo de establecer algún comercio con la Península. Al saber esto, el Marqués de Grimaldi dió instrucciones concretas al P. Girón, encareciéndole la conveniencia de ajustar con Marruecos una larga tregua por mar y por tierra entre ambas naciones, y conseguir la cesión de terreno bastante para que España pudiera establecer una factoría en la costa del continente africano, frente á nuestras islas Canarias, anticipándose á las pretensiones de Inglaterra, que deseaba lo mismo, con objeto de tener en jaque las antiguas islas Afortunadas.

En 1765 llegó el P. Girón á Marrakesh aparentando no llevar carácter oficial alguno, y después de haberse granjeado las voluntades de los Ministros del Sultán y de los principales funcionarios de la corte, solicitó varias audiencias del soberano, en las que manifestó los deseos de Carlos III, ponderándole lo útil y ventajoso que sería para su Imperio la celebración de un tratado de paz y comercio con España. Convencido por las razones que adujera el hábil religioso, que no manifestó nada respecto al establecimiento frente á Canarias, se decidió Sidi Mohammed á enviar una Embajada á España, compuesta de tres altos personajes de su corte y del mencionado P. Girón, á quienes recibió el soberano español en el Real Sitio de San Ildefonso, el día 31 de Julio de 1766. Los Embajadores marroquíes fueron muy obsequiados en España, especialmente en Madrid, donde se les señaló para que habi-

taran el palacio del Buen Retiro, y en las ciudades de Sevilla, Córdoba y Granada, que visitaron á su regreso á Africa. En las diferentes conferencias que tuvieron con el Marqués de Grimaldi, quedaron determinados los puntos capitales que debía abrazar el tratado, y con el fin de aprobarlo y ratificarlo solemnemente nombró Carlos III por su Embajador al célebre marino D. Jorge Juan, quien se reunió en Cádiz con los enviados marroquíes y el P. Girón, y seguidos de numeroso personal agregado á la expedición, se embarcaron en dicho puerto el 14 de Febrero de 1767, con rumbo á Tetuán, adonde arribaron el 20 del mismo mes, siendo recibidos con singulares muestras de alegría y satisfacción. De allí emprendió el numeroso personal de la Embajada, que llevaba 200 cautivos marroquíes, á quienes el Rey Carlos III había dado libertad, y riquísimos regalos para el Sultán, el Príncipe heredero y los altos funcionarios de la corte, el difícil y azaroso viaje á Marrakesh. En todo el trayecto fueron obsequiados en extremo por los Gobernadores y kabilas por cuyos territorios pasaban, y el 9 de Marzo hacían su entrada en la capital, designándole Sidi Mohammed, por alojamiento, la hermosa huerta de Semelalia, cercana á las murallas de la ciudad.

Desde la recepción oficial, manifestó el Sultán no sólo su agrado y satisfacción en recibir á un Embajador de su gran amigo Carlos III, sino que accedía desde luego á todo lo que se le pidiese. Celebraron varias conferencias don Jorge Juan y Abúlabbás Ahmed Ghazal, y cediendo en algunos puntos é insistiendo en otros, llegaron á firmar, el 28 de Mayo, un tratado beneficioso para ambos países y ventajoso para España, que vino á ser la base de la prestigiosa influencia que durante largos años ejerció nuestra patria en el Magreb. Por él obtuvimos: libre comercio entre españoles y marroquíes, aun en el interior del Imperio; derecho de establecer un Cónsul general y Vicecónsules en los puertos, para que atendiesen á los intereses de sus nacionales; privilegio de pescar en las costas del litoral, y otras concesiones no menos importantes, si bien no fué posible conseguir ni el ensanche del radio de los presidios, ni los deseados territorios para establecer una factoría frente á las Canarias, cuestiones importantísimas que han seguido ocupando á la diplomacia española hasta el presente, y que son objeto de la actual expedición.

Terminados lo más satisfactoriamente posible los asuntos de la Embajada, don Jorge Juan salió el 17 de Junio de Marrakesh, con dirección á Mogador, que acababa de ser fundada, desde donde regresó á España, dejando instalados algunos Consulados como los de Larache, Tánger y Tetuán, y trayen-

do á la patria varios cautivos á quienes Sidi Mohammed diera libertad, y el encargo de enviar al Sultán varios artifices y maestros en diversas artes é industrias. Cumpli6se lo que pedía el Emperador, y algunos maestros carpinteros, albañiles y demás pasaron á Marruecos, donde se ocuparon en las obras que había emprendido Sidi Mohammed para embellecer su capital, y más especialmente su propio palacio de Marrakesh.

Sidi Mohammed fué un hábil político, que pretendió engrandecer su reino abriendo sus puertos á los cristianos y protegiendo el comercio, y tratando de poner su corte al nivel de las de Europa, lo que consiguió en parte, dadas las circunstancias especiales de sus Estados y de sus súbditos. Rescató de los portugueses la plaza de Mazagán, y hasta faltando al tratado que había firmado, intentó arrebatar Ceuta á los españoles, pretextando que la paz firmada en 1767 era sólo con respecto al mar, y que sin faltar á lo convenido ni interrumpir el comercio no podía consentir establecimientos cristianos en sus costas. Al conocer tan desatinada y falaz pretensión, el Gobierno español declaró la guerra á Marruecos. Las fuerzas mahometanas atacaron repetidas veces las plazas de Melilla, Ceuta y el Peñón, que fueron defendidas con energía y entereza, hasta que comprendiendo el Sultán la esterilidad de sus esfuerzos, hizo nuevas proposiciones de paz, viniéndose á firmar un nuevo tratado por el Conde de Floridablanca y el primer Ministro de Sidi Mohammed, Bon Otmann, en el que no sólo se estipulaba la paz, sino que se concedían señaladas ventajas comerciales á nuestra patria con perjuicio de Inglaterra. Desde entonces el Sultán se mantuvo en buenísimas relaciones con España, favoreciéndola cuando el último sitio de Gibraltar y cediéndole el uso del puerto de Tánger con exclusión de las demás potencias, por lo que Carlos III, agradecido, decidió enviarle otra Embajada, presidida por don Francisco de Salinas, que llegó á la ciudad de Marrakesh el 4 de Junio de 1785, seguida de 22 camellos cargados con los magníficos regalos que el Rey de España ofrecía á su amigo y aliado. Poco tiempo permaneció esta misión en la corte sherifiana, pues emprendía su viaje de regreso el 15 del mismo mes, no sin haber obtenido grandes franquicias para favorecer el comercio entre ambas naciones. Este ilustre Sultán, uno de los más notables que han reinado en el Magreb, murió en Rabat el año 1790, acabando con él el movimiento civilizador que había iniciado en sus Estados, que no tardaron en volver á sus antiguos usos y costumbres, cayendo de nuevo en el grado de barbarie en que hoy se encuentran.

Cuatro de los hijos de Sidi Mohammed ocuparon sucesiva-

mente el trono marroquí. Uno de ellos, Muley-Hixem, se sublevó contra su hermano primogénito, levantándose como rey independiente de Marruecos, por lo que esta ciudad hubo de sufrir un nuevo sitio, que no pudo resistir, teniendo que rendirse al legítimo Sultán Muley-Yazid, que redujo el Magreb al estado de postración en que hoy se encuentra, destruyendo todos los adelantos que había introducido su padre y desterrando ó encerrando en las cárceles de sus ciudades á los industriales españoles que accediendo á la demanda del difunto Sultán habían pasado á Marruecos.

Desde este tiempo, la historia general del Imperio y la particular de Marrakesh son más conocidas. Muley Solimán, uno de los hijos menores de Sidi Mohammed, consiguió reunir bajo su mando todas las provincias del Imperio y proclamarse Emir el Mumenin en 1795. Celebró un tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca con Carlos IV, que envió una Embajada al efecto, firmándose los protocolos en la ciudad de *Mequinez de los Olivares*, el 30 de Marzo de 1799. Este tratado, sumamente importante, que evidencia la previsión política del Gobierno español, nos concedía grandes ventajas, entre las que son de notar: el derecho otorgado á los españoles de viajar libremente por todo el Imperio y las facilidades establecidas para el abastecimiento de las plazas de Ceuta, Melilla, el Peñón y Alhucemas, sin contar las de orden económico, como la disminución de los derechos de extracción que habían de pagar nuestros barcos en todos los puertos del litoral desde Tetuán hasta Mogador; la confirmación del privilegio exclusivo de entrar granos por el puerto de Casablanca, y el reconocimiento del derecho de los pescadores de Canarias para ejercer su industria desde Agadir á Santa Cruz, hacia el Norte, ofreciendo rescatar por su cuenta las tripulaciones que naufragasen en el río Num, su cabo y costa, donde él no ejercía ya señorío (1). No supimos aprovechar las ventajas y facilidades obtenidas, y nuestro comercio con Marruecos se redujo á la nada, lo mismo que nuestra influencia política. En esta época don Domingo Badia, general español, con el supuesto nombre de *Ali-Bey*, visitó el interior del Magreb y vivió en Marrakesh, habitando la famosa quinta *Semelalia*, que sirvió de alojamiento á don Jorge Juan. El viaje de Ali-Bey no produjo los resultados políticos que esperaba el Príncipe de la Paz, y sus astutos planes fracasaron en absoluto,

(1) Vide: *Diario de la Embajada de la corte de España al rey de Marruecos en el año de 1799*, por un individuo de la comitiva. Madrid, imprenta de Sancha, 1800.

teniendo que salir precipitadamente de Marruecos por haber excitado los legítimos recelos del Gobierno sheriffiano. Muley Solimán murió en 1821, en su ciudad de Marrakesh, donde está enterrado, sucediéndole su sobrino Muley Abdherraman, en cuyo reinado acreció la decadencia del Magreb, pues fué derrotado en Isli por los ejércitos franceses, viéndose obligado á ajustar una paz vergonzosa, reconociendo el dominio de Francia sobre toda la Argelia. En su tiempo comenzaron los ataques á España, que habian de producir en el reinado de su hijo Sidi Mohammed Abdherraman la desastrosa guerra de 1859, en que tantos triunfos militares obtuvieron los soldados españoles, sin que por ello consiguiéramos ninguna ventaja política.

En el tratado de Wad-Ras, que puso término á aquella memorable guerra, quedó convenido que Marruecos entregaría á España los territorios junto á Santa Cruz de Mar Pequeña, que deseábamos desde tiempo de Carlos III (1); pero á pesar de esto, hasta el presente no se ha podido obtener la ejecución de aquella cláusula ni la de otras muchas de aquel tratado de paz y del subsiguiente de comercio celebrado en 1862. Restablecidas las relaciones amistosas entre ambas naciones, en 1863 el Conde de Benomar visitó nuevamente la corte sheriffiana en la ciudad de Marrakesh, sin que aquella Embajada pudiese llegar á un acuerdo concreto sobre la debatida cuestión de Santa Cruz ó Agadir. A pesar de tantos triunfos militares y diplomáticos, á pesar de tantas Embajadas y conferencias, no logramos alcanzar ni la influencia ni el prestigio á que éramos acreedores por nuestra situación geográfica, nuestra historia y nuestras continuas relaciones, pudiendo temerse que la política de expectación seguida durante tantos años, pudiera ser causa, como decía el ilustre estadista Don Antonio Cánovas del Castillo en sus notables *Apuntes para la historia de Marruecos*, «de que sucumba nuestra independencia, y nuestra nacionalidad desaparezca quizás para no volver.»

No he de hablar del reinado de Muley Hassán, hijo y sucesor de Sidi Mohammed Abderramán, apuntando únicamente que tenía marcada preferencia por la ciudad de Marrakesh donde habitó siempre que le fué posible, y donde recibió en 1883 una Embajada española que presidía el excelentísimo Señor Don José Diosdado; ni de su famosa expedición al Sus, en que reconoció toda la costa de Santa Cruz de Mar Pequeña y llegó hasta el cabo Num, cosa que ninguno de sus antecesores había ejecutado desde los Sherifes Hassanies, demos-

(1) Vide: Artículo 8.º del Tratado de Wad-Ras.

trando su dominio sobre aquellos territorios; ni de la guerra de Melilla y la siguiente Embajada del Excelentísimo señor General Martínez Campos, en la que se trató también de la concesión de las famosas pesquerías de Santa Cruz, sin llegar á nada concreto, por ser asuntos demasiado recientes y conocidos de todo el mundo.

Añadiré solamente que al morir Muley Hassán en la expedición que emprendió en 1894, para sojuzgar las kabilas bereberes de los montes de Fazzáz, y ser proclamado en Rabat su hijo Muley Abdulazis, que hoy rige los destinos del Magreb, con perjuicio del primogénito Muley Mohammed, conocido con el nombre del *Príncipe tuerto*, se sublevaron las tribus de Rejamna, poniendo cerco á la ciudad de Marrakesh. Apenas Muley Abdelazis fué consagrado *Emir-el-Mumenin* sobre la tumba de Muley Dris, en Fez, acudió á terminar la sublevación, que su gran Visir, ó más bien tutor, el famoso Ba-Hamed-ben-Musa supo reducir á la nada, dispersando á los valientes Rejamnis y sumiéndolos en la miseria. El joven Sultán entró triunfante en su capital de Marrakesh, llevando ante su caballo, encerrado en una jaula de hierro y cargado de cadenas, al jefe de la rebelión de los Rejamnis. Su hermano el *Príncipe tuerto* había sido reducido á una estrecha y rigurosa prisión desde el primer momento; de manera que, teniendo que dominar las provincias del Sus, aún sublevadas, tuvo que permanecer en la ciudad de Marrakesh, donde actualmente recibe la visita de una Embajada italiana y de otra española.

Estudiando la interesante historia de esta ciudad, tan íntimamente ligada con la de Marruecos, se aumenta mi deseo de visitarla detenidamente, lo que me propongo efectuar antes, ya que la enfermedad del gran Visir nos tiene en la imposibilidad de hacer nada, retrasando por ahora la audiencia pública en que seremos recibidos por S. M. Sheriffiana, acto que dará comienzo á los trabajos de la Embajada.

CAPÍTULO V

Marrakesh-el-Amhra (1)

Dar Muley Ali, 2 de Mayo de 1900.

He dicho, y me ratifico en mi opinión, que el hermoso palacio que habitamos—Casa de Muley Ali—es una especie de Alhambra en bruto. Seguramente, si hubiera sido edificado en épocas lejanas, sus constructores hubieran derrochado en su adorno y embellecimiento todas las galas de su rica fantasía decorativa, pero levantado en tiempos de miseria y decadencia, sólo conserva los rasgos primitivos, el sello característico y las líneas primordiales de la arquitectura morisca. Bajo una apariencia burda y grosera pueden observarse marcadas reminiscencias de elegancia y buen gusto, y el patio principal no deja de tener cierta grandeza y majestad.

Conforme á la costumbre oriental, el exterior no presenta absolutamente ningún interés; altas paredes encaladas, en las que no se abre ni la menor ventana, como si se quisiera ocultar cuidadosamente al transeunte el interior del edificio. Pasados los primeros muros, se encuentra un hermoso jardín poblado de olivos y naranjos, y ya cerca de la casa una hilera de cipreses, paralela á sus murallas. El conjunto, con sus elevadas tapias, que sólo dejan ver el cielo y la hermosa torre de la *Kotubia*, con su arbolado umbroso y sus largos paseos, recuerda el huerto de un convento de monjas, y aún la impresión fuera más exacta á no existir en el centro cierto pabellón de forma extraña y original, con no sé qué dejos de estilo chino, que ha sido ocupado por nuestro simpático *Kaid-er-Rha*. A su alrededor acampa nuestra escolta antigua, y un nuevo destacamento de askaris que el Sultán ha puesto á nuestras órdenes con el preciso encargo de que sus miembros

(1) *Marruecos la Roja*, nombre que dan los árabes á esta ciudad por el color rojizo de sus murallas.

nos sirvan de acompañantes y guías por la ciudad. Inútil es intentar esquivar su vigilancia, que acaba por ser molesta; no se puede dar un paso sin ser seguido por uno de aquellos individuos, que no se aparta de uno más que la sombra del cuerpo. Y aun menos mal nosotros los simples mortales, que uno solo de aquellos guardianes acompaña; que la persona del *Bashador*, según la etiqueta magrebina, no puede moverse sin llevar tras ella siquiera media docena. Por más que se quiera, no puede uno acostumbrarse á esta compañía desagradable, que cohibe y fastidia, aunque es preciso reconocer que los pobres cumplen con su deber perfectamente y obedecen con fidelidad y respeto, tratando de prestar cuantos servicios estén á su alcance. Viven pobremente en sus tiendas de campaña, mezclados con los oficiales que les mandan, á quienes tratan con absoluta confianza, discutiendo libremente con ellos aun cuando estén haciendo el ejercicio, operación que ejecutan todos los días con la misma formalidad de los niños cuando juegan á los soldados.

Una vez atravesado el huerto, dejando á un lado una puerta que da paso á un gran patio, donde al aire libre y únicamente sujetos por los brazos á cuerdas retenidas por dos cuñas clavadas en el suelo, se recogen nuestros caballos y mulas; se penetra por un estrecho pasadizo en la casa de Muley Ali. Lo primero que se encuentra es un pequeño recinto, que comunica con un corredor dividido en dos partes: una que debía estar cubierta por cristales que hoy no existen, y otra á la intemperie, que termina en una puerta tapiada que se abría sobre la fachada lateral de la vecina mezquita. En este recinto, decorado con gran riqueza, aunque con bastante mal gusto, con pinturas de varios colores y dibujos geométricos, existe una especie de alcoba ó alhami elevada del suelo, que debía ser el diván ó estrado en que el príncipe Muley Ali, próximo pariente del Emperador Sidi Mohamed, abuelo del actual, se sentaría para recibir á sus amigos y clientes; porque este poderoso Príncipe fué el constructor del palacio que por herencia pertenece hoy al mismísimo emir de los creyentes. Junto al patio cubierto, hay otra estancia, también decorada con festones y alicatados de yeso pintarrajado de colorines, que nosotros hemos elegido para comedor. Estas eran, sin duda, las habitaciones destinadas para la vida pública, cuando la casa era habitada por musulmanes, puesto que pasado el corredor se penetra por una puerta pequeña y disimulada en el recinto interior del edificio: el *harem* antiguo. Que los árabes saben hacer en extremo agradables los lugares destinados al esparcimiento de la vida íntima, pruébanlo sobradamente los dos

grandes patios reservados. El primero es un lindo jardín, sobre el que da la fachada de la casa, precedida de un pórtico de dos pisos, formado con altos pilares encalados que sostienen vigas pintadas de azul. Este jardín ofrece la particularidad deliciosa de que sus paseos están en alto, es decir, elevados más de un metro del suelo donde crecen las plantas, de manera que al caminar puede uno pisar las rosas que tocan el pavimento, y dar con la cabeza en las ramas de los árboles, naranjos y limoneros cargados de fruto ó de flores, y mirtos cubiertos de hojas aromosas, en las que anidan innumerables parejas de aves canoras de todas especies, que forman un concierto inimitable. Contribuyen á realzar el encanto de tal jardín sus altas murallas, que le separan por completo del mundo exterior, y una fuente murmuradora que mana agua cristalina, que se difunde por todas partes. Jamás he visto lugar más apacible y seductor, ni que invite más á la vida tranquila y voluptuosa. Los variados pájaros con sus cantos y las plantas con sus diversos perfumes, forman una doble sinfonía de aromas y melodías que embriagan los sentidos, y allí quisiera uno pasarse la vida sin hacer nada, absolutamente nada, más que soñar con los goces del paraíso mahometano.

Tienen los árabes gran cariño á los naranjos y limoneros; y esto no es sólo por la belleza de tales árboles ni por la bondad de sus frutos, sino por cierta poética leyenda que aquí me han contado. Según parece, cuando el gran profeta Mahoma era aún un niño, tres ángeles le llevaron cierta noche á la cumbre de una alta montaña, donde uno de ellos le abrió el pecho, y bajando después su cuerpo á las mansas orillas de un río, le lavó las entrañas, mientras que el segundo ángel le partía el corazón, sacando de él un grano negro, que era la culpa original, y que el tercero, con solícito cuidado, le curaba y sanaba las heridas. Terminada la mágica operación, volviéronse los ángeles al cielo, dejando al elegido de Dios abandonado. Unos devotos peregrinos que acertaron á pasar por aquellos lugares desiertos hallaron á Mahoma llorando, no se sabe si por el sentimiento de la deviceración ó si por melancolía de la soledad, y pudieron observar que las lágrimas que derramaba se convertían en flores de naranjos y limoneros, por cuyo piadoso misterio es la flor de azahar muy estimada entre los musulmanes.

El segundo patio está rodeado por una galería cubierta, formada con pilares de mampostería que sostienen arcos, sobre los que se sustenta, formando terrazas descubiertas, la galería correspondiente al segundo piso. En tres de los lados de este patio, lo mismo en una que en otra altura, se encuentran ha-

bitaciones, largas y estrechas, que sólo reciben luz por la puerta. Este es el estilo típico y característico de la arquitectura marroquí, que exige en todas las construcciones el mismo patio, rodeado de columnas ó pilares, sosteniendo arcos y formando corredores altos y bajos, por los que se entra á las piezas contiguas. Nuestras habitaciones tienen las condiciones establecidas: largas, estrechas y muy altas. El techo, generalmente, es de tablas que forman un tosco artesonado, sin ornamento alguno, salvo en las habitaciones de aparato, donde el techo, las puertas y los arcos que dan al patio están adornados con arabescos en relieve pintados de todos colores. El mobiliario suministrado por el Gobierno marroquí para nuestro uso no puede ser más sencillo: inmensas camas (una á cada extremo de la habitación) de hierro dorado con columnas, de esas que entre nosotros se llaman vulgarmente imperiales; sillas de madera curvada y alguna que otra mesa de pino blanco, cubierta con un tapete de bayeta de color vistoso, generalmente rojo ó azul brillante. Hasta mitad de su altura, las paredes están cubiertas por esos tapices llamados *Jaitis*, hechos de recortes de paño de diversos colores, superpuestos, formando dibujos simétricos, casi siempre arcos moriscos; y sobre los suelos se extienden alfombras de moqueta alemana, que los elegantes marroquíes (en todas partes cuecen habas) tienen el mal gusto de preferir á los hermosos tejidos de Rabat. ¡Que siempre la humanidad ha de hallar mejor lo malo ajeno que lo bueno de casa!

La escalera estrecha, oscura, tortuosa y excusada, con escalones altos y desiguales, conduce á la amplia azotea que corona nuestra vivienda y que, rodeada por una muralla almenada, no deja ver el exterior, excepción hecha de un pequeño terrado más elevado, desde el que se puede contemplar toda la ciudad y el hermoso panorama del valle del Tensif y la cordillera del Atlas. Desde esta altura, la capital de Marruecos presenta un aspecto singularmente original y fantástico, por más que esto sea sólo apariencia. La gran cantidad de jardines, cubiertos de árboles frondosos, comprendidos dentro del recinto de las murallas, y que se extienden en todos sentidos; las azoteas de las casas, formando una serie de planos que se sobreponen caprichosamente; los casquetes esféricos de las innumerables kubbas; los tejados verdes de los santuarios; los minaretes de las mezquitas, elegantes y esbeltos, todo constituye un conjunto en extremo pintoresco, y haría creer en una ciudad de hadas si, al observar los detalles y penetrar en la realidad, no se viesé que todo aquello no era, en verdad, más que un montón de ruinas, escombros y

basuras. ¡Cuántas tardes me gusta pasar en este lugar apartado contemplando á mis plantas la misteriosa ciudad, de la que no surge el más leve ruido, á no ser el que arman los clarines y tambores del ejército, estudiando con entusiasmo sus tocatas, allá en las inmensas llanuras desiertas que rodean la gran mezquita de *la Kotubia*, de cuya torre maravillosa, joya de la arquitectura árabe, suele bajar una melodía triste y quejumbrosa, entonada por el almuédano que á la puesta del sol llama á los fieles á la oración! A su canto contestan sus compañeros desde los otros minaretes, y en el aire se forma un concierto de voces planíderas que parecen llorar la ruina de la ciudad y de la raza, mientras que los que transitan por las calles y plazas solitarias se detienen y comienzan á hacer sus devociones, sin que nada les distraiga de tan piadoso deber. Mientras tanto, el sol declina lentamente, envolviendo en sus últimos rayos á la ciudad, más que dormida, muerta, y los edificios toman, dorándose con aquella luz suave, esos tonos rojizos que han hecho llamarla *la roja*. A los terrados de las casas salen las mujeres, envueltas en sus largas vestiduras blancas, que flotan al aire y las hacen aparecer desde lejos fantasmas creados por la fantasía. ¡Cuántas bellezas admirables habrá entre ellas! A la débil luz del crepúsculo se las ve charlar animadamente y pasar saltando las murallas de una casa á otra, pero á tanta distancia, que apenas se las entrevé ligeramente; y esto dura hasta que las sombras confunden todos los términos y la visión desaparece por completo.

Horas llenas de misterio y de inefable encanto, acrecentado por la melancólica poesía del pasado, que nunca olvidaré. He oído decir que hubo un famoso príncipe musulmán, poderoso califa de Córdoba, que se dió el extraño placer de llorar el día de su coronación, cuando, rodeado de fausto y de grandezas, tras revistar sus tropas y recibir el homenaje de los magnates que besaban sus plantas, llegó á contemplar la turba de innumerables mujeres de singular belleza que para su harén le presentaban, pensando que lo mismo aquellas gentiles doncellas, que los apuestos guerreros de su ejército, que el esplendor de su corona, su gloria, sus riquezas y poderío, sus palacios y ciudades, todo en una palabra, todo, había de desaparecer para siempre sin que, dada la imposibilidad de detener un instante la sensación fugitiva y pasajera, hubiera podido disfrutar toda la cantidad de goce que contenía. ¡Qué no hubiera probado aquel príncipe, de tan exquisita sensibilidad dotado, que sabía mezclar voluptuosamente el extremo placer con el dolor, si hubiera podido ver su sentimiento realizado en esta extravagante mezcla de muerte y vida; y aquellas vi-

siones femeninas, charlando alegremente en las azoteas de las casas arruinadas, indiferentes á la civilización decadente y á los monumentos derruidos que las rodean, lo mismo que á esta naturaleza virgen y vigorosa, ansiosa de vivir, que invita á aprovechar tanta cantidad de belleza derrochada, tanta fuente de placer y emoción perdida inútilmente, sin que nadie sea capaz de gozar y disfrutar de ella!

4 de Mayo.

En la plaza que se halla junto á Dar Muley Ali, se levanta la hermosa mezquita de la *Kotubia* ó de los librereros, con su famosa torre, modelo de esbeltez y de elegancia. Según refiere el historiador marroquí el Xiej Ahmed ben Jaled (1) fué mandada edificar por Abd-el-Múmen ben Ali el Cumi, con objeto de encerrar en ella un libro muy estimado que había mandado traer de Córdoba, y era fama había pertenecido al Califa Omar. La construcción del magnífico *Mihrab* se comenzó el año 553 de la Hégira (1175), y en él se colocó el apreciable libro que el Emir Almohade hizo encerrar en una magnífica caja, hecha de maderas finas, forrada con chapas de oro y adornada con multitud de piedras preciosas. Es casi seguro que en el mismo lugar se encontrará aún hoy día.

Respecto al bellísimo minarete, los árabes le atribuyen un origen tan extravagante como fantástico. Aunque la leyenda no es desconocida, no quiero dejar de transcribirla en estos apuntes. Según parece, en la *Zauia Tamilelt*, santuario muy venerado vecino á la ciudad, se conservan los restos de unos gigantes que en tiempos remotos llegaron al pie del Atlas, y complaciéndoles la colosal altura de estas montañas se establecieron en el valle del Tensif, desde donde comerciaban con *Timbuctu*. Desde las llanuras de Marrakesh á la lejana capital de los desconocidos territorios del *Takroun*, llegaban los gigantes con tanta velocidad á causa de su extraordinario tamaño, que no necesitaban llevar agua para atravesar el desierto del Sahara, y si por casualidad tenían sed, hallaban el precioso elemento en la cabeza de su jefe, la que por su elevación siempre estaba cubierta de nieve. Al regresar de una de aquellas expediciones, tuvieron los gigantes, á excepción de uno, la dolorosa sorpresa de hallar que sus mujeres habían muerto por los picotazos que recibieran de una descomunal

(1) Vide su obra ya citada: *Kitab el istikza bi ajbar Dul el Magrib el Akza*.

bandada de cuervos que había invadido dichos campos; y tal fué el sentimiento que de ellos se apoderó, que al poco tiempo todos murieron, salvo aquel que no había perdido á su compañera. Los difuntos fueron enterrados en la *Zauia Tamilett*, y el gigante que sobrevivió á la catástrofe, en unión de su esposa, fueron quienes construyeron la *Kotubia*. Ella cortaba las piedras en un monte distante dos kilómetros de la ciudad, y él, de pie, y sin moverse del lugar donde se encuentra la mezquita, cogía las piedras de manos de su esposa con sólo alargar el brazo, y las colocaba en su lugar correspondiente hasta terminar la grandiosa obra que debía perpetuar la memoria de su raza. Como prueba fehaciente de la veracidad de esta leyenda, aseguran que las innumerables piedras que se encuentran en las vertientes del *Guiliz* en rededor de la *Kubba* de Sidi Bel Abbés, son de las que cortó la giganta y sobraron de la fábrica de la torre. Dejando á un lado leyendas y consejas más ó menos fantásticas, lo cierto es que el famoso Emir Yacub Almanzur, después de haber derrotado las huestes castellanas en la fatal batalla de Alarcos (1195), al mismo tiempo que mandaba terminar las obras de la gran aljama de Sevilla y construir el célebre minarete que llamamos hoy día la *Giralda*, hizo edificar esta hermosa obra bajo los planos del mismo arquitecto encargado de dirigir aquellas otras construcciones, un moro sevillano, apellidado Guever ó Hever, que fué quien algunos años después trazó la planta de la torre de Hassan, en Rabat, que ha quedado sin concluir. Según se ha podido observar, los tres edificios presentan grandes semejanzas, y tienen no sólo idéntica forma, sino el mismo número de tramos é iguales proporciones. Como la torre de Hassan, que debía ser la mejor de las tres, no fué terminada, y la *Giralda* ha sido modificada en parte por artífices cristianos, resulta que la *Kotubia* representa en el presente el verdadero ideal del notable alarife árabe, que debió ser, sin duda alguna, un artista de singular talento y ciencia.

Es imposible imaginar nada más gracioso, airoso, esbelto y elegante que esta deliciosa obra, que vendrá á tener, conforme á nuestros cálculos, unos 60 metros de altura. Toda ella es de piedra de cantería, labrada, sin simetría alguna, en sillares desiguales, diferenciándose en esto de la torre de Sevilla, construida únicamente con ladrillos. Cada una de sus cuatro fachadas, aunque simétricas y ordenadas, presentan un aspecto distinto, exceptuando el último cuerpo, igual en todas, y adornado por una serie de arquitos apuntados y lobulados, sostenidos por pequeñas columnas, que se cruzan y enlazan caprichosamente, formando cuatro huecos; dos hornacinas en los

extremos, y dos abiertos en el centro, que hacen un lindo ajimez en cada uno de los frentes. Una ancha faja de ladrillos esmaltados, verdes y blancos, dispuestos en dibujos geométricos, constituye el entablamento sobre el que reposan unas almenas de piedra que tienen la forma de trapeacios dentellados, que terminan la construcción, coronada por una especie de linterna que reproduce en pequeño la misma traza de la torre, adornada con ajimeces y primorosos alicatados de exquisito gusto, con un pequeño friso de ladrillos esmaltados que hace de entablamento, con una serie de almenas idénticas á las inferiores, y cubierta por una cupulilla estriada, revestida de azulejos verdes, que rematan tres bolas de cobre dorado, de diferentes tamaños, superpuestas y sostenidas por una aguda punta de metal. Allí se encuentra también el mástil donde se enarbolan las diversas banderas que señalan las distintas ceremonias del culto.

Cada fachada tiene distintos huecos, situados á diferentes alturas, siguiendo indudablemente la progresión ascendente de la rampa interior que sirve para subir á la terraza. Dichos huecos están inscritos en arcos de variadas trazas, ya apuntados, ya multilobulares, primorosamente exornados con festones y dibujos caprichosos, que no sólo demuestran la mayor riqueza y fantasía decorativa, sino que el monumento pertenece á ese estilo del arte árabe, propiamente llamado morisco ó africano, en que, separándose de todas las influencias románicas ó bizantinas que sufriera durante la primera fase de su florecimiento, se muestra, gracias á los resultados inmediatos de otra civilización, completamente transformado por el uso de elementos nuevos que dan á la arquitectura árabe un carácter particular y muy diferente del que mostró durante su primera época. Buena muestra de este estilo tan característico es la inimitable capilla de Villaviciosa, de la admirable mezquita de Córdoba, con cuyos adornos los de la *Kotubia* presentan bastante semejanza. Realza la extraordinaria belleza de esta torre, que causa la admiración de cuantos la contemplan, el delicioso color dorado que los años y las ardientes caricias del sol han dado á las piedras de sus murallas; y por la tarde, cuando el sol se oculta tras ella, se presenta en toda su singular hermosura, luciendo sus esbeltas y delicadas formas.

El exterior de la gran mezquita que á sus pies se extiende es bien pobre y miserable. No tiene nada de particular, salvo las ventanas abiertas ó simuladas, situadas á bastante altura, cerradas por tablas de piedra ó estuco, esculpidas de manera que hagan un enrejado que deje pasar la luz. El edificio está

completamente aislado en el centro de un inmenso espacio desierto. En las fachadas que miran al Norte y Mediodía se abren las puertas que comunican con el interior: son rectangulares, y están rodeadas por grandes arcos lobulados separados por pilastras. Por dichas puertas puede vislumbrarse algo del interior del templo, es decir, largas naves divididas por pilares que sostienen arcos apuntados, algunos adornados con arabescos, pero todo lamentablemente blanqueado. Presumo que si fuera posible quitar la espesa capa de cal que cubre las murallas, sería más que probable que aparecieran vestigios de la primitiva decoración que, según testimonio de antiguos escritores, se distinguía por su esplendor y riqueza. En medio de las naves hay un patio con una fuente para las abluciones, y en el extremo que forman las fachadas del Sur y Poniente, pudimos vislumbrar, siempre desde la puerta y con grandes precauciones, pues es sabido el gran recelo con que los musulmanes miran á los cristianos aproximarse á sus santuarios, una especie de capilla en que termina la última nave, cuyo pavimento está revestido con azulejos de esmalte de diversos colores. Nos chocó bastante semejante anomalía, y pudimos averiguar que aquel lujo era en honor de *nueve valientes* allí sepultados, sin que nos fuera posible, á pesar de nuestras indagaciones, saber nada más sobre el particular. La parte superior que cubre el edificio en el exterior forma pequeñas separaciones tejadas, que señalan claramente la división de las naves que, conforme á esta indicación, deben ser nueve en dirección de Oriente á Poniente. También marcan la situación de las capillas. En el interior, la techumbre consiste en vigas y tablas enlazadas que forman artesonados, decorados con labores y pinturas; algunos escritores aseguran que aquellas maderas son de *arar*, especie sumamente apreciada por su suave perfume y grandes condiciones de resistencia. Precisamente al pie de la torre subsisten los restos de un lindísimo pórtico, constituido por tres arcos multilobulados, hoy tapiados, de dibujo sumamente original. Los tres, así como los pilares en que se apoyan, están contruidos con ladrillos y en el más desastroso estado, siendo próximo el día en que poco ó nada quedará de tan elegante construcción. Debía constituir el ingreso de una galería cubierta que precedería á la mezquita por la parte de Poniente, según puede colegirse por los restos que allí se encuentran.

Antiguamente existían en Marrakesh muy ricas y numerosas bibliotecas, asegurándose que en 1526 pasaban de ciento. La principal de ellas se hallaba precisamente custodiada en esta mezquita, que recibe el nombre de *Kotubia*—librería—

por esta causa. También se dice que en una de las grandes cámaras del mismo santuario se conservaba una colección de retratos de muchos de los sultanes magrebinos, y que el Sultán Muley Solimán hizo destruirla, en atención al precepto del Alcorán, que prohíbe terminantemente reproducir nada que viva, y más especialmente el sér humano.

Los vastísimos terrenos que rodean la *Kotubia* están abandonados por completo, siendo un vaciadero de inmundicias, por el que cruzan algunas acequias que forman charcas, á las que los magnates de la corte envían á bañar sus caballos y mulas. Generalmente aquellos lugares están solitarios, á no ser por la tarde, en que los jóvenes trompeteros y tambores del ejército, muchachuelos de doce á catorce años, se congregan allí para estudiar sus tocatas, armando un ruido ensordecedor. La fachada oriental de la mezquita, en la que existe un pabellón que sirve de entrada á la tribuna reservada que ocupa el Sultán cuando asiste á las ceremonias religiosas que allí se celebran, cierra uno de los lados de una plaza, que limitan por otra parte las murallas del *Dar Muley Ali*, que sólo separa del templo una pequeña calle. Los otros dos frentes de la dicha plaza son formados por tapias de otros jardines y huertas. En una de ellas el propietario permite la entrada—mediante un tanto por el ingreso—á los judíos que allí se reúnen para festejar el Sábado, y entregarse al paseo y esparcimiento, alejados de los árabes, que los tratan con tanto odio como desprecio, sin que les merezcan consideración alguna. Es verdad que las condiciones peculiares de esta raza, su falta de nobleza y valentía, hace á sus individuos en extremo antipáticos. Su amor ilimitado por el lucro, la práctica despiadada de la usura, el servilismo de que hacen gala, les hace incompatibles con gentes tan generosas y arrojadadas como son en general los árabes, que les obligan á vivir en lugares reservados dentro de sus ciudades.

Vénse los días de fiesta, en el jardín de que antes hablara, los tipos más innobles y degradados que puedan imaginarse, contribuyendo á aumentar su repugnante aspecto el traje negro y sucio, los cabellos desgrefiados, la apariencia sórdida y miserable, la poca nobleza y dignidad de movimientos, y sobre todo el pañuelo á la cabeza que llevan los hombres y que los árabes les precisan á ponerse en señal de menosprecio. Allí tienen su paseo los jóvenes elegantes de afeminada presencia, los viejos sucios y asquerosos y las mujeres guapas, por lo general, con sus grandes ojos negros y rasgados, la nariz aguileña, la tez morena y la fisonomía falta de expresión. En todos ellos se observa fácilmente el grado de abyección y

rebajamiento en que viven, inspirando su vista más bien repulsión que simpatía.

Desde las primeras veces que paseé por la dicha plaza, me llamó la atención una puertecita de arco de herradura abierta en una de las murallas que la rodean, y por la que se podía ver una vetusta tumba. Mi interés creció cuando supe que aquel era un lugar sumamente respetado por los habitantes de Marrakesh, por ser aquella tumba la del Sultán Yusef Ben Taxefin, fundador de la ciudad. El ilustre caudillo que estableció en el trono la dinastía de los Almoravides y engrandeció los dominios del *Emir-al-Mumenim*, quiso ser enterrado modestamente al aire libre, y que el cielo cobijase su sepulcro y los árboles le diesen sombra. No hay allí más que un simple sarcófago de piedra blanca, sin adornos ni inscripciones de ninguna clase, elevado por dos ó tres escalones del suelo, y situado en medio de un pequeño recinto rodeado de murallas. El conjunto no puede ser más austero y sobrio. Impresiona por su misma sencillez, y resulta digno de un hombre que, elevado á la cúspide de las grandezas humanas, supo despreciarlas y anonadarse ante la terrible majestad de la muerte. No quiso conmemorar su recuerdo erigiéndose una tumba fastuosa, como lo hicieron muchos de sus sucesores, que levantaron los monumentos hoy derruidos y abandonados de *Xella* (1), sino fiarlo á la memoria de sus súbditos, á quienes colmó de beneficios elevando su Imperio al mayor grado de esplendor. Si la devoción oficial de los magnates magrebinos ha olvidado este lugar, no ha sucedido lo mismo al pueblo, y todas las mañanas muchas pobres mujeres se reúnen á hacer sus preces junto al humilde y solitario sepulcro del que fuera un guerrero poderoso y temido; extienden ante la puerta una manta en que recogen las limosnas que les arrojan los transeúntes, y arrodilladas junto al sarcófago ó acurrucadas cerca de la puerta, envueltas en inmensos paños blancos y la cara cubierta con un pañuelo que no deja ver más que los ojos, se pasan las horas recitando una especie de rosario, en cada una de cuyas cuentas repiten una invocación á Allah, saludándole con una de sus infinitas cualidades ó atributos.

Siguiendo por la calle donde se halla el sepulcro del fundador de Marrakesh, se llega á la *Mamunia*, casa de recreo de los emperadores, rodeada de jardines, donde es costumbre que se alojen las Embajadas extranjeras que visitan la corte, y donde hoy habita la Misión italiana que preside mi antiguo

(1) Ciudad vecina á Rabat, hoy arruinada, donde están las tumbas de los califas Almohades, y entre ellas la de Yusef Almanzur.

amigo el Excmo. Sr. Malmusi, Ministro de S. M. Humberto I en Tángier. Para nosotros ha sido una verdadera fortuna encontrarnos aquí con tan excelente y simpático colega, que acompañan su hijo Carlos (buenísimo compañero mío) y otros funcionarios. Como nos unen vínculos de amistad y mutuo aprecio, nos reunimos todos los días y pasamos largos ratos conversando alegremente, paseándonos por las frondosas alamedas de naranjos y olivos, que son el principal encanto de la *Mamunia*, ó haciendo excursiones á caballo por las afueras de la población, que Carlos conoce á las mil maravillas. Los enviados italianos llevan seis meses de residencia en la capital magrebina, y no sólo han recorrido toda la ciudad y sus contornos, sino que ya están cansados de la vida aislada y monótona, y de la lucha sostenida con la pasividad de los altos funcionarios marroquíes, que tanto dificulta las negociaciones diplomáticas.

Si la casa de Muley Ali es mucho más hermosa que los tres pabellones que componen las habitaciones de la *Mamunia*, los jardines de ésta son incomparablemente mejores y más extensos. Forman un admirable bosque, que riegan infinitos arroyuelos, y en cuyos árboles anidan innumerables pájaros de todas clases que alegran la umbría con sus variados cantos. La disposición del edificio principal es idéntica á la del interior de Muley Ali, aunque todo es más pequeño. Presenta el mismo patio, rodeado de galerías formadas por arcos apuntados que sostienen pilares de mampostería, con una fuente en el centro y tres estancias largas y estrechas en tres de sus lados. Otro edificio aislado que tiene un gran aposento, al que se sube por una escalera tortuosa, sirvió de habitación al General Martínez Campos cuando vino de Embajador á poner término á los asuntos de Melilla. Estas dos construcciones, que separa un gran estanque, pues la *Mamunia* está ricamente dotada de aguas corrientes, se hallan situadas junto á las murallas de la ciudad, en la que se abre una poterna que da libre paso á las afueras á los que en ella residen, y desde sus terrazas se disfruta de un panorama encantador, sobre la cordillera del Atlas y fertilísima vega del Tensif. El tercer pabellón, á que antes aludí, debía ser un lugar de reposo, y está perdido en medio de los jardines. Le llaman, vulgarmente, pabellón de la Sultana, aunque ignoro á qué deba semejante apelación.

Naturalmente, el principal tema de nuestras conversaciones, apenas nos reunimos italianos y españoles, ya en la *Mamunia*, ya en *Muley Ali*, es el asunto que tanto nos preocupa, la enfermedad del Gran Visir, que impide que la Embajada

italiana termine sus asuntos, y que la nuestra comience sus negociaciones. Desgraciadamente todas las noticias que sobre el particular recibimos, son bastante graves. El médico español, doctor Cerdeyra, que nos acompaña, ha sido llamado para asistir al ilustre enfermo, y después de haber celebrado una consulta con sus colegas el doctor Linares, agente de Francia en la corte sheriffiana, y el inglés doctor Verdún, facultativo de los ejércitos imperiales, nos dice que es de esperar un desenlace funesto; que aunque la enfermedad que actualmente padece es una simple *grippe* común, la avanzada edad del paciente y las dolencias crónicas (entre ellas la albuminuria), que combaten cruelmente su gastado organismo, dificultan sobremanera una curación que, para afirmarse, necesitaría una larga convalecencia, y un cambio completo y radical en el régimen de vida del poderoso magnate, incompatible con su carácter impetuoso, apasionado y vehemente.

Ba-Ahmed es hombre de grandes bríos y energías nada comunes. Postrado en el lecho, sufriendo los ataques de cruel enfermedad, dirige, sin embargo, la administración del Estado, haciéndose temer y respetar, de manera que mientras aliente, es seguro que cuidará celosamente de que nadie trate de usurpar su omnímodo poderío. Ha asumido en sí todas las funciones del Gobierno, sujetando el monarca á su tutela, é inspirando pavor á todo el mundo, incluso al mismo Soberano, por lo que nadie se atreve á intervenir en nada y arrostrar las consecuencias de su enojo. Por una extraña coincidencia, en estos días ha fallecido uno de sus hermanos; lo que, unido á la muerte acaecida no hace mucho tiempo de otro de ellos, Si-Said, que desempeñaba el puesto de Ministro de la Guerra, y á la enfermedad que él mismo padece, hace que el pueblo murmure y llegue á decir, comentando tales sucesos, que los difuntos perecieron envenenados, víctimas de una odiosa maquinación tramada por los enemigos del valido, á quien aguarda también semejante fin; lo que todos verían con singular placer, pues lo mismo el pueblo que los magnates, detestan al que con sin igual tenacidad les impone su voluntad y les somete á sus caprichos. Con todo esto, el despacho de los asuntos oficiales ha sido aplazado y nuestra recepción pública por el Sultán, que, conforme á lo de antiguo establecido por la etiqueta magrebina, debió haberse verificado al tercer día de nuestro ingreso solemne en la ciudad, retrasada indefinidamente; no siendo de esperar que el joven monarca, que para todo cuenta con el auxilio de su Visir, que es quien verdaderamente gobierna, se decida á tomar una resolución que termine esta situación anómala y extraña, incomprensí-

ble en absoluto para las Cancillerías europeas, y que aquí no causa el menor asombro. Todos la aceptan con resignación completa, como lógica y fatal consecuencia de la prepotencia del famoso Ba-Ahmed-ben-Musa, que todos se ven precisados á acatar, y como prueba patente y manifiesta de la omnipotente voluntad de Allah, ante la cual se estrellan los afanes humanos en general, y más especialmente las aspiraciones y vehementes impacencias de los odiados *rumis* ó cristianos.

5 de Mayo.

La situación no se ha modificado en nada. El Gran Visir, sigue sufriendo alternativas de gravedad ó mejoría, sin que el curso de su enfermedad tome un rumbo definitivo; y los asuntos oficiales, sobre todo los de orden exterior, continúan aplazados hasta Dios sabe cuándo, pues es conocida la despreocupación innata de los musulmanes. Como en Europa nadie puede explicarse lo que aquí ocurre, y á todo el mundo sorprenden tales anomalías, las imaginaciones se han echado á volar, y vista la carencia de noticias, algunos periódicos ingleses (ingleses habían de ser) se han permitido decir, faltando á la verdad en absoluto, que la Embajada española había fracasado, puesto que el Emperador de Marruecos se negaba á recibirla. El deseo de hacer daño y perjudicar á España se manifiesta claramente, ya que no existe ni el menor fundamento para propalar semejante aserto. La verdad es que la dolencia que aqueja á Ba-Ahmed es un gran contratiempo fatal y desagradable, que lo mismo afecta á la Embajada italiana que á la española. La primera tiene todos sus asuntos resueltos, faltando sólo que el Gran Visir firme los protocolos definitivos, y nosotros esperamos que mejore un tanto para poder comenzar las negociaciones, en las que necesariamente tiene que intervenir, por ser también Ministro de Relaciones exteriores. Pero, ciertamente, no es posible continuar como hasta hoy, y teniendo en cuenta los falsos y mal intencionados rumores que aviesamente corren por Europa, es preciso hacer comprender á S. M. Abdul-Aziz, que es de todo punto necesario que, asistido ó no por su Gran Visir, se resuelva cuanto antes á recibirnos en audiencia pública; y desde luego nuestro Jefe ha entablado negociaciones directas con el *Maghzen* ó sea el Gobierno, para poner fin á semejante estado de cosas. Es de esperar que en breve obtendremos la realización de nuestro justísimo y legítimo deseo.

Mientras tanto, yo, por mi parte, continué visitando la ciudad y sus interesantes monumentos. Hoy he dirigido mis pasos á la *Kasbah* ó palacio del Emperador, situado en la parte Sur, y fuera de Marrakesh. Es inmenso, y lo componen varios grupos de construcciones y vastísimos jardines; porque allí residen no sólo el Sultán, su familia y la legión de mujeres que le pertenece, sino también muchos personajes de la corte, y numerosos servidores y guardias. Hay también dos mezquitas é inmensos patios, verdaderas plazas, donde el Soberano da sus *meshuares* ó audiencias públicas, y dentro del mismo recinto se encuentran todas las oficinas del Estado. Tantos edificios forman un laberinto de calles, y como otra ciudad, cuya circunferencia exterior podrá tener unos cinco kilómetros, rodeada toda de murallas, construídas con lo que llaman *tabbi* ó sea una especie de mortero hecho con tierra, arena y cal que apisonan entre dos tablas aplicadas á ambos lados de la pared; que van levantando poco á poco y rellenando por el mismo procedimiento. Dichas murallas están guarnecidas en el interior con torres y contrafuertes á manera de fortaleza que domina la ciudad.

Lo que desde el exterior puede verse, recorriendo las plazas y calles de la *Kasbah*, bien poco interés presenta, todo está ruinoso y desmantelado y nada revela la residencia de un poderoso monarca. Algunos techos cubiertos de tejas barnizadas de verde, rematadas por las consabidas tres bolas de metal dorado, señalan las habitaciones del Sultán y la mezquita reservada que fué mandada construir por Muley Abd-Allah, padre de Sidi Mohammed. Aseguran los moros, que las tres bolas que terminan la techumbre de este santuario son de oro macizo, y Lempriere, en su curioso *Diario de viaje de Tánger á Tarudant* (1789-90), dice que su origen es el siguiente: una de las mujeres del glorioso Emperador Yacub-Almanzur, hábil maga muy entendida en las ciencias ocultas, al ver que su esposo embellecía tanto á la ciudad de Marrakesh, no quiso dejar á la posteridad menos recuerdo que él, y con el fin de que su memoria pasase gloriosa á las generaciones venideras, vendió todas sus alhajas de oro y plata, y las muchas piedras preciosas que poseía, y con el producto que reunió mandó fundir las referidas bolas, asistiendo ella misma á la operación y recitando mientras tanto misteriosos conjuros que unían á ellas los destinos de la ciudad. Después dijo que las colocaran en la mezquita reservada de palacio, donde se custodian cuidadosamente, pues de su conservación creen los árabes que depende la felicidad é independencia del Imperio. Es imposible comprobar si hay algún fundamento que autorice este

dicho, y creer bajo la fe de su palabra lo que pretenden los moros.

Ali-Bey, que según relata en su curioso libro (1)—uno de los mejores que se han escrito sobre Marruecos—le fué dado penetrar varias veces en el interior del palacio imperial nada refiere acerca de dichas bolas y de su curiosa historia. Describiendo lo que pudo ver, dice que, después de pasar la puerta que comunica con la plaza del *Meshuar*, hay que atravesar un patio destinado á los guardias, y llegar luego á otro en cuyo centro se encuentra una pequeña *kubba* ó casita cuadrada, elevada algunos pies del suelo, cuyo interior está cubierto de tapices y guarnecido con algunas almohadas. En este lugar se sientan los ministros y altos dignatarios de la corte aguardando las órdenes del Soberano, sirviéndose comida, cena y refrescos á los que allí permanecen. Dejando atrás esta especie de antecámara y el patio en que se halla, se entra en un vestíbulo donde se sitúa otra guardia y los pajes de servicio, y, finalmente, en un jardín en el que hay dos pequeñas *kubbas* de madera, en una de las cuales recibe de ordinario Su Majestad Sheriffiana. Este jardín es de forma regular, hermoso y bien cuidado, está plantado de naranjos y bien provisto de flores y plantas aromáticas: en su centro hay un cuadrante solar. Según prosigue refiriendo el erudito general español —que en todo este pasaje transcribo—en el interior del palacio existen hermosas habitaciones construidas á la europea, con grandes balcones que dan al jardín, y un bellissimo salón cuadrado primorosamente adornado y con algunos tapices por todo mueblaje. Esta habitación se halla en el primer piso, y da lástima ver la escalera tan mal colocada, tan oscura, y sobre todo tan mezquina que á ella conduce.

Creo firmemente cuanto dice Ali Bey, que, gozando de la amistad del Emperador Muley Soliman, debió visitar varias veces la parte reservada de palacio, en la que ninguno de nosotros ha de penetrar. Además, he podido comprobar la veracidad y exactitud de muchas de sus descripciones, pues como en Marruecos los edificios y costumbres se mantienen indefinidamente, casi todo se halla del mismo modo que á principios de siglo, época en que el intrépido viajero recorrió la Mauritania.

Nosotros hemos llegado hasta la Plaza de Armas, ó sea el *Meshuar*, donde se verificará la audiencia pública. El salón

(1) Vide: *Viajes de Ali-Bey el Abbasi* (D. Domingo Badía Leblich) por Africa y Asia durante los años 1803, 4, 5, 6 y 7.—París, librería de los señores Salvá é hijo, 1836.

del trono de los Sultanes magrebinos no puede ser más sencillo. Un inmenso paralelogramo, rodeado de murallas, que limitan por dos partes los jardines del *Agudal*. En uno de sus frentes hay un pequeño pabellón denominado *Kubba Suera*, que tiene en su piso superior un gran balcón, desde donde el Emperador presencia la *fantasia* ó juegos de correr la pólvora que se ejecutan para celebrar las solemnidades de las grandes pascuas del carnero y *Mulud*. Al lado contrario, después que la muralla lateral ha hecho un codo, estrechando bastante la superficie, se forma otro patio más pequeño, cerrado por tres lados por soportales, en que se instalan las oficinas del Gobierno, y precisamente en su fondo se abre la puerta principal, que comunica con el interior, puerta modesta, de arquitectura sencilla y arco de herradura, simplemente blanqueada y sin adornos de ninguna clase. Únicamente la flanquean dos torreones, dándole aspecto de entrada de fortaleza más bien que de palacio.

La muralla de la parte Sur tiene otra puerta que da paso á una nueva plaza más reducida y también rodeada de muros; esta otra puerta tiene mayores pretensiones arquitectónicas, con un arco de herradura, inscrito en otro de medio punto lobulado, sus dos columnas de mampostería con capiteles figurados, que sostienen un entablamento, y su coronamiento almenado con dos linternones en los extremos, que hacen de ella uno de los monumentos más pintorescos de Marrakesh, aunque toda su traza y la calidad de sus groseros adornos de yeso, pintarrajados con colores crudos y vistosos, revelan una época de absoluta decadencia y mal gusto. Lo demás de la plaza, con su gran estanque, recuerda más bien el corralón de una granja que otra cosa. Como por la tarde recibe S. M. Sheriffiana á los kaides y gobernadores de las kabilas del Imperio, ante la puerta del Palacio hay gran cantidad de sirvientes que manteniendo del diestro hermosas mulas, ricamente enjaezadas, aguardan la salida de sus amos. No tarda mucho en terminar la audiencia, y podemos ver á los magnates montar sobre sus caballerías y emprender la marcha formando la más gallarda y soberbia comitiva que pueda darse. Caminan pausadamente, dejándose llevar por el paso suave de sus monturas, arrellanados en las altas sillas de montar morunas, los pies engargantados en ricos estribos dorados y damasquinados, sujetos muy alto, las piernas recogidas, y cabalgando de ese modo característico africano que nuestros antepasados llamaban á la *jineta*. Casi todos visten con elegancia suma el *jaique*, esa prenda tan airosa, que rodea dos ó tres veces sus cuerpos, envolviéndolos por completo y cubriendo sus cabezas,

que ciñe el turbante con numerosas vueltas, á manera de capucha ó cogulla; y llevan por encima el *alborno*, especie de capa de paño blanco, que forma pliegues caprichosos y les da majestuoso aspecto. Sus figuras son por lo general hermosas y viriles, lo mismo los mancebos gallardos y distinguidos, de gentil continente y apostura, que los viejos venerables de lengua barba cana y patriarcal presencia. A cada lado de la mula que montan, marchan por lo menos uno ó dos criados, y su mayor número demuestra la mayor posición y riqueza del jinete, que poseído de su dignidad y grandeza, tiende una mirada indiferente sobre cuanto le rodea, y ni siquiera se fija en los pobres plebeyos que se apartan respetuosamente á su paso, contemplando quizá con envidia tanto fausto y opulencia, sin pensar que bien poco tienen que envidiar á los magnates marroquies, expuestos á ser víctimas de los caprichos de un soberano despótico, que puede desposeerlos, sin el menor fundamento y ante la mas leve sospecha, de la noche á la mañana, de todas sus riquezas y poderío, y encerrarlos en una triste y fétida prisión, donde padecerán olvidados y abandonados por todos el poco tiempo que puedan soportar una vida miserable y abyecta, como ocurrió precisamente—citando este caso entre otros muchos—á *Mohammed el Zeguer*, Ministro de la Guerra del difunto Sultán Muley Hassan, que recibió con el mayor esplendor en este hermoso palacio de Muley Ali, que hoy habitamos, entonces su vivienda, al general Martínez Campos y á su séquito, obsequiándoles con fastuoso banquete, y que al poco tiempo, privado de sus grandezas, iba á parar á una obscura y lóbrega mazmorra de Tetuán, donde sigue y seguirá encerrado hasta que un nuevo capricho de su señor, el *Emir al-Mumenin*, haga rodar su cabeza ó le devuelva con exceso sus perdidos bienes, que todo es posible en este extravagante y curioso país, en que le parece á uno vivir hace ocho siglos, en plena Edad Media.

Fui siguiendo de lejos la lucida cabalgada, admirando su pintoresco aspecto y la noble apostura de los caballeros que la formaban, y tras ella salí del *Meshuar*, recorriendo en su compañía un laberinto de calles estrechas y tortuosas, llenas de polvo y basura, y bordeadas por casuchas inmundas, ruinosas ó miserables, en las que habitan los numerosos esclavos del Sultán, hasta desembocar en una enrucijada donde se levanta la mezquita de Muley-Yazid, hermoso edificio cuya fachada presenta líneas regulares, bien ordenadas y bellas, en medio de su marcada sencillez. Fórmala un solo cuerpo no muy elevado, dividido en partes iguales por pilastras, en cuyos intervalos se dibujan elegantes arcos apuntados, ya ce-

rrados por el muro, ya dando paso al interior. Sobre las pilastras se apoya un cornisón bien trazado, con alicatados de estuco, un friso, y una línea de almenas dentelladas que disimulan la techumbre. Desde la puerta puede verse que el interior afecta la forma de un claustro rectangular, con galerías laterales que circundan un patio con una fuente en el centro, notándose desde luego el mismo defecto que se observa en la *Kotubia*, es decir, que la altura general del edificio no está proporcionada con su extensión, defecto peculiar á la arquitectura árabe, del que no se escapa ni la maravillosa mezquita cordobesa.

En uno de los ángulos de la mezquita de Muley-Yazid, que fué edificada, conforme á datos fehacientes, por el famoso Yacub Almanzur, es decir, en la época de mayor esplendor del arte morisco, se alza un minarete que, en sus reducidas dimensiones, es una preciosidad. Aseméjase mucho en su hechura á la famosa torre que construyó el arquitecto sevillano Hever, de la que antes me ocupé y continuamente admiro; y está toda revestida con azulejos esmaltados de brillante color verde, sobre los que se extiende una red de caprichosos ornamentos formados por ladrillos de su color natural. Dan luz á su interior preciosos ajimeces lindamente decorados, y su conjunto, rematado por las consabidas almenas dentelladas y su correspondiente linterna, resulta tan elegante como graciosa muestra de ese estilo del arte árabe, llamado africano, que se distingue por sus adornos de estuco y ladrillos vidriados. Una ancha grieta, abierta en una de sus fachadas, testifica el hecho narrado por el Xiej Ahmed-ben-Yaled (1) de que, corriendo el año 981 de la Hégira (1603), los cristianos cautivos que estaban detenidos en la Alcazaba de Marrakesh pretendieron hacer saltar por medio de varias minas cargadas de pólvora esta mezquita fundada por Almanzur, un viernes, á la hora en que allí se hallase el Sultán Muley-ex-Xiej con toda su corte, haciendo sus oraciones; no pudiendo llegar á conseguir su objeto por haberse apagado una de las mechas, aunque de resultas de la explosión parcial se rasgó la torre y se quebrantó bastante el edificio.

Lo referido por el historiador marroquí me hace suponer que las derruidas casitas y el confuso laberinto de callejuelas, muchas de ellas sin salida, que rodean por tres de sus lados á la mezquita de Muley-Yazid, debían formar parte antiguamente de la *Sagena* ó barrio que habitaban los cautivos cris-

(1) Vide, su obra ya citada: *Kitab-el-istizka li ajbar Dul al Magreb el Akza*.

tianos, que según múltiples testimonios, se hallaba situado dentro del recinto murado de la *Kasbah*, de donde se sale por esta parte atravesando la bellísima puerta de *Aguinao*, el mejor monumento arquitectónico de Marrakesh, después de la admirable y nunca bien ponderada torre de la *Kotubia*.

Esta hermosa puerta, construída también por orden del ilustre Yacub Almanzur, á quien se deben los más bellos edificios que se conservan en la capital del Imperio y en la ciudad de Rabat, que llenó de magníficos monumentos, es toda de piedra dura; pareciendo mentira que un pueblo que en el siglo XII daba pruebas de tan exquisito gusto artístico, haya caído en el grado de postración y embrutecimiento en que se encuentra hoy día. La magnífica puerta de *Aguinao*, con sus delicadas labores, tan elegantes como variadas, no desmerecería lo más mínimo colocada al lado de las geniales construcciones árabes similares que embellecen á Toledo y á Granada. Y conste una vez más que juzgo *motu proprio*, por simple impresión de artista estudioso, que goza con analizar sus sensaciones y compararlas, sin pretender imponer á nadie las conclusiones á que llega.

He de tratar de dar una idea, siquiera sea ligera, de tan bella construcción, que yo juzgo superior á la celebrada puerta del Sol, gala de la Imperial Toledo. Imaginémosnos tres arcos de herradura superpuestos, inscritos en otro cuarto de medio punto, los primeros lobulados y caprichosamente exornados con delicados arabescos, el último, compuesto por dovelas dispuestas simétricamente, con salientes alternadas que forman estrias, y este conjunto inscrito en un cuadrilátero terminado por una orla también trabajada con verdadero derroche. Pero donde los artificios medioevales hicieron ostentación de su exuberante ingenio fué en ambos tímpanos, cubiertos por follajes, hojarascas y arabescos, ejecutados primorosamente en relieve sobre la piedra dura. Limitan tan bella traza dos elegantes pilares de sillería, terminados por esbeltos linternones casi destruidos, rematando la obra un cornisón con su correspondiente friso, sobre el cual debían asentarse las consabidas almenas dentelladas, de forma trapezoidal, que coronan por lo general toda construcción árabe. Lástima que la parte superior de esta primorosa joya del arte morisco esté abandonada á las cigüeñas, que allí construyen sus nidos y que seguramente acabarán por arrancar poco á poco los sillares de su lugar correspondiente. Esta puerta, que comunica la *Kasbah* con la ciudad, sería digna de dar entrada al más suntuoso palacio del mundo.

Como la excursión del día ha sido larga, la noche me sor-

prende en la extensa plaza que precede á la puerta de *Aguinao*, que he contemplado durante largo rato, admirando los tonos dorados suavísimos con que el sol poniente embellece la piedra roja de sus murallas. La brillante cabalgata de los *maghnates* marroquíes se había dispersado por las distintas callejuelas internándose en la ciudad; por mi parte creí conveniente regresar á Dar Muley Ali, pues á más de no encontrar prudente pasearme por aquellos lugares después de anochecido, deseaba saber si durante mi ausencia se habían recibido noticias del *Maghzen*, si las gestiones entabladas por el Ministro habían dado los resultados apetecidos, y si al fin se sabía la fecha de la audiencia solemne.

Al llegar á casa supe con verdadero placer que S. M. Abdul-Azis, comprendiendo lo justo y razonado de nuestras pretensiones, se había determinado á recibir la Embajada de España cuanto antes, fuese cual fuese el estado de su valido, hecho verdaderamente extraordinario en la vida del joven Soberano, que hasta ahora jamás se atrevió á ejecutar ningún acto sin contar con la autorización de su obligado tutor Ba-Hamed.

No obstante, aún no se sabe con certeza la fecha que seremos recibidos.

6 de Mayo.

En atención á las noticias recibidas ayer, hemos pasado el día ultimando los detalles de la audiencia pública que habrá de celebrarse cuanto antes. A pesar de que todo estaba convenientemente dispuesto, ha habido necesidad de establecer la forma en que serán entregados los regalos á S. M. Sheriffiana, habiéndose decidido que horas antes de la citada para la recepción serán transportados en acémilas del Sultán, á la plaza del *Meshuar*, y que figurarán allí durante el tiempo que dure la audiencia. El discurso que en el solemne acto deberá leer el Representante de S. M. Don Alfonso XIII, ha sido traducido al árabe, sacándose las copias de estilo que habrán de entregarse al Soberano. Como en este país todo es extraño y anómalo, sabemos que la recepción se celebrará cuanto antes, quizás mañana, pero ignoramos datos concretos, es decir, el día y la hora, sin que nadie pueda suponer si Ba-Hamed asistirá á la ceremonia, ejerciendo sus funciones de Gran Visir, ó será representado por algún otro personaje. Según los doctores, el enfermo sigue grave, pero su robusta naturaleza le presta inusitados bríos.

Ya anochecido, seguíamos en el mismo estado de indecisión. Por último, á las diez de la noche han venido á avisarnos que mañana á las siete y media de la mañana pasará á recogerlos el *Kaid el Meshuar*, Introdutor de Embajadores, para presentarnos á su Señor, el Sultán de Marruecos. Hemos recibido el anuncio con júbilo, y cada cual se ha retirado á su habitación un tanto impresionado, al pensar en el solemne acto que presenciaremos mañana.

CAPÍTULO VI

La audiencia pública

Dar Muley Ali, 7 de Moharran, 1318 (7 Mayo 1900).

Al fin verificóse esta mañana la solemne presentación de la Embajada española con todo el alarde de bárbara grandeza y exótica magnificencia, con que acostumbra esta corte á recibir los representantes de las potencias extranjeras, resultando una ceremonia grandiosa é imponente, que, seguramente, jamás olvidará ninguno de los que pudimos presenciarla.

Conforme á las prescripciones de la etiqueta palatina, á las siete y media de la mañana vino á buscarnos en nombre de Su Majestad el *Kaid el-Meshuar*, alto funcionario que reúne los cargos de Introdutor de Embajadores y Mayordomo mayor de palacio, y, precedidos por él y por un piquete de *mejaznias* á caballo, salió de Dar Muley Ali todo el personal de la Embajada, vestido de gran uniforme, y se dirigió al palacio imperial entre dos filas de soldados de infantería, y escoltado por el *Kaid-az-Rha* y los numerosos jinetes que constituyen la guardia de honor ordinaria que nos acompaña desde Mazagán.

Cuando desembocó nuestra comitiva en la extensa plaza del *Meshuar*, pudimos presenciar un golpe de vista realmente asombroso. Aquel inmenso espacio rebosaba de innumerable gentío, ansioso de contemplar al descendiente glorioso del Profeta, al Príncipe de los creyentes. Las tropas formaban cuadro, dejando un amplio lugar desocupado en el centro; los *mejaznias*, manteniendo sus caballos del diestro; los *askaris*

á pie, y los *tabjias* ó artilleros, junto á sus cañones de campaña, prevenidos para disparar los saludos de ordenanza en el momento en que se presentase su poderoso dueño y señor; dividiendo el espacio reservado en que nosotros penetramos, una fila de kaidés ó gobernadores sentados en el suelo, á la usanza moruna. Los trajes multicolores de la infantería, en que dominaba la nota rojiza; las sotanas verdes de los músicos del Sultán, aquellos músicos que tan gran impresión me causaron el día del ingreso solemne; los albornoces blancos de los altos funcionarios palatinos; los uniformes europeos con sus dorados relucientes, todo reunido, formaba un conjunto maravilloso, cuyos variados detalles hacía resaltar la luz espléndida que todo lo inundaba. Apenas llegamos al centro de la plaza, bajamos de nuestros caballos y nos colocamos conforme al orden preestablecido: primero, el Embajador, acompañado por su truchimán, señor Saavedra; luego, el Prefecto apostólico de Marruecos, como protegido de España; después, el Secretario y el agregado diplomático de la misión, y por último, en una línea, el demás personal oficial, intérpretes y agregados militares.

Como si el Emperador no hubiera estado esperando otra cosa, apenas nos hallamos dispuestos, tocaron las músicas un himno salvaje y desentonado, los soldados presentaron armas y por el hueco de la puerta de Palacio comenzó á salir el séquito del Soberano. Ante todo, los magnates de la corte; después, cinco ó seis hermosos caballos de respeto, enjaezados lujosamente y llevados del diestro por esclavos negros; luego, una desvencijada berlina de aparato, de forma anticuada y venerable, regalada por la Reina de Inglaterra al Sultán Muley Abdallah, que arrastraban otros esclavos, y por fin, rodeado de pompa y majestad, el Sultán de Marruecos, Fez, Sus, Draá y Tafílete; el Sheriff de los Sheriffes; el Emir de los creyentes; el Miramamolín de nuestros mayores, montado en un magnífico caballo blanco, cubierto de albas vestiduras, conforme á la tradicional costumbre seguida por los herederos de Mahoma, y cobijado por un enorme quitasol de terciopelo verde y encarnado. Ante él marchaban dos funcionarios, sosteniendo larguissimas lanzas, y á su lado dos esclavos negros sacudían unos paños blancos, para que ningún insecto se atreviese á profanar con su contacto las desnudas piernas de la real persona. Rodeábanle los visires y altos funcionarios, caminando á pie con aire humilde y respetuoso, y toda la comitiva avanzaba hacia donde nos hallábamos con paso lento y pausado, como si desempeñara una función sagrada, un deber religioso.

La ceremonia era, en verdad, solemne y grandiosa. En el momento en que, bajo el dintel de la puerta, apareció la figura del Sultán, un murmullo de asombro y entusiasmo, pronto reprimido por el respeto, brotó de los labios de la muchedumbre, que inmediatamente quedó silenciosa, como atemorizada ante tanta majestad; los *kaidés*, que estaban sentados, como movidos por un resorte se pusieron de pie y formaron una larguísima línea que saludó al unisono, inclinándose hasta el suelo, y se dispersó por toda la plaza, hasta colocarse detrás de nosotros, aparentando huir del esplendor, que suponen dimana de la figura del descendiente del Profeta que, impávido ante tantas muestras de homenaje, prosiguió su marcha, deteniendo su caballo á unos cuantos metros del grupo que formábamos. El Ministro de España se adelantó cuatro ó cinco pasos, hizo un saludo de corte y se situó frente á frente de Su Majestad Abdul-Azis.

Declaro que presenciaba, impresionado, aquel acto imprevisto por su salvaje majestad. Un silencio abrumador reinaba en el ámbito de la inmensa plaza, y nadie hubiera sido bastante audaz para turbarlo, porque para los musulmanes marroquíes el Sultán, más bien que un Soberano, es el representante de Dios, el lugarteniente de Allah, y su pueblo no osa acogerle con vivas ni aclamaciones entusiastas, sino poseído de religioso terror. No se le rinde homenaje y pleitesía, se le venera y se le adora. El, por su parte, inmóvil, indiferente á todo, domina la muchedumbre desde lo alto del caballo, el trono de los Emperadores del Magreb, é impávido recibe las pruebas de devoción y afecto de sus siervos. Magnates y plebeyos se inclinan igualmente, anonadándose ante la majestad soberana, que ni siquiera un instante se digna fijar su atención en aquella turba de viles esclavos, de quienes es señor y dueño absoluto.

Hizo el Embajador de España las cortesías de rúbrica y comenzó á leer un buen escrito discurso que al efecto llevaba preparado, en el que saludaba á Su Majestad Abdul Azis en nombre de los monarcas españoles, encareciendo los lazos de amistad que siempre han existido entre las dos naciones vecinas. Achacó la tardanza en haber presentado sus cartas credenciales á inescrutables designios de la Providencia, que siempre tiende á consolidar la paz y fraternidad entre los pueblos que se acogen á su divino amparo, y que, como España y Marruecos, están intimamente ligados por los estrechos vínculos de la proximidad y de la tradición; indicando que con semejante aplazamiento, el Altísimo se había propuesto, sin duda alguna, permitir que pudiera alegar, como sólida

garantía de los sinceros propósitos que le animaban, la experiencia de su ya larga residencia en el Imperio, durante la que había podido hacer patente sus esfuerzos por mantener y estrechar más y más las relaciones que unen á ambos pueblos; terminando su discurso haciendo fervientes votos por la felicidad del monarca, y el florecimiento y prosperidad de su pueblo, no sin manifestar antes su confianza en que Su Majestad Sheriffiana se dignaría prestar á la importante misión encomendada á la Embajada su benévolo concurso, dando con esto á España una nueva muestra de que había sabido conservar siempre vivas las generosas tradiciones de amistad y mutuo aprecio que en todos tiempos mediaron entre el glorioso Muley Hassán, sus ilustres antecesores y la excelsa Monarquía española.

A nadie extrañará la forma un tanto mística del discurso que he extractado, si se tiene en cuenta que las alusiones á la intervención divina están muy arraigadas en el concepto psicológico del pueblo árabe, hieren sobremanera su imaginación y constituyen la más lógica é indisputable justificación de todos los hechos, pareciendo sumamente conveniente aprovecharla, como verdaderamente fausta y oportuna. Apenas concluyó la lectura, el truchimán, señor Saavedra, leyó la traducción árabe que llevaba prevenida. El Sultán le escuchó atento, pero sin que su figura revelara la más leve impresión ni el menor interés, y, cuando hubo terminado, entregó á Sidi-Abd-el Krim Ben Solimán, Secretario interino de Negocios extranjeros, que, conforme á lo que ya suponíamos, desempeñaba en aquel momento las funciones del Gran Visir enfermo, un pliego conteniendo el discurso de contestación.

Poca idea pudimos formar en el momento de lo que replicaba S. M. Abdul-Azis á las manifestaciones del enviado de España, pues nuestro traductor, sin duda impresionado por la majestad del acto, no logró vencer las grandes dificultades que ofrece una versión del árabe al castellano, y sólo nos manifestó cuatro lugares comunes; es decir, que S. M. Sheriffiana respondía á los saludos de los soberanos españoles y hacía votos á su vez por la prosperidad y grandeza de la ilustre nación amiga y vecina, con la que deseaba mantener las más cordiales relaciones. La respuesta resultaba un tanto incolora é insubstancial. Afortunadamente, al regresar á nuestra casa, hecha una exacta traducción del documento sheriffiano, pudimos juzgar que era bastante más expresivo que lo que á primera vista parecía, por más que sus términos quedaran envueltos en cierta vaguedad, que revela la cautelosa prudencia con que el Gobierno marroquí acoge una Embajada, cuyo

objeto se ha complacido en exagerar y desfigurar la prensa española y extranjera, provocando las más legítimas suspicacias.

No resisto á transcribir una traducción de la respuesta de S. M. Abdul-Azis, hecha por uno de nuestros compañeros, que posee el árabe á las mil maravillas. Dice así:

«La alabanza á Dios único, sólo en sí mismo (1).

»Sea bien venida la carta de nuestro amigo, el excelso Rey de España; y la paz sea siempre con su madre la augusta Reina Regente.

»No ponemos en duda la sinceridad de los sentimientos amistosos de sus reales personas; y reconocemos los buenos deseos del Gobierno español. Los votos que formulan por nuestra felicidad y la de nuestro pueblo, nos llenan de júbilo y hacen que le seamos deudores de la más viva gratitud.

»Nunca hemos cesado de conservar las relaciones de buena amistad y leal afecto que siempre existieron entre nuestros antepasados y los monarcas españoles, y confiamos que, con ayuda de Dios, aumentarán, prosperarán y se acrecentarán.

»Bien venido seáis, ¡oh, Embajador!, vos y todos los que os acompañan, huéspedes de nuestra Sheriffiana Majestad; asegurándoos que no veréis hacer por nuestra parte más que aquello que, con el favor de Allah, sea objeto de satisfacción para todos y tienda á conservar los derechos de los dos pueblos vecinos y á guardar las consideraciones que se deben ambas dinastías.»

Mientras se leyeron los discursos, no aparté mi mirada ni un solo momento del semblante de S. M. Abdul-Azis. Jamás he visto figura más enigmática y ambigua. Ni un gesto alteró la expresión parada de aquella fisonomía, ni una mirada brotó de aquellos ojos apagados y tristes. ¿Qué pensamientos se ocultarian detrás de aquella máscara impenetrable de aparente atonía? ¿Su indiferencia será producto de una lección bien aprendida, ó lógica consecuencia de la férrea sujeción en que lo mantiene el astuto Ba-Ahmed Ben Musa, Gran Visir en apariencia, en realidad tutor y tirano, ó quizás resultado de una vida de placeres continuos, bastantes para embotar la más alta inteligencia? ¿Quién lo sabe! Acaso aguarde con impaciencia la muerte del valido, para revelar sus energías y manifestarse déspota sanguinario, tiránico señor de sus vasa-

(1) Es de advertir que todos los documentos oficiales magrebinos comienzan con esta fórmula consagrada, según la costumbre que estableció el famoso Yacub Almanzur, quien la escribía con su propia mano al frente de todas sus cartas.

llos y fanático enemigo de todo progreso, como alguno de sus antecesores; y ciertamente, no sería el único de ellos que supo disimular admirablemente sus defectos y cualidades, hasta ver cimentado su trono sobre una base sólida y robusta, que le permitiera imponerse por la fuerza brutal. Sea lo que fuere, debemos prepararnos á extraños é inesperados acontecimientos, pues la muerte que amenaza á Ba-Ahmed ha de señalar la hora del despertar del Soberano, que, ya una vez libre de su tutor prepotente, podrá arrojar la máscara y mostrarse tal cual es. Sin atreverme á predecir lo futuro, creo prejuzgar que la falta del Gran Visir, hombre de extraordinarias condiciones, se hará sentir, y que, desgraciadamente, no habrá en todo el Imperio quien sea capaz de reemplazarle.

Cuando la lectura y traducción de los discursos hubo terminado, el Ministro entregó al Sultán las cartas credenciales que le acreditan como representante de España en su corte, y el Soberano pidió que le fuese presentado el personal que compone la Embajada. Así se hizo, y el Secretario, el agregado diplomático, los religiosos, los intérpretes, la Comisión militar, y demás, desfilaron sucesivamente ante S. M. Sheriffiana, á quien comunicaba Abd-el Krim ben Solimán el cargo y cualidades de cada uno.

Después de verificada la presentación, el *Kaid el Meshuar* gritó por orden de su señor, repetidas veces (y en árabe, por supuesto), *Bienvenida sea la Embajada española*, como para demostrar al pueblo el agrado con que nos recibía el Soberano, y se dió la ceremonia por terminada. El Emperador se retiró por el mismo camino que había traído, y acompañado por el mismo séquito. Sonaron las músicas de nuevo, y esta vez, sin duda por cortesía y deferencia, tocaron la *Marcha Real* española, echada á perder; los soldados prorrumpieron en gritos de entusiasmo, y los cañones, dispuestos al efecto, dispararon las salvas de ordenanza.

Siguieron al Sultán las mulas que llevaban los regalos, consistentes, como anteriormente he dicho, en doce fusiles y doce carabinas Maüsser, modelo español, dos alfanjes con sus correspondientes gummies, espléndidamente trabajados en la fábrica de Toledo, un magnífico sable de oficial general, dos piezas de rico brocado de oro, y dos mil cartuchos para las armas de fuego. Y cuando toda la comitiva penetró en el palacio, el *Kaid el Meshuar* nos invitó á recorrer, como lo hicimos todos á caballo, y siguiendo una antigua costumbre, los extensos jardines del *Agudal*. Más de dos horas estuvimos visitando aquellos inmensos bosques de olivos y naranjos, que cubren muchas hectáreas, viendo de paso los lugares más interesan-

tes, como la casa de verano de los Emperadores, llamada *Dar-el Naida* (la casa blanca), y los dos vastísimos estanques, en uno de los cuales pereció ahogado Muley Mohammed, abuelo del actual Sultán. Habíase embarcado en un bote con algunas de sus favoritas, y bromeaban alegremente, cuando un movimiento inoportuno hizo volcar le embarcación, y todos los que en ella se hallaban cayeron al agua. Desde la orilla muchos esclavos y eunucos contemplaban la catástrofe; pero como la persona del Sultán es sagrada, nadie se atrevió á prestarle auxilio, dejando tranquilamente que se ahogara. Este incidente dió el trono de Marruecos á Muley Hassan.

Pasamos también junto á las fábricas de cartuchos y pólvora, y entrevimos desde lejos el antiguo ingenio de azúcar, hoy completamente abandonado, tanto, que según dicen, sus máquinas mohosas sirven de distracción á las mujeres del harén. El *Agudal* tiene bien poco de jardín; más que nada es un extenso olivar y un bosque de naranjos. Flores pudimos ver muy pocas, y supongo que los verdaderos lugares de recreo serán reservados, y que en ellos no se dejará entrar á los cristianos.

Cuando hubimos paseado largamente, en virtud de una costumbre extravagante de la etiqueta marroquí, que prohíbe que los personajes importantes regresen de un lugar cualquiera por el mismo camino que llevaron á la ida, nos abrieron una puerta de las murallas, y salimos al campo que rodea la ciudad, teniendo que recorrer en pleno sol y por un camino lleno de polvo y de basura, larguísimo trecho para tornar á nuestra casa. Es aquella precisamente la parte más fea de la campiña, donde no hay ni un árbol, ni una planta; y como ya era cerca de mediodía, el sol africano descargaba sin piedad alguna sus rayos sobre nuestros oscuros uniformes, molestandonos mucho, á lo que hay que añadir el desagradable olor que exhalaban colosales pirámides de estiércol, amontonado desde hace siglos. Se necesita tener la dejadez, despreocupación é incuria de los mahometanos, para mostrar á sus huéspedes distinguidos, después de las galas y pompas de la corte, las inmundicias de la ciudad. Aunque el contraste era por demás rudo y desagradable, no fué bastante para distraernos del recuerdo de la espléndida ceremonia presenciada, que constituye el acto más interesante de nuestra visita á la corte Sheriffiana, acto majestuoso é imponente del que conservaré vivo recuerdo.

CAPÍTULO VII

En la Medina (1)

Dar Muley Ali, 8 de Mayo de 1900.

Mucho hemos hablado entre nosotros acerca de la ceremonia de ayer, cambiando las impresiones recibidas. Todas las opiniones están conformes en que el acto de la recepción fué sumamente grandioso é interesante, y en que aún nos hubiera causado mayor efecto si la figura principal se hubiera destacado con mayor relieve. Decididamente, el Sultán no responde á la majestad y arrogancia que esperábamos hallar en el descendiente del Profeta. Su aspecto ambiguo é indiferente, como si todo le cansara y nada lograra interesarle; su mirada triste y apagada, su expresión cohibida y timorata, nos causaron una impresión desagradable é inesperada en un joven Soberano en quien se encarna el ideal político y religioso de su pueblo. Pienso, no obstante, si toda esta apariencia extraña no será producto de una hábil comedia representada para despistar las suspicacias nunca dormidas de Ba-Amed, y si, llegado el caso de que por muerte del valido ó cualquier otra causa, pudiera librarse de la tutela que le ha impuesto el hombre á quien en realidad debe el Imperio, no se revelará un carácter soberbio y violento, tanto más arrogante cuanto ha tenido que disimularse durante largos años. Los árabes son maestros consumados en el arte de fingir, y, ciertamente, no sería este el primer caso en que algo análogo ocurriese en Marruecos, pues más de un antecesor de S. M. Abdul Azis supo disimular sus condiciones, hasta aprovechar un momento conveniente para poder entregarse sin riesgo alguno á la realización de sus caprichos.

También es objeto de nuestros comentarios el que, hasta pocas horas antes de la fijada, ignorásemos cuándo se verificaría nuestra audiencia, ni quién desempeñaría el puesto de

(1) Medina: la ciudad, en árabe.

Gran Visir y leería el discurso de contestación. Acostumbrados á la etiqueta de las cortes europeas, en las que todos los detalles de un acto de esta índole están fijados de antemano, no puede menos de sorprendernos la conducta del *Maghzen*, por más que sepamos que en todo le gusta proceder con el mayor sigilo y misterio. Nos ha sorprendido, igualmente, la falta de lujo de la corte magrebina y la sencillez de los vestidos, no sólo de los magnates y altos funcionarios, sino del mismo Emperador. Los relatos que nos han dejado los que antiguamente visitaron á los Sultanes de Marruecos, describen el fausto con que daban audiencia á los extranjeros en uno de los salones de su palacio, alhajado con verdadera magnificencia, cubiertos con vestiduras de riquísimas telas y ciñendo armas de extraordinario valor. Según refiere el P. Fray Francisco de San Juan del Puerto, en su interesantísima *Misión historial* (1), la corte de los Sheriffes, en tiempos de Muley Ismael, era verdaderamente suntuosa, deslumbrando el lujo y riqueza de que hacía alarde. Entonces el *Emir al Mumenin* recibía en el salón del trono, rodeado de pompa y majestad, en medio de una asamblea de príncipes que le rendían homenaje. Hoy todo ha cambiado. En vez de la lujosa estancia cerrada, un amplio patio abierto; en vez de un trono establecido sobre fuertes fundamentos, el caballo que sirve para la huida, como si todo contribuyera á robustecer la idea de que aquello se acaba y desmorona. El empobrecimiento paulatino del país, su decadencia cada día más acentuada, ha contribuido, indudablemente, á que todo aquel fausto y esplendor desaparezca. A un Imperio arruinado, corresponde una corte pobre.

El acto de la audiencia solemne impresiona por su carácter extraño y el aparato de pompa salvaje que acompaña toda presentación en público del Soberano despótico de un pueblo de esclavos. Fuera de este aspecto general, al fijarnos en los detalles, resulta mezquino y hasta grotesco. Los dos servidores que á ambos lados del caballo, con hierático respeto, sacuden paños para apartar de la imperial majestad cualquier insecto que pudiera molestarla, no sacuden paños de brocado recamado ó de rica seda, sino pedazos de lienzo común de ínfimo precio, contrastando la devoción del acto que desempeñan con los toscos medios que emplean para realizarlo. Muchas observaciones como ésta pudieran hacerse, pero hay un detalle característico que no quiero dejar de transcribir. Cuando las acémilas de palacio vinieron á recoger las cajas que conte-

(1) Sevilla, 1708.

nían los regalos destinados á S. M. Sheriffiana, el jefe de la servidumbre que las acompañaba hizo ostentosa manifestación de los cordones de seda fina que llevaba destinados para sujetar los bultos al lomo de las caballerías. Como la madrugada era húmeda, alguien hubo de manifestar la conveniencia de envolver los estuches de las armas en paños ó mantas que los guardasen de la fuerte rociada. Comprendió el enviado palaciego la justicia de semejante observación, y al punto dispuso que las dichas cajas se cubriesen con andrajos de arpillera y otras telas viejas y desastradas, mandando después que se ataran las cargas con los consabidos cordones de fina seda. Contrastes y siempre contrastes.

Realizado ya el acto más importante de nuestro viaje, esperamos que se fije día para la audiencia privada, que ha de fijar el comienzo de las negociaciones diplomáticas. Para dicho señalamiento ha de tenerse en cuenta el estado del Gran Visir, y, desgraciadamente, las noticias que tenemos del curso de su enfermedad no son nada favorables. El doctor Cerdeyra continúa visitando diariamente al enfermo, y por él estamos al corriente de cuanto ocurre, sabiendo que se ha enviado un mensajero al Cónsul de Inglaterra en Casablanca, para que éste flete un barco que vaya á Gibraltar á comprar balones de oxígeno, necesarios para el tratamiento á que debe someterse el ilustre enfermo. Mientras llega la hora de comenzar el trabajo, aprovecho el tiempo en continuar visitando la ciudad, que me propongo recorrer detenidamente.

He visitado parte de la *Medina*, la ciudad propiamente dicha, donde se hallan los bazares y tiendas, y donde radica todo el comercio de la capital, porque *Marrakesh*, lo mismo que *Londres*, tiene su *city* ó barrio de los comerciantes. Para llegar á él he atravesado el *Soko*, la plaza principal donde se verifican los mercados. Es un espacio irregular, rodeado de edificios mezquinos, dignos de una aldea de cuarto orden. Únicamente hay una casa de buena apariencia, que es donde habita el Kaid Mac-Lean.

Una vez que se entra en el barrio de los comerciantes, se encuentra uno en un verdadero laberinto de calles y callejuelas que se cruzan en todos sentidos. Son tantas las tiendas, que se creería hallarse en una ciudad de trescientos ó cuatrocientos mil habitantes, si no se tuviera en cuenta que aquella abundancia de almacenes forman una especie de feria perpetua, á la que van á proveerse diariamente los habitantes de la ciudad y de las montañas. La mayor parte de los pobladores del Imperio viven en pequeños aduares aislados, donde se carece de tiendas y obradores, por cuya causa se ven precisados

á ir á buscar á las ciudades cuanto necesitan. Conforme á las costumbres de la Edad Media, los diversos oficios y las tiendas de distinto género, se dividen en grupos, que se establecen en calles separadas; de manera que cuando se necesita un objeto cualquiera, se dirige uno desde luego á la calle donde se vende ó fabrica, en la seguridad de que en ninguna otra podrá encontrarlo. Los almacenes de sedas, lienzos, paños y demás productos similares del país ó ultramarinos, constituyen lo que se llama *El Kaisería*, cuyas calles están cubiertas con un techo de madera que forman arabescos, dejando aberturas y ventanas de formas diferentes por donde penetra la luz y el aire.

Grande es la animación que reina en aquellas galerías cubiertas, que pudieran compararse á los pasajes existentes en las grandes capitales, pues por ellas circulan innumerables personas, no faltando algunas mujeres envueltas en sus misteriosas mantas, que dejan vislumbrar únicamente un ojo, negro y rasgado por lo general. La variedad de trajes y figuras es grandísima, pues por la tarde, que es cuando se verifican las transacciones, se congregan allí gentes de todas partes, no faltando mercaderes venidos del Sus y demás regiones de allende el Atlas, hasta de la famosa ciudad de Timbutu.

Las calles están muy sucias, llenas de polvo ó barro, según el tiempo que hace, y rebosando de inmundicia, pues todo lo sobrante de la alimentación y del trabajo se arroja al suelo, sin que nadie cuide de recogerlo. A cada paso se tropieza con restos de animales muertos, contribuyendo á aumentar el mal olor que por todas partes reina; las tiendas de comestibles con sus grandes depósitos de manteca rancia y las numerosas casas de comida en que se guisa al aire libre, principalmente lo que llaman *kefta*, que viene á ser un picadillo de carne mezclado con especias y hierbas aromáticas, con que rodean unos palitos á fin de asarlo á un fuego vivo. A pesar de la repugnancia que en general me inspira la cocina marroquí, debo declarar que la *kefta* guisada con manteca fresca no resulta desagradable, y recuerda ciertos guisos populares de Andalucía. En algunos lugares, la atmósfera es verdaderamente irrespirable, contribuyendo á ello el que casi todas las calles están cubiertas con una especie de techumbre compuesta con hojas de palma y otras plantas ya secas. Por otra parte, son sumamente estrechas y tortuosas, y sus lados los forman las paredes de los edificios, arruinados por lo general. Muchas casas están apuntaladas y casi ninguna tiene ventanas, salvo ciertas aberturas estrechísimas; el aspecto de las puertas es igualmente mezquino y tosco, y á lo mejor, la que parece dar

entrada á una vivienda, abre paso á un laberinto de estrechísimas callejuelas sin salida, en las que apenas penetra la luz del sol y en las que es imposible que circulen dos personas de frente. Como los tejados de las casas están cubiertos de tierra apisonada de más de metro y medio de espesor, formando azoteas, resulta que esta inmensa carga hunde las paredes sin defenderlas de las inclemencias del tiempo; y como están construidas con malos materiales, ceden muy pronto, no tardando en llenarse de grietas y presentar un aspecto de marcada degradación. Entre las construcciones de ambas aceras, y para servir de apoyo á las paredes que amenazan desplomarse, se construyen muros de contención, agujereados en forma de arcos, guarnecidos con sus correspondientes puertas, que se cierran de noche; de manera que la ciudad queda dividida en distintos cuarteles, absolutamente incommunicados unos con otros.

Llama la atención la gran cantidad de cigüeñas que en las torres de las mezquitas, en las murallas, en una palabra, en todo lugar elevado, hacen sus nidos, siendo muy respetadas por los musulmanes. Una tradición popular entre los marroquíes, asegura que dichas aves son hombres que habitan en islas lejanas, á quienes por desconocer la verdadera ley, Allah castiga, obligándoles á tomar semejante forma y á visitar los países del Islam, pero que al cabo de cierto tiempo regresan á su país natal; donde se convierten de nuevo en hombres, hasta el año inmediato, en el que verifican de nuevo su emigración. Sobre este tema, la ardiente fantasía de los árabes borda mil cuentos á cual más absurdos y caprichosos, llegando á considerar como criminal al que matase cualquiera de estas aves. Sin duda alguna, el utilísimo servicio que prestan las cigüeñas persiguiendo á los reptiles que tanto abundan en los países cálidos, les atrajo el respeto de las gentes, que desde luego velaron por su conservación. Lo cierto es, que tales aves limpian la ciudad de inmundicias y llenan las funciones del servicio de higiene. Es tal la consideración de que gozan en el Imperio del Magreb, que según nos han referido, en Fez han fundado y dotado con grandes rentas un hospital destinado para *asistir, cuidar y dar remedios á las grullas y cigüeñas enfermas y enterrar á las muertas.*

Todas las tiendas están situadas en alto, á manera de alacenas abiertas en la muralla, y tienen un curioso sistema de cierre, compuesto de dos hojas de madera que se abren en el centro, una hacia arriba y otra hacia abajo. La superior sirve de toldo ó tejado, y la de abajo se utiliza de mostrador, ó más bien para subir á la tienda, levantada más de un metro del

suelo. Dentro de aquel nicho se instala el dueño del establecimiento y allí se pasa las horas, rodeado de sus mercancías, todas colocadas al alcance de su mano para ahorrarse movimientos inútiles. Allí recibe visitas, allí cumple sus deberes religiosos, allí permanece casi todo el día, inmóvil, sin atender á nada de lo que le rodea, fumando una pipa de Kiff que le proporciona ensueños voluptuosos, ó celebrando la grandeza de Allah y enumerando sus cualidades, pasando las gruesísimas cuentas de un enorme rosario. Si por casualidad acude un comprador, el mercader no se altera lo más mínimo, y las ventas se verifican con la mayor tranquilidad y calma. No ocurre lo mismo en las galerías de la Kaiseria, donde todos los objetos se venden en pública subasta. Existe una destinada á la venta de objetos usados, donde suelen encontrarse armas, telas, joyas y demás prendas raras y curiosas, á veces de gran valor. El que quiere enajenar alguno de dichos objetos, lo confía á uno de los empleados que al efecto existen, quien comienza á dar paseos por la galería enseñando á los asistentes, colocados en dos filas, la prenda que debe vender, y proclamando á gritos el precio que por ella ofrecen. Los compradores pujan el objeto, y cuando se ha llegado al precio que el vendedor desea ó juzga prudente, se verifica la transacción. siempre por medio del corredor que interviene el dinero, cobra un tanto por sus oficios y entrega al *adul* (ó notario que preside el acto) un blanquilla por ducado, impuesto que cobra el Emperador. Hay varios lugares destinados á estas clases de operaciones, siendo los más notables la *Sutia* ó mercado de armas, donde se hallan á lo mejor alfanjes, gumias y espingardas de verdadero mérito y ricamente decoradas, por precios irrisorios; el *Ermata* ó mercado de las babuchas, y *El Bercá* ó mercado de esclavos, que ha de ser objeto de una detenida visita.

Bajo el punto de vista industrial, Marrakesh no tiene mucha importancia. Sin embargo, en esta ciudad se fabrican tapices y mantas, inferiores á las que se tejen en Rabat y Fez, y jaiques finísimos de lana, tan transparentes como gasa, que son esas largas piezas de cuatro ó seis metros de largo por uno y medio de ancho, en la que se envuelven los magnates marroquíes con tanta elegancia como distinción. En lo que no conoce rival la capital magrebina, es en el curtido de esas pieles que entre nosotros se designan erróneamente con el nombre de *Tafilete*. No en el lejano oasis del Sahara, sino en esta ciudad es donde se curten dichas suavísimas pieles, lindamente teñidas de rojo y amarillo ú otros colores delicados, ya con cochinilla, ya con corteza de granada, y cuya finura es im-

sible imitar. Los obreros que se ocupan de esta industria son verdaderos artistas, que fabrican cinturones, bolsas, carteras, tapetes, cojines é infinidad de objetos caprichosos, decorados con originales dibujos, labrados en la misma piel. Lo más curioso, á mi modo de ver, son los tapetes y cojines que decoran, arrancando la primera capa de la piel, teñida de azul, verde ú otro color fino, en forma que la parte que dejan intacta forme dibujos variados, que se destacan brillantemente sobre el fondo blanco y mate de la piel. He visto tapetes circulares de más de una vara de diámetro, divididos en cascos de diversos colores y cubiertos de arabescos caprichosísimos, que revelan gran fantasía en el artífice que ejecutó la obra. También hacen otros lindos trabajos sobreponiendo una piel blanca recortada sobre otro tafilete de color, que sirve de fondo. En una palabra: que en el manejo de las pieles los obreros árabes no reconocen maestros.

Fabricanse también en Marrakesh sedas y pólvora, y el comercio que se mantiene continuamente con los vecinos puertos de Mazagán, Saffi y Mogador, no deja de ser importante. Por medio de caravanas, en que los camellos llevan las cargas, se envían á los pueblos del litoral aceites, gomas, almen-dras—que tienen fama de ser las más dulces del Imperio,—comino, pieles de Tafilete, cueros de buey, dátiles y cereales, y á su mercado afluyen las expediciones que, atravesando el desierto, vienen de la misteriosa Timbuctu trayendo los productos del Africa Central, es decir, polvo de oro, marfil y esclavos. Los precios de transporte no pueden ser más económicos. Un camello, que recorre la distancia de Marrakesh á Mazagán en poco más de cuatro días y soporta una carga de 240 kilogramos, cuesta dos pesetas de nuestra moneda. No creo que exista tarifa de transporte que pueda competir con esta.

Una de las calles que más me ha llamado la atención es la de los perfumistas y drogueros. En las tiendas que en ella hay se venden innumerables afeites, que nos permiten penetrar un tanto en los secretos de tocador de las mujeres moras. Encuéntrase allí: *kool*, ó sea mineral de plomo y antimonio, con que las bellezas orientales agrandan sus ya hermosos ojos y logran darles cierto brillo misterioso que fascina; el *khená*, planta que sirve para teñirse de rojo las uñas de las manos y pies y los párpados, elegante costumbre que practican las moras distinguidas; colorete para la cara; hojas de azahar y de rosa; madera de áloe, exquisito perfume que se quema en toda reunión musulmana de gente de pro; y el *kiff*, planta narcótica que fuman los hombres para procurarse ensueños

deliciosos. Según he podido averiguar, esta planta, que es un veneno violento, se recoge en primavera y se prepara del siguiente modo: mézclase en una vasija de tierra con gran cantidad de manteca, y así dispuesta, se la hace estar al fuego durante doce horas; filtrase después, y el residuo de manteca que queda se utiliza para sazonar las viandas, mezclarla con los dulces y golosinas ó tomarla simplemente en forma de píldoras. En cuanto á las hojas de la planta, así cocidas, se fuman como el tabaco, en pipas de barro. Su virtud es tan grande, que de cualquier manera que se tome produce su efecto, que en los primeros tiempos sólo consiste en hacer desvariar la imaginación con ideas caprichosas y agradables, pero que poco á poco conduce fatalmente á la embriaguez y al embrutecimiento.

Entre las demás tiendas he observado la de los alfareros, que construyen gran cantidad de tazas, vasos y copas de frágil barro, modelados con relativo gusto y decorados con dibujos hechos con alquitrán, cuyo color negro, destacándose sobre el fondo rojizo del barro cocido, presenta agradable aspecto y recuerda los antiquísimos objetos de alfarería etrusca que se conservan en los principales Museos de Europa. Todo siempre toscó y burdo, pues los árabes actuales desconocen en absoluto los refinamientos artísticos. La pintura de alquitrán obedece á la satisfacción con que los moros beben el agua que sabe á dicha resina. He visto también objetos de loza, fabricados en Rabat y Fez (los de esta última ciudad son más finos), muy semejantes á los que se encuentran en los pueblos de Andalucía, no sólo en la forma, sino en la decoración. Hay también torneros; tintoreros (todo un barrio), que dan á la seda y lana brillantísimos colores; curtidores, que después de preparar la piel convenientemente, la extienden sobre el suelo de la calle para que los transeúntes, al pisarla, le ayuden en su trabajo; sastres y bordadores, que adornan los trajes de los musulmanes con cordones y galones, cuya urdimbre sostienen entre los dedos de un pie, aguantando el extremo muchachos colocados en medio de la calle, y formando con estos elementos una especie de telar primitivo; torneros, carpinteros, talabarteros, carniceros, etc., etc., sin contar gran cantidad de fabricantes de carteras y cordones de todas clases, objetos de primera necesidad en la indumentaria árabe, en la que todas las prendas carecen de bolsillos y todos los objetos se sujetan al cuerpo con cordones más ó menos lujosos.

Por todas estas calles reina siempre grandísima animación, circulando por ellas innumerables personas. Los individuos de cierta categoría van de compras montados en sus mulas; y

como á lo mejor se detienen para ajustar algún trato, intercepan el paso. Por la tarde, que es cuando se verifican las subastas, la aglomeración de gentes es verdaderamente extraordinaria, formando un conjunto pintoresco imposible de describir. La generalidad viste el siguiente traje: camisa con mangas muy anchas, enormes calzones de paño de color, almilla ó chaquetilla de lana, abierta sobre dos chalecos superpuestos, y el bonete rojo y puntiagudo que nosotros llamamos fez, alrededor del cual llevan una pieza de muselina blanca que forma el turbante. Por encima de estas vestiduras suelen llevar una ó dos chilabas de vistosos colores. Algunos, en lugar de la chaquetilla, llevan un caftán ó levita larga, abrochada por delante, con mangas muy anchas; pero este es el traje reservado para la casa. Los tolvas ó estudiantes, imanes ó jefes de las mezquitas y alfaquies ó doctores de la ley, llevan el albornoz blanco sobre el jaique. Todos usan cinturón de cuero ó seda, y la consabida bolsa, sujeta al costado por cordones. Calzan las conocidas babuchas amarillas, y para que no se les escapen, pisan al contrario de nosotros, es decir, apoyando en el suelo primero la punta que el talón.

Suélense encontrar también mujeres, por lo general de la clase media y del pueblo bajo. Apenas si se las puede ver, pues caminan envueltas en una enorme manta, que las hace parecer un saco de patatas ambulante. Su calzado son también babuchas, pero encarnadas, diferenciándose en esto sólo de las que usan los hombres. Unas y otros llevan las pantorritas desnudas. Cuando tienen que sostener á un niño pequeño ú otra cualquier carga, la llevan sobre las espaldas, sujeta con los pliegues del jaique, de manera, que también es imposible verles las manos. Dentro de la *Kaiseria*, hé podido ver descubierta alguna mujer marroquí: á decir verdad, debían ser criadas y dueñas de damas, que iban á vender ó á comprar por encargo de sus señoras. Pareciéronme feas y envejecidas antes de tiempo. Al contemplar estos tipos y conocer algo de la vida y costumbres de las mujeres moras, tengo que imaginármelas como verdaderas muñecas: obesas por la falta de ejercicio, sin formas delicadas, cubiertas de pinturas y afeites que afean sus líneas y facciones, y sin expresión alguna; en una palabra, cuerpos sin almas, incapaces de llenar nuestros deseos. ¡Qué diferencia con lo que se sueña en Europa acerca de la mujer árabe!

10 de Mayo.

Cada día me asombra más el inmenso perímetro de la ciudad. A medida que recorro sus distintos barrios, voy hacién-

dome cargo de su colosal extensión, y puedo juzgar de la extraordinaria importancia que debió tener en tiempos pasados. Arruinada por una serie de desastrosas guerras, despoblada por la peste, hoy no es ni sombra de lo que fué. Debió tener de 500 á 700.000 habitantes. Según el cronista del Sultán Ali, en tiempos de este poderoso monarca de la familia de los almoravides, había en Marrakesh más de 100.000 casas y palacios, floreciendo tanto las artes y las ciencias, que llegó á ser el centro de reunión de los hombres más sabios del islamismo, de manera que los moros que habitaban los Reinos de España, Argel y Túnez, enviaban á sus hijos á instruirse en sus famosas Universidades, conviniendo todos los escritores árabes en que Marrakesh fué la mayor, más rica y más importante ciudad de Africa durante la época que rigieron el Imperio los almoravides y almohades.

Cuando los Reyes Católicos acabaron con el poderío de los mahometanos en España, y los árabes de Granada se refugiaron en Africa, comenzó á disminuir la riqueza de Marrakesh. Las guerras intestinas, las continuas sublevaciones, las terribles epidemias que la asolaron durante los siglos XVI y XVII, acabaron con su floreciente comercio. Poco á poco se fueron cerrando sus Universidades y colegios, y de más de cien bibliotecas que es fama existían en 1526, apenas si queda memoria en el nombre que lleva hoy la mezquita de la *Kotubia*, (librería, biblioteca.)

Lo que más ha resistido á los duros embates del tiempo y á la mano del hombre, son las murallas que, aun en el día, acreditan el esplendor de la célebre ciudad africana. En su inmenso recinto, abrazan una inmensa superficie cubierta en su mayor parte de ruinas y de escombros, pues aunque las paredes alineadas forman calles y plazas, en medio de las manzanas suelen encontrarse grandes espacios desiertos, sin contar innumerables huertas y jardines. El conjunto presenta un aspecto tanto más triste y abrumador, cuanto que al presente la única señal de vida es algún comercio. Las artes las letras tampoco prosperan lo más mínimo; Marrakesh tiene escasísimas escuelas, y sus habitantes son incultos y groseros. Sólo el cerco de las murallas, las inmensas ruinas con que á cada paso se tropieza, el gran número de conductos de agua inutilizados, los vastísimos cementerios que la rodean, testifican su grandeza pasada, y hacen creíble y patente tan rápida y asombrosa destrucción.

Cuando el famoso viajero español Ali Bey el Abbasi visitó la capital magrebina, calculó el número de sus habitantes en 30.000. Hoy, más conocida y estudiada, se juzga que en

ella podrán residir aproximadamente 50.000 almas, entre las que hay que contar cerca de 15.000 negros, esclavos del Sultán en su mayoría, y unos 6.000 judíos que residen en un barrio especial separado del resto de la ciudad, y llamado *Mellaj*. Residen también en Marrakesh algunos europeos, pues á más de los personajes oficiales como el Kaid Mac Lean y el doctor Verdun, ingleses; los artilleros que componen la misión militar francesa y el doctor Linares, de idéntica nacionalidad, se encuentran algunos españoles, entre los que figuran el comerciante señor Reina, que negocia en gran escala con los pueblos de la costa, y don Mariano González, que hace más de veinte años que reside en el país practicando la Medicina empírica, y es popularísimo en la ciudad, donde se le conoce con el nombre de *Tebib Mariano*. Este señor me sirve de acompañante y guía en mis largos paseos por el intrincado laberinto de calles, callejas y plazas que forma la capital magrebina.

He continuado visitando la *Medina*, y he dirigido mis pasos, seguido siempre de un denodado *askar*, que no se aparta de mí un solo instante, al barrio donde se hallaba situada la *Endarza* ó Universidad. El edificio que ocupa debió ser espléndido, y aún conserva algunos restos de su antigua suntuosidad. Fué fundado á fines del siglo XII por el famosísimo Yacub Almanzur, tantas veces citado, quien gastó en su embellecimiento cuantiosas sumas, ocupando en su construcción multitud de cautivos cristianos, pero quien lo elevó á su mayor esplendor fué el Sultán Aba-el-Hassan Ali, el vencido en el Salado por Alfonso XI. Aún se encuentran en este edificio restos arquitectónicos de singular belleza, entre los que destacan una especie de pórtico formado de arcos de ladrillos, esmaltados de negro, con inscripciones y dibujos elegantes, de marcado carácter africano. Consta el mencionado pórtico de cuatro arcos lobulados: uno que comunica con la mezquita que está situada frente por frente á la Universidad; otro que da ingreso al edificio, y dos laterales, que son los adornados con mayor riqueza, revelando ser de remoto origen, pues tienen más acentuada la forma de ojiva que la de herradura. El friso de estos dos arcos contiene una inscripción en caracteres cúficos, según me indicó el P. Cervera, á quien fué imposible leerla por la altura en que se encuentra y la obscuridad del pórtico; y los tímpanos están primorosamente decorados con follajes y arabescos, trazados con esmalte negro. El conjunto es sobrio y elegante, recordando en cierta manera los arcos que componen la preciosa puerta llamada del Vino, en el Alcázar de Granada.

Desde este pórtico se ve el corredor por que se entra en la Universidad, que está adornado con artesonados y trabajos primorosos de estuco. Es imposible que allí pueda entrar ningún cristiano, pues los doctores musulmanes se oponen tenazmente á que los infieles penetren los secretos de su sabiduría. Inquiriendo y averiguando, he logrado saber qué ciencias son las que allí se enseñan, que se reducen á moral y legislación, identificando su estudio con el dogma y la liturgia, de manera que todo se concreta en el conocimiento del Alcorán y el análisis de sus infinitos expositores y comentadores. Enseñanse también algunos rudimentos de Gramática, Retórica y Dialéctica, indispensables de todo punto para poder leer y entender con provecho el texto del libro divino. Sabido es que los eruditos musulmanes engolfan sus disertaciones en un arcano de sutilezas y pretendidos raciocinios metafísicos, embrollándose de tal manera, que, no sabiendo cómo salir del paso, invocan la predestinación ó la absoluta voluntad de Dios, *ultima ratio*, con la que todo lo concilian y componen. Respecto á ciencias, los inventores del Algebra se contentan, en lo que concierne á las Matemáticas y Física, con algunos conocimientos sacados de Euclides y Aristóteles, autores que fueron traducidos al árabe en los mejores tiempos del esplendor musulmán, á lo que añaden escasas nociones de Medicina, y gran acopio de estudios de ciencias ocultas, practicando la Cábala, Teurgia, Alquimia y Astrologia judiciaria, que confunden con la Astroномia, y para cuyas interesantes experiencias emplean curiosos *astrolabios*, bastante bien contruidos. Todo esto se estudia en la Universidad ó *Madriza* de Marrakesh, designada también con el pomposo nombre de *Dar et Ilm* (casa de la Sabiduría), aunque el verdadero centro del saber se encuentra hoy día en Fez, la Atenas de Africa, emporio durante la Edad Media de la cultura musulímica.

A esto se limitan los estudios superiores que realizan los sabios del Magreb. Para poder ingresar en la Universidad, es preciso haber cursado largos años en las escuelas llamadas *Mesid*, donde se enseñan las primeras letras. Al efecto, congrénganse los niños en el local destinado al efecto, el maestro escribe en unas tablas barnizadas las letras del alfabeto árabe, y cuando el discípulo las conoce y sabe pintarlas, el mismo maestro comienza á escribir en la referida tabla uno ó más versículos de Alcorán, que es leído y repetido en voz alta hasta que queda la lección grabada indeleblemente en la memoria del estudiante. Los más inteligentes y aplicados, llegan al cabo de siete ú ocho años á poder recitar el Alcorán de corrido, con lo que son considerados como sabios. Entonces se

dedican á completar sus conocimientos acerca del texto sagrado, habiendo, según me han asegurado, eruditos que pueden recitar los versículos, comenzando por el último hasta llegar correlativamente al primero, alterando su orden, saltando los que llevan números pares ó impares, ó verificando otros prodigios de mnemotecnia que para nada sirven, pero que les hacen ser considerados entre sus compatriotas como elegidos del Todopoderoso.

El aspecto de una escuela es interesante. Imagínese al maestro sentado en el suelo con las piernas cruzadas, armado de una larga vara destinada á llamar al orden al estudiante distraído, y dando gritos espantosos ó salmodiando en tono de lúgubre lamentación el texto que pretende enseñar; rodeado de veinte ó treinta muchachos, dispuestos en círculo á su alrededor y sentados también en el suelo con sus tablillas, en que está escrita la lección, en las manos, y repitiendo casi simultáneamente en la más completa discordancia los agudos gritos ó lúgubre salmodia del maestro, acompañando el canto con un violento balanceo del cuerpo de atrás á delante. Más de una vez me he detenido en la puerta de alguna escuela para curiosear el interior, y he permanecido, confieso mi indiscreción, largo rato contemplando el curioso cuadro, hasta que percatado el maestro de mi presencia, se ha levantado indignado, y violentamente me ha cerrado la puerta en las narices, lanzando sobre mi persona toda suerte de improperios y maldiciones.

Y es que los pequeñuelos árabes son deliciosos. Tienen, por lo general, una mirada dulce y reflexiva, y proceden con tanta gravedad, que contrastan sus actos con su aspecto de muñecos. Envueltos en chilabas de todos colores, casi siempre holgadas para sus cuerpecitos delicados, y completamente rapada la cabeza, salvo un mechón de pelo que dejan crecer caprichosamente á un lado del cráneo y anudan en trenza, parecen verdaderas marionetas animadas. No son alegres y bullangueros como los arrapiezos de Andalucía; antes al contrario, son taciturnos y callados, pudiendo asegurarse que nunca se oye á ninguno alborotar. A nosotros los infieles nos miran con marcado recelo, y se conoce perfectamente que nos odian. No obstante, tengo entre ellos un amigo que cada vez que me encuentra en la calle, detiene mi mula ó mi caballo, y me saluda cariñosamente. Le conocí en las cercanías del santuario de Sidi-Bel-Abbes. Algunos de los que me acompañaban se habían detenido en una tienda, y yo aguardaba tranquilamente á que hubieran terminado sus compras, cuando me fijé en un rapaz, como de ocho ó nueve años, que adosado

á un poste, permanecía tranquilo y silencioso, envuelto en no sé qué meditaciones que no le permitían sin duda dirigir ni una mirada á nuestro grupo, que debía, á mi modo de ver, llamarle necesariamente la atención. Los soldados que nos escoltaban le saludaban con marcada simpatía y grandes pruebas de respeto, tanto, que despertaron mi curiosidad y hube de preguntar que quién era.—Un Sheriff, me contestaron.—Entonces me acerqué á él é intenté dirigirle algunas palabras; el chico se mostró inquieto, pero apenas le hube obsequiado con una moneda de dos reales, cambió de actitud, y cogiendo mi mano, la llevó á su corazón, haciéndome otras singulares pruebas de simpatía. Desde entonces, siempre que me encuentra se aproxima á hablarme y á demostrarme su aprecio con gestos expresivos, llamándome al mismo tiempo, *Sheriff Pañol*. Ignoro si tendrá familia; siempre le encuentro solo, meditando gravemente, y sin preocuparse de nada de lo que le rodea, y al verle aislado, paréceme como si estuviera falto y necesitado de cariño.

Vecinos á la *Endarza* se encuentran los principales *fondaks*, posadas ú hosterías de Marrakesh, siendo los principales los llamados de Fez y Rabat, donde se alojan los forasteros y mercaderes que desde aquellas ciudades vienen á visitar la occidental capital del Imperio. Por lo que he visto, hay *fondaks* dedicados al comercio exclusivamente ó á los viajeros, y constan de un gran patio, casi siempre cuadrado, rodeado de una multitud de pequeñas estancias, que sólo reciben luz por la puerta y se alquilan por módico precio. Tales son las habitaciones donde se alojan los huéspedes. Las acémilas se recogen en el patio central. Algunos de estos establecimientos, como el ya citado fondak de Fez, tienen dos pisos, y vienen á ser una especie de bazar donde se congregan los mercaderes de tal ó cual ciudad para hacer sus ventas y contratos.

También por allí cerca se halla la mezquita de Muasin, una de las más veneradas de Marrakesh, vastísimo edificio, mandado construir, así como la fuente cercana, hacia el año 970 de la Hégira por el Sultán de los Sheriffes Saadies, Abu Mohammed Abdalá el Galeb. Se dice que el interior del templo es magnífico. Por fuera nada ofrece de particular; todo está rodeado de inmundas casuchas y tiendas miserables, y su puerta principal se abre sobre una callejuela excusada; no obstante, tiene un gran interés para nosotros, pues los postigos de madera chapados de cobre que cierran, es fama que proceden de Granada, de donde fueron traídos, así como los que se encuentran en *Bab-el-Djemmis* (Puerta del Jueves), por el famoso Yacub Almanzur. Un instante me detuve en

ella para dirigir una ojeada al interior. Nada me llamó la atención en las inmensas naves desiertas, á no ser el *Mimbu* ó púlpito, curioso mueble de madera labrada, desde donde el Imán lee al pueblo los versículos del Alcorán. Es el único que hasta ahora he podido entrever.

Como no es prudente acercarse á las mezquitas, me alejé rápidamente para ver la fuente vecina, que llaman vulgarmente de los Tintoreros, por estar situada en medio del barrio de los que á este oficio se dedican y usarla principalmente los del gremio. Sorprende desde luego al recorrer la ciudad, la gran cantidad de fuentes y aljibes que á cada paso se encuentran, pudiéndose asegurar que la de los Tintoreros es, sin duda alguna, la mayor y más hermosa. No haría ciertamente mal papel en una capital europea. Tiene sus pretensiones arquitectónicas, por más que pertenece á un estilo exótico ó, por decirlo así, africano, que aunque conserva las líneas generales del arte árabe, tiene no sé qué de salvaje y bárbaro. Se compone de dos departamentos: un gran depósito cubierto por un techo que sostienen elegantes arcos de herradura, y una nave estrecha, en cuyo fondo se hallan los caños que conducen el agua, cerrada por un artesonado ricamente alicatado, y otros infinitos adornos de estuco y madera llenos de arabescos é inscripciones, todo pintarrajado de infinitos y caprichosos colorines.

Para regresar á Dar Muley Ali, hemos tenido que pasar precisamente por delante de la Universidad. Era la hora en que los estudiantes, terminados los estudios del día, salían á la calle. Todos llevaban en sus manos una llave de tamaño poco usual. Llamóme la atención tal objeto, y pude averiguar que como los *tolvas* ó estudiantes tienen que habitar dentro de la misma *Madriza*, al salir de ella llevaban consigo la llave de la estancia que ocupan. Gente alegre y campechana, los *tolvas* formaban grupos que discutían con animación, y al llegar cerca de ellos, algunos se encararon con el doctor Cerdeyra, mi compañero en tal expedición, y conmigo, acabando por rodearnos y hacernos toda clase de preguntas. Más bien con gestos que con palabras pudimos mantener un pequeño diálogo, logrando decirles que si uno de nosotros era *tebib*, médico, el otro era *alsaquí*, abogado; lo que nos pareció les agradaba en extremo; pero pronto hubimos de desengañarnos, pues todos sus agasajos se encaminaban tan sólo á pedirnos dinero. Trabajo nos costó librarnos de la turba estudiantil, que nos asediaba con sus peticiones, lo que nos sorprendía tanto más, cuanto entre ellos se encontraban personas de edad respetable y hasta venerables ancianos, pues entre los musulmanes siem-

pre se está en edad conveniente para adquirir mayores conocimientos y asistir á las escuelas.

Nos alejamos de aquellos lugares, metiéndonos por una multitud de callejas irregulares é imposibles. A poco de andar por la ciudad, está uno confundido sin saber dónde se encuentra, ni hacia dónde orientarse; todas las calles son iguales y las construcciones idénticas; á lo mejor se sigue por una vía que, después de dar mil revueltas, á cual más caprichosas, ó no tiene salida, ó viene á desembocar en el mismo sitio de donde se marchó. La misma calle se estrecha y ensancha de singular manera, y las avenidas de las casas, todas de aspecto miserable, aunque sean habitadas por altos dignatarios, están formadas por callejones tan estrechos y tortuosos, que con dificultad puede pasar por ellos un caballo. En todo esto se conoce el miedo á las frecuentes revoluciones y levantamientos populares, pues con cuatro ó seis hombres basta para hacer inatacables ó defender cualquiera de aquellos callejones. Por la misma causa, sin duda, casi todas las casas están guarnecidas de espalleras, y suelen asemejarse á fortalezas.

Tras innumerables rodeos, desembocamos en *Djemma el Fenaa*, la plaza principal, donde siempre parece haber una feria permanente. Allí se dan cita los saltimbanquis y cantores ambulantes, los fascinadores de serpientes, los *aissauas* y *handuchas*, los juglares del Sus y otra infinidad de gentes que se ganan la vida divirtiéndose á los desocupados habitantes de Marrakesh. Todo ello merece fijar la atención, y he de dedicar algunas expediciones á estudiarlo. Antes de entrar en la plaza, pasamos junto á una pequeña mezquita que llaman de *Al-katá*, edificio bastante bonito, situado en medio de inmundas callejas, que tiene un pórtico de buena traza, y una linda torre-cita, enana si se la compara con los minaretes de otros santuarios, pero preciosa si se atiende á los hermosos esmaltes azules y primorosos alicatados que la revisten. Ofrece este alminar, restaurado en su parte superior, la particularidad de presentar, entre otros motivos de decoración, varias flores de lis, lo que me hace pensar si acaso tomarían parte en su reconstrucción algunos de aquellos artífices españoles que á ruegos del Sultán Sidi Mohammed ben Abdalá, enviara á Marruecos nuestro ilustre Carlos III, después de la famosa Embajada de don Jorge Juan.

En el preciso momento en que entrábamos en *Djemma-el-Fenáa*, la plaza principal, como antes dije, circulaba por ella una extraña procesión que, desde luego, logró atraer nuestras miradas. Rodeado de numerosas personas de todas edades, algunas de las cuales llevaban grandes banderas y pendones de

todos colores desplegados al viento, cabalgaba un individuo lujosamente ataviado, envuelto en un amplio *surham* blanco, del que pendían innumerables cintas y pañuelos de varios colores, formando un conjunto tan extravagante como caprichoso. El tal personaje—que tal le supusimos—montaba una hermosa mula que caminaba pacíficamente y sostenía en sus manos un gran cartelón cubierto de caracteres arábigos, que parecía leer con marcado interés y sin distraerse con nada de lo que le rodeaba. Al principio creímos que sería el Sultán de los *tolvas*, es decir, el rey de los estudiantes, pues precisamente entre los últimos y los primeros días del año musulmán, los jóvenes de las Universidades del Imperio acostumbra á designar á uno de ellos para que desempeñe el cargo de soberano, y esta práctica está tan arraigada, que el mismo Emir al Mumenin visita al sultán improvisado, que manda y gobierna en la ciudad á su antojo y capricho durante los tres días que dura su efímero reinado. Establece su corte en un campamento vecino á las murallas de la ciudad, y allí sus súbditos se entregan al placer y á la alegría, hasta que, llegando las solemnidades de la *Pascua de Ashura*, todo vuelve á su primitivo estado. Según me aseguran, ningún buen musulmán pone en duda el omnímodo poder de que disfruta durante los tres días de su reinado el sultán de los *tolvas*, y más de un joven ha comprado los votos de sus compañeros que habían de elevarle á tal dignidad para poder libertar á su padre ó hermano, prisionero en alguna de las fortalezas del Imperio.

Pero no se trata del rey de los estudiantes. Aunque estamos en vísperas de la *Pascua de Ashura*, una de las cuatro grandes fiestas de la religión mahometana, que debe celebrarse pasado mañana, y que corresponde á nuestra solemnidad de Año Nuevo y carnaval, el reinado del *Sultán de los tolvas* había terminado antes de llegar nosotros á Marrakesh, y la procesión que nos sorprendía se reducía únicamente al triunfo de un joven musulmán que, habiendo terminado sus estudios en la Universidad, inauguraba su título de *alfaquí* de tan lucida y elegante manera, acompañado por sus amigos, que le festejaban con músicas, pues en el cortejo no faltaban robustos morazos que, con sus carrillos hinchados, soplaban en sendas *chirimías*, arrancando del instrumento lamentables y desentonados sonidos, mientras que otros tantos jóvenes del séquito marcaban el ritmo en sus correspondientes *tamboriles*, armando un estrépito quizás muy grato á oídos musulmanes, pero altamente lastimoso para nosotros los europeos, incapaces de apreciar las delicadezas de la música árabe.

CAPÍTULO VIII

La Pascua de Ashura

Dar Muley Ali, 12 de Mayo de 1900.

Desde ayer estamos en plenas fiestas; los mahometanos celebran una de las cuatro principales solemnidades del año, la llamada Pascua de *Ashura*, que coincide con la entrada del año musulmán, y equivale en cierto modo á nuestro Carnaval. Aunque los mahometanos son generalmente serios y formales, tienen también sus días de expansión y esparcimiento, y en estos días se disfrazan grotescamente y ejecutan toda suerte de juegos y farsas, remedándose unos á otros, sin respetar clases ni jerarquías. Las antiguas saturnales viven aún en todos los países. Lo mismo hoy que ayer, me he pasado casi todo el día en la calle, entretenido, contemplando el animado aspecto que presentaba la plaza principal *Djemma el Fenáa*, donde se celebra la fiesta, y se había formado una especie de feria en extremo pintoresca. Hanse reunido allí individuos de las más diversas regiones del Imperio, siendo innumerables los aldeanos y montañeses congregados en la ciudad para cumplir sus deberes religiosos y gozar de los variados espectáculos que les ofrecen los juglares, trovadores y músicos ambulantes. Distínguense especialmente los bereberes, de pequeña talla, ágiles miembros y tez tostada por el sol. Su traje singular y característico me llamó bastante la atención, sobre todo por ir cubiertos con una á manera de gran capa pluvial negra, adornada en su parte posterior con un buen segmento de círculo rojo, que les hacía asemejarse á sacerdotes actuando de pontifical. Estas gentes pertenecen á una raza especial; forman un grupo independiente, y aunque hablan el árabe, se sirven entre ellos de un dialecto especial que en nada se asemeja á dicho idioma.

Durante el día la animación del *Soko* ha sido verdaderamente extraordinaria. Los chicuelos de todas clases se han entregado por completo al juego. Con intención de divertirlos

se habían levantado las *Nahoras*, especie de ruedas aéreas ó de Tio-Vivo colgante, muy parecidas á cierto aparato que para esparcimiento de grandes y pequeños suelen verse en las ferias de Europa. Los pequeñuelos, y aun los adultos, acudían á ellas dando gritos de entusiasmo, pues únicamente en las fiestas de *Ashura* se usan las tales *Nahoras*. Dos ó tres rapaces ocupaban uno de los cajones suspendidos, y cuando la primitiva máquina estaba llena de criaturas, comenzaba á girar, elevándolas en el aire, mientras que los circunstantes se reían desaforadamente.

Otros niños, en tanto, esperando la ocasión de remontarse en las *Nahoras*, se paseaban en toscos carricoches ó en artefactos de madera que intentaban reproducir más ó menos torpemente las airosas y gallardas formas del caballo. Los chicuelos árabes, generalmente silenciosos y taciturnos, hoy estaban alegres y satisfechos, y sus sonoras carcajadas y gritos de júbilo contribuían poderosamente á aumentar la desusada animación que por todas partes reinaba. Como en todo el resto del año nadie se acuerda en este país de los pequeñuelos, parece justo que al menos durante estas grandes solemnidades de la Pascua, les sea permitido entregarse á los juegos propios de su edad. Nada más primitivo y grosero que los aparatos que empleaban para divertirse: carrozas de dos pisos ó caballos de seis patas, verdaderos monstruos que nadie se atrevería á imaginar; y es que, como la religión mahometana les prohíbe reproducir nada viviente, se abstienen de representar al hermoso bruto, que es, más que compañero, amigo del árabe.

Largas horas me he pasado discurriendo por la extensa plaza principal de Marrakesh, aturdido y maravillado por tanta cosa rara, curiosa y extravagante como he podido observar. Allí había de todo: saltimbanquis y juglares, narradores de historias y leyendas, poetas ambulantes, curanderos, nigromantes, doctores empíricos, mimos y volatineros del Sus, cantores y músicos, *aisauas*, *handuchas* y otros sectarios fanáticos que ejecutaban mil juegos á cual más sorprendentes y capaces de asombrar al más escéptico, sin que faltaran ciertos jóvenes, de gallarda presencia y lindo aspecto, que al par que cantaban dulces canciones, ejecutaban danzas lascivas, lanzando en torno miradas y sonrisas provocadoras. Innumerables mahometanos acudían á contemplarlos, pudiendo asegurarse que aquel era el espectáculo más concurrido de la feria. Ya hace días que me habían chocado sobremanera aquellos mancebos de andares equivocados é indefinidos ademanes, y mi moralidad de europeo se resistía á calificar el depravado oficio

á que se dedicaban. Pero tras haberlos observado algún tiempo y después de haber consultado con persona entendida en el idioma del país, he tenido que rendirme á la evidencia. Los vicios de Sodoma reinan en el Imperio del Magreb y se practican públicamente. La raza árabe, tan viril y denodada, se encuentra en el mayor grado de abyección y rebajamiento.

Singular espectáculo. En medio de un corro formado de hombres de todas clases y edades, veíanse tres ó cuatro muchachos, de catorce á quince años cuando más. Vestían largos caftanes de finísima muselina blanca, que permitían entrever suavemente tamizado el viso de color brillante, azul, amarillo ó rojo; ceñían su talle de impúberes con un cinturón de seda bordado con lentejuelas, y adornaban sus cabezas, de las que pendían dos largas trenzas, con cintas y flores. Los brazos, puestos en el cuadril, titubeando las caderas y mirando á todas partes (como diría el inimitable y castizo don Serafín Estébanez Calderón), cantaban con voces atipladas de extraño timbre, y bailaban cierta danza caprichosa, nada agitada, pero de movimientos ondulosos sabiamente entendidos, al compás de una pequeña música exótica y quejumbrosa, que ejecutaba una orquesta, compuesta de un *guembri*, especie de guitarra de dos cuerdas, un *rebab* ó violoncello primitivo y dos *derbukas* ó tambores, que con sus golpes secos marcaban el ritmo y la cadencia. De cuando en cuando un viejo, repugnante y asqueroso, sin duda alguna el jefe de la pandilla, se introducía en el grupo de los cantores, y ya los acariciaba ó, lo que era más frecuente, remedaba sus movimientos y ademanes, exagerándolos un tanto, quizá con el sano propósito de excitar, por el contraste, la atención del público, que contemplaba con deleite y satisfacción el baile obsceno y desecado. Otras veces uno de los bailarines, acudiendo á la seña de alguno de los circunstantes, se aproximaba á él, y frente á frente, mirándole con fijeza, cantaba y bailaba para él solo. Cuando terminaban los endiablados muchachos sus empecatados ejercicios, una lluvia de monedas, ávidamente recogidas por el indecente viejo, cubría el suelo; mientras que los protagonistas del cinico espectáculo se envolvían en grandes mantas oscuras, recatándose y coqueteando con todos los presentes como mujerzuelas de baja estofa. Y todo esto se ejecutaba al aire libre, en plena plaza pública, á toda luz, ante un centenar de espectadores. Lo veía y no quería creerlo. Al principio no me explicaba lo que ocurría, pero cuando comprendí la verdad, me dieron náuseas y me alejé precipitadamente lleno de asco y sin volver la cara atrás.

Afortunadamente no faltaban en la plaza otros espectácu-

los para distraerse, y fui á dar en una reunión de graves mahometanos que, acurrucados en el suelo, escuchaban con gran atención á un individuo que, moviéndose con agitación y ejecutando toda clase de gestos y aspavientos, les relataba con triste y plañidera voz historias y leyendas maravillosas. El auditorio, embebecido, permanecía en el mayor silencio, escuchando las fantásticas descripciones que debía hacerles el trovador ambulante, acompañando su monótona canturía, pues recitaba con entonación y ritmo, con los golpes de una pandereta. ¿Qué contaría el poeta popular? Casi seguramente, cuentos llenos de fantasía, sucesos de un mundo mejor, en el que intervienen en la vida del hombre espíritus y genios, fantasmas y espectros, ángeles y huries, todo un conjunto de criaturas sobrenaturales de singular y relevante belleza. Jamás he sentido el deseo de penetrar un arcano, como en esta ocasión. Hubiera dado cualquier cosa, realizado cualquier sacrificio, por entender lo que decía el recitante, y gozar siquiera por un breve instante de las infinitas delicadezas de la poesía oriental. Acrecentaba mi curiosidad la actitud de los oyentes, que escuchaban extáticos, admirados, como si saborearan algún manjar muy exquisito y refinado que les causaba tan extraordinario placer, que no se acordaban de nada, notándose en sus semblantes una indefinida expresión de beatitud. Entregados por completo al encanto de la narración maravillosa, se apartaban de las realidades de la vida, y se remontaban con el poeta á las etéreas regiones de la belleza suma. Felices los que así escuchan y entienden, pues tienen á su alcance una fuente inagotable de dichas y placeres.

Como no entendía nada, absolutamente nada de lo que allí se decía, como la expresión mimica del recitante no me aclaraba ningún concepto, me dirigí á otro de los muchos corros que en la plaza había. Esta vez se trataba de algo más inteligible, pues lo que pude ver era una reunión de saltimbanquis del Sus, que ejecutaban trabajos gimnásticos y enseñaban al público los ejercicios y habilidades de algunos animales amaestrados; algo de lo que se hace en nuestros circos. Uno de los volatineros, muchacho joven y fornido, me sorprendió por su extraordinaria vivacidad y ligereza. Encaramado en lo alto de un palo que sostenía en el aire uno de sus compañeros, disparaba su espingarda haciendo blancos maravillosos, como el de atravesar una naranja colocada en la punta de una larga caña, y elevada á mayor altura que él. Lo verdaderamente notable era que no ocurriese una desgracia, pues la plaza estaba llena de gente, y el arma que se empleaba, á más de estar vieja y descompuesta, se cargaba con exceso. Después de

ejecutar esta y otras proezas por el estilo, jugaban con unos monos, enseñados á hacer toda clase de piruetas, brincos, saltos, trechas, corvetas y demás monerías, con gran contentamiento de los congregados para presenciar el espectáculo. Junto á este grupo habia otro de *Susis* cantores, que se acompañaban con panderos y guitarras de tres cuerdas, extrañas canciones llenas de melancolía y tristeza. No me explico por qué toda la música árabe es triste y sombría. No he oído desde que estoy en este extravagante país una sola canción alegre. Siempre escuché cantos lúgubres, gemidos desesperados, suspiros y lamentos, como si el arte popular llorase la decadencia de la civilización y de la raza.

Es por demás sabido que los árabes no han tenido nunca teatro. A pesar de ser esta la opinión más generalizada, no faltan algunos escritores que hablen de ciertos *diálogos* poéticos, que pertenecen por su forma y contenido al arte dramático, citando entre ellos una famosa composición del escritor español *Mahommed el de Velez*, en la que intervienen los profesores de diversas artes é industrias, que usando cada cual el lenguaje propio de su profesión ú oficio, se burlan y motejan mutuamente, descubriendo sus vicios y sus fraudes. También se sabe que á la feria de *Alocad* acudían los más célebres poetas del *Islam* para disputar cantando sus versos, y sostener diálogos sobre diversas materias; y según testimonio del escritor *Alsclami*, en su *Historia de Granada* (1), citada por *Casiri*, en las *posadas* de la ciudad de la Alhambra los juglares y poetas ejecutaban danzas y recitaban diálogos para solaz y recreo de los forasteros que visitaban la capital Nazarita. Algunos de estos diálogos, recitados con gran acompañamiento de gestos, he escuchado yo en el *Soko* de Marrakesh, lamentándome de no poder comprender la letra, por más que algunas veces la pantomima clara y significativa me permitiera formar alguna idea de la acción del pequeño poema. Uno de estos, que debia alcanzar gran éxito, pues le vi ejecutar más de dos veces, consistía, á mi entender, en la discusión sostenida entre un chalán que pretendía vender á otro individuo un burro, un caballo ó un camello, en fin, un cuadrúpedo cualquiera, que era representado gráficamente por uno de los miembros de la ambulante compañía. Tras larga conversación en la que el mercader trataba de convencer al marchante, enumerándole las buenas cualidades del animal, se verificaba la venta, y el astuto chalán se marchaba, es decir, se sentaba en el carro formado por los músi-

(1) Vide, *Casiri*, tom. II, pág. 246.

cos. El comprador, ya solo, pretendía regresar á su casa, utilizando los servicios de la bestia adquirida, pero ésta, que debía ser vieja, se resistía tenazmente, sin que fuera posible obtener nada de ella, con lo que desesperado el pobre marchante se dirigía en busca del malhadado chalán que le había engañado. Libre la escena por haberse sentado también entre los que componían la orquesta los actores que desempeñaban las partes de comprador y de animal, volvía á presentarse el mercader, contando el dinero recibido y demostrando su alegría por el buen negocio realizado, pero no tardaba en acudir nuevamente el comprador, que le reconvenía agriamente reclamando la cantidad dada en pago, y alegando haber sido engañado, terminando la farsa con una lucha en la que no escaseaban los palos. Ignoro si lo que decían los personajes era recitado de memoria ó improvisado; lo cierto es que el auditorio reía sin cesar, ya los chistes y agudezas que á mi parecer pronunciaban, ya los gestos cómicos que ejecutaban con verdadera maestría. Hay que reconocer que estos *Susis* son inmejorables *mimos*. Esta pequeña *farsa*, que tal nombre merece semejante espectáculo, es muy posible que quisiera representar otra cosa que la que yo presumí entender, pero no obstante, me divertí mucho recordándome los *juegos* que suelen hacer los campesinos andaluces en las fiestas que se celebran durante las vendimias y en los que reproducen escenas de la vida popular, exactamente lo mismo que sucedía en las *farsas atelanas* de los antiguos habitantes del Lacio. ¿Tomaron los españoles estos *juegos* de los árabes, ó éstos los recogieron de los españoles, á quienes los legaran los romanos? He aquí un problema interesante que me declaro incapaz de resolver, confesando leal y sinceramente que este teatro primitivo é inocente me entretiene largos ratos, y que soy asiduo asistente á sus representaciones.

Otra farsa he visto ejecutar, de argumento más complicado y picaresco. Se trataba esta vez de un señor moro que viajaba con su esposa, representada por un muchachote que, envuelto en una de las inmensas mantas con que se cubren por lo general las mujeres moras, conservaba cuidadosamente la cara tapada, conforme á la usanza preestablecida. La lluvia sorprendía á nuestros dos caminantes, que habían simulado lo largo de la jornada dando innumerables vueltas en derredor del círculo formado por los asistentes, en las cercanías de un *fondak*, al que se dirigían presurosos. Una vez refugiados en la posada, donde ya había buscado albergue un negociante, se disponían á cenar tranquilamente. Pero el huésped primitivo, al ver una mujer en la reunión, empezó á importunar al mari-

do, enseñándole collares, babuchas y otros objetos caprichosos que despertaban la codicia de la desconocida viajera, que miraba con un ojo sólo, y hacia vanos esfuerzos por obtener de su dueño y señor alguna de aquellas baratijas. Tras larga discusión, en la que no se llegaba á ningún acuerdo, el esposo pretendía echar de la habitación al negociante, demostrándole que era llegada la hora de descansar y no le parecía prudente que un extraño permaneciese en compañía de su esposa. Pero éste, dispuesto á todo y alentado por las miradas insinuantes de la coqueta, alegaba su indiscutible derecho de *primo ocupante*, y sin más ni menos, se acurrucaba en el suelo y se fingía dormido. Comprendiendo el marido que en vano trataba de conseguir su objeto y que la pertinaz lluvia le impedía alejarse del *fondak*, tomaba el mejor partido y se acostaba en compañía de su cara mitad, no sin amonestarla severamente y cuidando de colocarse entre ella y el negociante. Largo silencio, que al fin interrumpían los ronquidos del cansado viajero, dando la señal para que el fingido durmiente comenzara á hacer toda clase de señas sigilosas con el objeto de despertar á la mujer, que no tardaba en acudir al llamamiento, entablandose un diálogo amoroso, que cesaba apenas el desgraciado marido hacía cualquier movimiento. Dos veces lograban los indiscretos amantes despistar las sospechas del ultrajado marido, pero la tercera vez eran sorprendidos infraganti, concluyendo la fiesta con buen número de garrotazos, que recibían lo mismo el atrevido negociante que la coqueta y descarada mujerzuela. El argumento, no muy correcto en su trama, tenía un desenlace moral, en que triunfaba la virtud y eran castigados los prevaricadores. ¿Qué más se podía pedir? Los tres actores que representaron esta grotesca farsa eran admirables, sobre todo el encargado de la parte de mujer, que ejecutaba su difícil papel con sin igual donosura, remedando todas las gracias y dengues de la más refinada coqueta. Las mudas escenas que se cruzaban sobre el cuerpo del dormido caminante, claro está que no hubieran podido ser presenciadas por ninguna damisela, pero, á pesar de su descarada indecencia y procacidad, resultaban ejecutadas con verdadera gracia y picaresca intención. Estas pantomimas de los *Susis*, que constituyen un embrión de arte escénico, deleitan sobremanera á los mahometanos.

Pero lo más curioso é interesante que puede verse en el *Soko de Marrakesh*, lo que más me ha sorprendido y maravillado, son los fascinadores de serpientes, y, sobre todo, los trabajos realizados por los *aissauas* y *handuchas* y otros individuos pertenecientes á las diversas sectas religiosas fanáti-

cas que tanto abundan en el Imperio. Ejecutan estos *santones*, que en semejante concepto son tenidos por el pueblo, actos tan raros, tan extravagantes, tan fuera de orden natural, que, aunque seguramente tendrán su explicación lógica y fundamentada, como se escapan por completo á lo que nuestra inteligencia juzga como verosímil y posible, ponen en grave aprieto al más escéptico en cuestión de milagros. Como los *fakires* de la India y los *derviches* de Oriente, los *aissauas* y *handuchas* poseen secretos maravillosos y practican artes ocultas, que les permiten producir fenómenos en apariencia sobrenaturales; y digo en apariencia, porque presumo que el hipnotismo y la sugestión son la causa que los produce, no encontrando mi espíritu otro modo de explicárselos satisfactoriamente. Repetidas veces he presenciado los extraños fenómenos fisiológicos á que me refiero, casi siempre acompañado por alguna persona de la expedición, y cada vez mi sorpresa ha crecido. Uno de mis más asiduos compañeros ha sido el doctor Cerdeyra, y lo mismo él que yo, hemos quedado atónitos y perplejos, sin poder explicarnos lo que veíamos. Es sabido que la civilización árabe ha dado siempre gran importancia al estudio de las ciencias ocultas, tan perseguidas en Europa durante la Edad Media, y no es extraño que por esta causa hayan llegado al conocimiento de ciertos fenómenos sobrenaturales de esos que tanto preocupan á los sabios investigadores de las modernamente llamadas ciencias psíquicas. Y dejando á un lado toda digresión, voy á tratar de consignar lo que he visto (1) y sobremanera me ha interesado, por constituir un espectáculo altamente sugestivo, que, aunque en ciertos momentos no dejaba de resultar repugnante, atraía con el misterioso encanto de todo lo desconocido y sobrenatural.

Por más que se hayan leído descripciones, por más que se tenga alguna idea de lo que hacen los fascinadores de serpientes, la primera vez que se presencia semejante espectáculo se recibe una sensación extraña y anómala, motivada en parte por la repugnancia que inspiran los inmundos reptiles. Desde luego, la curiosa escena se verifica al aire libre, en plena plaza pública. El *milagrero*, y permítaseme que le dé semejante nombre, comienza por pronunciar una arenga, invocando al Todo-

(1) Como á alguno de los lectores pudiera parecer exagerada ó fantástica la descripción de los fenómenos realizados por los *aissauas* de Marrakesh, me tomo la libertad de asegurarles que cuanto escribo es rigurosamente exacto, habiéndolo presenciado en mi compañía varias personas, y entre ellas, los señores don Jaime de Ojeda, don Reginaldo Ruiz y el doctor Cerdeyra. A su testimonio me remito.

poderoso y al famoso morabito *Sidi Muley Abd-el-Kader*, que debe ser el patrono de los del gremio, pues que todos los que he visto ejecutar esta clase de suertes pretenden su auxilio y protección. El discurso, más bien que hablado es cantado, entrecortado por gritos penetrantes y estridentes, que acompañan verdaderas contorsiones de convulsionario. Recuerdo uno de estos individuos, mucha ho joven, alto, delgado, demacrado y ojeroso, tez curtida por el aire caliente del desierto, larga cabellera negra desmelenada, grandes ojos, negros también y rasgados, de mirada penetrante y expresiva, que al mismo tiempo que pronunciaba sus conjuros, oraciones y exorcismos, se agitaba frenéticamente, llegando á asemejarse á un energúmeno. No tarda mucho en acudir la gente, ansiosa de presenciar el extraordinario espectáculo que ha de testimoniar una vez más la indiscutible grandeza de Allah y los inmensos privilegios con que honra y premia á sus favorecidos. Todos forman círculo en derredor del santón, á quien contemplan con religioso respeto, uniéndose de corazón á sus invocaciones. En todos estos juegos representa un gran papel el elemento místico; las plegarias se suceden durante largo rato, ya recitadas por el oficiante solo, ya dialogadas entre él y la concurrencia. De cuando en cuando se interrumpia el rezo para hacer una colecta, generalmente abundante. Las monedas de todas clases caían en la pandereta, que presentaba al público el director del espectáculo.

Mientras tanto, los ayudantes habían colocado en el centro del corro un canasto cilíndrico, cubierto de pieles y cuidadosamente cerrado, ante el cual extendieron una gran manta de lana, después de lo que se acurrucaron en un extremo del espacio descubierto y comenzaron á tocar una música imposible. Uno de ellos arrancaba lastimosos sonidos á una tosca flauta de caña, en tanto que el otro percutía una pandereta marcando un ritmo alterado, que se iba acelerando paulatinamente. Ya terminadas las imprecaciones y rezos, y satisfecho el oficiante de la cantidad recogida, el juego comenzaba. Primero descubría con esmero el canasto cilíndrico, é inmediatamente comenzaba una danza lenta y pausada, canturreando entre dientes una especie de salmodia, á cuyo sonido acudían los asquerosos ofidios, deslizándose sus anillos viscosos y su piel reluciente sobre la manta de lana extendida en el suelo. Había serpientes de dos clases: unas como de dos metros de largo, delgadas, de color bronceado, con reflejos azules y cabeza aplastada, que mantenían erguida á respetable altura en tanto enroscaban el resto de su cuerpo; otras pequeñas, gruesas, de piel blancuzca con manchas pardas, ambas temibles por el ve-

nenos que destilan sus puntiagudos dientes. Los repugnantes animales eran manejados con completa libertad por el fascinador, que los enlazaba á su cuello y los cobijaba bajo sus vestiduras, sin aparentar temer sus crueles mordeduras. No faltaba alguna que pretendiese esquivar el encanto y arremetiese contra el que pretendía doblegar su fiereza, pero pronto cedía mansamente y acababa por seguir los movimientos de su maestro. Los extraños músicos continuaban su tocata, acelerando siempre el movimiento; el fascinador, con dos ó tres ofidios suspendidos de su cuello, proseguía su danza, cuando de pronto, á una seña suya, todo rumor cesaba; había llegado el momento álgido de la operación, el encanto iba á verificarse. Cogía entre sus manos al más terrible de aquellos reptiles, el asqueroso áspid africano, y lo extendía en el suelo en toda su longitud, pasándole la mano desde la cabeza á la cola repetidas veces. A los pocos momentos el monstruoso animal quedaba como muerto, rígido, inmóvil, tieso como un palo. Inútil era el hostigarla, pisarla ó molestarla de cualquier manera; la serpiente permanecía inmóvil, fascinada, sin que una vibración hiciera ondular su flexible cuerpo. El encanto duraba largo rato, y mientras lo contemplaba, no podía menos de recordar aquellos milagros que, según la Biblia, ejecutaban Moisés y los sacerdotes egipcios, transformando sus báculos en serpientes y convirtiendo de nuevo á éstas en báculos. Lo cierto es que, á no haber visto con anterioridad al inmundo animal moverse en todas direcciones, cualquiera creería, al mirarlo en aquel estado de absoluta inmovilidad y rigidez, que más bien que algo viviente era una fuerte rama arrancada de algún árbol y tendida en el suelo. Mucho tiempo quedaba el áspid en semejante estado; pero cuando al encantador le parecía conveniente, le bastaba con hacer algunos signos, pronunciar ciertas palabras y pasarle dos ó tres veces la mano desde la cola hasta la cabeza para devolverle la vida. Instantáneamente el reptil comenzaba á agitarse, irguiendo de nuevo su cabeza con más fiereza que nunca.

Pero aún quedaban otros actos que realizar. Los orientales creen á las serpientes dotadas de poderes sobrenaturales, y les rinden una especie de veneración respetuosa. Demostrada ya la habilidad del oficiante en fascinar y rendir al asqueroso reptil, aún le quedaba por probar que era inmune á su temida mordedura, y que ésta le facilitaba facultades extraordinarias. Al efecto, cogía al animal un poco más abajo de la cabeza y enroscaba la cola á su brazo. Con lentitud sabiamente calculada, iba aproximando la cabeza del áspid á la suya; ambas miradas se cruzaban penetrantes y agudas, el juglar sacaba su

lengua, cuyo rojizo color enfurecía al animal, que, lanzando un estridente silbido, se precipitaba sobre el miembro humano que le irritaba, mordiéndole despiadadamente. Brotaba la sangre de la herida abierta por los dientes encorvados, y el público, sorprendido y maravillado, comenzaba de nuevo las preces é invocaciones al Todopoderoso. El oficiante se desligaba del animal con quien se había besado frenéticamente, y en aquel repugnante ósculo había recibido la inspiración divina. Ahora podía realizar actos sorprendentes; y para asombrar á la concurrencia, cogía un puñado de paja, que mojaba en su sanguinolenta saliva consagrada, y, formando un apretado manojó, que sujetaba entre sus nervudas manos, soplabá sobre él, pronunciando palabras misteriosas. Habilidad de jugar ó lo que fuera, lo cierto es que la paja no tardaba en humear, inflamándose á poco y lanzando una ardiente llama, que el pueblo consideraba como santa. Por más que quise fijarme, me fué imposible averiguar cómo se producía el fenómeno. El árabe no usaba más que un poco de paja, que mojaba, como he dicho, en su saliva, bendecida, según la popular creencia, por el hálito de la serpiente.

Alguno de los que presenciaban la escena, habitante de las campiñas, expuesto á las mordeduras siempre horribles de tan terribles animales, pretendía asociarse á tales prácticas y recibir una especie de iniciación del misterioso culto, que le hiciera en cierto modo indemne de todo riesgo. Entonces se verificaba una curiosa ceremonia. El pretendiente era introducido en el corro, llevado sobre las espaldas del oficiante; en semejante postura, daban dos ó tres vueltas por el ámbito descubierta, tras de las cuales se acurrucaban uno frente á otro, junto á la manta en que yacían los reptiles, comenzando inmediatamente una especie de salmodia dialogada. Los circunstantes se unían al rezo, contestando en coro á ciertos versículos, y elevando las manos con las palmas extendidas hacia el cielo en forma de invocación. Seguían mucho tiempo las oraciones y exorcismos, ejecutándose á la par misteriosos gestos, como imposición de las manos, ya al neófito, ya á las serpientes, tocamientos en ciertas partes del cuerpo, y otros restos de antiguas y primitivas liturgias, terminados los cuales, el oficiante cogía uno de los reptiles, depositándole cuidadosamente sobre las extendidas manos del nuevo prosélito. Este parecía sumido en éxtasis religioso, contemplando con beatífica expresión al inmundo ofidio, que se deslizaba sobre su cuerpo sin ofenderle en nada. Después de entregar su correspondiente limosna, pago débil de los beneficios recibidos, el neófito era retirado del corro de la misma manera que en él

ingresó. Me resisto á creer en la eficacia del medio empleado para librarse de las crueles mordeduras de las serpientes, temiéndome mucho que en campo abierto éstas se dignen reconocer á los iniciados. No obstante, debo hacer constar que los aldeanos árabes parecen dar gran crédito á estas extrañas y extravagantes prácticas.

Más curiosos é interesantes todavía me resultan los actos que ejecutan las *aissauas* y *handuchas*. Bajo semejantes denominaciones se designan á los miembros de dos grandes asociaciones religiosas extendidas por todo el Imperio de Magreb, que se distinguen por el modo verdaderamente salvaje y brutal con que manifiestan su exaltado fanatismo. La primer secta fué fundada por Sidi Mohammed-ben-Aissa (1), venerable santón, que floreció durante el reinado del famoso Muley Ismael. Era un pobre de Mequinez, que vivía en la mayor miseria, dedicado al rezo y á la contemplación. Llegó á tal estado de desvalimiento y pobreza, que aun le faltaron los alimentos necesarios para su sustento y el de su familia. Sin embargo, su inquebrantable confianza en Allah se mantenía incólume. Un día, mientras rezaba, un desconocido se presentó en su casa, proveyéndole de alimentos, hecho que se repitió en días posteriores. Agradecido Ben-Aissa por semejante favor del cielo, decidió hacer una solemne plegaria de acción de gracias, precedida de las convenientes abluciones prescritas por el ritual. Al efecto, encargó á su esposa que fuese á buscar el agua necesaria á un pozo vecino de la ciudad, cuyas aguas eran consideradas como santas. Al sacar los cubos, la mujer encontró gran cantidad de monedas de oro, con cuyo hallazgo, achacado naturalmente á la intervención divina, volvió á su casa. Aquella misma noche, Ben-Aissa tuvo una revelación, en la que el Todopoderoso le prescribió fundar una secta religiosa, dictándole las reglas que debían regularla, é indicándole la conveniencia de castigarse con los mayores suplicios para aplacar la irritada cólera de Allah.

Obedeciendo al celestial mandato, Ben-Aissa comenzó al instante su predicación. Pronto logró reunir más de cien discípulos que desde luego le consideraron como su jefe, y se dispusieron á seguir sin la menor vacilación sus mandatos. Llegada la fiesta de la Pascua llamada *Etd-el-Kebir*, el maestro y sus prosélitos se reunieron para celebrarla solemnemente. En la asamblea manifestó el venerable santón el encargo que había recibido de Dios, exponiendo que cuantos quisieran seguirle debían someterse á una prueba que deseaba imponer-

(1) *Aissa* es el nombre árabe de *Yesus*.

les. «En vez de inmolar carneros (1) como es costumbre establecida en este día—les dijo—voy á inmolaros á vosotros.» Treinta y ocho fanáticos resistieron la terrible prueba, demostrando con su sacrificio la ardiente fe que los animaba. La sangre que se vió salir de la casa de Aissa delató el sangriento suceso, que fué puesto en conocimiento del Sultán Muley Ismael, á quien ya comenzaba á preocupar la fama del nuevo apóstol. Apenas se enteró el Emperador de lo ocurrido ordenó reducir á prisión al asesino. A pesar de que los soldados enviados con tal intento sólo encontraron en el domicilio de Aissa los cadáveres de treinta y ocho carneros y ningún vestigio del crimen, el santón fué expulsado de Mequinez, marchando á establecerse en un lugar vecino denominado *Hameria*, donde continuó sus predicaciones, recibiendo la visita de sus partidarios, que iban aumentándose cada vez más.

Muley Ismael, temeroso del incremento extraordinario que tomaba la nueva secta, propúsose desterrar á mayor distancia de la ciudad al fanático predicador. A su mandato terminante Ben-Aissa respondió que no obedecía, por haber recibido un orden de Allah, que le prescribía establecerse en la nueva capital del Magreb, añadiendo que para cumplimentarla estaba dispuesto á comprar la ciudad á precio de oro si era preciso. El Sultán accedió á semejante pretensión y fijó un tanto exorbitante, marchando inmediatamente á *Hameria* con la esperanza de confundir al impostor y temerario santón. La tradición asegura que Ben-Aissa logró salir del paso con sólo sacudir las ramas de un viejo y venerable olivo, bajo el cual se celebró su conferencia con el Emperador, puesto que en vez de una lluvia de hojas cayó una lluvia de monedas de oro que sorprendió á todos los presentes. A pesar de tan extraordinario milagro, y en atención á los deseos manifiestos de Muley Ismael, Sidi-Aissa abandonó el lugar en que se había refugiado, no sin imponer la condición, que desde luego fué aceptada, de que cada año, desde el día duodécimo del mes de *Rebi-ul-Ewel*, fiesta del *Mulud* y aniversario del nacimiento de Mahoma, los habitantes de Mequinez permanecerían encerrados en sus casas sin salir á la calle durante siete días, excepción hecha de sus prosélitos, únicas personas que podrían en aquel entretanto discurrir libremente por la ciudad. Poco tiempo

(1) En la Pascua grande, llamada también *Courban Bairam*, todos los árabes procuran matar un carnero por cada una de las personas de su casa, pues según la promesa que Allah hizo á Mahoma, el último día del mundo, antes del juicio universal, todos estos carneros resucitarán y pedirán á Dios que perdone á sus sacrificadores,

después, Ben-Aissa moría con la satisfacción de ver que la secta que había fundado se había extendido por todo el Magreb, y que las crueles y bárbaras prácticas que estableciera se celebraban periódicamente. Fué enterrado en Mequinez, y sobre su tumba se erigió un santuario, objeto de gran veneración, al que acuden en romería todos los años sus innumerables prosélitos, entre los que se encuentran gentes de todas las clases.

La secta de los *handuchas*, que en sus ceremonias religiosas es aún más bárbara y salvaje que la de los *aissauas*, fué establecida por el santón *Sidi-Ali-Ben-Handusch*, que está sepultado en Sarhum, ciudad donde se encuentra el principal santuario de la asociación. Es imposible imaginar los excesos de crueldad á que se entregan estos fanáticos sectarios, poseídos del entusiasmo religioso. En su danza epiléptica se hieren con hachas y cuchillas, corriendo la sangre á borbotones. En Tánger los he visto el día en que se celebra su fiesta más solemne devorar un carnero vivo, en pleno *Soko*, sin que á los pocos momentos quedase ni el menor vestigio del animal. Recuerdo que la escena repugnante me causaba asco, y que, sin embargo, era tan sugestiva é interesante, que no podía dejar de observarla en todos sus detalles. Aquí en Marrakesh he tenido ocasión de presenciar lo que hacía uno de los miembros de la cofradía de los *aissauas*, y, francamente, me he quedado perplejo y confuso en más de una ocasión, sin poderme explicar satisfactoriamente cuanto veía. Es posible que la sugestión influya mucho en todos estos fenómenos; pero es acaso menos maravilloso que un hombre posea tan gran poder hipnótico que pueda sugestionar á buen número de individuos congregados sin previo acuerdo en una plaza pública, para presenciar un espectáculo desconocido?

El *aissaua* del *Soko* de Marrakesh es un tipo extravagante, que inspira asco y repulsión. Más bien bajo que alto, macilento, envejecido prematuramente, de tez curtida cubierta de costurones y cicatrices, melenas y barbas desgrednadas, mirada torva y sanguinaria, tal es el tipo que todas las tardes se entrega á sus sangrientas y repugnantes prácticas, ante un público de fanáticos que le admira con respetuoso entusiasmo, socorriéndole con numerosas limosnas y mirando con recelo á los cristianos que se aproximan á contemplar su ídolo. El *aissaua* nos considera con singular desprecio. En cierta ocasión en que arrojé á la manta al efecto prevenida una moneda de plata, alguien hubo de señalarle que procedía del odiado *rumi*: pues al momento la recogió, y dando notables muestras de desagrado, la arrojó lejos, muy lejos de sí, por

encima de la cabeza de los circunstantes, lanzándome al mismo tiempo una mirada de odio concentrado. Aquel individuo, cubierto de andrajos por todas vestiduras, y armado con una gran maza de madera, erizada de gruesos clavos de todos tamaños, causaba á un mismo tiempo curiosidad y miedo. No me hubiera agradado hallarme á solas con él, y, sin embargo, rara es la tarde en que no acudo á visitarlo, ya solo, ya en compañía de algún amigo como el doctor Cerdeyra. Y es que los singulares actos que realiza intrigan sobremanera mi imaginación, que en vano pretende hallar en ellos alguna superchería. Igual sucede á algunos de mis asiduos compañeros. De un lado la razón se resiste á creer lo que ven nuestros ojos, por otra parte tenemos que rendirnos á la evidencia.

Varias tardes le hemos visto coger varios trozos de vidrio, reducirlos á diminutas fracciones, mezclarlos con tierra y comerse tan sabrosa pasta. Ejecutaba la operación de hinojos sobre la maza de que antes hablé, cuyos clavos debían desgarrar sus demacradas rodillas. En tal postura cogía, ya un puñado de vidrio, ya una manotada de tierra, y se llenaba la boca cuanto podía. Sus carrillos se hinchaban, los músculos de su cuello se tendían, y se veía claramente el esfuerzo que debía realizar para tragar el asqueroso manjar, que se vislumbraba descender lentamente por el exófago. Llegaba á consumir unos dos kilos de tierra, acompañados de ocho ó diez puñados de vidrio. Terminado el banquete monstruoso, y sin duda para facilitar la digestión, se bebía tranquilamente, siempre en idéntica postura, más de medio pellejo de agua, que vertía en su garganta un compasivo aguador de esos que pululan por las calles de la ciudad, después de lo que se quedaba nuestro hombre tan tranquilo y satisfecho. Pero esto no era nada para lo que luego ocurría, que aquí es donde entra lo verdaderamente maravilloso é incomprensible. ¿Cualquiera supondría que el *aissaua*, después de haber consumido tales manjares, iba á padecer un cólico espantoso, que pusiera su vida en peligro? Nada de esto. Incorporábase lentamente y comenzaba una danza pausada, solemne, entonando una salmodia triste y misteriosa, y alguna que otra vez inclinaba la cabeza al suelo é invocaba á *Sidi-Ben-Aissa* y á *Sidi-Ali-ben-Handusch*, sus santos patronos, dando fuertes golpes con los pies sobre la tierra. Todo esto duraba breves minutos, en cuyo transcurso, el vientre, antes sumamente dilatado, del *santón*, se iba reduciendo poco á poco, quedando al fin y al cabo flaco y reducido como en un principio. Sin duda para hacer más patente el extraño fenómeno, el *aissaua*, levantando su burda camisa, descubría la parte alta del vientre. Repito que he

presenciado semejante acto varias veces, pareciéndome indudable que se verificaba la extraña comida, que el individuo en cuestión la deglutía y tragaba, que su vientre se inflamaba y endurecía, y que al cabo de un corto período volvía á su estado natural. El cómo y el por qué no me lo explico.

No he de extenderme en describir las otras mil barbaridades que lo mismo á éste que á otros individuos de su misma secta y profesión he visto ejecutar, como atravesarse la lengua con una aguja, perforarse los carrillos clavándose largos alfileres hasta formar una aureola alrededor de su boca, introducirse hierros de una cuarta por las narices y oídos, tragarse carbones encendidos, devorar un lagarto vivo ú otro inmundito reptil, inferirse grandes heridas en la cabeza con un hacha, arrojar al aire piedras y terrones de tierra, que recibían sobre su cráneo, y otras muchas proezas que revelan un estómago á prueba y una refinada crueldad. Parece como si desconociesen por completo el dolor físico. Heridos, chorreando sangre, los miembros perforados por instrumentos agudos y cortantes, prosiguen su danza sin que nada parezca molestarles, y terminada la ceremonia, se retiran tranquilamente á curarse las heridas, sabe Dios por qué procedimientos, dispuestos á comenzar de nuevo al día siguiente sus sanguinarios ejercicios. Quiero, sin embargo, describir en estas notas una rarísima escena que me chocó extraordinariamente, y presencié una de las últimas tardes. Se trataba, á mi modo de ver, de la iniciación de un muchachote, de quince á dieciséis años, en las salvajes prácticas de los *aissauas*. El asqueroso personaje á que anteriormente me referí, actuaba de hierofante y pontífice; el joven neófito, acurrucado en uno de los extremos del corro, parecía embrutecido y dominado por una voluntad superior á la suya. Como de costumbre, comenzó la ceremonia por la recitación de interminables oraciones, de invocaciones y exorcismos de todas clases, que solían ser coreados por el pueblo; cuando se interrumpía el rezo, el oficiante entablaba un pequeño diálogo con su discípulo, haciéndole preguntas que aquél respondía afirmativamente. Otras veces fingía amenazarle con la terrible maza erizada de clavos, ó con un hacha cuya cuchilla estaba caprichosamente calada y adornada con anillas sueltas que se entrechocaban, produciendo un ruido bastante desagradable. Después de larguísima preliminares, colocó la citada hacha entre las manos del novicio, que á todo esto permanecía impávido, dibujándose únicamente en sus labios una sonrisa estúpida. Vuelta á las oraciones y á la monótona salmodia, pero esta vez el *aissaua*, postrado sobre la clava de madera ante el muchacho, comenzó á edificar el

montón de tierra que había de utilizar más tarde para su repugnante banquete, que en esta ocasión, para mayor gloria de Allah, había de condimentar con una nueva y asquerosa salsa. Terminada la operación, ejecutó algunos pases frente al neófito, y arrancándole el hacha que entre sus manos sostenía, le asestó un violento golpe sobre el cráneo. Abrióse una herida, y comenzó á brotar la sangre sin que el paciente hiciera la menor demostración de haberse enterado de nada: proseguía ensimismado en una especie de éxtasis religioso. Cogió el *aissau* la cabeza abierta, é inclinóla sobre el montón de tierra y vidrio, que no tardó en mancharse de sangre, luego amasó la horrible mezcla, y la fué consumiendo con fruición. Por más que mi estómago se rebelara ante el asqueroso espectáculo, por más que estuviera extraordinariamente excitado, nada podía arrancarme de aquel lugar; deseaba presenciar la extraña ceremonia hasta su desenlace, y quería saciar mi espíritu con la contemplación de la barbarie humana. Nunca olvidaré el aspecto de aquel sér degradado, verificando su extraordinaria comunión con tierra mezclada con sangre. El desgraciado herido, sugestionado por el fanatismo religioso, nada sentía, seguía sonriendo á todo, quizás enorgullecido y satisfecho de haber sido iniciado en las prácticas de los discípulos de Ben-Aissa.

Pero aún me queda lo más maravilloso por relatar, y ruego al que leyere las presentes líneas, que no dude de cuanto digo, pues todo, absolutamente todo lo descrito, por monstruoso que parezca, lo han visto estos mis ojos que se han de convertir en tierra. Acabada la repugnante comida, y digerida en la forma acostumbrada, dedicóse el *aissau* á curar la herida que había inferido á su discípulo, y por señas que no puede imaginarse manera más sencilla de practicar la cirugía. Cogió los bordes de la abertura, apretólos uno contra otro, limpió los cuajarones de sangre, y untando por encima un poco de saliva, se puso á recitar ciertas oraciones misteriosas. El cómo fué, no me lo explico ni intento explicármelo; lo cierto es que breves momentos después el muchacho mostraba á la concurrencia su rapada cabeza, en la que únicamente se veía una pequeña cicatriz, como si se hubiera tratado de un simple arañazo. Lo había visto y no lo creía, lo recuerdo y aún dudo de ello. En aquella ocasión me acompañaba el doctor Cerdeyra, que se quedó tan atónito, confuso y perplejo como yo. ¿Habíamos presenciado un fenómeno sobrenatural, ó una farsa admirablemente ejecutada? ¿Habíamos sido sugestionados por un hábil hipnotizador dotado de poder bastante para ejercer su influencia sobre considerable número de personas? Todas es-

tas preguntas asaltaron mi imaginación mientras regresábamos á *Dar-Muley-Ali*, y confieso con entera ingenuidad que me fué imposible resolverlas satisfactoriamente.

Como en estos juegos entra por mucho el espíritu religioso, y ya habíamos notado cierta hostilidad sorda entre los concurrentes á tales espectáculos, que nos creían indignos de presenciar los milagros ó supercherías de su venerado santón, nos era imposible estacionarnos mucho tiempo entre ellos; pues aunque los *askaris* que nos seguían permanecían denodadamente á nuestro lado dispuestos á seguir nuestra suerte, comprendíamos que estaban inquietos y desasosegados en tanto quedábamos en aquel lugar. La prudencia nos aconsejaba también no provocar las suspicacias de los fanáticos y exaltados musulmanes. Por todas estas razones, no me ha sido posible estudiar todo á mi sabor estos fenómenos tan curiosos como raros. Pero con lo visto me basta y sobra para no olvidar nunca al *aissau* del Soko de Marrakesh. Tales son los únicos espectáculos y distracciones públicas que ofrece esta ciudad á sus visitantes, y desde luego hay que reconocer que alguna de ellas merece realizar el viaje.

Las dos noches de la Pascua de *Ashura* han sido para los habitantes de la capital noches de júbilo y regocijo. Se las han pasado con músicas y cantos, no dejándonos dormir ni poco ni mucho. Estas gentes, de ordinario tan pacíficas, alborotan sobremanera en cuanto celebran alguna fiesta solemne. Como una vez anochecido no salimos ya del recinto del palacio que habitamos, no he podido presenciar ninguna de las diversiones nocturnas; pero según me han contado, consisten principalmente en pasear por las calles y plazas de la ciudad, llevando antorchas encendidas y linternas, faroles de todas clases y tamaños, algunos de los cuales tienen apariencia de mezcuitas y son de inusitadas proporciones. También salen mascaradas más ó menos ridículas: que el pueblo en todas partes se divierte del mismo modo.

Según parece, una de estas mascaradas se ha paseado por la gran plaza del Meshuar, reproduciendo en parodia el acto de la recepción de una embajada europea por el Sultán. La broma ha debido resultar notable, y hubiera dado cualquier cosa por presenciarla. ¿Cómo se habrán valido para imitar los trajes europeos, tan distintos de los usados por ellos? Aunque el hecho pudiera resultar irrespetuoso, no da lugar á formalizarse por él. Los árabes son como niños, y es sabido que los niños, y como ellos los pueblos primitivos, reproducen sin la menor intención maliciosa cuanto choca y hiere su siempre ardiente fantasía. Así parodian las ceremonias religiosas, el

ejército y otras instituciones respetables y sagradas, no con el propósito de mofarse de ellas, sino, antes al contrario, con la firme decisión de imitarlas. La inocencia no ve ningún mal en ello, y lo hace lisa y llanamente como broma inofensiva, sin pretender zaherir ni molestar. Por esto, lo mismo los italianos que nosotros, al tener noticia de lo ocurrido, no hemos hecho más que sonreírnos, diciendo: «Al fin y al cabo, juegos de chiquillos.»

CAPÍTULO IX

Un poco de historia moderna

Dar Muley Ali, 13 de Mayo de 1900.

El famoso gran Visir Ba-Ahmed Ben Musa ha muerto esta madrugada, y tal acontecimiento, de trascendental gravedad para el régimen interior del Imperio de Marruecos, nos obliga á permanecer encerrados en nuestra vivienda, pues el Gobierno, temeroso de que puedan suscitarse disturbios, nos ha rogado que, por prudencia, nos abstengamos de salir á la ciudad. Lo cierto es que el fallecimiento que esperábamos, del poderoso magnate, es un gran contratiempo para nosotros, dado que él había asumido en su persona todas las prerrogativas del poder, ignorándose quién podrá sustituirle. La política interior de Magreb es sumamente curiosa: nunca hay nada previsto, y su proverbial habilidad se reduce á dar largas á todo con objeto de ganar tiempo. Casi un mes llevamos en la capital sin haber podido comenzar nuestras negociaciones, y ahora, mientras se forma el nuevo Gobierno y los gobernantes se enteran de los asuntos pendientes, sabe Dios cuánto tiempo transcurrirá. El Sultán, alejado de todo por la voluntad omnipotente del valido, nada debe saber de administración, y es casi seguro que se dejará guiar ante todo por sus caprichos.

A pesar de prever semejante desenlace, la noticia nos ha sorprendido. Nadie suponía que la enfermedad gravísima que aquejaba al gran Visir tuviera tan rápido final, y los médicos que le asistían esperaban que duraría más tiempo. Durante los

últimos días había mejorado visiblemente. Según nos dijeron, se encontraba tan fuerte y vigoroso, que no sólo conversaba alegremente con los individuos de su corte, sino que había comido con verdadero apetito, manjares nada en consonancia con su estado de salud. El doctor Cerdeyra, nuestro compañero, nos tenía al corriente de cuanto ocurría, pues visitaba á diario al ilustre enfermo, y no sólo nada nos dijo anoche que pudiera hacer presumir que se aproximaba el fin, sino que esta mañana nos refirió que á las nueve había ido á casa de Ba-Ahmed, donde se encontró con los doctores Verdún y Linares, siéndoles imposible á los tres visitar al paciente que, según les afirmaron, estaba descansando. En vista de esto, salimos como de costumbre, dirigiéndonos al Mellaj ó barrio de los judíos, con objeto de hacer algunas compras.

Cuando nos hallábamos en uno de los almacenes sentimos carreras y gritos, las gentes se refugiaban en sus casas, y los hebreos que se encontraban fuera de las murallas se apresuraban á reintegrarse en el recinto que tienen designado, dando muestras de espanto. Uno de los *askaris* que nos acompañaban dijo al intérprete que convenía regresar á *Dar Muley Ali*, pues se decía que el gran Visir acababa de expirar, y los judíos, azorados, se disponían á cerrar todas las puertas del Mellaj, temerosos de que se sublevase la ciudad y sus acérrimos enemigos los maltratasen. Aunque creímos que la noticia no sería verdadera, sino alguna falsa alarma, nos dirigimos á nuestra casa, llamándome la atención que las calles, de ordinario concurridas, se hallaban desiertas, y que la mayor parte de las puertas que dividen los distintos barrios, se encontraban cerradas. Apenas llegamos al palacio supimos que, en efecto, el célebre Ba-Ahmed había muerto á las diez y cuarto, y que así lo había comunicado el doctor Verdún, médico del ejército marroquí, á su compañero el doctor Cerdeyra.

Momentos después entraba el Kaid Mac-Lean á expresarnos, en nombre de S. M. Abdul-Aziz, su deseo de que se abstuviesen de salir á la calle todos los miembros de la Embajada, como prudente medida de precaución, manifestando también que con el mismo objeto se había duplicado el número de nuestros guardias. Según dijo, tenía que cumplir idéntica misión cerca de la Embajada italiana.

Quedamos, pues, encerrados en el recinto de Muley Ali, hasta Dios sabe cuándo, sin más noticias del exterior que las que podamos conocer por medio de las personas que vengan á visitarnos. Parece que aunque el parte oficial asegura que el gran Visir murió á las diez y cuarto de la mañana, ha expirado en las primeras horas de la madrugada, cuidando las auto-

ridades de ocultar el hecho, hasta tomar las medidas convenientes para evitar disturbios. Durante los primeros momentos en que circuló la noticia, el pánico y la agitación fueron grandes. Algo de ello pudimos ver. No obstante, parece que todo ha cambiado. El tebib Mariano, que vestido de moro ha venido á visitarnos, nos asegura que en la ciudad reina el orden más completo; las tiendas están abiertas, el tráfico restablecido, y el síntoma que se advierte en los semblantes y en las conversaciones de los habitantes de Marrakesh, es el júbilo que á todos, sin distinción de clases, causa la desaparición del temido tirano.

Me ha contado también don Mariano, que apenas exhaló el último suspiro el omnipotente Ba-Ahmed, se promovió en su palacio un formidable escándalo. Sus innumerables mujeres, concubinas y esclavas, más de mil según se dice, llenas de dolor, no tanto por la muerte de su amo y señor, como por el temor que les inspiraba su suerte venidera, se entregaron á los mayores excesos, destrozando cuanto hallaron á su alcance, y especialmente las lindas arañas de vidrio de Venecia que acababan de regalar al Ministro de S. M. Abdul-Aziz los enviados del Rey de Italia; pretendiendo que aquellos inofensivos aparatos habían influido en la desgracia ocurrida. Corre también el rumor de que indignadas contra el médico de cabecera, habían arremetido contra él, propinándole una respetable paliza, tanto, que éste había tenido que huir precipitadamente ante tan injusta como ilegítima agresión. Ignoro la certeza de estos curiosísimos detalles. Unicamente la presencia del joven soberano, que contra lo que se esperaba ha dado muestras de decisión y energía, puso término á tan extravagantes muestras de dolor. S. M. Abdul-Aziz, apenas supo la triste noticia, se personó en el palacio del que fuera su tutor, con objeto de disponer todo lo concerniente al sepelio, é incautarse de los cuantiosos bienes y caudales que deja, evaluados en más de cien millones. Desde luego, dando pruebas de singular generosidad, ha ordenado que todos los miembros de la familia y esclavos del difunto sean trasladados al propio palacio real, donde quedarán alojados bajo su protección y amparo. Esta medida parece que tranquilizó por completo á las numerosas mujeres y concubinas del gran Visir, que temían, y no sin razón, la triste suerte que les aguardaba, de no ser recogidas por el monarca ú otra persona de prestigio y posición.

El mismo Sultán ha presidido el entierro de su valido, que se ha verificado con gran pompa, disponiendo que el cadáver sea sepultado en la mezquita de Muley Ali Sheriff, la misma

en que se entierran los emperadores del Magreb. Ba-Ahmed, hijo de una esclava hebrea renegada, dormirá el último sueño en el propio panteón de los descendientes del profeta. Tan inusitado favor es una prueba manifiesta del aprecio en que S. M. Abdul-Aziz tenía al hombre á quien en realidad debía la corona. La fúnebre ceremonia se ha celebrado con todos los detalles que fija el ritual, que por cierto es bien sencillo. Según está prescrito, apenas muere un musulmán, sus deudos y amigos cuidan de lavar y afeitar el cadáver escrupulosamente, colocándole después en unas parihuelas, no sin haberle envuelto en los amplios pliegues de un jaique. Así dispuesto todo, conduciendo cuatro hombres, á quienes acompañan gran número de personas, sin guardar orden ni concierto entre sí ni dar la más pequeña muestra de duelo, y marchando á pasos precipitados, hasta la mezquita más próxima al lugar donde ocurrió el fallecimiento. Para este acto se elige de preferencia la hora de la oración del mediodía. Una vez ante la puerta del santuario, en donde se cuida de que no penetre el cadáver, el Imán anuncia á los fieles allí congregados que ya se halla la comitiva en el ingreso, y que es llegada la hora de sepultar al difunto. Todos los presentes se levantan y oran brevemente en común por el reposo eterno del alma del que fuera fiel creyente. Acabada la plegaria, se incorporan al séquito, que vuelve á ponerse en marcha, caminando siempre con extrema rapidez. Esto obedece á la creencia que tienen de que el ángel de la muerte aguarda al individuo en el borde de la tumba que le está destinada, con objeto de someterle á un interrogatorio, y pronunciar la sentencia definitiva que ha de decidir de su suerte en la otra vida. A cada instante se mudan y renuevan los conductores de las parihuelas, porque todos los asistentes desean participar en aquella piadosa obra y evitar que el ángel de la muerte se impaciente aguardando. Durante todo el trayecto, la mayoría va cantando con una salmodia extraña y melancólica, versículos del Alcorán.

Una vez arribados al cementerio, procédese á una nueva oración, en tanto que el cadáver es depositado dentro de la fosa sin ataúd. Se le coloca sobre la tierra, un poco inclinado hacia el costado izquierdo, con la fisonomía mirando en dirección á la Meca, es decir, á Oriente, y la mano derecha arrimada al oído por el mismo lado y como si se apoyara sobre él. A continuación se cubre de tierra el cuerpo, señalando el lugar con un circuito de piedras, y la comitiva regresa al domicilio del difunto para dar el pésame á la familia. En el entretanto, así como también en el momento de la muerte y durante ocho días consecutivos, las mujeres y concubinas del

difunto se reúnen para dar gritos espantosos, que duran casi todo el día.

Tales son las prácticas que se siguen generalmente para dar sepultura á los prosélitos de Mahoma, y de conformidad con este ritual se habrá verificado el sepelio del poderoso magnate que desde la muerte de Muley Hassan ha sido, si no de derecho, de hecho, el verdadero Sultán de Marruecos. Esto es todo lo que hemos podido averiguar en el día de hoy, primero de nuestro encierro, que nos crea una situación un tanto extraña y desagradable. No sé por qué el recinto de Dar Muley Ali, en el que estamos reclusos, me resulta mucho más pequeño, y mi fantasía, excitada por lo misterioso y desconocido, desearía á todo trance saltar las murallas altísimas que nos rodean, y penetrar lo que pasa en la *Medina*, que, dominada por el miedo, no nos transmite ni el menor ruido. ¡Hoy más que nunca parece como si estuviéramos en una ciudad muerta!

14 de Mayo.

Seguimos prisioneros en nuestro palacio, pero las noticias que hemos recibido del exterior nos permiten creer que muy pronto la ciudad habrá entrado en plena normalidad. Según se asegura, el Sultán convocó anoche en su palacio á todos los *Shorfas Fialis*, ó sean los miembros de la familia imperial, y les declaró que la muerte de Ba-Ahmed era una pérdida irreparable; que nadie podía reemplazar al difunto más que él mismo, y que por lo tanto estaba dispuesto á recoger las riendas del poder, y á gobernar por sí y ante sí. Que al efecto, había designado ya los individuos de confianza á quienes confiar los cargos de Gran Visir, Gran Chambelán, Ministro de Estado, Guerra, y demás altos puestos vacantes, pero que todos tuvieran presente que desde aquel momento en adelante, tales funcionarios no serían más que meros auxiliares de su persona. Manifestó también que habiendo desaparecido las circunstancias especiales causantes de que el difunto Gran Visir hubiera sido el intermediario entre su pueblo y él, todos los que le rodeaban, parientes, deudos y súbditos, debían entender que desde entonces, sus súplicas, sus ruegos, sus peticiones, sus consejos y hasta sus opiniones, serían directamente oídas por él, legítimo y único jefe del Estado. Dióles en seguida á conocer la lista de sus futuros secretarios, distribuyendo los cargos en la siguiente forma:

Gran Visir: Hadj Mucktar, primo hermano del difunto Ba-

Ahmed, y á quien éste ha dejado encomendada la tutela de sus hijos.

Kaid-el-Meshuar (Introducción de Embajadores): Driss Bel Allan, el mismo que desempeñó estas funciones el día de nuestra presentación al soberano.

Mayordomos mayores de palacio: Sidi Kassen, hermano del Gran Visir fallecido, y Hamu, su exconfidente, tesorero y jefe de casa.

Ministro de Negocios Extranjeros: Sidi Abd-el-Krim Ben-Solimán; que ocupaba el puesto de Secretario general á las órdenes de Ba-Ahmed.

Y Ministro de la Guerra: Sidi Mohammed el Gabbás, que también actuaba de Secretario de dicho departamento.

Se dice también que estos nombramientos no dan á las personas designadas, ni amplias facultades, ni el carácter de legítimos titulares de los cargos, sino que se les considera como interinos, y que, por consiguiente, proponiéndose el Sultán, según parece, hacer un ensayo de Gobierno personal, nada tendrá de extraño que vaya reemplazándolos conforme á las exigencias imprevistas de las diversas situaciones á que haya necesidad de hacer frente. Por lo que se deduce del discurso pronunciado ante la asamblea de los *Shorfes*, la actitud del joven soberano se ha modificado en absoluto. Hasta ahora, ya fuera por inercia, ya por temor al violento y enérgico carácter de Ba-Ahmed, se había conformado con gozar de todas las preeminencias de su elevado rango, absteniéndose de intervenir en la política activa. Aunque en el nombre era el Emperador, su Gran Visir gobernaba por él, y en realidad disponía de todo á su antojo y capricho, interviniendo en su vida privada, y manteniéndole en tal sujeción, que S. M. Abdul-Aziz no se atrevía á hacer nada, ni aun siquiera visitar á su madre, sin contar antes con la autorización de su prepotente valido, quien, según se dice, sólo le consentía verla un breve rato, los viernes, antes de la oración principal. Para mantener su influencia, Ba-Ahmed siempre lo tenía rodeado de personas de su absoluta confianza, de manera que más bien que servidores eran guardias de su persona y espías de sus actos. Una de las hermanas del difunto estaba encargada de vigilar el harén imperial. Se comprende que el Sultán haya respirado con gusto al encontrarse libre de tan opresora tutela. Lo cierto es que el Gran Visir, fallecido, debía estar dotado de grandes cualidades, pues no sólo había logrado imponerse al soberano, sino que mantenía sumiso y obediente al pueblo, que, por lo general, le odiaba. De origen obscuro, ya que Sidi Musa, su padre, aunque llegó á ocupar el puesto de Gran Visir de Muley Has-

san, de quien había sido criado desde su niñez, procedía de una familia de esclavos, y que su madre no fué más que una esclava hebrea que nunca llegó á ser elevada al puesto de esposa legítima, Ba-Ahmed, á fuerza de talento, de astucia y de audacia, consiguió ser el verdadero dueño del Magreb. Á su capricho alteró el orden de sucesión al trono, dando la corona al hermano menor, en perjuicio del primogénito Muley Mohammed, legítimo príncipe heredero que, á pesar de sus indiscutibles derechos y de sus numerosos partidarios, fué reducido á prisión. Gracias á esta arbitrariedad pudo erigirse en tutor del soberano y en regente del Imperio. La manera con que llevó á cabo tan arriesgada y temeraria empresa, demuestra de modo claro y palpable la singular tenacidad y el valor á prueba que le adornaban. Desde la muerte de su padre, Sidi Musa, Ba-Ahmed disfrutaba de la confianza de Muley Hassan, pero á título de criado, si bien el Emperador, apreciando en su justo valor su extraordinario talento, se aconsejaba de él en todas las circunstancias difíciles. Durante este tiempo, la gran ambición que le dominaba movió á Ba-Ahmed á madurar el audaz plan de colocar en el trono al hijo menor de su señor, el joven príncipe Muley Abdul-Aziz, llevando á efecto su proyecto apenas ocurrió el fallecimiento del ilustre Muley Hassan, á pesar de los partidarios que tenía el príncipe Muley Mohammed, primogénito del Emperador, conocido, aunque sin razón, con el apodo de el *Tuerto*, que ya había sido nombrado por su padre *Jalifa*, es decir, lugarteniente, lo que equivalía á designarle como inmediato sucesor á la corona, siendo preciso reconocer que tal designación había sido perfectamente acogida por el pueblo marroquí, porque el tal príncipe, hombre de energías no comunes, carácter guerrero y muy dado á aventuras, era un verdadero prototipo de su raza, muy simpático, por consiguiente, á los fieles mahometanos, que veían en él un legítimo descendiente del profeta.

Realizado su proyecto, es decir, una vez proclamado Sultán Abdul-Aziz, Ba-Ahmed, valiéndose de la gratitud que le debía el nuevo soberano, de su extrema juventud y gran inexperiencia, se erigió en Regente, asumiendo todas las facultades del poder, manteniendo en un secuestro real y efectivo al Emperador, distribuyendo los altos cargos á personas de su confianza é imponiendo su férrea voluntad á todo el mundo, lo mismo grandes que pequeños, que debieron doblegarse ante su omnímodo poder. Hábil político, comprendiendo que las riquezas constituyen la principal fuerza de los pueblos, acumuló grandes tesoros, que le permitían responder á todas las continuadas demandas de indemnización que le formulaban

los representantes de las potencias extranjeras, con las que mantenía continuas relaciones. Con singular energía domó todas las sublevaciones, tan frecuentes en el Magreb, aniquilando sin piedad las fuerzas enemigas y apoderándose de sus bienes, en tal forma que él, por medio de hombres fieles, llegó á ser dueño y señor absoluto del Imperio, siendo temido, y, por consecuencia, odiado por todo el mundo, que le consideraba como un tirano.

Por esta causa, no es extraño que hasta ahora no haya ocurrido nada de particular, ni que las diversas kabilas del Imperio, llenas de gozo al verse libertadas del oprimente yugo del déspota, hayan pensado en sublevarse, hecho que se repite cada vez que se verifica un cambio político en el régimen interior del Estado. Las victorias que los ejércitos imperiales obtienen sobre los insurrectos del Sus—hoy mismo se han recibido las noticias de nuevos triunfos, y los emisarios que han traído la buena nueva, han sido también portadores de treinta y una cabezas de jefes rebeldes, que serán expuestas al pueblo en la plaza principal de Marrakesh,—contribuyen también á tranquilizar los ánimos, como asimismo las muestras de virilidad dadas por el joven soberano, que son acogidas con entusiasmo por los árabes. Sean dichas pruebas de energía revelación inesperada de un temperamento, ó débanse á la impresión producida en el monarca por los sabios consejos del difunto Gran Visir, expresados, según se dice, en la carta que al sentirse morir le dirigió, es lo cierto que la transformación sufrida ha causado excelente efecto en la opinión popular. Los políticos comentan también muy favorablemente la actitud respetuosa y agradecida del Sultán hacia la memoria de su consejero, que ha manifestado públicamente con la gran participación dada á sus parientes en el Gobierno de la nación, con las pruebas de consideración con que trata á su familia y las inusitadas demostraciones de duelo que ha concedido á su cadáver, ordenando que toda la corte guarde luto durante siete días. Este proceder siempre de alabar en un soberano sobre quien ha pesado tan estrecha como rigurosa tutela, puede y debe considerarse asimismo como un acto de sabia y previsora política, puesto que es seguro que, de haber dado el Sultán la menor prueba de odio contra la memoria de Ba-Ahmed, ó de ensañamiento y venganza contra su familia, hubiera excitado la irritación popular contra una administración tiránica, dando pábulo á una reacción cuyas consecuencias imprevistas pudieran ser peligrosísimas hasta para el mismo trono Sheriffiano.

El día ha transcurrido tranquilamente; desde casa hemos

percibido los lejanos ecos de la música imperial acompañando el cortejo del soberano, que se ha dirigido solemnemente á la mezquita de Muley Ali Sheriff, para orar sobre la tumba de su difunto Gran Visir. Por lo demás, todo ha permanecido en la más completa calma; únicamente la voz del almuédano que proclamaba las diversas horas de los rezos litúrgicos, ha venido á romper la silenciosa monotonía ambiente. A última hora llegan á avisarnos que hallándose constituido el nuevo Gobierno, mañana probablemente podremos circular de nuevo por la ciudad. Francamente lo deseaba; la noticia de haberse expuesto en el *Soko de Dejemma el Fena* las treinta y una cabezas de los rebeldes del Sus ha excitado mi nunca satisfecha curiosidad, y quiero ver, aunque sea por un breve instante, que no sé si podré resistir más tan repugnante espectáculo.

15 de Mayo.

Conforme con lo que presumíamos, á mediodía nos comunicaron que encontrándose la ciudad completamente tranquila y no habiendo ningún motivo de alarma, podíamos salir del recinto del palacio y dar nuestros acostumbrados paseos. Aprovechando tal libertad me dirigí á la plaza principal para contemplar lo que deseaba. En efecto, no habían mentido. Allí, bordeando la muralla de uno de los cuarteles de askaris, se hallaban colgados los treinta y un despojos humanos. Contra mis cálculos, el espectáculo no tiene nada de particular, y á primera vista no inspiraba repugnancia, puesto que las tales cabezas más bien parecían unas toscas bolas negruzcas en que no se distinguían facciones algunas. Esto era debido á que, con el fin de conservar durante tiempo indefinido los sangrientos trofeos, se habían cuidado de hervirlos en alquitrán, con objeto de que esta precaución les permitiese resistir el largo viaje que debían hacer para ser expuestos en las principales ciudades del imperio. El líquido viscoso había cubierto las cabezas con una capa negra, que brillaba y relucía al sol, y únicamente los cabellos, por los que estaban suspendidas, conservaban su primitivo color. No obstante, á medida que se fijaba la vista, se iban descubriendo los rasgos fisonómicos de las desgraciadas víctimas de los odios civiles, y, naturalmente, el interés de la tremenda visión se aumentó considerablemente. Había allí cabezas de ancianos venerables, que, sin duda, cargadas por el peso de los años, se inclinaban ya ante la muerte, y cabezas de jóvenes á quienes sonreía la vida que

para ellos comenzaba. La variedad de expresiones era extraordinaria, recorriendo todas las gradaciones, desde la calma serena y majestuosa hasta las más horribles y espantosas contracciones. Las personas que transitaban por la plaza apenas si lanzaban una mirada á los tristes despojos, acostumbradas, sin duda, á tan lúgubre exhibición, que testimoniaba una vez más el omnimodo poder del temido y respetado descendiente del Profeta. Probablemente aquellas cabezas habrán caído víctimas de la traición, y ni siquiera pertenecerían á los verdaderos culpables de la rebelión del Sus. Pero la cólera del ofendido Sultán no se detiene ante nada. ¡Qué importa que paguen justos por pecadores! Hacen falta sangrientos trofeos que testifiquen el triunfo del soberano, y todas las víctimas son buenas. Una vez hecho alarde de la victoria en Marrakesh, las cabezas serán expedidas á otra de las capitales del Imperio. Camellos cargados con tan fúnebres restos los transportarán de una á otra ciudad, hasta que, gracias á las inclemencias del tiempo, la mordedura de los animales y la indiferencia de los hombres, vayan á formar parte de algún montón de basura. Me dicen que los árabes, sin distinción de clases, se resisten á acompañar las acémilas que llevan por los caminos del Imperio las pruebas de la venganza del Sultán, y que encomiendan este oficio á los hebreos, obligándoles por la fuerza á ejecutarlo. Nueva prueba del desprecio con que consideran á los descendientes del antiguo pueblo de Israel.

Después de contemplar algún rato tan raro espectáculo, que probablemente jamás volveré á ver, me dirigí á visitar, por fuera desde luego, al suntuoso palacio que estaba construyendo para su residencia el difunto Ba-Ahmed. Orgulloso como todo buen musulmán, el famoso Gran Visir, encumbrado en las alturas del poder, quiso hacer patente su grandeza y habitar una vivienda que rivalizara con la misma residencia del Emperador. Al efecto, compró vastos terrenos en la parte Este de la ciudad, expropiando multitud de inmundos casuchos, que (cosa singular en las prácticas marroquies) pagó en su justo valor, é hizo edificar una serie de construcciones, rodeadas de jardines y huertas, encerradas en un recinto de altísimas murallas. Se refiere que, durante más de tres años, mil hombres trabajaban diariamente en la construcción de los diversos palacios y el planteamiento de los jardines, en los que se había de hacer gala y ostentación de todo el lujo oriental. Cuéntanse maravillas del fausto y opulencia con que están adornadas las principales salas del harén, haciéndose fantásticas descripciones de los inmensos tesoros allí acumulados.

Por lo que se apreciaba desde el exterior, los edificios deben ser enormes; pero, desgraciadamente, nada más puede percibirse. Mucho rato hemos discurrido por larguísimas calles que cierran altísimas murallas, de ocho ó nueve metros de elevación por lo menos, que ocultan cuidadosamente el interior del palacio. Para contribuir á aumentar la impresión misteriosa que produce el inmenso y mudo edificio, hay que añadir que el Sultán, á quien hoy pertenece, ha mandado tapiar todas sus puertas, salvo una que está cerrada y vigilada por un piquete de *askaris*. En otras partes las construcciones no han sido terminadas, pudiendo verse espesos muros y pequeños edificios, entre ellos una mezquita, dedicada á la servidumbre del magnate, á fin de que pudiera cumplir sus deberes religiosos sin salir del recinto interior del palacio. Es casi seguro que estas obras comenzadas no llegarán nunca á su terminación. Dentro de algún tiempo, la corte imperial abandonará la capital del Sur para establecerse en Fez, y entonces nadie se cuidará del suntuoso palacio de Ba-Ahmed; y al cabo de algunos años de estar por completo abandonado, las construcciones á medio edificar se confundirán con las ruinas de la ciudad antigua.

Puede verse también gran parte de un curioso callejón, cerrado por altísimas murallas, que debía poner en comunicación la regia residencia de Ba-Ahmed con el palacio imperial. El Gran Visir deseaba tener un camino oculto y reservado por el que le fuera posible pasar para ir á visitar á su Señor sin que nadie en la ciudad lo supiese, evitándose el ingreso en el palacio por la plaza del Meshuar, donde nunca faltan curiosos y desocupados. Además, esta comunicación directa y excusada le permitiría ejercer una vigilancia más estrecha y activa sobre su imperial pupilo. Las obras de este callejón hubieron de interrumpirse porque debía atravesar un antiguo cementerio, considerado como lugar sagrado por los musulmanes, y las turbas fanáticas se opusieron á que fuera profanado. Ba-Ahmed no quiso contrariar por esta vez los sentimientos populares, y decidió dar un rodeo para llegar á conseguir su objeto, dejando á un lado el cementerio en cuestión y atravesando el Mellaj ó barrio de los judíos, colindante con el recinto del palacio imperial. Ya se hallaba en tratos con los propietarios de los edificios que quería comprar, cuando le sorprendió la enfermedad que ha acarreado su muerte. Un paseo alrededor de la residencia del Gran Visir, da una idea bastante aproximada de su carácter. La inmensa extensión de terreno que ocupan los distintos edificios y jardines, indican una ambición desmedida nunca saciada; las altísimas

y fuertes murallas que circundan su recinto demuestran el recelo con que se ocultaba al pueblo despojado las grandezas del interior; las aspilleras y almenas de los muros hacen comprender que si se temía el motín popular y hasta quizá la venganza del Soberano, también se estaba dispuesto á la defensa. Porque el inconcluso palacio tiene marcado aspecto de fortaleza, como todos los grandes edificios de la ciudad, hallándose rodeado de callejas estrechas y tortuosas con objeto de facilitar la defensa individual en las frecuentes revoluciones populares y guerras de los Sheriffes, pues es indudable que semejantes callejones son inatacables desde el momento en que los defiendan cinco ó seis hombres.

He ido también á visitar la mezquita de Muley Ali Sheriff, destinada á enterramiento de los Emperadores, y donde ha sido sepultado el cadáver de Ba-Ahmed, honor que ha despertado las legítimas suspicacias de muchos de los principales Sherifes. Está situada en medio de uno de los más antiguos barrios de la ciudad, y se la considera como sacratísima, gozando cuantos se refugian en sus alrededores del derecho de asilo. Innumerables desgraciados hay siempre acogidos á su amparo, que se pasan la vida sentados en derredor de aquellas venerables murallas, de las que no se atreven á separarse, temiendo caer en las garras de una justicia venal y despiadada. Por fuera, la mezquita de Muley Ali Sheriff no tiene nada de particular; forma un vasto cuadrilátero de murallas, terminadas con las consabidas almenas dentelladas de forma trapezoidal.

La puerta principal, que da á una ancha plazoleta, es bien mezquina, y desde ella se divisa un patio plantado de naranjos y otros árboles, que debe preceder al santuario. Desde lo alto de mi mula, y á respetable distancia, curioseaba el interior, cuando debió darse cuenta de ello algún fanático, que dió la voz de alarma, pues se apresuraron á cerrar la fuerte puerta chapada de hierro, y á correr sus grandes cerrojos. Sin duda temían que mis indiscretas miradas profanasen la santidad del lugar. No son pocos los emperadores de Marruecos enterrados en esta mezquita, pues cada uno puede designar á su gusto el sitio de su sepultura, que su cadáver consagrará para siempre. Aquí, según se dice, se hallan las tumbas de varios Sultanes, y entre ellas la del famoso Muley Erraxid. Ahora, contra todos los usos, sirve también de último asilo á los restos del prepotente Ba-Ahmed.

Si la plaza de la mezquita de Muley Ali Sheriff presenta un aspecto mezquino y pobre, no sucede así con uno de sus rincones, en que se encuentra una preciosa fuente que forma

ángulo con un aljibe y la entrada al lugar de las abluciones. Esta graciosa construcción, de marcado carácter oriental, está primorosamente decorada con grecas y festones caprichosos, presentando un conjunto muy pintoresco. Pero lo más interesante del cuadro eran los desgraciados acogidos al derecho de asilo, que adoptando las más extrañas posturas, no se atrevían á poner un pie fuera de la línea que señalaba el espacio consagrado. Lívidos, demacrados, harapientos, miserables, formaban un cordón humano que inspiraba honda tristeza, y, sin embargo, su penoso estado, en el que tienen que afrontar los denuestos de sus enemigos y las injurias del tiempo, es preferible al horrible abandono de una prisión musulmana, ó al castigo cruel de un kadi irritado, cuya clemencia no se haya podido comprar.

De regreso á Dar Muley Ali, he sabido que los propósitos del Sultán de gobernar por sí mismo, y de sustraerse en adelante á toda tutela, se van confirmando cada vez más, lo que es acogido con júbilo general por parte del pueblo, que conserva aún viva la memoria del despotismo del gran Visir. Aunque el Gobierno ejerce regularmente sus funciones, aún no han sido nombrados oficialmente más que el sucesor de Ba-Ahmed, el Maestro de Ceremonias Kaid-el-Meshuar y el Ministro de la Guerra. Los dos primeros son las personas cuyos nombres nos dijeron ayer; en cuanto al tercero, no es el mismo, sino un joven prócer, amigo de la niñez de Su Majestad Abdul Aziz, y que goza de toda su confianza. Llámase El Menebbi, era muy querido del difunto Gran Visir, posee una gran fortuna y es uno de los más influyentes kaid de la provincia de Rejamna.

Quedarán aún por proveer definitivamente los altos cargos de Hayeb ó Mayordomo mayor de Palacio y de Ministro de Negocios Extranjeros, si bien al presente los desempeñan con carácter de interinos los individuos que ya nos habían indicado. Parece casi seguro que Abd-el-Krim ben Soliman será confirmado en el segundo de dichos puestos, ya que no sólo el Sultán le ha designado para su residencia el local destinado á Ministerio de Negocios Extranjeros, que antes ocupaba el antiguo Ministro de Muley Hassan, Sidi Feddul el Garnit, sino que S. M. Imperial despacha con él directamente todos los asuntos de política exterior.

Lo mismo que ayer, aunque á distinta hora, hoy el Sultán ha salido para visitar la tumba del que fué su tutor y amigo, y se dice que repetirá este acto los siete días que dure el duelo decretado oficialmente. Como se desconoce con anterioridad la hora en que se verificará tal ceremonia, presumo que me

será imposible presenciar, al menos, el paso del cortejo, que, seguramente, será digno de verse. ¡Qué le hemos de hacer! En este país todo se hace con el mayor misterio. Me han referido que hoy, en su salida, el joven monarca ostentaba como presea uno de los ricos alfanjes que le hemos traído de España.

Tales manifestaciones de duelo, á las que hay que añadir el inmenso número de asuntos cuyo despacho se ha interrumpido con la enfermedad y muerte del Gran Visir, y que, según parece, el joven soberano desea conocer y resolver por sí mismo, es causa de que se retrase más de lo regular el comienzo de las negociaciones de esta Embajada, que deben inaugurarse con la recepción en audiencia privada del Ministro. Hay que reconocer que al recibirnos solemnemente, sin la asistencia á tan importante acto del difunto Ba-Ahmed, el Sultán nos ha dado una prueba clara, patente y manifiesta de su deseo de agradar á España, y por este motivo me parece que no hay razón alguna para creer que se demore con intención la entrevista privada, sobre todo si se tiene presente la situación extraordinaria creada por el fallecimiento de la persona que asumía todos los poderes y facultades del Estado marroquí.

21 de Mayo.

Desde hace algunos días ha comenzado á correr el rumor de que el hermano mayor del Sultán, el Príncipe Muley Mohammed, vulgarmente designado con el apodo del *Tuerto*, ha sido puesto en libertad por S. M. Sheriffiana. Naturalmente, hemos tratado de averiguar la veracidad de la noticia que, de ser cierta, reviste suma trascendencia, dados los antecedentes del primogénito de Muley Hassan. Según los informes adquiridos, resulta que, en efecto, S. M. Abdul-Aziz, desde la muerte de Ba-Ahmed pensaba trasladar á su hermano á otra ciudad del Imperio, si bien lo que el vulgo hace días daba como hecho no se ha verificado hasta ayer, fecha en que el Príncipe Muley Mahommed fué sacado de la prisión en que se hallaba desde hace seis años, y conducido, acompañado por una fuerte escolta, á Mequinez, donde reside su madre. El hecho tiene suma importancia, pues el Príncipe en cuestión es un aspirante seguro al trono del Magreb, y goza de gran popularidad. Conviene, pues, conocer su historia.

Como he dicho, el llamado sin razón *Príncipe Tuerto*, puesto que no sufre de este defecto, es el hijo mayor del di-

funto sultán Muley Hassan y de una de sus esposas legítimas, oriunda de una noble familia de la kabila de Rejamna, tan severamente castigada por el difunto Gran Visir. Apenas el joven Príncipe se halló en estado de poder llevar las armas, el Sultán su padre se complació en sacarle del harén y en tenerle á su lado, llevándole consigo á todas partes, incluso á sus expediciones guerreras. La gentil presencia de Muley Mohammed, su marcial donaire, sus aficiones guerreras y su incontestable arrojo, le valieron, no sólo la marcada predilección de su padre, que le nombró su Jalifa ó Lugarteniente, sino la más completa adhesión de la soldadesca. Era natural, pues, como hombre de energías no comunes, temperamento guerrero y muy aficionado á aventuras, encarnaba perfectamente en el carácter del pueblo marroquí, cuyas cualidades y defectos sintetizaba. Pero á medida que crecía en años y en vigor, se descubrían en el joven Príncipe rasgos de crueldad y tendencias crapulosas, que comenzaron á enajenarle el afecto del caballeresco y noble Muley Hassan. Durante la expedición de éste á las remotas provincias del Sus, en la que pudo recorrer puntos jamás visitados por sus antecesores, quedó el Príncipe de Gobernador en Marrakesh, y hallándose en completa libertad, dió rienda suelta á sus aviesos instintos. Ciertos atropellos cometidos en el Mellaj, fueron causa de que el Sultán le reprendiera en presencia de la corte, y que el joven Príncipe en un arranque de ira exclamara públicamente que ninguno de los magnates que habían presenciado su disputa con su padre conservaría la cabeza sobre los hombros, veinticuatro horas después de su exaltación al trono imperial. Muley Hassan, cada vez más indignado con los nuevos y continuos excesos cometidos por su hijo, se vió precisado á reducirle á prisión en la Alcazaba de Marrakesh.

Probablemente por entonces comenzaría el Emperador á acariciar el proyecto de modificar el orden de sucesión al trono, sustituyendo al Príncipe Muley Mohammed, por el menor de sus hijos, el joven Abdul-Aziz, habido de su concubina favorita, la bellísima circasiana llamada *Lala Rakia*, que le había sido regalada por Sidi Brisha, el futuro Embajador marroquí, que debía visitar la corte de España después de los sucesos de Melilla, y que había costado, según se cuenta, la respetable suma de 30.000 francos. Esta hermosísima mujer, conocida también por el nombre de *Erquíla Turquía*, había logrado captarse por completo la voluntad de su señor y dueño, que accedía á todos sus caprichos, y por esto me parece que no tiene nada extraño que influyera poderosamente para que el elegido del Emperador fuese su hijo querido. Sin duda al-

guna, Muley Hassan comunicó sus deseos y sus esperanzas á Ba-Ahmed Ben Musa, entonces su humilde criado y confidente familiar, gracias á haber sido su amigo fiel y compañero de juego de la niñez. De este modo se explica que durante la agonía y la trágica muerte del Sultán, en medio de las tribus rebeldes de Fázaz, llevara á cabo el astuto y ambicioso servidor del Emperador, aquella trama de tanta audacia como lúgubre ingeniosidad, que dió por resultado la inmediata é inesperada proclamación de S. M. Abdul-Aziz, que á la sazón contaba dieciocho años de edad. Pero este episodio merece ser contado detalladamente.

Los desgraciados sucesos acaecidos en Melilla á fines del año 1893, fueron causa de que el Emperador Muley Hassan se viera obligado á interrumpir su comenzada expedición á los oasis de Taflete. Precipitadamente hubo de regresar á Marrakesh, donde debía recibir á la Embajada española que presidió el General Martínez Campos. Su ya quebrantada salud sufrió mucho durante el apresurado viaje de vuelta, pues fué necesario atravesar las altas cimas del Atlas en pleno invierno y entre vientos y nieves, que hicieron no pocas bajas en el séquito del Emperador. Añádase á tales contratiempos las preocupaciones inherentes al grave conflicto exterior que habían promovido las kabilas del Riff, oponiéndose con las armas en la mano al cumplimiento de lo convenido entre dos potencias amigas. El 31 de Enero del siguiente año recibía, en efecto, con toda la solemnidad acostumbrada, á los enviados de España, manifestando públicamente que era en absoluto ajeno á los actos realizados por sus desleales vasallos, y que estaba dispuesto á castigar á los culpables. No he de extenderme hablando sobre este particular, por ser demasiado conocidos de todos los resultados que obtuvimos de aquella misión extraordinaria. Después de terminadas las negociaciones, el Sultán, ya gravemente enfermo, se dedicó á poner en orden los principales asuntos pendientes; pero entonces estalló una rebelación en los territorios que rodean á Azimur, y hubo de convocar á su ejército, y poniéndose á su frente, salió de Marrakesh el día 6 de Mayo de 1894, primer día del mes de Dulkáda del año 1311 de la Hégira, con dirección á los montes de Fázaz, y más especialmente hacia la kabila de *Aait Sajman*, que poco antes había hecho traición á su Gobernador, que era nada menos que primo del Sultán. El viaje fué azaroso por los graves padecimientos que sufría Muley Hassan, á quien acompañaba, en calidad de mayordomo, su amigo el intrigante Ba-Ahmed Ben Musa. Parece que al llegar al lugar denominado *Uadi el Abid*, en el territorio de Tadla, hacia las once de la

noche del día 3 del mes de Dulhiya siguiente (3 de Junio), expiró el Emperador en brazos de su fiel confidente. Ba-Ahmed, única persona que tenía libre ingreso cerca de Muley Hassan, ocultó cuidadosamente á todo el mundo la desgracia ocurrida, depositó el cadáver de su señor en una litera, y pretextando una agravación de la enfermedad, hizo apresurar el viaje con marchas forzadas, hasta llegar á Rabat, la ciudad vecina más importante, que aún se hallaba á tres días de camino.

Durante este tiempo, Ba-Ahmed, con una audacia extraordinaria, evitó que nadie se percatase del fallecimiento del Sultán, fingiendo con sin igual sangre fría que proseguía despatchando los asuntos con el Emperador, y que continuamente recibía sus órdenes. El respetuoso aislamiento en que viven habitualmente los soberanos del Magreb, le permitió llevar á cabo su atrevido intento. Ni los magnates, ni la escolta se enteraron de nada; todo siguió lo mismo, salvo el apresuramiento en la marcha de la expedición, pues lo único que se decía era que el Emperador deseaba descansar cuanto antes en su palacio de Rabat. Una vez llegados á la ciudad, Ba-Ahmed puso al frente de las tropas que la guarnecían á hombres de su completa confianza, y sólo entonces, ya seguro de sus fuerzas, convocó á los *Shorfas* que acompañaban á la corte, y les manifestó que, habiendo fallecido Muley Hassan, era necesario designarle un sucesor, y que él, conforme á las instrucciones que había recibido del difunto, proclamaba como Emir de los creyentes al joven príncipe Muley Abdul-Aziz, que allí se hallaba. Hay que recordar que el príncipe Muley Mohammed había sido declarado por su padre *Jalifa*, lo que equivalía á una designación para heredero del trono. Aunque á la sazón había caído en desgracia y se encontraba prisionero en la *Kasbah* de Marrakesh, no le faltaron partidarios que en la asamblea de Rabat defendieran sus derechos. Todo fué inútil. Ba-Ahmed había tomado perfectamente sus medidas, y al fin y al cabo triunfó la parcialidad que apoyaba al príncipe Muley Abdul-Aziz, que fué proclamado Emperador. Después de dejar enterrado á Muley Hassan en una mezquita de Rabat y frente á la tumba de su abuelo Sidi Mohammed, el nuevo Sultán marchó á Fez, con objeto de investirse de la dignidad imperial en el santuario de Sidi Driss, conforme á la costumbre establecida por sus antecesores. Después de llenar este requisito, fué reconocido por todo el Magreb y también por las potencias extranjeras. Como era de esperar, y en agradecimiento al trono que le debía, Ba-Ahmed fué nombrado Gran Visir, no tardando en convertirse, dada la juventud é inexperiencia del nuevo Sultán, en una especie de tutor, ó más bien de regente

del reino. Desde entonces, el obscuro funcionario, hijo de Sidi Musa y de la esclava hebrea, su concubina, ha sido el soberano de Marruecos.

Para mantener su obra, el Gran Visir adoptó desde luego las bárbaras medidas de precaución y de represión que han caracterizado siempre á los gobernantes marroquíes. Todos los enemigos del nuevo soberano fueron reducidos á la indigencia, encerrados en una prisión, ó condenados á muerte. Gracias á tan radicales procedimientos, llegó á confundir á sus enemigos y á sostener el vacilante trono del joven Sultán, combatido á la vez por los Shorfás, que despreciaban al monarca por ser hijo de una concubina extranjera, y á su Visir por su ascendencia de esclavos, y por gran parte del ejército y de las kabilas, dispuestos á olvidar las malas cualidades que afeaban el carácter de Muley Mohammed, en atención á su ilustre prosapia y á sus guerreras hazañas. No es, pues, de extrañar, que en atención á todo esto, el desgraciado Príncipe Tuerto haya sufrido durante los últimos seis años los rigores de la más estrecha prisión, ni que se haya propagado varias veces, apoyándose en la lógica inexorable de la razón de Estado marroquí, la especie de haber sido á traición envenenado tan temible competidor á la corona.

Ya conocidos tales antecedentes, se comprenderá fácilmente el alcance político que puede tener el acto de clemencia de S. M. Sheriffiana, y el efecto extraordinario que habrá causado en la imaginación popular. Por mi parte, mucho me temo que la tan decantada liberación del Príncipe Muley Mohammed se reduzca á un simple cambio de prisión, y que sus acciones sean tan celosamente vigiladas en Mequínez, á donde ha sido trasladado, como lo han sido hasta ahora en Marrakesh. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que esta prueba ostensible y manifiesta de la aparente magnimidad del Sultán, al mismo tiempo que autoriza y confirma las gratas esperanzas del pueblo, demuestra palmariamente la confianza en sus propias fuerzas y en su creciente prestigio, que parece animar al joven monarca.

24 de Mayo.

El tiempo pasa; hoy hace precisamente un mes que llegamos á Marrakesh, y todavía no se ha comenzado á trabajar. La verdad es que hemos sufrido una larga serie de inoportunos é imprevistos contratiempos, y que la enfermedad y muerte del Gran Visir, primero, el duelo de la corte después, y por

último, el desconocimiento absoluto que tiene el joven soberano de los asuntos internacionales, nos han impedido entablar las negociaciones. Aún no puede presumirse ni remotamente el día en que el Ministro será recibido en audiencia privada, y por consiguiente, es imposible calcular el tiempo que aún nos queda que permanecer en esta ciudad. Para calma, los mahometanos. Además, conviene saber que los funcionarios marroquíes no trabajan todos los días de la semana. Los lunes, por tener que despachar la correspondencia dirigida á las provincias; los viernes, por ser el día festivo equivalente á nuestro domingo, y los jueves, por dedicarlos á los goces del harén y á las expansiones familiares, son días inhábiles para tratar de negocios, sin contar que nunca faltan pretextos, mejor ó peor fundados, para declarar fiestas de solemnidad los pocos días restantes. Con estos antecedentes, cualquiera calcula para cuándo habrá la Embajada cumplido su misión.

Anteayer terminó el luto de la corte, que ha durado una semana, conforme á lo mandado por el Sultán, quien ha visitado públicamente la tumba de Ba-Ahmed los cinco primeros días que han seguido á su fallecimiento, siempre á distintas horas y con el mayor misterio, por lo que me ha sido materialmente imposible poder presenciar la ceremonia. Algunos de nuestros compañeros de expedición comienzan á mostrarse fatigados de su estancia forzosa en Marrakesh. Lo cierto es que nuestra vida no deja de ser monótona y aburrida. La nostalgia de la civilización se hace sentir despiadadamente. Sólo para aquellos que, como yo, hallan su entretenimiento observando costumbres raras y curiosas, y tratando de penetrar en lo posible los secretos de la vida íntima de un pueblo que tanto debiera interesar á los españoles, el tiempo se pasa sin sentir. Para mí todo me ofrece la misma novedad que el primer día. Parece que vivo en el siglo XII en Córdoba ó en Sevilla ó en Granada.

Si no tenemos mucho que hacer, lo cierto es que no nos falta en qué pensar. La comparación entre la vida musulmana y la de gran parte de la España medioeval, es fuente de interesantes deducciones. Indudablemente la civilización árabe ejerció una gran influencia en nuestra raza. En Andalucía, sobre todo, ha dejado huellas tan hondas que aun hoy día subsisten. Tampoco nos faltan fábulas y consejos con que recrearnos. La novedad del día es que los ilustres Shorfas que duermen el sueño eterno en la mezquita de Muley Ali Sheriff, se hallan en el mayor estado de indignación por haber sido depositado entre ellos el cadáver de Ba-Ahmed Ben Musa, indigno de recibir tal honor. ¡Ni entre los muertos puede haber

igualdad! Ningún buen musulmán pone en duda que la justa cólera de los difuntos descendientes del Profeta se traduce en vías de hechos, y que todas las noches el espíritu del Gran Visir sufre una tremebunda paliza que le propinan con el fin de expulsarlo del sagrado recinto los poderosos príncipes que allí reposan. ¿Acaso es justo que se atreva á permanecer en aquellos venerables lugares? Lo cierto es que todas las noches los que residen en las cercanías de la mezquita escuchan con espanto los lamentos que exhala la pobre víctima de su involuntaria audacia. Es verdad que otras personas niegan todo esto, y, mejor informadas, aseguran que lo exacto es que Allah, indignado por las tropelías é injusticias que durante su vida cometió Ba-Ahmed, le ha castigado convirtiendo su espíritu en perro, y que lo que se oye todas las noches no son lamentos de dolor, sino los desconsolados ladridos de un can que aulla á la luna. ¡Nada; un cuento de las *Mil y una noches*!

CAPÍTULO X

El mercado de esclavos

Dar Muley Ali, 26 de Mayo de 1900.

El espíritu del pobre Ba-Ahmed, convertido por castigo de Allah en perro, sigue aullando á la luna, y alarmando á la población, mientras que nosotros continuamos esperando con paciencia que S. M. Sheriffiana se digne señalar día para recibir en audiencia privada al Jefe de la Misión, y poder dar comienzo á los trabajos de la Embajada. Hasta hoy proseguimos en el mismo estado de ignorancia con respecto al particular que tanto nos interesa, y sin tener la menor noticia de la fecha en que se verificará ceremonia tan ardientemente esperada. Nuestra vida se desliza tranquila y pacífica, y mañana y tarde, por lo general, paseamos por la ciudad ó bien por sus pintorescos alrededores. La temperatura es bastante agradable, y el calor, á pesar de la estación y de la baja latitud, no nos molesta mucho. Las nevadas cumbres del Atlas envían

brisas suaves que refrescan el valle del Tensif, al par que la formidable barrera de montañas nos resguarda por completo de los vientos calientes del Sahara. Hace días que deseaba dedicar una tarde entera á estudiar detenidamente uno de los lugares más extraños é interesantes de Marrakesh, quizá el que más excitaba mi curiosidad, *El Bercá*, ó sea el mercado de esclavos, y hoy he realizado mi propósito.

Si por una parte ardía en deseos de visitar semejante centro del comercio más lucrativo que se hace en el Magreb, por otro lado mi espíritu se resistía á presenciar un tráfico tan repugnante y tan contrario á la dignidad del sér humano. A ser sincero, debo confesar que he pasado muy mal rato, y que nada de lo que hasta hoy he visto en Marruecos me ha sublevado tanto, causándome una impresión por demás penosa y desagradable, y haciéndome desear con vehemencia que, por cualquier medio, se ponga fin á una costumbre tan bárbara como odiosa. Y eso que la esclavitud en los países musulmanes se diferencia mucho de lo que era en la antigua Grecia, Roma y en los países de América. En la antigüedad los esclavos formaban una casta aparte, se les miraba como bestias, no se les concedía ningún derecho, y, despreciándolos en alto grado, eran encargados de desempeñar las funciones más bajas y los trabajos más rudos. Nada de esto ocurre entre los árabes, pues no sólo la religión, sino las leyes y los usos establecidos protegen á los esclavos con verdadera eficacia, tanto, que no falta alguno que prefiera su condición servil á la independencia.

El despotismo oriental se complace en rodearse de servidores; los esclavos preferidos son los que proceden de luengas y extrañas regiones. Las historias y leyendas árabes nos hablan á cada paso de esclavos que se han elevado á los más altos puestos, llegando á gozar del favor soberano, que muchas veces les ha nombrado su confidente y les ha confiado la guarda de su persona. Respecto á las esclavas, su suerte no se distingue en nada de la que tienen las mujeres libres. Pueden disfrutar del puesto de esposas legítimas, y muchas veces son, como favoritas, las verdaderas soberanas del harén. Las mujeres que allí habitan consideran á las esclavas como hijas ó hermanas, y sólo se disputan la preferencia de aquel que lo mismo para unas que para otras, es el único dueño y señor absoluto, cuyos caprichos tienen que obedecer sumisas y resignadas. No obstante haberme hecho todas estas reflexiones, á pesar de conocer las excepcionales condiciones en que se encuentra la esclavitud entre los mahometanos, la impresión que me ha producido mi visita á *El Bercá* ha sido de honda

tristeza y profunda indignación. Jamás podía imaginar tal desconocimiento de la dignidad del sér humano. Jamás he visto reunido tanto dolor y tanta miseria.

El mercado de esclavos, sitio público y muy frecuentado, está situado en medio de la *Medina*, á dos pasos de la *Sutia* ó mercado de armas, y de la *Kaisería* ó mercado de telas. Llégase á él por una corta calleja cubierta con un enrejado, formado por hojas de palma, y viene á ser una especie de patio cuadrado, rodeado por tres de sus lados de una serie de soportales, bajos de techo, lóbregos, inmundos y hediondos, verdaderas cuadras donde se colocan los esclavos antes de dar comienzo á la subasta, puesto que la mercancía humana, como todos los objetos de precio, se vende al mejor postor. Una fuerte puerta de madera incomunica el patio con la calle. En el centro se alza una pequeña construcción á manera de pórtico, con ocho ó diez pilares de mampostería en dos de sus frentes, haciendo á manera de un corredor largo y estrecho, tribuna ó lugar reservado, cuyo destino no he podido explicarme, porque los compradores se colocaban en cualquier lugar, dejando libre un espacio alrededor de dicha construcción, para que por allí fueran desfilando los esclavos, acompañados de sus respectivos corredores, encargados de proclamar el precio alcanzado en la última puja.

Llegué con bastante anticipación á la hora en que se celebran las ventas, por lo que aún había muy pocas personas en el recinto de *El Bercá*. Los esclavos ya estaban allí en su mayor parte: lo que faltaba eran compradores; pero poco á poco fueron viniendo. En tanto daba comienzo la subasta, me entretuve en visitar el interior de los diversos soportales y en examinar la concurrencia. ¡Qué de gentes extrañas! ¡Qué de tipos distintos! Había allí negros del Sudán, tan oscuros como el ébano, de piel lustrosa, gruesos labios, nariz achata-da y pelo crespo y ensortijado; jóvenes abisinias que parecían de bronce; gallardos mancebos del desierto, salvajes del interior de Africa, individuos venidos de lejanas tierras, arrancados á viva fuerza del país natal, y traídos al mercado por traficantes de faz torva y cruel mirada. Abundaban principalmente las mujeres, jóvenes y feas por lo general, no faltando adolescentes de ambos sexos, y niños tan pequeños que daba compasión mirarlos. Los pobres desgraciados se reunían formando grupos, congregándose con preferencia los que pertenecían á un mismo dueño. Charlaban entre ellos, presentando un aspecto indiferente y abatido, y se diría que, á pesar de lo dulce y templado de la temperatura, tenían frío. Casi todos estaban cubiertos de harapos, sucios y desgrefiados; ellas, por

el contrario, cuidadosamente ataviadas con sus mejores galas, adornadas con monedas agujereadas y con flores en la cabeza; cuestión de agradar al marchante. Muchas tenían la cara y el busto descubierto, y sonreían con tristeza á las personas que á ellas se acercaban. No se veía ni un gesto de protesta, ni un ademán de indignación; aquellos pobres seres, haziados de tanto sufrimiento, dominados por la nostalgia de la patria, se conformaban con su triste destino y parecían haber abdicado su cualidad de seres racionales. Había una desgraciada mujer, negra, envejecida por el trabajo, macilenta y demacrada, que sostenía entre sus brazos un pequeñuelo, de mirada dulce y penetrante, que se fijaba en ella amorosamente. El chicuelo podría tener cuatro ó cinco años, y algunas veces se separaba del seno materno para jugar con las piedrecillas del suelo, mientras se sonreía alegremente, pero, no obstante, no se atrevía á alejarse de su madre, y sin saber por qué, corría azorado á refugiarse entre sus rodillas. Ella le estrechaba frenéticamente contra su pecho, como si presintiese una separación futura, en tanto que él se reía locamente, con esa risa fresca y argentina de la inocencia, y con sus manecitas acariciaba el rostro materno. Aquel idilio vulgar me conmovió hondamente. El amor maternal ennoblece y hasta embellece á aquella mujer de aspecto repugnante y degradado. En su fisonomía se adivinaba que su alma aún no había muerto, sólo que estaba dominada por un amargo desconsuelo, y no vislumbraba ni un rayo de esperanza, ni aguardaba siquiera un gesto compasivo. ¡Qué desesperación tan intensa revelaba su semblante! Jamás he visto expresión igual de dolor resignado y persistente.

En otro de los soportales encontré tres ó cuatro muchachas, de color trigueño oscuro, feas y desgarbadas. Apenas me acerqué á ellas, se cubrieron cuidadosamente la cara; no obstante, me dieron tiempo para que entreviese sus duras facciones y su mirar de idiotas. A pesar de esto, me interesaban. Me alejé un tanto, situándome en lugar no muy distante, desde donde podía observarlas sin despertar sus recelos. Siguiéron tapadas algunos instantes, pero poco á poco recobraron la calma y comenzaron á charlar con vivacidad; y á sonreirse, enseñando sus blancos dientes, que relucían en medio de sus semblantes oscuros. Una de ellas sacó un miserable espejillo, joya preciada que recataba con esmero; pero apenas lo notaron sus compañeras, se lo disputaron, acabando las tres por mirarse largo rato con coquetería, haciendo toda suerte de melindres y dengues, y arreglándose el tocado de la cabeza. Ni en tan triste situación se olvidan de que eran mujeres.

Los mercaderes, en tanto, acurrucados en el suelo, trataban de negocios y fumaban tranquilamente sus pipas de kiff, observando con ojos vigilantes las mercancías que tenían á la venta. Había entre ellos un arrogante mozo, joven gallardo y fornido, de aspecto elegante y simpática presencia. Su mirada aguda se fijaba en mí con insistencia, y varias de las veces que pasé por cerca de él, pude observar que hacía un movimiento indeciso, como si deseara decirme algo y no se atreviera. Por último, se decidió á hacerlo, é incorporándose me preguntó: «¿*Talian?* ¿*Pañol?*» Comprendí que sabiendo que había una Embajada española y otra italiana en Marrakesh, pretendía averiguar de cuál de las dos formaba parte. No tuve reparo en satisfacer su curiosidad, y le contesté: «*Talian, La. Pañol.*» Es decir: «Italiano, no. Español.» Con cuya respuesta mi extravagante interlocutor me miró más fijamente que antes, pero con marcada simpatía, acabando por tenderme la mano y propinarme un largo discurso en árabe, del que no entendí ni una jota. El intérprete que me acompañaba, uno de los criados indígenas que nos habían seguido desde Tánger, acudió en mi auxilio y me descifró el enigma. Se trataba de un mercader venido de las lejanas costas de Tarfaya, que sentía gran simpatía por la nación española y deseaba mostrarme su afecto. Interesándose por los destinos de la patria, quería saber el estado en que se encontraba la guerra que manteníamos con un poderoso país de allende los mares, y hacía voto por nuestro triunfo. El hombre estaba atrasado de noticias, como se dice vulgarmente. Yo, correspondiendo á su manifestación de simpatía, le estreché la mano que me alargaba, pero tuve reparo en confesarle nuestro desastre, prefiriendo dejarle en el error en que se hallaba. Mi nuevo compañero era en extremo agradable, y se expresaba con vivacidad y energía, por más que derrochase su elocuencia en balde, pues yo tenía que contentarme con las pocas palabras que entendía ó con las partículas de discurso que me traducía mi acompañante, no gran dominador del castellano. ¿Por qué conducto habían llegado hasta este hombre las noticias que sabía? ¿En qué mercado desconocido las averiguaría, y en dónde comenzaría á sentir ese afecto que, según aseguraba, le inspiraba un país para él tan lejano como desconocido? Todo ello me extrañaba sobremanera. El tipo de aquel individuo era muy diferente del de las demás personas que allí había. Era un verdadero árabe, sin mezcla alguna de otra raza; así parecían indicarlo sus grandes ojos negros y rasgados, de mirar expresivo y orgulloso; su cabellera sedosa y ensortijada, su nariz delgada y aguileña, sus labios finos,

sus facciones delicadas, pero varoniles, y sus elegantes movimientos de hombre libre, robusto y decidido. Se dedicaba al comercio de esclavos y traía muy valiosas piezas al mercado. Este último detalle bastó para hacérmelo antipático.

Mientras tanto, el recinto de *El Bercá* se había llenado de gente. Los compradores acudían á la subasta, no faltando desocupados que buscaban buenos puestos para disfrutar á su sabor del espectáculo. Una vez llegado el *adul* ó notario encargado de legalizar las transacciones, reuniéronse los mercaderes y corredores, y tendiendo las manos hacia adelante con las palmas levantadas hacia el cielo, entonaron una plegaria, para que el omnipotente Allah protegiese los negocios de la tarde. ¡Singular contraste! Invocar el nombre augusto del Todopoderoso, con objeto de que santificase un acto inhumano y cruel que se iba á cometer con seres creados á su imagen y semejanza. Tales son las anomalías de la religión mahometana, que mezcla á la divinidad en todos los actos de los hombres.

Terminada la plegaria dióse comienzo á la venta, y el interés de la escena se aumentó sobremanera. Los mercaderes llegaron á los soportales donde se hallaban los esclavos que pretendían exhibir al público, y tras haberles dado los últimos toques para realzar su atavío, los entregaron á los corredores, que empezaron á pregonar el precio de tasación. Formóse entonces una procesión extraña, que daba lentamente vueltas en derredor del pórtico levantado en el centro del patio. Los esclavos marchaban pausadamente, exhibiéndose á las miradas de los circunstantes sin el menor asomo de pudor, como si fueran animales. Los hombres, indiferentes á todo, sin parecer tener idea de la dignidad; las mujeres, descocadas, andando sin garbo, y sonriendo estúpidamente con el fin de soliviantar á los compradores. En un rincón del patio se había formado una reunión de ancianas que, según me dijeron, eran las encargadas de hacer el peritaje de las mercancías; pero muy pocas personas recurrían á sus buenos oficios, y casi todos los compradores examinaban por sí mismos el esclavo que querían comprar. A la menor señal de cualquier marchante, el triste sér puesto en venta se aproximaba á él y humildemente se detenía, dejándose registrar el cuerpo y palpar las piernas y los brazos. Sin un solo gesto de protesta consentían que descubrieran sus miembros para cerciorarse de la fortaleza de la musculatura, y abrían la boca para que el marchante observase la dentadura y apreciase su estado saludable, cualidad á la que parecen conceder gran precio. En una palabra, eran tratados como bestias, y se les examinaba pro-

lijamente, como se haría con un caballo ó con una vaca. Los defectos físicos se sacaban á relucir sin la menor piedad, la miseria humana aparecía en todo su esplendor, y á lo mejor se establecían repugnantes controversias acerca de cualquier individuo entre el corredor, que alababa sus cualidades, y el marchante, que con intención de regatear ponía de manifiesto los defectos. Los tristes esclavos permanecen indiferentes á todo; con humilde sumisión se prestan á cuanto quiere el marchante, á quien miran dulcemente, como agradeciéndole que se haya dignado fijarse en alguno; y si por este ó el otro concepto no se verifica la transacción, se alejan abatidos, cubriéndose cuidadosamente lo macilento y degradado de sus cuerpos, avergonzados, como si ellos fuesen los culpables del estado de miseria en que se encuentran.

Aunque parezca ridículo, confieso que más de una vez las lágrimas asomaron á mis ojos. Me sentía, no sólo indignado, sino que me daba vergüenza, esta es la verdad lisa y llana, de presenciar aquello sin poder protestar con todas las energías de mi alma. Parece mentira que la culta Europa consienta semejante infamia, y que no recuerde que hace diecinueve siglos se estableció la religión sublime de la fraternidad humana. No; no es justo que se permita semejante monstruosidad, no sólo en las puertas de nuestro continente, sino en ninguna parte, y es un padrón de ignominia para los hombres que se llaman civilizados el sólo hecho de tolerarla. Todas las reflexiones que se hagan son inútiles, no hay razones de ninguna clase; los derechos del hombre son sagrados, y no es preciso haber visto un mercado de esclavos para comprender lo indigno de la esclavitud. Si se llega á verlo, la impresión será inolvidable.

Recuerdo que oí llorar á un niño, y que me dirigí al sitio de donde provenían los lamentos. Era una chiquilla de ocho ó nueve años, que separaban de su hermana mayor. La mozueta, ya adulta y bien formada, acababa de ser comprada por un opulento árabe, que se la llevaba de la mano, muy satisfecho y orondo de su adquisición. La niña, desconsolada al ver alejarse el único objeto de su cariño, gemía con amargura, sin atender á las órdenes del dueño, que, lejos de ocuparse en consolarla, sólo buscaba medio de deshacerse de ella. También vi vender á la dolorosa madre negra de que antes hablé. Esta fué más afortunada, pues tuvo la fortuna de que el mismo que la compraba adquiriese á su hijo. ¡Pero qué drama tan horrible pude presenciar en tanto se desarrollaba la transacción! El comprador examinó primero durante largo rato á la madre, parecía que le agradaba; mientras que ella sólo tenía miradas

para el hijo de sus entrañas, que el corredor le había arrebatado de los brazos para dejarla más libre y desembarazada en sus movimientos. Después comenzó el examen de la criatura, y con él se produjo un nuevo terror para la madre; quizás el desconocido pensara tan sólo adquirir al pequeñuelo. Todas estas emociones se reflejaban en su rostro, que se inundó de alegría cuando el marchante se decidió á ofrecer precio por ambos, y el mercader, satisfecho con la ganancia, cerró el trato.

Había de todo. Muchachas modestas é inocentes que, llenas de miedo y como cortadas, se paseaban lentamente, siguiendo como perros á los corredores encargados de venderlas; y jovenzuelas procaces y desvergonzadas que marchaban rebulléndose, exhibiendo sus formas y cimbreado sus cuerpos, irguiendo la cabeza y mirando con descaro, deseosas de excitar el apetito de los compradores; y ancianas venerables que para nada servían, y vírgenes cándidas á quienes sonreía la vida, y mancebos arrogantes en la flor de la edad, y hombres hechos dispuestos al trabajo, y niños ingenuos ajenos por completo á su triste destino; todos miserables, degradados de su cualidad de seres racionales, indignamente privados de libertad. Horrorosa procesión que desfilaba sin cesar ante mi vista, circulando continuamente en torno del pórtico que se levantaba en el centro del espacio descubierto, y que acompañaban los gritos cadenciosos de los corredores que proclamaban las pujas al precio de las mercancías.

Ni quise preguntar por qué precio se realizaban las ventas, ni adquirir detalles sobre tan inmundo comercio. El bueno del musulmán que me acompañaba, encontrándolo todo lo más natural del mundo, pretendía explicarme cuanto allí ocurría. Me decía que los tipos establecidos para la subasta aquel día eran muy altos; que cuando el Sultán destruía alguna kabila, las mujeres y los niños se vendían á precios irrisorios, y que entonces era buena ocasión para comprar, pues no era difícil adquirir una buena mujer por el módico precio de veinte duros; que á los mercaderes les estaba rigurosamente prohibido entrar en tratos con los cristianos, pues de adquirir estos esclavos, perdería prosélitos la religión mahometana; y qué sé yo cuantas razones más, que escuchaba inconscientemente, distraído por completo, contemplando el doloroso desfile que sin interrupción pasaba ante mis ojos, presentándose un sin fin de tristezas, de vergüenzas, de amarguras y de miserias. Parecíame que era víctima de una pesadilla angustiosa, tal era la desagradable impresión que me dominaba, y aún creía que me hallaba en uno de los círculos más tenebrosos, lóbregos y espantables del infierno dantesco.

Ignoro cuántas horas pasaron. Mi emoción fué tan intensa, que llegué á perder la noción del tiempo, y sólo logró sacarme de mi abstracción dolorosa la obscuridad que todo lo invadía. Se había hecho de noche, y comprendí que convenia regresar á *Dar Muley Ali*. En *El Bercá*, aquel antro de horror, todo había terminado, la subasta concluyó por falta de postores, la animación había disminuído poco á poco, los compradores se habían alejado, sólo quedaban algunos pobres esclavos, paseando en torno de la plaza, cabizbajos, taciturnos y cansados. Es posible que temiesen el castigo de sus dueños respectivos, pero á mí me pareció que estaban avergonzados, como si ellos, ¡pobres víctimas!, tuvieran la culpa de no haber encontrado quien quisiera comprarlos.

Me alejé del recinto maldito, prometiéndome no volver á poner los pies en él en tanto estuviese en Marrakesh, y mi vuelta al espléndido palacio que habitamos, no fué, como otras veces, alegre. Por primera vez me dolía haber visto, y comprendía que mi curiosidad había sido castigada. Jamás olvidaré lo que he podido presenciar, declarando ingenuamente que preferiría ignorarlo. El desconocimiento de lo que desagrada y duele es deseable.

Cuando me hallé entre mis compañeros, respiré con fruición por primera vez en toda la tarde. ¡Había salido de la *citta dolente*!

CAPÍTULO XI

Por las afueras de Marrakesh

Dar Muley Ali, 27 de Mayo de 1900.

Nuestros paseos á caballo por los alrededores de Marrakesh son deliciosos. Constituyen nuestra distracción predilecta, y es natural, porque las afueras de la capital morisca son verdaderamente encantadoras. El valle del Tensif, y ya lo he dicho repetidas veces, viene á ser una especie de inmenso verjel cubierto por una vegetación lujuriante y espléndida, que surcan dos rios, el Tensif y el Issyl, sin contar infinitos conduc-

tos que riegan las campiñas, distribuyendo las aguas en todas direcciones, y cerrado por un espléndido panorama que no se cansa uno de contemplar: la cordillera del Atlas, con sus erguidas cumbres cubiertas de eternas nieves. Sorprende desde luego el sistema de canales y acueductos establecido para repartir el precioso líquido por todos lados y en todos sentidos, y aunque hoy abandonado en su mayor parte, demuestra claramente el adelanto á que habían llegado los árabes de la Edad Media en la ciencia de la distribución de las aguas. En nuestro país dejaron también pruebas patentes de lo mismo, y estoy seguro que si la civilización europea ocupara algún día el valle del Tensif, aprovecharía aquellas vetustas construcciones para convertir la vega de Marrakesh en uno de los campos agrícolas más fértiles del universo, que no tardaría en ser un emporio de riqueza.

Algunos días bordeamos las murallas de Marrakesh, y habiendo salido por *Bab-Dukala*, la puerta más próxima á nuestra residencia, describimos un gran rodeo para ingresar por cualquiera de las otras entradas que tiene la ciudad. En la actualidad, las tales murallas están sumamente abandonadas. Según dice Luis del Mármol y Carvajal (1), eran fuertísimas, «tan recias, que si dan con un pico en ellas, salta luego como si dieran en la peña viva». Hoy no resistirían al embate de un ejército medianamente organizado. Están construidas con una mezcla de cal, piedra y tierra rojiza, que les da ese color que ha hecho apellidar á la ciudad *la roja*. Su elevación es de seis á siete metros por término medio, tienen unos sesenta centímetros de espesor, se rematan con almenas, y de cada cincuenta á cien metros se hallan flanqueadas por pequeñas torres cuadradas, arruinadas en su mayor parte, como ocurre con las mismas murallas, llenas de grietas y hendiduras en muchos sitios, salvo las que miran al Norte, que, como de más reciente construcción, se conservan en mejor estado. Se extienden en una circunferencia de doce kilómetros, sin contar el recinto del palacio imperial, y dan paso á la ciudad por medio de siete puertas, la de *Bab-Dukala*, que ya he citado; *Bab-el-Djemis*, que se abre sobre la plaza del mercado del jueves; *Bab-el-Debi*, ó puerta del barrio de los curtidores; *Ba-Aglang* y *Bab-Aghmat-el-Rumi*, del nombre de las antiguas ciudades hoy derruidas; *Bab-el-Rho*, ó sea puerta de la batería, y *Bab-el-Ambra*, que comunica con el barrio donde residen los negros esclavos

(1) Vide: *Descripción general del Africa*, 4 vol. in fol.—Granada y Málaga, 1573 á 1600.

E. M.—Julio 1901.

del Sultán, y en cuya construcción habita la banda de música de S. M. Sheriffiana. La *Kasbah* ó palacio imperial tiene además dos puertas que abren sobre el campo, destinadas únicamente al servicio del Emperador; son las llamadas *Bab-el-Aminay* y *Bab-el-Karmut*: por esta última salimos de los jardines del *Agudal* el día de la recepción pública. Existe además otra puerta tapiada, que es probablemente la más antigua de la ciudad, que se denomina *Ba-Ben-Taxefin*, y se halla cercana á la tumba del ilustre fundador de Marrakesh, sin contar con que el palacio de la *Mamunia* tiene también una poterna para su uso particular, que nosotros solemos aprovechar algunas veces para evitarnos rodeos.

Aunque por lo general casi ninguna de dichas puertas tiene interés, la titulada *Bab-el-Djemis* merece fijar la atención de los españoles, por la circunstancia de que, segun refieren los historiadores árabes, los fuertes postigos de madera, cubiertos de chapas de hierro, que se utilizan para cerrarla, fueron traídos de Granada por el famoso Yacub Almanzur. Bajo la bóveda que cubre el corredor en zigzag que atraviesa la torre y en el muro que da frente al ingreso, hay una pequeña lápida de mármol, que, según pudimos vislumbrar, contenía una inscripción, que fué imposible leer á ninguno de los que podían hacerlo, por la altura á que se encontraba y por la obscuridad del lugar. Es una de las pocas inscripciones que he podido ver en toda la ciudad, y supongo que su contenido será interesante. La fachada que da á la extensa plaza donde se celebra el mercado del jueves, ó sea el día quinto, tiene algunas pretensiones arquitectónicas; la forma un arco de herradura, construido de ladrillos, circunscripto en otro elegante arco lobulado, ambos encuadrados por un amplio cornisón decorado por molduras salientes. Corona la construcción, que no deja de ser elegante por su marcada sencillez, una serie de almenas dentelladas de forma trapezoidal, si bien la afean mucho las sórdidas y asquerosas edificaciones que la rodean.

Muy cerca de esta puerta se hallan el santuario de Sidi-Bel-Abbes y las tumbas de los siete durmientes, que son los lugares más sagrados de Marrakesh, á los que no hemos podido ni siquiera aproximarnos. Desde allí se sigue por las orillas del río Yssyl, que son muy pintorescas, hasta la puerta de los curtidores, á cuya salida se alza un puente de dos ojos que atraviesa el afluente del Tensif, casi siempre exhausto, no por falta de agua, sino porque ésta se distribuye por los infinitos canales de riego que á cada paso cortan la campiña. En todo este trayecto se observan numerosas chozas destinadas á la fabricación del salitre necesario para hacer pólvora, obtenién-

dose el producto deseado por medios toscos y primitivos. Todos los artefactos se reducen únicamente á unos cuantos pilones y morteros, extrayéndose la materia prima de los seculares montones de estiércol que rodean á la ciudad. También solemos encontrar grupos de adultos árabes que se entregan al juego de pelota, ya contra un paño de muralla, ya en campo abierto, arrojando la pelota con los pies, como se hace en el juego inglés llamado *foot-ball*. La animación que produce este deporte es grande, y alguno de los contendientes demuestran poseer buenas facultades y una agilidad extraordinaria, haciendo gala, al lanzar la pelota, de ejecutar toda suerte de volteos y piruetas.

Las puertas llamadas *Ailang* y *Aghmat el Rumi* están próximas entre sí, y toman nombre, como ya he dicho, de dos ciudades vecinas á la capital; *Ailang*, que no tiene gran importancia, y *Aghmat*, que fué muy grande y fortificada en tiempo de los romanos. Se halla situada á unos cincuenta kilómetros al Sudeste de Marrakesh y en las vertientes del Atlas. Cuando los almoravides ocuparon esta región del Magreb, ocuparon la primitiva ciudad romana, que les sirvió de capital, hasta que Yusef Ben Taxefin fundó en la llanura la gran población que hoy existe. Sin duda, de las ruinas de Aghmat deben proceder las columnas de mármol y otras piedras ricas que suelen encontrarse adornando algunos edificios de Marrakesh, pues es sabido que los árabes en sus edificaciones utilizaban los restos antiguos, como aconteció en la mezquita de Córdoba, cuyas innumerables columnas fueron traídas de todas partes. No obstante, en las grandes construcciones de Marrakesh predominan sobre todo los pilares de mampostería.

Cuando el tiempo está claro, desde las cercanías de Bab-Aghmat-el-Rumi se disfruta de un panorama admirable. La vista se extiende por gran parte del valle del Tensif y por casi toda la cordillera del Atlas, que cierra por completo el horizonte desde Levante á Poniente. Utilizando los gemelos, se pueden apreciar las ruinas de la antigua colonia romana, las modestas construcciones del moderno villorrio de Aghmat, y más en lontananza, erguido en una altísima roca, el fuerte castillo de Urica, que domina el desfiladero por donde descienden de las cumbres nevadas las aguas que bajan á fertilizar la llanura. Dicha fortaleza debía ser muy importante en la Edad Media, pues defendía la entrada de uno de los pocos pasos que atraviesan aquel imponente sistema de montañas.

Por esta parte de la ciudad se encuentran extensos cementerios sembrados de tumbas, pero completamente abandona-

dos, así como el pequeño y lindo santuario de Sidi Yusef Ben Ali, que se reduce á una kubba, cubierta por una techumbre de hechura piramidal de ladrillos esmaltados de verde, y rematada por tres bolas de metal dorado. Precede á este lugar sagrado un jardincito cubierto de árboles, de cuyas ramas penden gran número de presentallas ó *cavotos*, formados por cuerdas llenas de nudos. En el interior del santuario, que sólo por tal concepto merece fijar nuestra atención, reposa su último sueño aquel ilustre Muley el Abbas, hermano de S. M. Muley Hassan, que tan gran papel desempeñó en la guerra de Africa, siendo el comisionado de firmar el tratado de Wad-Rás, que puso término á la gloriosa campaña. Los historiadores nos lo pintan como hombre justo y probo, cumplido caballero y gran amigo de España. Me parece que son sobrados motivos para que consideremos su tumba con simpatía.

Y á propósito del príncipe Muley el Abbas, debo consignar que uno de los *kaid*s de los *Fraiquia* que nos acompaña, anciano venerable á quien designamos con el epíteto de Kaid Cucú, y que, á pesar de su edad avanzada, se mantiene ágil, dispuesto y siempre alegre, asistió á la memorable batalla de Tetuán, dada, como todos sabemos, en 4 de Febrero de 1860, en calidad de *fraiquia*, encargado de cuidar la tienda de campaña del generalísimo de los ejércitos marroquíes. También es conocido el detalle de que, al finalizar tan memorable combate, la dicha tienda de campaña del hermano del emperador Muley Hassan cayó en poder de las fuerzas españolas, figurando hoy día, como trofeo de la victoria, en una de las salas del Museo de Artillería de Madrid. Como es natural, al conocer estos pormenores, no hemos dejado de preguntar al Kaid Cucú noticias sobre tan interesante particular, y el ladino musulmán, sin duda por no declararse ni culpable de abandono ni vencido, niega rotundamente que fuera la tienda del generalísimo la que conquistaron los españoles, asegurando, con toda clase de protestas y juramentos, que sólo cayó en poder del enemigo la tienda del *Jalifa* ó lugarteniente del príncipe Muley el Abbas. Relato todo esto sin concederle la menor importancia y únicamente á título de curiosidad, pues no desconozco lo aficionados que son los árabes á disimular la verdad y á falsear los hechos, sobre todo cuando tratan con cristianos. Además, Kaid Cucú, encargado de custodiar la frágil residencia del hermano del emperador, tiene marcado interés en negar que fuera tomada por el enemigo, afirmando, por el contrario, que al terminar la batalla, él mismo, con sus compañeros, la recogió como era debido. Kaid Cucú es un tipo muy interesante, vivo y alegre, no obstante sus años y las

miserias y privaciones sufridas, dado que el puesto que desempeña hace más de cuarenta años no es de gran importancia, y que no ha debido cobrar nunca sino sueldos mezquinos para mantener á su mujer y á la hija que tiene, según nos dice. Me gusta mucho hablar con él, que es uno de los servidores preferidos de la expedición, y por mi parte declaro, sin ambages ni rodeos, que me place sobremanera hallarme en compañía de quien presencié y puede testificar, aunque sólo sea en su fuero interno, los triunfos que alcanzamos en la gloriosa guerra de Africa.

Toda la parte de la campiña que rodea el recinto del palacio imperial, es la menos fértil del valle. Las murallas se extienden en larguísimo espacio, resguardando los jardines del Agudal y limitando la inmensa llanura, que se extiende más de cincuenta kilómetros en dirección al Atlas, y en la que no crecen más que pequeños y miserables arbustos. En este trozo de las murallas se abren las puertas reservadas al servicio del Emperador; *Bab-el-Amina* puerta de los *Amines* ó Administradores, que comunica con los graneros y almacenes imperiales, donde se conservan toda clase de víveres y vituallas; *Bab-el-Amhra*, que abre paso al barrio de los negros esclavos del Sultán, y que choca por su aspecto de construcción europea. Por la parte que da al interior, se la tomaría por una casa de campo, cuya fachada consta de dos pisos: el bajo, en que sólo se abre un amplio portalón, y el principal, ornamentado con tres ventanas. Desde luego se observa que en esta construcción, que tanto se aparta del gusto y de las costumbres árabes, han debido intervenir artífices europeos. Allí habitan los músicos del Sultán, y no es raro oírles armar una infernal algarabía cuando se entretienen en ensayar alguna composición. En la parte exterior se ven algunos cañones que asoman sus bocas entre las almenas, con objeto de espantar al enemigo.

Paseando por estos lugares se admiran los grandiosos trabajos verificados en tiempos pasados para conducir, aprovechar y recoger las aguas que bajan de la cordillera. Todo lo que se diga de semejantes construcciones es poco. El aumento de canales y acueductos que aquí se observa es debido á los grandes estanques que existen en los jardines del Agudal y al inmenso depósito denominado *estanque de las vacas*, que se halla precisamente por aquellas cercanías. Varias veces he visitado esta soberbia construcción, y siempre me ha sorprendido por sus extraordinarias proporciones. El estanque de las vacas tendrá, aproximadamente, cuatrocientos metros de circuito por cuatro de profundidad. Forman sus cuatro paredes,

elevadas por la parte externa unos tres metros de la superficie de la llanura, y á las que se sube por varias escalinatas, largos paseos de mampostería, por los que pueden transitar con holgura varias personas de frente, y en los extremos se alzan elegantes pabellones cubiertos, desde los que se disfruta de hermosísimas vistas y del espléndido aspecto de aquel verdadero lago artificial. Es preciso reconocer que se trata de una obra grandiosa, que debía conservar hasta la época de la sequía inmensas cantidades de agua. He oído decir que fué mandada construir por un Sultán de la dinastía Almohade, con objeto de que el pueblo de Marrakesh la utilizara para bañarse, y así se explica el objeto de los cuatro pabellones de que antes hablé. Sentado en uno de ellos, el tebib Mariano me enseñó la *Menara*, huerta del Emperador, donde se verifican los banquetes con que S. M. Sheriffiana obsequia á sus huéspedes después de haberles recibido en audiencia de despedida; señalándome también el pueblecito de *Temzloj*, situado en las faldas del Atlas, ya á cierta altura, y que se dice ser en extremo pintoresco.

Pero el lugar preferido para nuestras expediciones vespertinas es la hermosa huerta llamada *Semelalia*, que se extiende por las vertientes del *Guliz*, pequeños montes completamente aislados que se alzan casi en el centro del valle del *Tensif* y á escasa distancia de la ciudad. Para ir á dicha huerta se sale por la puerta de *Dukala* y se deja á un lado un pequeño arrabal, aislado por completo, donde se refugian y viven entre ellos los pobres leprosos que hay en la ciudad. Estos desgraciados son excluidos de la sociedad de los demás habitantes, nadie se atreve á acercarse á sus pobres viviendas, y yacen abandonados en la más espantosa miseria. Parte el corazón ver á todos aquellos infelices seres humanos que huyen azorados y se esconden en cuanto sienten aproximarse á algún individuo, quizá por vergüenza de enseñar las horrorosas pústulas y escoriaciones que cubren sus lamentables cuerpos, quizá temerosos de ser apedreados como animales inmundos. Las espantosas enfermedades cuya descripción nos hace la Biblia, y que gracias á la higiene han desaparecido de entre nosotros, se mantienen aquí en todo su lúgubre esplendor; y si no se quiere sentir una impresión en extremo desagradable, acompañada de náuseas inevitables, conviene alejarse lo más pronto de aquel antro de horror, donde puede contemplarse claramente hasta qué grado de miseria y de abyección puede llegar el sér humano.

Habitan también en aquellos alrededores grandes bandadas de cuervos, que forman una especie de colonia, y que los na-

turales aseguran descender de aquellos que á picotazos mataron á todos los gigantes que habitaban á Marrakesh en tiempo remoto, salvo el matrimonio que, para dejar memoria de su raza, edificó la hermosa torre de la *Kotubia*, cuyas piedras, como ya he dicho en otro lugar, fueron sacadas de las vecinas canteras del *Guiliz*. La leyenda asegura también que los grandes pedruscos que en todo este terreno se notan, fueron los que sobraron de aquella construcción.

La huerta de *Semelalia*, á más de su exuberante vegetación, tiene para nosotros un interés histórico: el Emperador Muley Solimán la regaló al español Ali Bey, que residió en ella bastante tiempo. Según nos refiere el erudito viajero, el castillo que antiguamente existía y las plantaciones que aún hoy subsisten, fueron mandados hacer por el Sultán Sidi Mohammed, que fijó en aquel lugar su residencia, y se dedicó á embellecerla por cuantos medios tuvo á su alcance, ordenando plantar las mejores y más bellas especies de árboles frutales y haciendo construir magníficos jardines. La finca en su conjunto debía ser muy hermosa, puesto que el escritor citado dice al hablar de ella: «Tiene más de media legua de terreno, cercado todo de muralla; las grandes plantaciones de palmeras se hallan fuera de la cerca general, y por la parte de dentro, cada jardín de recreo, cada huerta ó plantación de olivos tiene su cerca particular. Grande abundancia de aguas, que vienen del Atlas por un conducto magnífico, aumentan el encanto de esta posesión.»

¡Qué hermosos debían ser los alrededores de Marrakesh cuando los jardines y plantaciones se extendían hasta mucha distancia de las murallas! Lo que hoy queda, aunque muy abandonado, hace soñar con un edén maravilloso cubierto de espléndida vegetación. Las palmeras centenarias, los vetustos olivos, los graciosos granados, los naranjos, avellanos, morenas, en fin, infinitas variedades de árboles corpulentos y delicados arbustos cruzan sus ramas, en tanto que las vides, trepando por las alturas, enlazan un árbol á otro formando caprichosos y elegantes arcos de follaje. El bosque es tan espeso, que en algunos sitios no podemos pasar más que uno á uno, teniendo que recostarnos muchas veces sobre el cuello de nuestros caballos, para que no nos azoten las ramas de los olivos y granados. Á pesar de su salvaje majestad, no puede imaginarse nada más apacible y bello que aquel bosque virgen, impenetrable á los rayos del sol y donde siempre reina la más deliciosa frescura. Como nadie los molesta, los pajarillos, las tórtolas y las palomas abundan en la umbría, y no es extraño que al escuchar el galope de nuestros caballos, huyan

azoradas y crucen ante nuestros ojos casi rozándonos con sus alas.

No faltan en los claros del bosque algunas pequeñas plantaciones de hortalizas y verduras y campos de maíz que cultivan algunos pobres moros, pues, á decir verdad, todo aquello parece abandonado y se puede caminar largo rato sin encontrar ni una sola criatura. De los jardines de que nos habla Ali Bey, no queda nada, y sólo restan ruinas de los cercos de murallas que separaban los diversos recintos de la hermosa posesión en que primero que él habitaron también, antes de hacer su entrada solemne en la capital, los individuos que formaban la Embajada que, presidida por don Jorge Juan, envió el Rey Carlos III en 1767 á visitar al Emperador Sidi Mohammed-ben-Abdallah. En la curiosa relación que de esta expedición se conserva, se habla del hermoso jardín llamado *Semelalia* ó sea, *colección de frutas*, de sus galerías y miradores, de un terrado cubierto de azulejos y de dos fuentes de mármol. Todo esto ha desaparecido por completo; únicamente quedan restos de los canales y arroyos descubiertos y de los acueductos y conductos subterráneos que esparcían el agua de las infinitas fuentes de las montañas por toda aquella extensión de terreno que fertilizaban, manteniendo la frescura y verdor de los jardines. El principal acueducto que provee de agua á *Semelalia* aún subsiste; es sumamente capaz, y no dudo que, conforme asegura Ali Bey, los hombres encargados de su limpieza pudieran caminar derechos bajo sus bóvedas hasta larguísima distancia. Pero ya en tiempos del ilustre explorador había comenzado la decadencia de Marrakesh, y él mismo escribe, después de contemplar tan grandiosos trabajos, «que el hombre instruido padece al ver aquella multitud de canales destruidos, y la tierra, que sus aguas hacían antes fértil y productiva, convertida en árido desierto.» Si esto era en los comienzos de la décimanona centuria, ¿qué no será en sus postrimerías?

Insisto mucho al hablar del sistema de canales de riego que rodea á la capital magrebina, porque, indudablemente, constituye la obra más grandiosa de aquellos contornos y la única que patentiza con sus ruinas el grado de cultura y esplendor á que se elevó la civilización árabe.

El vegetal que más abunda en todos estos alrededores son las palmeras, algunas de las cuales se elevan á prodigiosa altura. Los árabes utilizan principalmente sus ramas y sus frutos; pero los dátiles que aquí se producen y llaman *billoh*, no son tan buenos como los de Tafílete ni pueden conservarse secos todo el año. Yo creo que la abundancia de aguas perjudica á la palmera, planta que requiere más bien terrenos secos.

Los frutos que he probado aquí son de ínfima calidad, muy inferiores á los más baratos que se comen en Europa, lo mismo por su tamaño que por su sabor.

La huerta de *Semelalia* se extiende al pie del *Guiliz*, y esta tarde precisamente, en compañía de Carlos Malmusi, hemos subido á la cumbre de la montaña, es decir, á la parte más elevada, puesto que se forman dos mesetas, una de las cuales, la situada hacia el Norte, es inabordable para los cristianos, por alzarse en ella un santuario, erigido sobre las ruinas del eremitorio que construyó el famoso Santón *Sidi-Bel-Abbes*, patrono de la ciudad de Marrakesh. En todos los sitios, desde donde pueden divisarse los muros consagrados, se encuentran grandes montones de piedras, piadosos *exvotos* que depositan los transeuntes en honor del venerable morabito. Los mahometanos tienen en gran aprecio este santuario, que consideran como lugar sacratísimo, y lo cierto es que la casualidad ha venido á ratificar su creencia. No hace muchos años, el Ministro plenipotenciario de Inglaterra, Mr. Green, se hallaba de expedición en Marrakesh. Era muy aficionado á la cacería, y con gran frecuencia, durante su estancia en la capital magrebina, se entregaba á su diversión favorita. Como sabía que las perdices abundaban en las faldas del *Guiliz*, decidió explorarlas á su antojo, sin tener en cuenta las supersticiones de los árabes, y llevado por su pasión, no vaciló en penetrar en el recinto consagrado. Los guardianes del santuario formularon sus quejas ante el Emperador por la violación cometida, y S. M. Muley-el-Hassan se hubiera hallado en un gran conflicto con sus súbditos, dada la inviolabilidad del enviado de su Graciosa Majestad, si la casualidad no hubiera resuelto el problema, de modo lamentable por cierto, para el prestigio europeo, puesto que el bueno de Mr. Green falleció en Marrakesh víctima de una pulmonía, cogida precisamente el día que se permitió cazar en los terrenos de la ermita de Sidi-Bel-Abbes, con lo que, naturalmente, se confirmó de modo solemne para los fanáticos musulmanes la indiscutible santidad de aquellos lugares.

Nosotros hemos cuidado de no aproximarnos á ellos, contentándonos con subir á la cumbre *non sancta*, desde la que hemos disfrutado de uno de los más hermosos panoramas que pueden imaginarse. Desde aquella altura, completamente aislada en medio del valle del Tensif, se domina la ciudad, toda la campiña que la rodea, cerrando el horizonte al Norte las montañas, ó sea el *Djebilat*, y al Mediodía el *Atlas*, que se extiende de Este á Oeste, confundiendo sus picachos con el cielo. Marrakesh presentaba un aspecto encantador, asemeján-

dose á un inmenso jardín, en el que se encuentran pintorescas construcciones que dominan las torres de las mezquitas de la Kotubia, Muley Yazid, Ben Yusef y el Moj, sin contar otra infinidad de cúpulas, minaretes y terrazas de formas caprichosas. Como los detalles se pierden en el conjunto, no pueden vislumbrarse ni los espacios desiertos, ni los edificios ruinosos que tanto abundan en la ciudad, que vista desde la altura, aparece compuesta únicamente de grandes palacios y suntuosos edificios rodeados de jardines. El sol poniente reverberaba en las rojizas murallas, y las eternas nieves de las altas mesetas del Atlas, heridas por sus últimos rayos, enviaban sus reflejos á la llanura, brillando con inusitado esplendor. La luz suavísima, de un tono dorado delicadísimo, permitía apreciar todos los términos del paisaje, dulcificando las asperezas, y, la extraordinaria belleza del conjunto, la poesía de la hora, el misterioso silencio que reinaba en absoluto, se apoderaron de mi alma, sumiéndola en un éxtasis de deliciosa contemplación. Creo que el panorama del valle del Tensif, visto desde la altura del Guiliz, especie de mirador puesto precisamente en aquel lugar por el Supremo Artífice para facilitar la admiración de su obra portentosa, es uno de los espectáculos más sublimes que puedan soñarse, y comprendo los arranques de entusiasmo que ha inspirado á los poetas orientales, quienes no han vacilado en llamar á Marrakesh ciudad del encanto, edén de delicias, lugar de placeres, canastilla de flores en medio de un mar de verdura, y qué sé yo cuántos epítetos á cual más delicados y poéticos, brotados de imaginaciones ardientes excitadas por tan gran derroche de bellezas naturales.

Hondamente impresionados, descendimos al valle, y emprendimos el viaje de regreso. Era más tarde que de costumbre, y por una feliz casualidad la sensación deliciosa no se disminuyó en nada, pues como si todo quisiera contribuir á dejar en nuestra mente recuerdo imperecedero de aquella excursión, tuvimos la fortuna de encontrarnos con un grupo de susus, que volvían á la ciudad cantando alegremente y disparando tiros al aire. Habían pasado el día en una de las huertas de la campiña, y tornaban á sus casas contentos y satisfechos. Llevaban varios instrumentos musicales, *quembris*, cuyas cuerdas punteadas producían sonidos delicados; *panderetas* que golpeaban para señalar el ritmo; *derbukas*, especie de tambores de barro, y esas *castañuelas* de metal propias del Sus, que resuenan con un timbre agrio, pero no desagradable. Con todos ellos se acompañaban una canción deliciosa, triste y sentida, verdadero lamento cuyo estribillo, extraño y melancólico, era repetido por casi todos los que formaban el

grupo. Y así siguió largo rato la voz solitaria cantando la melodía, que venía á ser una especie de *seguidilla gitana*, pero aún, si cabe, más desesperada y dolorida, y el coro respondiendo con su estribillo característico. De cuando en cuando un tiro resonaba en medio de las carcajadas y gritos de alegría de los circunstantes, y la mezcla de aquellas manifestaciones espontáneas de satisfacción, con el cantar lleno de tristeza, resultaba extraña é incoherente, si bien cuadraba con el exotismo del paisaje y los admirables é inesperados cambiantes de un crepúsculo bellissimo, que comenzó incendiando al cielo para terminar en una noche casi luminosa.

Al pasar nuestros caballos junto á los trovadores caminantes, alguno de ellos debió conocernos como miembros de la Embajada española, puesto que un violín, el *camanya*, como aquí lo llaman, empezó á resonar tocando la Marcha real, aprendida sin duda de oído, y por consiguiente, un tanto disfrazada, pero siempre reconocible. Aquel recuerdo de la patria me conmovió, llenándome de agradecimiento hacia los desconocidos músicos que de tan delicada manera nos saludaban. Hubiera querido detenerme un momento y devolverles su salutación, pero era tarde y temíamos hallar cerrada la puerta de Dukala.

Los susis cantores se alejaron bordeando las murallas, y nosotros entramos en la capital del Magreb, precisamente cuando se apagaban en lontananza los últimos sonidos del *Himno nacional español*.

CAPÍTULO XII

La vida en Marrakesh

Dar Muley Ali, 28 de Mayo de 1900.

Los habitantes de la capital magrebina han estado todo el día azorados y llenos de preocupación y terror supersticioso. La verdad es que tenían fundamento sobrado: el imponente fenómeno astronómico que se ha verificado hoy, me parece causa bastante para excitar los temerosos recelos de gentes tan ignorantes y fanáticas como los musulmanes. El eclipse

total de sol que tanto preocupa á la ciencia europea, se ha podido ver en Marrakesh, donde si bien la totalidad no ha sido completa, las sombras han cubierto tres cuartas partes del disco solar. El espectáculo ha sido soberanamente hermoso, y desde la azotea de nuestro palacio hemos podido admirar el sorprendente golpe de vista que presentaba el valle del Tensif, y las alternativas de luz y las diversas gradaciones de sombra por que ha ido pasando el paisaje.

Sobre poco más de las dos de la tarde, las sombras proyectadas por el disco de la luna comenzaron á morder en el disco solar, que brillaba en medio de un cielo despejado y espléndido. Fué entonces de ver á los mahometanos, visiblemente alarmados, atravesar las plazas públicas y correr presurosos á refugiarse en las diversas mezquitas de la ciudad, buscando sin duda el amparo del omnipotente Allah. Por mi parte, comprendo perfectamente esta impresión, pues aun para nosotros, que conocemos sus causas físicas, no deja de producirnos cierto inevitable efecto el grandioso fenómeno. Resulta tan extraordinaria aquella disminución de la luz solar, y aquella especie de penumbra tétrica y misteriosa que circunda á cuanto nos rodea, que el espíritu, sobrecogido, cree rota la armonía del universo y teme un cataclismo inminente. Las sombras fueron invadiendo cada vez más el astro del día, de cuya superficie apenas dejaron descubierto un pequeño segmento que irradiaba una luz brillante, pero incapaz de disipar el inmenso como oscuro que cubría gran parte del horizonte. Casi toda la tarde la hemos pasado en las terrazas y azoteas, armados de cristales ahumados ó de gafas negras para observar el fenómeno á nuestro sabor; la servidumbre, en tanto, permanecía por los rincones, sin atreverse á nada y dando muestras visibles de preocupación.

Terminado el eclipse, los árabes comenzaron su vida habitual, y nosotros dimos nuestro paseo acostumbrado, más breve que otros días. A nuestro regreso supimos con verdadera satisfacción que al fin y al cabo, pasado mañana, S. M. Sheriffiana recibirá en audiencia privada al Embajador de España, acto importantísimo que inaugurará nuestras negociaciones cerca del Gobierno marroquí. Francamente, después de un mes de estancia en Marrakesh, ya era tiempo de que así sucediese.

30 de Mayo.

A las nueve de la mañana se ha verificado la audiencia privada tan ardientemente deseada. He acompañado al Minis-

tro hasta la puerta de la Kubba Suera, donde aguardaba el Emperador y donde ha penetrado él, solamente acompañado por su intérprete correspondiente. En la parte externa, el ceremonial observado ha sido idéntico al que se siguió en la audiencia pública. El Jalifa del Kaid el Meshuar, vino á buscarnos á Dar Muley Ali, y rodeados de la conveniente escolta, nos trasladamos á la inmensa plaza de Armas del palacio imperial. Allí estaban las tropas, tendidas á derecha é izquierda, presentando el conjunto aquel pintoresco aspecto que tanto nos sorprendió la primera vez que pudimos contemplarlo. Lo cierto es que no puede imaginarse mayor brillantez de colores, y que la vista queda deslumbrada sin saber adónde fijarse. Vimos de nuevo los askaris formando una línea, con sus almillas ó chaquetas multicolores, y los hieráticos músicos imperiales revestidos de sus túnicas verdes y escarlatas, y cubiertos con sus gorros cónicos. Atravesamos las filas de soldados, y llegamos frente al pabellón que da entrada á los jardines del Agudal. Dejamos nuestras cabalgaduras, y el Introdutor de Embajadores se dirigió á nuestro encuentro, conduciendo al interior de la elegante construcción al Ministro y á su intérprete. La etiqueta marroquí prescribe que á estas entrevistas sólo concurren las personas estrictamente necesarias.

Mientras se verificaba la conferencia, pude pasearme á mis anchas por la amplia plaza y observar las tropas imperiales. Apenas el enviado de España penetró en el pabellón reservado, á una seña dada, con una unidad verdaderamente pasmosa, toda la formación se sentó en el suelo, colocando las armas á un lado. Los jefes, entre los que se hallaba el Kaid Mac Lean, ocuparon para mayor comodidad los tambores, que vinieron á convertirse en taburetes, y la soldadesca se acurrucó á la moruna. Como había visto repetidas veces maniobrar á los soldados marroquíes, pudiendo observar la desigualdad caprichosa con que obedecían las voces de mando, no pudo menos de sorprenderme sobremanera aquel isocronismo de los movimientos. Se conoce que la voz de descanso es esperada con impaciencia y acatada con júbilo.

En la sombra que proyectaba una de las fachadas de la Kubba Suera, sobre hermosos tapices de Rabat, extendidos sobre la tierra, se hallaba instalado el Ministerio de Negocios Extranjeros y la Secretaría particular del Sultán. En medio, sentado en unos cojines, presidía el propio Abd-el-Krim-ben-Soliman; y en torno suyo una infinidad de escribas y talebs se ocupaban en redactar la correspondencia y despachar los asuntos. Todos tenían delante un pequeño pupitre ó carpeta

de madera con los útiles necesarios para escribir. Hay que reconocer que semejante oficina se distingue por su sencillez extremada.

La audiencia ha durado unos veinte minutos; de manera que, al poco tiempo de haberme dedicado á estudiar los detalles del cuadro, regresó el Ministro y hube de reunirme á su séquito, no sin observar que, apenas el Kaid el Meshuar anunció la presencia del enviado de España, las tropas volvieron á recobrar su posición primitiva y á presentar las armas, movimientos que se verificaron con marcado abandono y dejadez.

El jefe de la misión me ha narrado algunos detalles de la entrevista, que me apresuro á transcribir en estos apuntes. Después que se hubo separado de mí, el Introdutor de Embajadores lo condujo por una escalera lóbrega, estrecha y tortuosa, típica de la arquitectura doméstica árabe, hasta una azotea que domina los extensos jardines de Agudal, á la que hacía frente una espaciosa sala decorada con mosaicos y arabescos, en cuyo fondo, y sentado en una especie de banqueta ó diván de caprichoso estilo, híbrido de europeo y oriental, se hallaba el joven Soberano, acompañado únicamente por su Gran Visir el Hedj Mucktar. Una vez que fué anunciado por Kaid el Meshuar, S. M. indicó al Ministro que se sentase en una silla, única que en la sala se encontraba y que al efecto había sido dispuesta, dándole la bienvenida y saludándole en los términos usuales. Según parece, el joven Soberano acompañó sus frases con una sonrisa tan llena de afabilidad y con gestos tan expresivos, que el Ministro no pudo menos de quedar sorprendido por el contraste que ofrecía con aquella rigidez automática, aquella atonía en la mirada y aquella reserva hierática, por decirlo así, que todos pudimos observar en el continente del Sultán el día de la audiencia pública.

La conversación que siguió fué cordialísima. S. M. Abdul-Aziz demostró su afecto y simpatías por España, preguntando con vivo interés por nuestros soberanos, y el Ministro le presentó un *Memorandum* en que se formulaban pretensiones del Gobierno español. En todas sus respuestas, el monarca marroquí dió pruebas de su evidente satisfacción por las manifestaciones de simpatía que se le hacían, demostrando gran viveza y afabilidad, y revistiendo su fisonomía con tal expresión de dulzura, que al mismo tiempo que revelaba dotes de perspicacia é inteligencia que nadie sospechaba, permitía alimentar la esperanza de que su benévola acogida y las seguridades que daba de su firme propósito de contribuir en cuanto estuviera de su parte al firme mantenimiento de la estrecha

amistad que une á los dos países, eran algo más que meras fórmulas de cortesía internacional y productos de una lección bien aprendida. S. M. Abdul-Aziz se mostró también agradecido por los espléndidos regalos que recibiera, declarando haber destinado las armas blancas para su uso particular, y quedó en designar día y hora para que en su presencia se verificasen las pruebas de los fusiles Maüsser, á cuyo objeto habían acompañado á la Embajada dos oficiales de Artillería, un maestro armero y un tirador de la fábrica de Oviedo. En conclusión, la audiencia fué en extremo cordial, reinando en toda ella el mismo tono afable y lisonjero.

A la salida del pabellón se tributaron á los representantes de España los mismos honores que á la entrada; y siempre acompañados por el Jalifa del Kaid el Meshuar y numeroso séquito de jinetes é infantes, regresamos á las diez, próximamente, á nuestra residencia, donde se procedió á distribuir, entre el Jalifa y sus soldados, la propina de cincuenta duros con que es costumbre gratificarlos en semejantes casos. En este país todo el mundo recibe obsequios de esta índole, y hasta es uso establecido y sancionado por la práctica el ofrecer la suma de 1.000 francos al propio Ministro de Negocios Extranjeros, como prueba de gratitud por sus buenos servicios. El orgullo musulmán no se desdora con aceptar tales regalos, aunque procedan de aquellos que consideran como enemigos é inferiores.

Lo que más nos ha sorprendido á todos, son las revelaciones hechas por el Ministro acerca del notable cambio que ha podido observar en el Soberano del Magreb. Parece que su carácter, sus tendencias y hasta su fisonomía han experimentado una radical transformación desde la muerte del ilustre Ba-Ahmed. Anteriormente á la entrevista verificada hoy, lo mismo las observaciones de nuestros colegas de la Misión italiana que las de algunos íntimos allegados á la corte, que el parecer de la opinión pública y las impresiones que pudo recoger el personal de la Embajada cuando en las postrimerías de su prepotente tutor, S. M. Abdul-Aziz nos recibió en audiencia pública, coincidían unánimemente en considerar al joven Sultán como un sér tímido, obtuso é indolente, instrumento de una energía superior, destinado á ser juguete de la ambición del primer astuto intrigante que lograse suceder y reemplazar al difunto Gran Visir. Hoy día, después de las repetidas muestras de virilidad y energía dadas por el Soberano en la difícil situación que le creaba el fallecimiento de su omnipotente primer Ministro, confirmadas por las observaciones hechas por el Enviado de España, parece demostrado que los

juicios anteriores, basados en la política disimulación con que el Sultán ha sobrellevado el peso de su tutela, eran completamente infundados. S. M. Abdul-Aziz ha arrojado la máscara de indiferente reserva que le imponía su temor al prepotente valido á quien debía la corona, y hoy, ya libre de su ominoso despotismo, se muestra afable, inteligente, enérgico y dispuesto á asumir en su persona todas las realidades de su poderío, á la vez religioso y político.

No debe desconocerse la importancia que este cambio radical é inesperado tiene para la política europea, y aún más especialmente para la española, puesto que las acciones del Soberano del Magreb han de repercutir forzosamente sobre las relaciones internacionales durante el reinado que comienza, é influir poderosamente en la orientación que deberá imprimirse á la marcha de nuestra política en Africa.

1.º de Junio.

Hoy ha sido el primer día en que la temperatura se ha mostrado verdaderamente inclemente, haciéndonos comprobar todo lo que se cuenta de los ardores del sol africano. A mediodía el calor era insoportable, y para que nada faltase, comenzó á soplar un viento cálido y violento que arrastraba arenas en tal cantidad, que obscureció la luz solar. En una palabra, el famoso *simoun* de que nos hablan los viajeros. Refugiados en nuestras habitaciones, pudimos presenciar el paso de la ardiente tromba, que lo dejó todo cubierto de una capa de tenue polvo rojizo. Al aire libre no se podía respirar, y únicamente encerrados se hallaba algún consuelo. Gracias que el desagradable fenómeno duró poco, y que á la tarde comenzó á refrescar algo, hasta volver á una temperatura muy soportable. Como recuerdo, el viento del desierto nos ha traído una invasión de langostas, desagradables insectos que si á nosotros nos resultan sumamente antipáticos, son acogidos con júbilo por los árabes, que se los comen con fruición.

Ya esta tarde, en los numerosos *restaurants* del Soko, se vendía el apetitoso manjar, que consistía en el cuerpo del insecto frito en aceite. Su aspecto no resultaba repugnante, y los consumidores acudían sin cesar á las infinitas tiendas de comidas que se encuentran por todas partes. Estos establecimientos son de lo más primitivo que puedan imaginarse. Generalmente consisten en una tosca choza formada por cañas y telas; las cocinas están al aire libre, y despiden ese olor nauseabundo á manteca rancia por demás intolerable, pero característico de la ciudad.

Nuestro paseo ha sido al Mellaj ó barrio de los judíos, que tiene su cerca particular de media legua de circuito y se halla situado entre el recinto del palacio imperial y la ciudad. Como los otros distritos de Marrakesh, se halla éste medio arruinado, distinguiéndose especialmente por su suciedad. Parece mentira que seres humanos puedan soportar la vida en medio de tanta y tanta inmundicia. Es verdad que el estado de degradación de los habitantes de la judería es grande, y que todos viven en la mayor miseria, no obstante ejercer muchas artes y oficios. Son los únicos plateros, hojalateros y sastres que hay en la capital, pues los árabes sólo se dedican á ser zapateros, carpinteros, albañiles, cerrajeros y tejedores de jaiques.

Los hebreos, á quienes los mahometanos consideran como entes despreciables, tienen costumbres sumamente relajadas, no siendo extraño ver matrimonios de niñas tiernas, apenas núbiles, con ancianos venerables, y uniones de jóvenes que apenas acaban de llegar á la pubertad. La prostitución es muy frecuente en las mujeres, que la practican con el mayor descaro, y los hombres son por lo general, bajos, rastreros y cobardes. Soportan las humillaciones y vejaciones que les hacen los habitantes de la ciudad, quienes sin distinguir de sexos ni de edades, no les consienten salir del distrito que tienen destinado sin llevar la cabeza cubierta por un pañuelo y caminar con los pies descalzos. A ciertas horas establecidas tienen que recluirse en su cuartel, cuyas puertas se cierran y son guardadas por un Kaid destinado al efecto, y si algún desgraciado burla la consigna, es apaleado sin misericordia.

Como son los principales comerciantes, en sus distritos se encuentran las mejores tiendas y casas de banca, así como los establecimientos del correo francés é italiano. Se calcula que habitarán el Mellaj unos seis mil judíos, que visten un traje particular, compuesto de unos grandes calzones, túnica que llega hasta la rodilla, una especie de albornoz ó manto que cae por un lado, pantuflas y un bonete muy pequeño. Todas las dichas piezas han de ser de color negro, á excepción de la camisa, cuyas mangas, en extremo anchas, están descubiertas y quedan pendientes. Las fachas son, por lo general, ignobles. Se encuentran ancianos sórdidos y de mirar malévolos, que parecen hermanos del Shylock de Shakespeare; jovencuelos de aspecto afeminado y movimientos llenos de procacidad y cinismo, y mujeres descaradas de semblante provocativo. Hay que confesar que entre ellas se hallan algunas de singular belleza, aunque sus fisonomías, por demás correctas, carecen de expresión.

Lo que es inconcebible es la miseria y suciedad en que viven. Parece que se complacen en rodearse de inmundicia, á pesar de que son generalmente pudientes, pues son los principales artesanos, hacen un comercio bastante considerable, y su mercado está casi siempre bien surtido. Algunos tienen casas construidas con cierto lujo, como la del famoso Corcós, célebre usurero y prestamista, cuya morada está adornada con relativa opulencia, y ofrece un elegante ejemplar de la arquitectura morisca. Pero tengo por seguro que el poseedor actual de la gentil vivienda, no se ha ocupado de decorarla en modo alguno, sino que todos aquellos delicados arabescos que revelan un gusto refinado, fueron mandados hacer por algún antiguo dueño, hoy arrojado de su primitiva habitación. Si la decoración es rica, el mobiliario es mezquino; que Corcós, preocupado únicamente con sus préstamos y las cuentas del tanto por ciento, no tiene tiempo para preocuparse de nada de lo que puede contribuir á embellecer la vida, que la pasión del oro endurece el corazón y ciega la fantasía.

En todo el Mellaj se encuentra una sola fuente, que no fué concedida á los judíos, como pudiera imaginarse, sino á los cristianos que en tiempos pasados allí residían. Se tienen datos de que en aquellos lugares se encontraba la casa de los misioneros franciscanos, á quienes los sultanes siempre apreciaron mucho, y á quienes hicieron la concesión citada; pero por más indagaciones que hemos hecho en compañía del padre Cervera, no nos ha sido posible dar con ningún rastro del primitivo establecimiento religioso. Aunque el convento debió ser trasladado al Mellaj en época reciente, puesto que en los primeros tiempos de su fundación se hallaba en la *Sajena*, ó barrio de los cautivos, no hubiera dejado de tener interés averiguar dónde estaba situado en los años por que fué extinguido, y los misioneros franciscanos hubieron de abandonar en definitiva la capital del Imperio.

Uno de los lugares más curiosos que hay en la Judería es el patio reservado á los joyeros, que está completamente aislado, rodeado por altas murallas y cerrado por fuertes puertas. Con medios toscos y primitivos, en pequeños cuchitriles, se fabrican lindas alhajas de plata y oro, adornadas con piedras preciosas, que los mahometanos adquieren, para ofrecerlas á las mujeres del harén. Ellos, por mandato del Profeta, no deben usar joyas de ninguna clase, si bien la prescripción divina no se sigue rigurosamente. Vénse allí brazaletes y ajorcas para los tobillos, largos pendientes de oro, broches caprichosos, ricos estuches de plata, labrada á cincel, para guardar al Alcorán, sortijas, cadenas y collares; y no es raro encontrar an-

tiquísimas monedas de antiguos Sultanes y de gran valor numismático, que enriquecerían la colección de cualquier arqueólogo. También se distinguen los artífices hebreos batiendo el cobre, con el que hacen preciosos trabajos, entre los que figuran bandejas de todos tamaños, exornadas con caprichosos dibujos, y servicios de té, de hechura elegante, compuestos de tazas, teteras, platos y otras vasijas, en las que se mezcla el cobre rojo con el dorado, formando un conjunto en extremo original.

A la salida del Mellaj, y junto á la única puerta que le comunica con el resto de la ciudad, se encuentra la cárcel de mujeres, antiguo é imponente edificio, en cuyas fuertes murallas anidan innumerables cigüeñas. Tal construcción es debida al ilustre Sultán de los Sherifes Saadies, Abu Mohammed Abdallah el Galeb, que la mandó edificar para hospital por los años 970 de la hégira. Se cuenta que la piadosa fundación estaba dotada con grandes rentas, pero ninguna de ellas subsiste en el presente, y en el interior del amplio edificio sólo gimen unas cuantas desgraciadas, que sufren tristísima vida de angustias y pesadumbres. Lo mismo ocurre en la cárcel de hombres, donde los detenidos yacen olvidados de todos, en la mayor miseria y abyección. Para ganarse un mezquino sustento fabrican cestos, canastas y bandejas de paja, lindamente trabajadas, y unos curiosos abanicos, de hechura de bandera, hechos de palma tejida y adornados con recortes de paño de infinitos colores, que forman dibujos caprichosos. En algunos de estos abanicos se hallan torpemente reproducidos todos los objetos que se usan para servir el té á la moruna, y no dejan de encontrarse algunos que presenten un aspecto en extremo vistoso y original.

A propósito del triste abandono en que se encuentran los prisioneros castigados por la justicia marroquí, debo referir que, hablando acerca de tal particular con Abd-el Krim ben Soliman, el propio Ministro de Negocios Extranjeros, como yo le hiciera ciertas observaciones, criticando la crueldad con que semejantes desgraciados eran tratados, me contestó con razones extrañas, pero que no dejan de ser justas en cierto modo. «En tu país—me dijo el magnate (hay que advertir que Abd-el-Krim ben Soliman acompañó la embajada que, presidida por Sidi Brisha, visitó la corte de España después de los sucesos de Melilla),—los criminales son encerrados en las prisiones, donde el Estado se ocupa en mantenerlos, sin que les falte nada de lo necesario. En tanto, muchos hombres honrados no tienen para vivir, y luchan por alcanzar un mezquino sustento. ¿Es esto equitativo? De ningún modo. Además, los

ciudadanos honrados pagan contribuciones y gabelas, cuyo importe sirve para sufragar los gastos ocasionados por las prisiones. Es decir, que los justos pagan para mantener á los culpables. Los unos trabajan, y los otros no hacen nada, cubriendo, sin embargo, sus necesidades. ¡Extraña justicia la vuestra! Créeme, nosotros seremos crueles y duros con los culpables, pero nunca consentiremos que éstos vivan á costa de los inocentes. Si faltaron, deben purgar su delito, sin ser gravosos ni al Estado ni á los ciudadanos.»

Precisa reconocer que los argumentos aducidos por Abd-el Krim Ben Soliman, dan que pensar y merecen ser tenidos en cuenta, á pesar de lo que puedan decir los sociólogos y criminalistas.

3 de Junio.

Los agregados militares que nos han acompañado para presentar las armas regaladas por España al Sultán, se han marchado al mediodía, una vez terminada su misión. Ayer por la mañana fueron recibidos en audiencia privada por el Soberano, y en su presencia desmontaron uno de los fusiles Maüsser fabricados en Oviedo, explicando minuciosamente su mecanismo y funcionamiento. S. M. Abdul-Aziz demostró vivo interés durante todo el acto, al que no asistió el personal de la Embajada, por haber expresado su deseo de que la audiencia revistiese un carácter estrictamente privado é íntimo. La nota fué tan exagerada, que se prescindió hasta del necesario intérprete, por lo que la entrevista debió resultar en extremo curiosa, puesto que ni los marroquíes que á ella asistieron hablaban el castellano, ni ninguno de los oficiales de artillería comprendía una palabra de árabe. Gracias que la mímica puede llegar á ser un lenguaje altamente expresivo.

Cierto es que los fusiles y carabinas Maüsser, de modelo español, son armas perfeccionadas de indiscutible valor; pero ignoro hasta qué punto pudieran interesar al Soberano de Marruecos, que ya posee aparatos similares contruidos en Alemania é Inglaterra, semejantes perfeccionamientos. Tampoco se hicieron disparos que pudieran acreditar el alcance y fuerza extraordinaria desarrollada por los proyectiles, ni la velocidad pasmosa con que se suceden, y las grandes facilidades que ofrece la carga y descarga. Con nosotros había venido un tirador consumado, encargado de hacer las pruebas necesarias; pero sus servicios no fueron utilizados. Creo seguro que su extremada habilidad y destreza hubiera causado gran efecto entre los mahometanos. Pero en este país todo es extraor-

dinario y fuera del orden natural; cuando todos esperábamos que se realizarían experiencias prácticas que demostrasen el mérito de las armas fabricadas en España, resulta que el Sultán se contenta con una explicación pantomímica del mecanismo del fusil Maüsser, reduciéndose todo el acto á armar y desarmar uno de ellos. Es decir, demostraciones técnicas casi incomprensibles para quien no conoce la teoría de las armas de fuego, cuando, á mi entender, hacían falta experimentos decisivos y terminantes que pudieran herir vivamente la imaginación de los árabes y hacerles comprender hasta la evidencia la superioridad indiscutible de los armamentos europeos.

En sus detalles, el acto se verificó con arreglo al mismo ceremonial seguido en la audiencia privada concedida al Ministro, salvo en los honores militares únicamente tributados al Representante de la nación. S. M. Abdul-Aziz recibió á los oficiales españoles en la sala superior de la *Kubba Suera*, acompañado tan sólo por el nuevo Ministro de la Guerra. Asistieron también á la entrevista el maestro armero y el tirador de la fábrica de Oviedo. Una de las cajas de fusiles, entregadas al Sultán el día de la audiencia solemne, había sido trasladada previamente al recinto designado, y con una de aquellas armas se hicieron las demostraciones anteriormente indicadas, sin que mediara ni una sola frase entre los españoles y los marroquíes.

Cumplido el encargo que motivaba su viaje, los oficiales manifestaron su deseo, muy justo por cierto, de regresar á España. Nada les detenía en Marrakesh, y la verdad es que la vida en la capital magrebina ofrece muy poco atractivo. Pasada la primera impresión de curiosidad y extrañeza, comienzan á notarse las faltas de casi todas aquellas comodidades y distracciones á que nos tiene acostumbrados la vida en ciudades civilizadas, no tardando en manifestarse síntomas de nostalgia y señales visibles de aburrimiento. Para muy pocos se mantiene constantemente excitado algún interés, que les evite caer en la monotonía desesperante de una vida sin accidentes ni emociones, cuyo tedio es aumentado por el aislamiento que nos crea nuestra situación y el medio ambiente que nos rodea. Vivimos completamente separados del pueblo marroquí, y cada día se acentúan más y más las inmensas diferencias que existen entre su civilización y la nuestra. Comprendo, pues, el deseo de los militares que, previa la autorización del Ministro, se han marchado esta tarde, proyectando acampar en *Suinia*, y seguir su viaje á jornadas forzadas, para llegar en el plazo más breve posible á Mazagán, donde

se embarcarán para la madre patria. ¡Dios les acompañe en su camino!

La partida nos ha causado una triste impresión. A pesar de las divergencias de carácter y temperamento inevitables, todos los individuos de esta Embajada formábamos una especie de gran familia, de la que se han separado dos miembros queridos. Durante largo tiempo hemos habitado bajo el mismo techo, hemos compartido las fatigas de un viaje penoso, cambiando nuestras impresiones y estableciéndose entre todos las más sinceras y amistosas relaciones, cimentadas en la estimación recíproca y el mutuo aprecio. Es natural que la marcha de los señores Ayensa y Benítez, así como la del maestro armero y el tirador, nos produzcan su efecto, dejándonos un vacío difícil de llenar. Todos ellos, por sus bellas cualidades, se habían captado nuestras más cordiales simpatías.

5 de Junio.

Los acompasados trámites de la etiqueta marroquí establecen que los Jefes de Misión, después de haber sido recibidos en audiencia privada, pasen á saludar, escalonando sus visitas con un intervalo de tres días, á los diversos Ministros de la Corona y altos dignatarios de la corte.

Conformándose á tal práctica, el señor Ojeda fué anteanoche á visitar, en su domicilio particular, al primer funcionario del Imperio. El nuevo Gran Visir Hadj Mucktar recibió y agasajó con gran cortesía y esplendidez al representante de España, estableciéndose un verdadero torneo de atentas y lisonjeras expresiones. Hallóse presente á la visita el tantas veces citado Abd-el-Krim-ben-Soliman, que amenizó el acto, haciendo un relato hiperbólico de las maravillas que había podido admirar en España durante su expedición en compañía de Sidi Brisha. Con gran entusiasmo habló de los espléndidos monumentos que el arte árabe había dejado entre nosotros, refiriendo las grandezas del alcázar sevillano, de la mezquita cordobesa y de la Alhambra granadina. Enumeró también las grandes riquezas que en manuscritos orientales poseía la Biblioteca del Escorial, y por último, se extasió narrando las maravillas de la civilización moderna. Su exaltación no reconoció límites cuando trató de la animación extraordinaria que había notado en las calles de la capital de España: «Que es—decía—cinco veces más grande que Fez», pretendiendo hacer comprender á su atónito interlocutor la multitud de coches, tranvías, caballos, transeuntes y velocípedos que circulan por

Madrid. Estos últimos artefactos le chocaban sobremanera, y para explicar la velocidad de sus movimientos, remedaba los gestos de un velocipedista lanzado á la carrera. La escena era única. De una parte la expresiva pantomima del Abd-el-Krim al abordar ciertos detalles, y de otra el creciente asombro y los grandes esfuerzos que la ofuscada inteligencia del Gran Visir realizaba para tratar de asimilarse tan inauditas descripciones, formaban un cuadro cuya originalidad hizo peligrar en más de un momento la grave seriedad que tan solemne acto imponía.

El Hadj Mucktar, que parece una excelente persona, nos obsequió con infinidad de dulces y pastas y sendas tazas de ese té especial, excelente bebida aromática que es de rigurosa necesidad en toda recepción mahometana. Mezcla de té verde, hierbabuena, azahar y ámbar; semejante infusión, que se sirve muy azucarada, resulta sumamente agradable, y sin ningún esfuerzo, se cumple la costumbre que prescribe beber por lo menos tres tazas, si no se quiere desairar al anfitrión. La visita fué muy agradable, y no se prolongó demasiado.

Ayer tarde, el Gran Visir nos devolvió la cortesía. Presentóse en Dar Muy Ali, acompañado por numeroso séquito, y permaneció entre nosotros largo rato. Durante él pudimos observarle y formar juicio sobre su persona. Primo hermano del difunto Ba-Ahmed, el Hadj Mucktar procede, como aquél, de una familia de esclavos sudaneses, y por lo tanto, su tipo es francamente africano. De fisonomía poco inteligente, nariz roma, mirar vidrioso, labios gruesos, cejas pobladas, dientes deformes y grandes oídos, á través de sus groseras facciones y de su tez bronceada, se advierte tal expresión de afabilidad y genial benevolencia, que se hace simpático desde el primer momento. Hombre de edad proveya, inteligencia escasa, cuya ilustración no alcanza más allá de los comentarios del Alcorán, desconocido hasta la fecha, é ignorante de cuanto al gobierno del Estado se refiere, parece realizar sin duda alguna el sucesor ideal que el astuto Ba-Ahmed soñaba y que con tanta solicitud recomendó al Sultán antes de morir.

Todas estas razones hacen suponer fundadamente que la influencia del Hadj Mucktar en la política interior del Imperio será escasa, por no decir casi nula, y que los miembros del Gobierno actual, que en realidad podrán imprimir algún carácter personal á los asuntos del Estado, serán Abd-el-Krimben-Soliman, en lo que atañe á las relaciones exteriores, y El Menebbi, Ministro de la Guerra, en lo concerniente al régimen interior, manteniéndose en la sombra, pero con una intervención decisiva, el viejo y solapado Tasi, caracterizado

por sus tendencias retrógradas y su sistemático odio á los cristianos, que, á modo de consultor secreto, hace ya años que viene desempeñando el papel de consejero *in extremis*.

También hoy hemos visitado al Ministro de la Guerra, joven muy simpático, sumamente fino y en extremo elegante. En esta entrevista se repitieron las cordiales manifestaciones de costumbre, y fuimos agasajados con verdadera esplendidez. Lo más extraño es que en tales reuniones nada se habla de los asuntos que nos han traído á Marrakesh. Las negociaciones con Abd-el-Krim-ben-Soliman, encargado de conferenciar con nosotros, no comenzarán hasta mediados del corriente, aplazamiento motivado por la circunstancia de que el Sultán se encuentra en la más completa ignorancia de los asuntos internacionales, desconociendo en absoluto los tratados firmados por sus antecesores con las potencias extranjeras, y desea estudiarlos, á fin de resolver y decidir por sí mismo los asuntos concernientes á España. De retraso en retraso, no sé hasta cuándo se va á prolongar nuestra estancia en la capital de Marruecos, pues las negociaciones, dado el temperamento de los árabes y su característica suspicacia, han de prolongarse durante muchos días, aún más si se tiene en cuenta que los funcionarios marroquíes, que eluden el trabajo por cuantos medios tienen á su alcance, se niegan á hacer nada los lunes, porque reciben la correspondencia del interior del Imperio; los jueves, porque los dedican á los goces y placeres del harén, y los viernes, por estar consagrados á la oración. Es decir, que entre unas y otras cosas se pierden tranquilamente tres días por semana, sin contar aquellos en que, sin causa ni fundamento alguno, tampoco se hace nada. Lo temible es que se aproximan las grandes solemnidades de la Pascua de Mulud, aniversario del nacimiento del Profeta, y que durante los quince días que duran las fiestas, la religión y la costumbre prohíben terminantemente ocuparse de negocios profanos. Como la estación avanza, tememos que los grandes calores nos sorprendan durante el viaje de regreso, lo que sería muy desagradable y hasta podría causarnos graves perturbaciones, puesto que no estamos acostumbrados á sufrir las altas temperaturas de estas latitudes ni las inclemencias del ardiente sol africano.

Al pasar por la Mamunia para saludar á nuestros compañeros italianos, que habiendo terminado ya su misión, se disponen á marcharse de un día para otro, me encuentro con que acaban de recibir los espléndidos regalos ofrecidos por el Sultán á los representantes de S. M. Humberto I. He podido admirar soberbios sables, cuyas vainas, de terciopelo de distin-

tos colores, están revestidas con ricas aplicaciones de plata doradas y esmaltadas; espléndidas sillas de montar morunas, bordadas en oro; magníficos tapices y hermosos caballos, entre los que descuella el regalado al Ministro, magnífico alazán dorado, de ricas formas y elegantes movimientos, que, lejos de reproducir la estampa de los caballos árabes delgados de cuerpo y finos de remos, se asemeja mejor al tipo *percherón* ó *normando*, por su robusta musculatura y amplitud de carnes. Casi se diría la reproducción viva de los caballos panzones que montan Felipe III y Felipe IV en sus estatuas ecuestres de Madrid. Esta es la clase de caballos que se encuentra con más frecuencia en el Imperio y los que generalmente sirven al Emperador. Los arreos á la jineta y las mantas y gualdrapas que cubren la silla moruna, disimulan bastante su falta de proporciones, y así aderezados los caballos mauritanos, si no precisamente graciosos y elegantes, resultan majestuosos y soberbios.

Nuestros queridos colegas nos cuentan maravillas de los espléndidos banquetes con que han sido agasajados por Su Majestad Abdul-Áziz en la huerta de la *Menara*, por el Gran Visir y por el Ministro de la Guerra, y á decir verdad sus descripciones nos hacen desear presenciar comidas tan extraordinarias y fuera de lo corriente. Como es seguro que nosotros, una vez terminada nuestra misión, seremos obsequiados de idéntico modo, espero que llegue el momento para describir con exactitud semejantes festines, verdaderamente dignos de Pantagruel y Gargantúa.

6 de Junio.

Cada día nos quedamos más solos. Esta mañana fuimos á acompañar hasta las afueras de la ciudad á los señores Malmusi y á sus compañeros de la Embajada italiana, que partieron en dirección á Rabat, pues acarician el proyecto de regresar á Tánger por tierra, realizando así un viaje interesantísimo á través del Imperio. Nosotros aún ignoramos si volveremos por el mismo insípido y empalagoso camino de Mazagán, ó si bien nos atreveremos, lo que confieso que me encantaría por la novedad, á seguir las orillas del Tensif, hasta llegar á Mogador, donde nos recogería el *Carlos V*. No sé por qué me temo que no se realice semejante deseo, y que tornemos á Tánger tranquilamente por el mismo camino que vinimos á Marrakesh. Hasta fuera de *Bab el Amhra* acompañamos á nuestros amigos, de quien nos separamos con hondo sentimiento. El señor Malmusi, con su jovial carácter, y su hijo Carlo, en-

trañable amigo mío de Tánger, eran compañeros agradabilísimos, y aquí, lejos de toda civilización, se había estrechado sobremanera nuestra amistad, que se conservará seguramente á través del tiempo y la distancia. Mucho vamos á echar de menos nuestras continuas reuniones en Dar Muley Ali, ó en *La Mamunia*, donde encontrábamos siempre cariñosa acogida y fraternal hospitalidad.

Una vez que se alejaron nuestros amigos, sirviéndome de guía el bueno del Tibib Mariano, he emprendido una larga excursión por algunos barrios de la ciudad que todavía no había visitado. Deseaba aprovechar el tiempo, y temiendo que una vez empezadas las negociaciones diplomáticas, los trabajos de Cancillería me privasen de la libertad é independencia necesarias, he aprovechado la mañana para recorrer las principales mezquitas de Marrakesh que aún me eran desconocidas. Fuimos primero á la *aljama de Ben-Almanzor*, santuario situado dentro del recinto de la *Kasbah*, que se comunica interiormente con el palacio imperial. Allí es donde los Sultanes de Marruecos acostumbran á hacer sus oraciones, celebrándose las del Viernes por la tarde con inusitada pompa. La puerta principal de la mezquita, bastante escondida y disimulada, es una muestra primorosa de la arquitectura árabe africana. Está llena de elegantísimos arabescos y alicatados de estuco que afean sobremanera las sucesivas capas de cal con que han sido revestidos por artífices ignorantes. Creo que convenientemente restaurada la puerta principal del santuario de *Ben-Almanzor*, figuraría dignamente al lado de los más bellos pórticos de la Alhambra ó del Generalife.

Pasamos después á la proximidad de la mezquita de Ben-Yusef, que cuenta, según se dice, con seiscientos cincuenta y dos años de existencia. Debe ser inmensa, á juzgar por las dimensiones del recinto exterior, pero ofrece poco interés, formando una extraña mezcla de arquitectura antigua y moderna, gracias á haber sido reedificada en su mayor parte. De allí nos dirigimos al venerado sepulcro de Sidi-Abdelaziz, santuario sacratísimo, cuyas calles afluentes están cerradas por fuertes cadenas de hierro, allí tendidas, con objeto de impedir el paso á las innumerables caballerías que libremente circulan por las calles de Marrakesh, así como á los infieles y profanos. Con gran sorpresa de los fanáticos musulmanes, y siguiendo al Tibib Mariano, que viste á la usanza moruna, me atrevo á burlar la consigna, y saltando la férrea cadena, me interno denodadamente por el callejón que al santuario conducía. Es imposible describir el asombro de los circunstantes, que no se daban cuenta de tamaña audacia. Mis dos fieles as-

karis, cuya guardia es inevitable, no se apartaron de mí ni un solo momento, á pesar de su creciente indignación; pero como el trayecto era corto, pude recorrerlo rápidamente, lanzando de paso una mirada al interior del edificio consagrado, de manera que antes de que el pueblo pudiera darse cuenta de lo ocurrido, me hallaba fuera del recinto vedado. Aunque oímos algunos gritos de protesta, no volvimos hacia atrás nuestras miradas, y recobrando las caballerías que nos aguardaban, nos alejamos, seguidos de las maldiciones y amenazas de una turba justamente indignada y herida en sus sentimientos religiosos.

Francamente, siento haber molestado á los pobres musulmanes sin motivo, tanto más cuanto que mi curiosidad quedó castigada, puesto que no me fué dado ver nada que mereciese la pena. La *Kubba* de Sidi-Abdelazis es un pequeño edificio que se alza en el centro de un patio reservado, y que está recargado de una multitud de adornos y arabescos de dudoso gusto, pintados de los más vistosos colorines. El exterior del santuario, que con tanto cuidado se oculta á las miradas de los infieles, es feo y revela un arte salvaje y estrafulario. No obstante, constituye para los fieles devotos de Allah un lugar sacratísimo y venerado, al que no se aproximan sino con las mayores pruebas de respeto y consideración, en atención á los méritos del santón ó morabito que allí reposa su último sueño.

Mi guía se había propuesto hacerme visitar los principales edificios religiosos de Marrakesh, así que de la mezquita de Sidi-Abdelazis me llevó á la de Sidi-ben-Soliman, también considerada en mucho por los habitantes de la ciudad, y naturalmente oculta en medio de un laberinto de callejas estrechas y tortuosas, destinadas á impedir el paso á los profanos. En el no corto trayecto que media de un santuario á otro, pasamos ante los principales establecimientos de baños públicos, que abundan en la capital magrebina, pues es sabido que los árabes tienen la costumbre de acudir diariamente á gozar de las delicias de aquellos baños de vapor, en los que pasan sucesivamente por varias estancias gradualmente más cálidas unas que otras, lo que provoca una abundante transpiración y mantiene al cuerpo ágil y vigoroso. Tales establecimientos están abiertos desde la madrugada hasta bien entrada la noche; pero siguen un régimen especial, es decir, que por la mañana están destinados á los hombres, quedando la tarde reservada á las mujeres. Inútil creo decir que á los europeos les está rigurosamente prohibida la entrada.

El santuario de Sidi-ben-Soliman merece una visita, pues

en el pequeño patio que le precede se encuentra un pórtico y una fuente de primorosa arquitectura árabe. No puede imaginarse nada más elegante y caprichoso que estas dos pequeñas construcciones, edificadas, seguramente, en la época del esplendor del arte morisco. Ladrillos esmaltados de diversos colores, formando mosaicos, y delicados alicatados trazados en estuco, constituyen los adornos principales de ambos monumentos, que están enriquecidos, contra la costumbre, con columnas de mármol, procedentes, sin duda alguna, de las ruinas romanas que se hallan en las faldas del Atlas.

Otro delicioso monumento, que también hemos visitado hoy, es la fuente pública denominada *Bebe y mira*, nombre destinado á llamar la atención del que acude á saciar la sed en el agua fresquísima que destilan los caños del surtidor, á fin de que fije una mirada en su primorosa ornamentación. Puro refinamiento del sensualismo oriental, que pretende producir una doble sensación agradable, obrando á un tiempo sobre el paladar y la vista. Y aquellos adornos, creados por una imaginación ardiente y derrochados con sin igual esplendor, son acreedores, ciertamente, á más que una ligera mirada, á una detenida contemplación. En todas partes se observa la decadencia de este pueblo, un tiempo glorioso é ilustre; la fuente *Bebe y mira* pertenece todavía á la época del buen gusto, aunque en ella comienzan á notarse aquellos colorines chillones y aquel conjunto abigarrado, formado de elementos heterogéneos que caracterizan la arquitectura propia de Marruecos, y que lucen descaradamente en la típica fuente de los curtidores. Lo más bonito del monumento de que trato, que se reduce á una especie de pórtico, en cuyo fondo se encuentra el pilar que recoge el agua, son sus artesonados, y más especialmente las vigas de cedro prolijamente labradas, una de las cuales contiene la inscripción que da nombre á la fuente.

Por último, hemos recorrido el barrio denominado del *Moj*, que aún no conocía, y que es uno de los que mejor han conservado su carácter medioeval. La ciudad es tan grande, que en cada paseo, y no son pocos los que por ella he dado, se encuentran monumentos y calles desconocidas; el barrio que hoy he visitado puede decirse que ocupa el centro del espacio que cierran las murallas. Está situado en una especie de hondonada, y tan escondido, que apenas se sospecharía su existencia, de modo que la misma torre de su mezquita, una de las más bonitas de Marrakesh, no se ve hasta hallarse casi junto á ella, lo que ha dado lugar á un proverbio árabe muy popular en la capital, que dice: «Tan escondido como el almiar de la aljama del Moj, que, hallándose en el centro de la

ciudad, no se ve desde ninguna parte.» Y es lástima, porque la torre en cuestión, muy parecida, aunque de mucho más reducidas proporciones, á la incomparable *Kotubia* y al gentil minarete de la mezquita de Muley Yazid, vale la pena de ser vista por su elegante traza, sus lindos mosaicos y sus primorosos adornos.

Lo demás del barrio forma un conjunto de inextricables callejuelas sin salida, en extremo curioso. Durante largo rato se camina, en rigurosa fila por supuesto, pues sería imposible en absoluto marchar dos de frente, por oscuros y tortuosos callejones, y tras dar innumerables vueltas y revueltas, tras torcer diez veces á derecha y otras tantas á izquierda, cuando se encuentra uno despistado por completo, vuelve á encontrarse tranquilamente en el mismo lugar de donde partió, sin poderse dar razón satisfactoria de aquel laberinto inexplicable. En otras partes, las viviendas están situadas bajo tierra, y nuestros caballos pisan á la altura de las azoteas, por lo que podemos lanzar alguna que otra indiscreta mirada al interior de los patios de aquellos tugurios sórdidos y miserables. ¡Cuánta suciedad y cuánto abandono! Imposible parece que puedan habitar allí seres humanos sin ser diezmados por continuas epidemias. Como los habitantes del Moj se dedican, en su mayor parte, al oficio de curtidores, saturan el ambiente esos pestilentes miasmas que exhalan irremediablemente todas las tenerías del mundo. Lo que contribuyó poderosamente á que abreviáramos nuestro paseo por tan malolientes lugares.

Al llegar á Dar Muley Ali, nos encontramos con que el Ministro de la Guerra, el simpático Menebbi, ha venido á visitar al Ministro. Su lucido séquito, compuesto de *mejaznias* y *askaris*, le aguarda en el jardín exterior, y yo al verlo me bajé de mi caballo con el fin de ocultarme en el pabellón chino que ocupa el Kaid-er-Rhá, y ver si desde allí puedo hacer una fotografía de la comitiva á su salida del palacio. Tras breve rato de espera, vivas señales de agitación, dadas por parte de los soldados y servidores, me avisaron que se aproximaba el *Kebir el askar*, el soldado grande, título oficial del Ministro de la Guerra, quien no tardó en aparecer, envuelto en los pliegues de blanquísimo y transparente alquicel. Todos los árabes presentes hicieron una profunda inclinación, murmurando al mismo tiempo respetuosas frases de saludo. Aproximaron el soberbio corcel, lujosamente enjaezado, del magnate; un esclavo le presentó su rodilla derecha para que le sirviera de escabel al cabalgar, mientras que otro sostenía el estribo izquierdo, pues es sabido que los jinetes árabes, á

diferencia nuestra, montan por la derecha. Una vez á caballo, otros servidores le calzaron los acicates damasquinados de oro de larguísima punta, que no es costumbre conservar pie á tierra, y el Menebbi, que con impasible indiferencia había recibido tales pruebas de servilismo, se alejó al pesado trote de su bridón, envuelto en hierática majestad y rodeado de los esclavos y soldados de su séquito, que corrían presurosos para conservarse en su compañía.

Cuando pasaron junto á mí, apreté el botoncillo de mi *photojumelle*, quedando retratada la lujosa comitiva, no sin que me gritara, sonriéndose con malicia, Sidi Mohammed-ben-Kaab, secretario intérprete del Ministro marroquí en correcto francés: *¡Ah! ¡vous faités de la photographie!*

8 de Junio.

La *Muna* con que *Maghzen* nos agasaja y atiende ha venido á ser nueva manzana de la discordia arrojada en el jardín de las Hespérides. La servidumbre mora, que habita el palacio de Muley Ali, anda en continuas disputas acerca de la distribución de los viveres, operación que hay que ejecutar todas las mañanas con gran cuidado, por más que sea imposible evitar continuas quejas y reclamaciones. Y es que los servidores, en el deseo de lucrarse con la parte de viveres que les corresponde, se roban los unos á los otros; y en el afán de ganar, llegan á privarse del necesario sustento. Todos juzgan como la cosa más natural del mundo cometer semejantes robos y ejercer tan inmoral tráfico, porque al fin y al cabo, la *Muna* es un regalo del Sultán, del que sus súbditos deben aprovecharse. No hay que decir que el Soberano nos atiende con verdadera munificencia; todos los días un empleado árabe, *el amin* ó administrador, puesto al servicio de la Embajada, cuida de que se nos traiga lo mejor que se encuentra en el mercado de la ciudad, y todas las mañanas, cárnos, gallinas, pollos, perdices, hortalizas y legumbres variadas, frutas, café, té, azúcar, pan, manteca, velas, en fin, cuanto es necesario para el mantenimiento de la expedición, entra en el palacio de Muley Ali con extraordinaria abundancia, en forma y manera que puede hacerse el reparto con esplendidez.

Pero los árabes no fraternizan entre sí, y han formado grupos de cofrades y aliados que están siempre peleándose unos con otros. Cada una de estas pequeñas tribus vive completamente separada, haciéndose su comida aparte y celando cuidadosamente al vecino. Cualquier muestra de favor que se

haga á alguno, despierta las mayores envidias, y los chismes, cuentos é historias abundan á más y mejor. Todos están dispuestos á robar por su parte ó en compañía; pero si no han podido hacerlo por su cuenta ó no han tenido participación en el negocio, ponen el grito en el cielo, creyéndose lesionados en el más sagrado de sus derechos. En el fondo proceden con completa buena fe, suponiendo que la esplendidez del Soberano debe servir ante todo para favorecer á sus súbditos, que deben aprovecharse de ella, y naturalmente, cuanto se les da, les parece poco. Nada hablaría más en contra de la decantada sobriedad de los árabes, que las grandes cantidades de alimentos que se les reparte diariamente; cada uno se lleva víveres para cuatro personas, y aun así se quejan descaradamente; pero lo cierto es que se privan hasta de lo necesario para venderlo inmediatamente en la plaza pública; y por más que se hace, todo es inútil, resulta imposible evitar que se cometan estos abusos consagrados por la costumbre. Desde el primero hasta el último, comenzando por el mismo *amin* hasta llegar al pinche, todos tienen las mismas ideas, en forma que, para los servidores árabes, una Embajada extranjera es un pretexto para realizar ellos por su parte una expedición dedicada á la sisa y al pillaje, sin que les preocupe nada más que el botín y los beneficios que puedan adquirir por medios tan ilícitos como abusivos.

¡Extraños tipos y extrañas costumbres! La hora del reparto de la *Muna* resulta siempre en extremo curiosa, siendo motivo y ocasión de hacer muy interesantes observaciones. ¡Qué de gentes diversas y qué de pasiones distintas! Ya es Selam el mozo de comedor, árabe astuto y ladino, cuyo mirar de soslayo revela la traición, pero que con su aspecto placentero, su eterna sonrisa, sus modales dulces y delicados y su exagerado servilismo, trata de disimular hipócritamente su ardiente odio hacia los cristianos. Ya es mi criado Abdallah, fanático, entontecido por el abuso del Kiff, envidioso de todo y dispuesto á jurar en falso por cualquier pretexto. Ya es el Guadrasi, despreocupado y escéptico, contaminado por la mala gente de la costa, enredador y descarado, hermano legítimo de los pillos de plazuela y de los charranes de playa. Y siguen el Hadj-Messod, verdadero y legítimo truhan, capaz de todo, iniciado en las logias masonicas de Gibraltar, y echándose las, por consiguiente, de espíritu fuerte, burlándose en nuestra presencia de Mahoma y de su religión, creyendo halagarnos con esto, pero engañándonos al mismo tiempo en cualquier contrato que se haga por su mediación; ó bien el Larbi, exaltado y vehemente, medio loco, que gesticula y alborota como

un energúmeno por el más fútil pretexto, y que, después de haber armado el mayor de los escándalos, se queda tan tranquilo, como si nada hubiera pasado; ó su hijo, rapaz astuto y malicioso, en quien están singularmente desarrollados los instintos de dominación y mando; que se las echa de favorito de los señores para imponer sus caprichos á los demás servidores y hacerse agasajar como amo, y tantos otros á cual peores, todos envidiosos, rapaces, ladrones y mentirosos, que se odian entre sí cordialmente y sólo se unen por el sentimiento común de animadversión al cristiano.

Inútil es hablarles de paz, de concordia, de caridad, en una palabra. ¡Qué entienden ellos de todo eso! Dispuestos á destrozarse unos á otros, haciéndose continua traición, delatándose mutuamente, se confabulan y asocian para vender y traicionar al odiado *rumi*, enemigo tradicional de la religión y de la raza. Si nos sufren y toleran es á viva fuerza, como un castigo impuesto por Allah, pero todos ansían el día de la revancha, y piden al Todopoderoso—petición llena de ira y de terribles amenazas—*una hora, sólo una hora* de dominio sobre los cristianos.

Ninguna Embajada ha podido evitar que sus subalternos indígenas cometan los abusos antes indicados. El mal tiene profundísimas raíces, y es imposible combatirlo. Precisa hacer la vista gorda y dejarse engañar á sabiendas, dado que no se puede prescindir de los servicios de esta gente maleante y embaidora.

9 de Junio.

Un verdadero lugar de descanso en Marrakesh es la casa del Kaid Mac-Lean, donde siempre encontramos la más cariñosa, franca y cordial acogida. Cuando queremos buscar los refinamientos de la civilización, nos refugiamos en aquel hogar encantador, que contrasta con cuanto le rodea. Piano, gráfono, gas acetileno, hasta un pequeño cinematógrafo, en una palabra, todo cuanto la ciencia y la industria moderna han creado para hacer la vida agradable y distraída, ha sido reunido en aquella casa, verdadero palacio de las mil y una noches, cuyo principal atractivo no consiste precisamente en las maravillas del progreso, sino en las bellas cuanto simpáticas hijas del bizarro oficial inglés, quienes, lo mismo que su padre, se desviven por complacer á los huéspedes de la capital magrebina.

Algunas veces nos reunimos para hacer música, y casi nos

olvidamos de hallarnos en Marrakesh al escuchar los *couplets* de las operetas inglesas á la moda *Florodora* y *The belle of New York*, estrenadas no ha mucho tiempo, deliciosamente cantados por Miss Nora Mac-Lean, ó por Misis Verdun, la esposa del médico inglés. A estos alicientes hay que añadir el grafófono, siempre distraído, y las vistas del cinematógrafo, que por un breve instante nos trasladan á la vieja Europa, de la que nos parece hallarnos extraordinariamente alejados. En otros momentos, el jefe instructor de las tropas imperiales, recordando su país natal, empuña la característica gaita escocesa, y nos hace oír algunas de las melancólicas y sentidas melodías populares de los *Highlands*. Entre la música y la charla alegre y entretenida, el tiempo transcurre sin sentir, y al terminarse la velada y abandonar aquella hospitalaria casa, se recibe una sensación extraña al verse nuevamente rodeados de árabes de todas clases, que chillan y gesticulan, al mismo tiempo que nos traen las mulas que deben conducirnos á nuestra residencia. El contraste resulta tan brusco como inesperado, y de la sociedad culta y civilizada caemos en la mayor barbarie.

También tenemos reuniones íntimas en Dar Muley Ali, adonde acuden los pocos europeos residentes en Marrakesh. Desde luego muy pocos son los que faltan á la misa que celebra en el jardín interior el Padre Cervera todos los domingos y días festivos, y no puede darse impresión más original y extravagante que la que nos causa Misis Verdun, vestida de mora y con la cara cubierta por un espeso velo blanco, siguiendo piadosamente los ritos cristianos, religión que profesa como buena irlandesa. Tampoco dejan de concurrir el señor Reina y el bueno de don Mariano, que frecuentemente suelen quedarse á almorzar en nuestra compañía, acompañándonos larga parte de la tarde.

Son también nuestros asiduos contertulios los oficiales de la misión francesa, personas en extremo agradables y muy conocedoras del país, que nos relatan muy interesantes detalles acerca de los usos y costumbres magrebinos. Como son los encargados de instruir á la artillería del Sultán, conocen á fondo el ejército marroquí, y nos dicen que la mayor parte de los Kaid-er-Rhá, apenas toman posesión de su destacamento de mil hombres, licencian á la mayor parte de ellos, á fin de ahorrarse los gastos que ocasiona su manutención. Semejante abuso los suele colocar en muy difícil situación cuando se organiza una revista, pues entonces tienen que ir reclutando gentes de todas clases y edades para cubrir de cualquier modo las bajas existentes. La cuestión es beneficiarse á costa

del erario público, precepto primordial que no deja de poner en práctica ningún mahometano.

Salvo estas reuniones de sociedad, nuestra vida no puede ser más tranquila y sosegada. Empleamos la mañana en los trabajos de Cancillería, que no son ni con mucho diarios, ó bien en dar algún paseo por el interior de la ciudad, ya en visitar monumentos, ya en recorrer bazares y mercados. El centro del día lo dedica cada cual á sus quehaceres íntimos, hasta la tarde, en que se suele organizar alguna expedición ecuestre á las afueras de la ciudad, que suele prolongarse hasta el anochecer, hora en que todo el mundo se congrega en Dar Muley Ali para la comida, después de la que solemos pasear por el delicioso jardín interior de nuestra vivienda. Entonces Jaime de Ojeda saca su violín, y yo armo mi pequeño órgano portátil, amable compañero de viaje que me ha proporcionado muy buenos ratos de solaz y esparcimiento, dedicándonos durante largas horas al cultivo del divino arte de los sonidos. Las hermosas melodías de *Aida* y *Lohengrin* resuenan en la noche, turbando los arrullos de los pájaros que se esconden en las ramas de los naranjos y limoneros, y el apacible murmullo de las fuentes; mientras que la gigantesca Kotubia, tan aérea como elegante, parece inclinarse por encima de las murallas del patio para escuchar aquella música tan hermosa, para ella desconocida, y que de cuando en cuando, un extraño cantar, lleno de melancolía y triste como un lamento, rasga los aires y desciende desde las alturas, como protestando de la intrusión de nuestro arte y de nuestra civilización. Es la voz del almuédano, que, ajeno á todas las manifestaciones mundanas, invita á los fieles creyentes á elevar sus corazones al supremo Señor del Universo.

A pesar del largo tiempo de residencia que llevo en Marrakesh, no he podido aún acostumbrarme á esta tristísima canción, verdadero gemido lleno de nostalgia y sufrimiento, que se escucha diversas veces durante el día y la noche, siendo raro el amanecer que no me despierta produciéndome una verdadera sensación de angustia, aquella voz tétrica y lúgubre alterando el profundo silencioso ambiente, y extendiéndose sobre el dormido palacio de Muley Ali, que domina desde lo alto del minarete de la gran mezquita vecina; y entonando un planidero lamento, mezcla de amenaza y anatema, que se me figura dirigido contra los infieles que se atreven á profanar el sacrosanto suelo del Magreb.

11 de Junio.

En compañía de la señora y señoritas de Mac-Lean, la señora de Ojeda y su hija han ido hoy á visitar el harén del Ministro de la Guerra, el elegante cuanto simpático Menebbi. Inútil creo decir aquí que todo el día hemos estado impacientes aguardando el regreso de nuestras amables compañeras, para conocer las impresiones que habían recibido. El misterio que rodea á las mujeres árabes las reviste de una aureola fantástica que excita nuestra curiosidad, y nuestra imaginación, exaltada por el deseo, se imagina á las habitantes de los diversos harenes del Imperio, como otras tantas huries bajadas del mismísimo paraíso del Profeta. En vano la experiencia nos demuestra lo absurdo y exagerado de tales imaginaciones; queremos soñar á todo trance con bellezas celestiales y dechados de todas las gracias cantadas por los eróticos poetas del Islam. Las frases del *Cantar de los cantares* acuden á la mente; no podemos dejar de pensar un solo instante en todas las maravillas que deben encerrar aquellos cuerpos torneados como torres de marfil, y gráciles como palmeras del desierto.

La visita ha sido bastante larga, durando desde el mediodía hasta bien entrada la tarde, y las damas europeas han almorzado en compañía de la madre y esposas del Ministro de la Guerra. Según nos dicen, fueron tratadas con verdadera esplendidez, sirviéndoles exquisitos manjares aderezados á la moruna, entre los que figuraban succulentas truchas pescadas en los arroyos y torrentes de la montaña. Las demás viandas consistieron, conforme á la costumbre, en varias clases de alcuzcuz, carnero, pollos y pichones, presentados y condimentados de muy diversas y extrañas maneras, é inmensa cantidad de pastas y dulces de infinitas especies. Para que nada faltase, el agua y las bebidas aromáticas que servían las numerosas esclavas, habían sido refrescadas gracias á nieve traída del Atlas, lo que demuestra la galantería y magnificencia del ilustre prócer marroquí.

Pero si mucho se ha hablado del fausto y esplendor del magnate, no han sido tan interesantes las noticias que hemos sabido acerca de las individuos que componen su numerosa familia. Una vez más se ha ratificado lo que nos habían dicho acerca de las mujeres árabes: á saber, que son verdaderas muñecas desprovistas de bellas formas, y sin ninguna clase de alicientes espirituales. Embrutecidas por una vida puramente vegetativa, ajenas en absoluto al mundo exterior, circunscritas á no salir del reducido recinto que tienen destinado para su uso, celosamente vigiladas en todos sus actos, sometidas á

los caprichos del amo, que las considera como meros objetos de placer, acaban por convertirse en seres sin alma, en quienes se desarrollan los más aviesos instintos. El interior de los harenes suele ser el teatro de los más espantosos dramas, motivados por la rivalidad y la envidia. Mujeres legítimas, concubinas y esclavas, viven reunidas, aguardando igualmente un capricho del dueño y disputándose sus caricias. Al efecto, sólo piensan en ataviarse y revestirse con toda suerte de adornos, creyendo quizás embellecerse, lo que será posible para ojos mahometanos, porque para nosotros, según declaración de nuestras compañeras, se ponen hechas verdaderos adefesios, á fuerza de pinturas y afeites que acaban por modificar los rasgos esenciales de su fisonomía.

Ignorantes de todo, desconocen hasta la ciudad que las ha visto nacer, cuyas plazas y calles sólo han podido ver desde las azoteas, rodeadas de almenas que coronan sus viviendas, puesto que, según el adagio musulmán, sólo tres umbrales deben atravesar las mujeres honestas durante su vida: el del claustro materno, el de casa de su esposo y el del cementerio. Mis Mac-Lean, para hacerme comprender la espantosa ignorancia de aquellas desgraciadas, me ha contado que una de ellas le preguntó:—¿Dime, dónde vives?—En el *Soko de Djemma el Fendá*—contestó la inglesa. A lo que repuso la oriental, toda extrañada:—¿Dónde está? ¡En mi vida oí hablar de semejante lugar!—y eso que la tal plaza es el principal centro de la capital magrebina, algo así como la Puerta del Sol de Madrid, el bulevar de los Italianos en París, ó Trafalgar Square en Londres.

Mientras ha durado la visita, el principal interés de las mujeres árabes ha consistido en examinar prolijamente las diversas prendas que constituían el traje de las damas europeas. Muchas de aquellas vestiduras les arrancaron gritos de asombro y exclamaciones de sorpresa. También se entretuvieron en iniciarlas en los misterios del tocador de las bellezas orientales, explicándoles el uso de los innumerables afeites que emplean para desfigurar—que tal cosa hacen en realidad—la obra primitiva del Supremo Hacedor. En estos juegos, y comiendo pastas y golosinas, á las que tan afectos son todos los árabes, han pasado nuestras compañeras la tarde, regresando á Dar Muley Ali, si bien satisfechas por haber penetrado en los misterios de la vida de familia de los mahometanos, un tanto impresionadas por la triste suerte que sufren las mujeres marroquíes, consideradas como simples instrumentos de placer y meros objetos de distracción y recreo.

14 de Junio.

Existe en las cercanías de nuestra vivienda una espléndida mezquita, que había descuidado hasta hoy, pero que he visitado esta mañana en compañía del Padre Cervera. Muchas veces, al dirigirnos á caballo hacia la puerta de Dukala, habíamos observado la interesante construcción, chocándonos, desde luego, sus amplias proporciones; pero distraídos con otros monumentos arquitectónicos de mayor importancia, ó con el fin determinado de nuestro paseo, no concedimos gran atención á la aljama de que me ocupó, hasta que una curiosa leyenda ligada á su fundación, que ha llegado á nuestros oídos, nos ha obligado á fijarnos en ella.

Conforme á la historia, la mezquita aljama, vecina á la puerta de Dukala, fué fundada por la noble Mesoda, madre de Almanzor, hija del muy ilustre Xiej Abú-el-Abbás Ahmed-ben-Abdallah-el-Vazquiti-el-Varzazati (1), «una de las mujeres virtuosas, ansiosas de hacer el bien y de obrar cosas honrosas y dignas de elogio. Ella fué la que ideó la construcción del santuario del barrio de Dukala en la ciudad de Marruecos, dejando copiosos bienes para su sostenimiento, lo cual se verificó el año 995 de la hégira.» Pero si tal dicen los cronistas, el vulgo añade nuevos detalles, refiriendo que la mezquita fué construida en compensación de la falta cometida por la Sultana violando el santo precepto que ordena la cruda abstinencia del Ramadán.

El caso es que hallándose la noble Mesoda en estado de anjos y caprichos, entró cierto día del sagrado mes del Ramadán en uno de los más hermosos huertos de las propiedades reales, viendo en él varios albérchigos y granados cubiertos de hermosos frutos. El calor era sofocante, y la Sultana no pudo resistir la tentación; extendió la mano y comió de ambas frutas, faltando al mandato divino, que prescribe la más rigurosa abstinencia, de sol á sol, durante el mes antes citado. Aquella misma noche comprendió Mesoda su pecado, y profundamente arrepentida, deseosa de purgar su falta, confiando en que Allah la perdonaría, comenzó á practicar obras buenas, siendo una de ellas la construcción de la hermosa y espléndida mezquita del arrabal de Dukala. Es fama que desde entonces las mujeres y los niños de Marrakesh entonan canciones sobre dicho acontecimiento, diciendo:

(1) Véase el libro árabe ya citado intitulado: *Kitab el istikza li ag-bar Dul el Magreb el Akza*, escrito en nuestros días por el Xiej Ahmed-ben-Yáled ennaziri esselaui.

*«Auda queletz Romadán,
bel joj u errumán.»*

Lo que quiere decir: Auda comió en Radamán albérchigos y granadas; y al nombrar á la madre de Almanzor, *Auda* (que significa yegua), es porque Auda es contracción de Mesoda, conforme al uso seguido por los bereberes.

La leyenda es bonita y se ha transmitido hasta nuestros días, pues no sólo los chicos continúan cantando el estribillo en cuestión, sino que la ilustre *Auda* fué madre de una raza de insignes guerreros, que aun en el presente se apellidan con orgullo *hijos de la yegua*, y forman una de las kabilas más consideradas y temidas del Imperio magrebino.

Mesoda supo expiar su falta con verdadera esplendidez, edificando un templo notable por sus vastas dimensiones y lujo en la construcción. Aunque el sagrado edificio resulte desprovisto de galas arquitectónicas, sorprende por su elegante traza y amplias proporciones. Naturalmente, nos fué imposible penetrar dentro del recinto sagrado; pero desde sus puertas, abiertas de par en par, pudimos contemplar las armónicas proporciones de su inmenso patio, rodeado de arcos ojivales, y la linda perspectiva de sus múltiples naves, que se perdían en la obscuridad. No sé á qué atribuirlo, pero la mezquita de Dukala, siendo quizás una de las menos importantes de la capital de Marruecos, tiene un sello tan especial y característico, que atrae y seduce. Sin necesidad de la leyenda, se comprende que el edificio es debido á una piedad ingenua y sencilla.

Muy cerca de la mezquita, y en una plaza escondida y apartada, se alza una fuente espléndida, la mejor, sin duda alguna, de Marrakesh, aun incluyendo la tan celebrada de los tintoreros ó del *Muasin*, de la que ya me he ocupado y á la que se asemeja bastante. Ambas han sido construidas siguiendo un plano muy semejante; pero en la fuente de Dukala, los adornos, derrochados hasta la saciedad, son de un gusto más delicado y exquisito, y no se hallan pintarrajeados con aquellos colorines chillones y violentos que tanto molestan y descomponen en la del *Muasin*. No me cabe duda que éste es uno de los más bonitos monumentos que existen en la ciudad.

Como es jueves, nos hemos dirigido desde la mezquita de Dukala al mercado de *Bab el Djemnez*, donde reinaba extraordinaria animación, por ser hoy precisamente el día dedicado á las transacciones comerciales. Verifícase allí la venta de caballos, soliendo concurrir los mejores potros criados en las ce-

lebradas yeguas de Dukala y Abda, las más reputadas y famosas del Imperio. No hemos tenido suerte, puesto que no hemos visto más que animales de escaso valer que no se distinguían, ciertamente, por su belleza. La verdad es que, á pesar del renombre que entre nosotros gozan los caballos de Marruecos, no hemos encontrado hasta ahora ninguno que haya fijado nuestra atención, seduciéndonos por su fina y delicada estampa.

Pero la animación que reinaba en la extensa plaza formaba un espectáculo por demás interesante. Habíanse congregado allí infinidad de criaturas, venidas de todas partes y dedicadas á los más varios comercios. Llamaban la atención los montañeses con sus enormes sombreros de palma trenzada, utilísimos para resguardarlos del sol ardiente, que sin piedad descargaba sus rayos sobre nuestras cabezas; y fué tanto lo que llegué á envidiar aquellos monstruosos artefactos, que no pude dejar de comprar uno de ellos, que pienso aprovechar durante el viaje de regreso. La extrema dilatación de sus alas proporciona una sombra agradable, y su gran flexibilidad, cediendo al dulce vaivén del caballo ó de la mula, acaba por formar una corriente de aire que acaricia dulcemente el semblante. El sombrero en cuestión será feo, pero es práctico, y asevera el dicho famoso: «Dondequiera que fueres, haz lo que vieres.»

No faltaban en el mercado, especie de inmensa feria, numerosos saltimbanquis y poetas ambulantes que formaban corros de ociosos, á quienes distraían con sus juegos y habilidades, é infinitos puestos en que se vendían toda clase de objetos. Nuestro compañero Reginaldo Ruiz se acercó á un comerciante que tenía ante sí dispuestos varios libros dedicados á la venta. A pesar de sus esfuerzos, no pudo conseguir ver nada, pues no sólo el propietario, sino un gran grupo de fanáticos que habían notado nuestro intento, comenzaron á protestar enérgicamente de que los cristianos pretendieran comprar libros que contenían los más preciados frutos de la sabiduría marroquí. Cediendo á indicaciones de la prudencia, hubimos de alejarnos para no excitar la cólera de aquellos suspicaces ignorantes.

Ya bien adelantado el día, emprendimos nuestro viaje de regreso á Dar Muley Ali, á fin de llegar á hora oportuna para el almuerzo. En el camino nos tropezamos con el séquito del almotacen, una de las primeras autoridades de la ciudad, que, después de haber visitado los diversos mercados, tornaba á su domicilio. Este encuentro me hizo pedir informes acerca del régimen interior de la capital, que es gobernada lo mismo

que las demás ciudades del Imperio. El Kaid ó Gobernador, lugarteniente del Soberano, tiene el poder ejecutivo; el Kadi representa el poder judicial, y el almotacen fija el precio de los víveres y juzga los negocios relativos á este ramo de los servicios públicos. El Gobernador tiene á sus órdenes algunos soldados y los guardias necesarios para custodiar las puertas de la ciudad y la entrada de alguna de las calles.

Nuestra vida en Marrakesh sigue deslizándose tranquila y sosegada. Unicamente he de consignar que ya han comenzado las negociaciones con Abd-el-Krim Ben Soliman, nombrado Ministro de Estado, y que las entrevistas tienen lugar en nuestra residencia, todas las tardes, desde anteayer. Esto permite creer que se aproxima el día en que abandonaremos el palacio de Muley Ali para emprender el viaje de vuelta, á no ser que nos detengan las refinadas argucias de los diplomáticos del Sultán.

CAPÍTULO XIII

Sidi-Bel-Abbés y los siete durmientes

Dar Muley Ali, 15 de Junio de 1900.

He cometido esta mañana un acto indiscreto, que pudiera traerme, á ser conocido, consecuencias desagradables, y que, no obstante, deseaba realizar á todo trance. Ya habia visitado todo lo más curioso que encierra la ciudad, y únicamente el famoso santuario de Sidi-bel-Abbés, donde reposan los restos del venerable Morabito, patrono de la capital magrebina, se habia escapado á mi curiosidad. Cuantas veces intenté acercarme á aquellos lugares, por más que haciéndome el distraído encaminaba mi mula en aquella dirección, siempre fui hábilmente despistado por mis conductores, y lo más que pude conseguir fué aproximarse á la puerta del recinto exterior, desde donde únicamente se veía una galería cubierta en la que se encontraban innumerables tiendas, donde se vendian cordones de todas clases. Tantos recelos y tan singulares cuidados excitaban más y más mi deseo. Iba á quedarme algo por conocer en Marrakesh, y esto no podía consentirlo. Me era

imposible resignarme á no dar un vistazo siquiera brevísimo, aunque no fuera más que al exterior del santuario, para poder formarme una idea de aquel lugar tan sagrado y famoso en todo el Imperio de Marruecos. No sabía cómo realizar mi propósito, cuando el bueno del *Tebib*, Mariano, mi acompañante y guía cariñoso en toda suerte de expediciones, acudió en mi ayuda, proponiéndome intentar una excursión matutina, en la que trataríamos, siguiendo ciertos caminos escondidos y excusados por él conocidos, de penetrar hasta el patio del hospital, donde se alza la *Zauia*, ó tumba del célebre santón.

Inútil creo decir que la proposición fué inmediatamente aceptada. No comunicamos á nadie nuestro proyecto, temerosos de advertencias ó prohibiciones que hubieran resultado inútiles, y con gran sigilo lo preparamos todo. Esta mañana, á primera hora, salí de Dar Muley Ali, diciendo que pensaba ir á dar un paseo por el campo, y me dirigí á casa de don Mariano, donde habíamos convenido reunirnos. No había podido burlar la vigilancia del cuerpo de guardia, y me acompañaba, por consiguiente, el inevitable *askar*, que no se separa de uno más que la sombra del cuerpo. A pesar de este obstáculo, decidimos llevar á cabo nuestro intento, y partimos de casa de mi amigo en dirección al santuario de Sidi-bel-Abbés. Hubimos de atravesar casi toda la ciudad, á la sazón silenciosa. Con la escasa luz de la mañana, las estrechas y tortuosas calles que recorrimos presentaban un aspecto siniestro y fantástico. El silencio era casi absoluto, y únicamente nosotros turbábamos aquella calma augusta y majestuosa.

Mi ardiente deseo iba á realizarse, y la curiosidad legítima que me inspiraba una fundación única en el Imperio de Marruecos, á quedar satisfecha por completo. Para comprenderla claramente hay que advertir que el santuario de Sidi-bel-Abbés es el único establecimiento de beneficencia que existe en todo el Magreb, que su fama es extraordinaria entre los que practican la religión mahometana, que á él acuden peregrinos de todas partes, y que allí, á todas horas y todos los días, los pobres reciben limosnas y encuentran hospitalidad. Se trata también de un lugar de asilo inviolable, donde se refugian los criminales y cuantos se ven perseguidos por la autoridad. Por último, las propiedades que posee tal fundación religiosa se valúan en más de un millón de duros, no siendo lícito, bajo las más grandes penas, enajenarlas ni destinar sus rentas á otro objeto más que á la conservación del culto y al socorro de los menesterosos y enfermos. Se cuentan maravillas de las riquezas del santuario, donde se verifican continuos milagros, y las proporciones del hospital y hospe-

dería son tan grandes, que se asegura contienen habitaciones para 1.500 personas. Refiere el ilustre Ali Bey, que cuando él lo visitó, hallábanse allí acogidos más de 1.800 infelices y desgraciados.

Semejante establecimiento benéfico fué fundado hace muchos años en honor y devoción de Sidi-bel-Abbés, uno de los más ilustres y venerados santos de Marruecos, cuya historia, según es relatada por los escritores árabes, resulta en extremo interesante. Sidi-bel-Abbés era un Sheriff dueño y señor de Ceuta, por lo que era conocido bajo el apodo de *el Cepti*. Sus grandes virtudes y su religiosidad nada común le valieron fama de santidad. Un día que dormía en su casa, se despertó de improviso y halló ante sí á un mendigo harapiento y miserable, de rostro severo y compungido. Conmovido por tanta desgracia, se compadeció el santón, y hubo de preguntarle en tono cariñoso que en qué podía servirle y si deseaba algo. «Nada—repuso el mendigo,—sólo quiero avisarte el desastre que pronto ocurrirá en la ciudad de Ceuta. Tú eres bueno y no mereces que tus ojos presencien cómo los cristianos mancillan la tierra musulmana y escarnecen nuestra santa religión. El mal es irremediable. Así lo quiere Allah para castigo de pecadores, y ninguna fuerza humana podrá oponerse á sus designios.» En vano intentó el bueno de Sidi-bel-Abbés averiguar algo más, pues el misterioso mendigo desapareció de su vista, sin que le fuese dado explicarse cómo ni de qué manera.

Quedó el santón perplejo, preocupado y meditabundo por tan fatídica y terrible revelación, y tras largas cavilaciones comprendió que Allah, en su infinita misericordia, se había valido de aquella aparición extraordinaria para advertirle del peligro inminente que corrían él y los suyos y de la desgracia próxima á caer sobre su querida ciudad. En vista de lo que resolvió pasar el resto de la noche en oración, y á la mañana siguiente todo el pueblo de Ceuta pudo contemplar con extrañeza á Sidi-bel-Abbés, que, sentado en la puerta de su casa, gritaba con voz triste y cavernosa á cuantos por allí transitaban: «¿Quién quiere mis riquezas en cambio de un pan caliente?» Muchos escucharon la extravagante pregunta, sin hacer ningún caso, y la generalidad creyó que el inspirado de Allah había perdido el juicio. Únicamente un hebreo que por allí acertó á pasar, al oír la rara petición, se detuvo y ofreció á Sidi-bel-Abbés lo que pedía. Tomó el santón la ofrenda del hebreo, y al punto exclamó con acento tétrico y dolorido: «¡El pan está frío! Lo que prueba que los cristianos lograrán su intento sin el menor esfuerzo.» Y sin añadir una palabra más, confiado en la voluntad divina, abandonó el Sheriff sus pose-

siones y riquezas en manos de sus amigos, entregando gran parte de sus bienes al mismo judío que había accedido á su demanda, y emprendió su viaje á Marrakesh, donde habitó hasta su muerte, dedicado á la contemplación divina, en una ermita que edificó en una de las cumbres del Guiliz, por lo que aquel monte es hoy considerado como *jorim*, es decir, sagrado, y sirve de refugio á los perseguidos por la justicia marroquí.

Ya he contado en otro lugar cómo la desgracia sucedida á Mr. Green, Ministro de la Gran Bretaña, después de haber profanado en sus cacerías aquellos sitios consagrados, acrecentó la fama del santuario y el respeto y veneración que inspiraba. Volvamos, pues, á la historia del santón y á lo que acaeció en Ceuta después de su marcha. No había pasado mucho tiempo cuando un comerciante portugués propuso al mismo judío que ofreciera el pan caliente á Sidi-bel-Abbés cierto lucrativo negocio, que éste se apresuró á comunicar al Gobernador de la plaza, con quien se puso de acuerdo para aceptarlos. Cerrado el trato, comenzaron las negociaciones, y cierto día apareció á la vista de la ciudad una fragata portuguesa cargada de riquísimas mercancías. Fué descargando poco á poco, y los efectos llenaron todos los almacenes disponibles, tanto, que no siendo éstos suficientes, fué necesario dejar en medio de las plazas de la ciudad gran número de barriles y cajas. Nadie recordaba ya las fatídicas predicciones de Sidi-bel-Abbés. Como el siguiente día era festivo, los moros acudieron, según la costumbre establecida, á la mezquita, y cuando todo el pueblo escuchaba la lectura del Alcorán, pudo oír con verdadero asombro que á las llamadas de los clarines de la fragata respondían otros clarines desde el interior de la plaza. Era que los portugueses se habían introducido dentro de la ciudad encerrados en aquellas cajas y barriles que quedaron depositadas en las plazas públicas, y que aprovechando el descuido de los habitantes se apoderaban sin la menor dificultad de las murallas y de la fortaleza. Los pobres moros, sorprendidos, desprevenidos y sin armas, no tuvieron más recurso que la huida, lo que les fué difícil por hallarse las puertas cerradas. Las profecías de Sidi-bel-Abbés se habían cumplido y Ceuta era posesión de los cristianos, sin que desde entonces hasta ahora volviera nunca á ser rescatada. Tan terrible catástrofe dió origen á la costumbre, aun hoy día vigente, de que nunca se cierran las puertas de las ciudades durante la hora de la oración del mediodía.

Esta es la historia, que más bien tiene visos de leyenda, referida por los árabes y que á mi entender nada tiene de ve-

ridica, sobre todo si nos atenemos á lo ocurrido en realidad cuando la conquista de Ceuta por los portugueses en 1415. La fantasía oriental ha revestido la verdad con colores maravillosos, tratando de hacer intervenir lo sobrenatural en sucesos que nada tienen de extraordinarios, y convirtiendo la historia en un cuento de las *Mil y una noches*, porque es indudable que la introducción de los soldados portugueses en la ciudad, escondidos dentro de barriles y cajas, recuerda mucho la portentosa fábula de Ali Baba y los cuarenta ladrones. Respecto á Sidi-bel-Abbés, supongo que sería un santón, fanático y exaltado, con sus dejes de loco y monomaniaco, como tantos otros que abundan en el Imperio; pero, no obstante, hay que reconocer que inspira á los árabes una veneración y un respeto sin límites. Su tumba es considerada como lugar sacratísimo, é infinitos son los milagros que se dicen obtenidos por su intercesión.

Con gran sigilo, dando extraordinarios rodeos y metiéndonos por callejuelas imposibles, nos fuimos aproximando al famoso santuario. Los askaris que nos acompañan, sin comprender nuestros propósitos, nos seguían solícitos y resignados. Por mi parte, había perdido la pista; de modo que cuando aún me suponía muy lejos del fin de nuestra excursión al doblar una calleja estrecha formada por dos altas murallas, me encontré dentro del patio destinado á las abluciones, que comunicaba por una amplia puerta con otro de los grandes patios interiores que rodean á la *Zauia*, situada precisamente frente por frente del lugar donde nos hallábamos. Nuestros askaris, asombrados del acto que realizábamos, que no podían explicarse, nos seguían entontecidos, y la multitud de enfermos y lisiados que llenaba el patio del hospital, entregada por completo á la oración, no había notado aún nuestra presencia. Cometíamos una imprudencia que podía costarnos cara; así que sólo nos detuvimos un brevísimo instante, el tiempo preciso de lanzar una mirada al interior y de apretar el botón de mi maquinilla fotográfica, y nos alejamos precipitadamente, seguidos de nuestros guardianes, que no volvían de su asombro, no sin escuchar infinidad de imprecaciones y notar algún que otro gesto de amenaza.

Mi propósito se había realizado. Había visto lo que deseaba, y declaro que el cuadro, á pesar de sus horribles detalles, era interesante y por demás curioso. Una vez más pude comprobar la veracidad de las descripciones del ilustre Ali Bey-el-Abbasi. Aquella era la misma *Zauia* cuadrada de que él nos habla, «terminada en una cúpula octógona, cuya armazón está adornada de tallas y pintada de arabescos, y cubierta por

fuera con tejas barnizadas de color verde». La fachada del santuario es sobria y severa; consta de dos cuerpos: el inferior, un tanto saliente, forma una especie de galería cubierta ó pórtico, que precede á la entrada principal, situada, por una curiosa anomalía, no en el centro de la construcción, sino en uno de sus extremos. El segundo cuerpo, que se eleva á respetable altura, está adornado con ventanas y con un hermoso friso compuesto por ladrillos esmaltados con arabescos de delicados contornos y finos colores. A pesar de su extremada sencillez, el conjunto resulta armónico y elegante.

Desde donde me encontraba podía dirigir mis miradas al interior del edificio, pues la puerta principal, completamente abierta, se hallaba precisamente frente á mí, y los dos arcos del pórtico que la precede me facilitaban también la visión. En el centro de la vasta sala se alzaba el túmulo donde reposan los venerables restos del santo patrono de Marrakesh. La tumba se hallaba cubierta con muchas telas de lana y seda, unas sobre otras, lo que impedía ver de qué estaba construida; á uno de sus lados se encuentra la caja dispuesta para recoger la limosna de los fieles, y lo mismo el pavimento que la parte de las paredes que me era dado ver, estaban revestidas de tapices y otras riquísimas telas. Infinidad de lámparas iluminaban el santuario, donde recitaban sus rezos innumerables fieles. El cuadro, con su luz suave y sus infinitos colorines, tentaría seguramente la paleta de un pintor.

Rodean á la *Zauia* varios patios cerrados por arcadas y galerías cubiertas que comunican con las estancias destinadas á alojamiento de los pobres, estropeados, inválidos y viejos, y como el santuario de Sidi-bel-Abbés es el único establecimiento de beneficencia que existe en todo el Imperio, inútil creo decir que una multitud de miserables de todas edades tiene constantemente invadido el hermoso edificio. En el patio donde me hallaba pululaba una turba de seres asquerosos, cubiertos de llagas y tumores, pústulas y costras, que causaban repugnancia. Todas las monstruosas enfermedades de que nos habla la Biblia: la lepra, el lupus, la elefantiasis y otras que corroen el cuerpo humano convirtiéndole en montón de podredumbre, podían estudiarse allí en todo su lúgubre y fatídico esplendor. La imaginación es incapaz de crear nada más espantoso, y el efecto es terrible, sobre todo si al horrible conjunto de tantos males se añade la suciedad ambiente y la falta de todas aquellas sabias disposiciones que la higiene prescribe para los establecimientos de esta naturaleza. La mortalidad en Sidi-bel-Abbés debe ser considerable, pues nada se hace para evitar el contagio, siendo verdaderamente asom-

broso que los terribles gérmenes de infección que allí se desarrollan no se extiendan por toda la ciudad y destruyan en pocos días á sus habitantes. Por otra parte, consuela un tanto saber que todos aquellos infelices encuentran al menos un asilo donde son alimentados y socorridos con el producto de las limosnas y las rentas de la mezquita, que son administradas, Dios sabe cómo, por el jefe del establecimiento, á quien se da el título de *el Emkaddem*, lo que quiere decir el viejo ó el anciano, y á quien se tributan singulares respetos y homenajes, considerándole casi como en olor de santidad.

Aunque no existe ninguna ley positiva en favor de la inmunidad de Sidi-bel-Abbés, la costumbre ha establecido que entre los muros del venerado santuario hallen amparo los perseguidos por el despotismo; refugiados en aquel recinto, pueden negociar el perdón y aguardar la restitución del goce de sus derechos, en la seguridad de que su asilo no será violado. La opinión pública es unánime sobre este particular, y el Monarca que abusando de su poder se atreviera á proceder contra tal práctica, se perdería sin remedio, pues causaría una revolución religiosa, cuyas consecuencias nadie puede prever.

En esta parte el fanatismo musulmán es inflexible, y los lugares declarados santos por la creencia popular son de todo punto inviolables. La consagración puede recaer lo mismo sobre una persona que sobre un objeto, y de tal creencia procede la extraordinaria influencia que ejercen en el Imperio los famosos Sheriffs de Wazán y Tedla, que son venerados al par de los más santos morabitos. Aún hay más: la superstición popular puede declarar santificado un objeto cualquiera, como ocurre con cierto cañón que se custodia en Rabat, y que á fuer de milagroso, es cuidado con esmero, estando siempre cubierto con infinitos trapos mojados en aceite, que lo resguardan de la intemperie y del moho. No hay que advertir que cuantos desgraciados se acogen al citado cañón ó siquiera á su cureña, son declarados inviolables en tanto permanecen guarecidos junto al objeto consagrado. ¡Extrañas costumbres de épocas remotas, que denotan una vez más la crasa ignorancia de este pueblo en decadencia!

El patio excusado desde donde habíamos podido lanzar una mirada al interior del santuario de Sidi-bel-Abbés, mereció fijar nuestra atención. Allí es donde los fieles practican las abluciones prescritas por el ritual antes de la oración, pues los musulmanes creen que para presentarse delante del creador y hacerse digno de sus miradas, es preciso que el cuerpo del hombre se halle enteramente puro. De aquí la institución de

semejantes abluciones, consistentes en lavarse las manos tres veces seguidas, el interior de la boca, oídos y narices, la cara, brazos y cabeza, y por último, los pies. Hay además abluciones generales que han de hacerse lavándose todo el cuerpo, precisamente los viernes, antes de la oración del mediodía, llamada *El aïssar*, y después de haber cumplimentado ciertos actos reputados impuros. Donde no se encuentra agua, pueden verificarse las abluciones usando tierra ó arena, y así se practica en el Desierto. Por último, también se hacen frotándose las partes indicadas con las manos, después de haberlas aplicado sobre una piedra, sistema empleado por los navegantes durante sus viajes, puesto que el agua del mar se considera como inútil al objeto.

Siendo tan necesarias las abluciones antes de la oración, es natural que en todas las mezquitas se encuentran departamentos destinados á practicarlas. El que existe en la *Zauia* de Sidi-bel-Abbés, aunque está un tanto abandonado, fué instalado con verdadera esplendidez: hay allí tres ó cuatro piscinas abiertas á flor de tierra, cubiertas por una especie de templete y rodeadas de asientos de piedra para facilitar á los fieles el cumplimiento de su cometido.

Terminada nuestra brevisima visita al famoso santuario, regresamos á Dar Muley Ali, y en el camino quedé convenido con el *Tebib* Mariano que esta misma tarde verificaríamos nuestra expedición á las Siete Kubbas, que contienen los restos de los siete durmientes, complemento indispensable de nuestra visita á Sidi-bel-Abbés. Como hemos realizado un acto arriesgado, que algunos con justicia podrán considerar como imprudente y expuesto á acarrear consecuencias desagradables, dado el fanatismo de los musulmanes, á nadie dijimos en qué habíamos empleado la mañana, y después de almorzar, yo me he recluso en mi habitación para hilyanar estos apuntes y tomar datos acerca de los famosos siete durmientes, á quienes hace referencia Mahoma en su Alcorán, por cuya causa son objeto de la mayor adoración por parte de los sectarios del profeta.

16 de Junio.

La leyenda de los siete durmientes, originaria del Asia Menor, es á un mismo tiempo creída por los cristianos y los musulmanes. Cuenta el Profeta en su importante libro la curiosa y extraña aventura de los compañeros de la caverna y de Al-drakim: «que es una de las manifestaciones grandes de Dios, y una cosa extraordinaria», incluyéndola en el cap. XVIII,

que fué dado en la Meca, consta de 110 versículos, y se denomina *El cahaf* (1), ó sea precisamente la caverna.

Como estamos entre fieles creyentes de Mahoma, me parece preferible atenerme á la versión histórica que del maravilloso suceso refiere el Profeta de Allah, sin perjuicio de estudiar después lo que entre los escritores cristianos se dice acerca del particular. Tanto más, cuanto que el relato contenido en el Alcorán fué dictado por el mismo Todopoderoso, que es quien indiscutiblemente debe conocer mejor que nadie la verdad de lo ocurrido.

Según Allah manifestó al Profeta, cuando los jóvenes entraron en la caverna, le dirigieron la siguiente plegaria: «Señor, cúbrenos con la sombra de tu misericordia, y haz que la justicia divina dirija nuestros actos», y entonces—creo lo mejor transcribir el texto sagrado:

Vers. 10. Nosotros les hundimos en un sueño profundo y misterioso que duró largo número de años.

Vers. 11. Nosotros les despertamos después, para ver cuál de ellos sabría mejor calcular el tiempo que en aquel lugar habían permanecido.

Vers. 12. Nosotros te contaremos su historia con verdad. Esos niños creían en Dios, y por eso fortalecimos su fe.

Vers. 13. Pusimos la constancia en sus corazones, cuando rindiendo homenaje á la verdad, dijeron: «Nuestro Dios es el Soberano del cielo y de la tierra: no invocaremos á ningún otro, pues de hacerlo, seríamos unos impíos.»

Vers. 14. «Nuestros conciudadanos adoran otras divinidades distintas del verdadero Dios. ¿Pueden acaso mostrarnos una prueba evidente de la veracidad de sus deidades? ¿Hay alguien más culpable que aquel que forja mentiras acerca del Creador?»

Vers. 15. Entonces se dijeron los unos á los otros: «¿Si los dejáramos, lo mismo que á los falsos ídolos que adoran como si fueran el verdadero Dios, y nos retiráramos á una caverna? La misericordia divina velaría sobre nosotros, y proveería seguramente á nuestras necesidades.»

Vers. 16. Todo el tiempo que permanecieron ocultos en la caverna, se vió al sol respetar su ingreso. Cuando se levantaba dirigía hacia la derecha sus rayos inflamados, los inclinaba hacia la izquierda cuando proseguía su curso en dirección al ocaso. La omnipotente mano del Todopoderoso obró este mi-

(1) Para todo este pasaje he tenido á la vista la interesante y erudita traducción del Alcorán, hecha por Kassimirski.

miento cuando hayas olvidado alguna cosa y di: Quizás él me ilumine y me dé á conocer la verdad.

Vers. 24. Esos niños estuvieron en la caverna trescientos años, más nueve.

Vers. 25. Dios sabe perfectamente el tiempo que allí quedaron. Todos los secretos de los cielos y de la tierra le son conocidos. Todo lo ve y todo lo oye. No hay mejor protector que Él, pero no se asocia á nadie en sus juicios.

Vers. 26. Lee el Alcorán que Dios te ha revelado. Su doctrina es inmutable y no hay amparo contra las resoluciones del muy alto.»

He preferido copiar la brillante poesía oriental á narrar con mi prosa ramplona la interesante leyenda cuyos protagonistas tan gran devoción inspiran á los habitantes de Marrakesh, lo que no obsta para que los cristianos, al menos durante la Edad Media, les tributasen singular veneración. La historia de los siete durmientes fué introducida en Europa por Gregorio de Tours, de quien la tomó Jacobo de Voragine, para incluirla en su deliciosa *Leyenda áurea*.

Siguiendo las tradiciones cristianas, el misterioso episodio acaeció en Efeso—en lo que se diferencia de las leyendas musulmanas, que lo hacen ocurrir en Tarsis de Cilicia,—hacia el año 251 de nuestra era, durante el reinado de Decio. En aquellos tiempos hubo una gran persecución contra los cristianos, y siete jóvenes llamados Malco, Maximino, Marciano, Dionisio, Juan, Serapion y Constantino (el historiador Metafrasto les da distintos nombres), que profesaban la nueva doctrina, huyendo del peligro, se refugiaron en una caverna, cuyo ingreso hizo murar el prefecto de la ciudad, apenas tuvo conocimiento de que en ella se ocultaban los fugitivos. Trescientos setenta y dos años después, en el trigésimo del reinado de Teodosio, se suscitó la herejía, que negaba la resurrección de los muertos, y precisamente entonces fué cuando se presentó en la ciudad uno de los siete jóvenes mártires, que en unión de sus compañeros había permanecido durmiendo en la caverna murada tan largo espacio de tiempo. Los durmientes creían que habían estado ocultos sólo una noche, y grande fué su sorpresa al hallarse con que todo estaba transformado, y que el cristianismo, antes perseguido, triunfaba por completo. Tan maravilloso acontecimiento admiró, como era natural, á los habitantes de Efeso, de modo que el mismo Emperador, acompañado por el clero y los magnates, fué á visitar la cueva y á sus santos habitantes. Apenas Teodosio y los que componían su séquito pudieron cerciorarse del milagro, los siete durmientes entregaron sus almas á Dios, que de esta manera

lagro. Aquel que está con Dios se halla en el verdadero camino. Aquel que lo pierde no encontrará jamás la luz, y no tendrá más protector.

Vers. 17. Se les hubiera creído despiertos, y dormían. Nosotros les volvimos á uno y otro lado. El perro que les acompañaba quedó acostado á la entrada de la gruta con las piernas extendidas. Cualquiera que los hubiera visto de improviso, lleno de espanto, despavorido, huyera.

Vers. 18. Nosotros les sacamos de su sueño á fin de que se interrogasen unos á otros.—¿Cuánto tiempo, preguntó uno de ellos, hemos permanecido en esta caverna?—Un día, le respondieron, ó aun quizá menos tiempo todavía.—Dios sabe, dijeron los demás, el tiempo que hemos dormido aquí. Envíenos alguno de nosotros con este dinero á la ciudad (1) para que compre alimentos. Que el que vaya se comporte con cortesía, y guarde silencio sobre el lugar de nuestro retiro.

Vers. 19. Si los habitantes de la ciudad nos hallaran, seguramente nos lapidarian, ó nos obligarían á convertirnos á su idolatría, y perderíamos la felicidad para siempre.

Vers. 20. Nosotros les conducimos á sus conciudadanos, á fin de que vieran el cumplimiento de las promesas del Señor, porque sus palabras son inmutables. La ciudad entera disputó acerca de ellos. Se propuso construir un santuario sobre la caverna que les dió asilo. El cielo les protegía, y los fieles que defendían su causa exclamaron:—Sin duda, levantaremos en aquel lugar un templo.

Vers. 21. Se discutirá sobre su número, y se dirá que eran tres y el perro, cinco y el perro, siete y el perro (2); pero intentar averiguarlo es querer penetrar un misterio que pocas personas saben. Conténtate con decir: Dios conoce perfectamente su número, y con esto basta.

Vers. 22. No hables del particular sino bien informado, y no cuentes tan peregrina historia á los infieles.

Vers. 23. No digas nunca: Yo haré esto mañana, sin añadir, si tal es la voluntad de Dios (3). Eleva hacia Él tu pensa-

(1) Se refiere á Tarsis de Cilicia.

(2) El número más seguro es el de siete, conforme al parecer del ilustre comentarista del libro santo de los musulmanes, Ehnabbas.

(3) Según cuentan los comentadores, este versículo fué revelado á Mahoma, á consecuencia de que habiéndole preguntado en cierta ocasión algunos cristianos por la historia de los siete durmientes: «Mañana os lo contaré», respondió el profeta, olvidándosele añadir, si tal es la voluntad de Dios. Sin duda por esta razón, los marroquíes dicen á cada paso: *Incha Allah*, es decir, *Si Dios quiere*.

había demostrado palpablemente el dogma de la resurrección de la carne. El Emperador quiso entonces erigir una suntuosa basílica para colocar en ella en magníficas cajas de oro los venerables restos de los santos mártires, pero éstos se le aparecieron manifestándole su deseo de reposar el sueño eterno en la misma gruta donde durmieran tan milagrosamente, y así se hizo, quedando allí sepultados en modestos sarcófagos de piedra, cubiertos con ricos paños de seda. De este modo se hallaban en tiempo de Metafrasto y Gregorio de Tours, según testifican ambos escritores. Desde entonces la Iglesia cristiana colocó á los siete durmientes en la lista de sus santos, fijando su festividad en el día 26 de Julio.

La leyenda se halla citada por primera vez en los escritos de Nicéforo, de quien la tomaron Metafrasto, Sigeberto y Gregorio de Tours, por quien llegó á Jacobo de Voragine. Pero lo más curioso del caso es que los primitivos cronistas griegos aseguran que el milagroso sueño duró desde el año 251 hasta el trigésimo del reinado de Teodosio, afirmando al mismo tiempo que los mártires estuvieron encerrados en la caverna trescientos setenta y dos años, ni uno más ni uno menos. Ahora bien, desde el reinado de Decio hasta el último año del reinado de Teodosio, sólo median ciento cuarenta y cuatro años, lo que prueba la ignorancia y buena fe de los escritores citados.

Respecto á los comentaristas religiosos, hay que reconocer que se hallan muy divididos sobre el particular. La Iglesia romana, siguiendo el parecer emitido por Baronio y Hefele, cree que durante la persecución de Decio, siete jóvenes de Efeso fueron sepultados vivos en una caverna vecina á la ciudad, y que durante el reinado de Teodosio se encontraron sus restos; versión sensata y razonable que parece ser la cierta. En cambio, las iglesias orientales ortodoxas y heterodoxas persisten en afirmar la leyenda, apoyándose en los textos de Nicéforo, Calixto y Cedronio entre los griegos, y de Sigeberto entre los latinos. Lo probable es que Mahoma, cuando como simple camellero se ocupaba en cuidar los negocios de la rica viuda Kadija, oyese contar, en alguno de sus viajes al Asia Menor, la leyenda de los siete durmientes, muy popular entonces como ahora entre los monjes griegos y armenios que por aquellos territorios habitan; que la fantástica tradición impresionase hondamente su imaginación ardiente y soñadora, y que andando los tiempos, cuando se erigió en profeta y se hizo pasar por inspirado de Dios, narrase á sus discípulos el milagroso suceso como cosa sorprendente y maravillosa, incluyéndolo después en el Alcorán, lo mismo que había he-

cho con otras historias procedentes de la Biblia y de los evangelios apócrifos, que aprendería, sin duda alguna, en los mismos lugares.

Es conocida la rapidez con que se extendió la religión del Islam y el fanatismo de sus primeros prosélitos. Cuando los mahometanos invadieron el Asia Menor, al llegar á Efeso encontraron la cueva con las tumbas de los siete durmientes, y desde el primer momento la tuvieron en gran estima, como prueba patente de la veracidad indiscutible de la doctrina del Profeta. Más adelante la nueva religión necesitó mayor expansión, y los herederos del Profeta fueron extendiendo sus dominios. Omar, al frente de numeroso ejército, pasó al África, y la invasión árabe se extendió por toda la costa del Mediterráneo, hasta llegar á los territorios del *Magreb el Akza*, el extremo Occidente, donde se vió detenida por el Atlántico. La formidable avalancha humana debió arrollar á su paso cuanto encontró; pero seguramente así como el río desbordado arrastra en su vertiginosa corriente los restos de cuanto destruye, el ejército invasor debió llevar consigo las ruinas de las civilizaciones que progresivamente iba dominando. Únicamente de este modo puede explicarse, según mi modesto parecer, que las doctrinas de Aristóteles y Euclides fueran á ser enseñadas en las aulas de las *madrizas* de Fez y Marrakesh, en tiempos en que aún eran desconocidas para las naciones herederas de la cultura griega. Por el mismo conducto las leyendas del Asia Menor y del bajo Egipto se propagaron hasta los últimos confines del dilatado Imperio musulmíco, y la tradición de los siete durmientes se fijó en Marrakesh, donde era fama que habian ido á parar los restos de los siete jóvenes, santos para los cristianos y santos para los musulmanes.

Conforme á lo convenido de antemano, ayer tarde visité, en compañía de mi amable guía y fiel compañero el *tebib* Mariano, las *Kubbas* ó santuarios en que reposan los héroes de la poética leyenda. Hállanse situadas en las afueras de la ciudad, pero en un lugar vecino y unido á la famosa y respetada *Zawia* de Sidi-bel-Abbés, cosa muy natural, puesto que los siete durmientes comparten con el venerable santón el patronato de la capital magrebina. El aspecto exterior de las tales tumbas nada de particular ofrece, pues bien poco se diferencian de los innumerables edificios que, dedicados al mismo objeto, se ven en casi todas las ciudades del Imperio. Están constituidos por una especie de cubo de mampostería, coronado por un casquete esférico, y rodeado en su parte más elevada por una serie de almenas dentelladas de forma trapezoidal. En las

fachadas que miran á Poniente, é igualmente en las siete *Kubbas*, se abre la puerta que da ingreso al santuario; pero como todas estaban herméticamente cerradas, nos fué imposible vislumbrar nada del interior, que, á juzgar por lo que podíamos ver, debía ser bien pobre y miserable. Todo el exterior, cúpula y murallas, está enjalbegado y desprovisto de adornos, salvo un arco encuadrado en cada una de las fachadas, y las reducidas ventanas, ó más bien saeteras, abiertas para dar luz á las pequeñas capillas.

El lamentable estado de abandono en que se encuentran las llamadas tumbas de los siete durmientes, es una prueba más de la decadencia de este pueblo, que se olvida de todo, hasta de sus más veneradas tradiciones. No sólo se encuentran deterioradas, sino que contra la costumbre están sucias, conociéndose que hace años nadie se ha cuidado de blanquearlas. Todo esto me hace dudar de que aquellas *Kubbas*, sean las mismas que deseábamos ver, temiéndome, no sin fundamento, hayan, engañado á nuestro guía, cosa muy en connivencia con el carácter de los árabes. Sin embargo, los marroquíes, nuestros acompañantes, aseguran que las siete tumbas que contemplamos son las propias y auténticas erigidas por los devotos en memoria de los siete jóvenes mencionados en el Alcorán, y que aquellos lugares donde nos hallábamos indebidamente, eran de los más santos que hay en la ciudad, por lo que nos instaban á que nos alejásemos cuanto antes. Así lo hicimos, pues habiendo satisfecho nuestra curiosidad en lo posible, convenia obrar con prudencia y no despertar, por si acaso, los suspicaces celos de los fanáticos habitantes de Marrakesh.

No obstante tan rotundas y terminantes afirmaciones, yo no he quedado satisfecho; lo declaro lisa y llanamente. A pesar de las protestas de los askaris que nos han acompañado, á pesar de que ya anteriormente, pero desde respetable distancia, me habían señalado los monumentos que ayer visité como santificados por guardar los restos de los siete durmientes, sigo dudando de la autenticidad de tales tumbas. Lo cierto es que resulta imposible de todo punto averiguar la verdad. Entre los muchos musulmanes que he hecho interrogar, unos han manifestado que la existencia de los venerables santuarios en Marrakesh era cosa conocida en todo el Magreb, y que continuamente acudían peregrinos á visitar los sagrados sepulcros vecinos á la *Zawia* de Sidi-bel-Abbés, mientras que otros declararon no tener ninguna noticia del particular, lo que no es de extrañar conociendo la crasa ignorancia de estas gentes. ¿Obraron con malicia los primeros creyendo agradar-

nos y con suspicacia los segundos? No me atrevo á afirmarlo. Me encuentro en un mar de confusiones; recapacitando, recuerdo haber oído mil alusiones á los siete durmientes y á sus sepulcros, especialmente el día de la llegada á El Kánthara cuando muchos de los individuos de nuestra escolta, cumplimentando una piadosa costumbre, depositaron siete piedras en el montón destinado al efecto, situado en el lugar donde desde las vertientes del Djebilat se divisan por primera vez la cúpula de Sidi-bel-Abbés y las siete Kubbas que rodean al santuario; pero cuando queremos entrar en mayores averiguaciones, no conseguimos sacar nada en claro. Si estos se callan por ignorancia, aquellos lo hacen por mala fe. Los más fanáticos, y por semejante razón no concedo ningún crédito á sus palabras, tanto más cuanto no ignoro la tenaz oposición que hacen á que ningún cristiano penetre los secretos y misterios de la religión mahometana, se muestran profundamente indignados, protestando de que nunca jamás reposaron los restos de los siete durmientes en Marrakesh, y uno de los más exaltados, criado que nos sigue desde Tánger, habla español y acostumbra á mentir con la mayor desvergüenza, me ha dicho en confianza que no hay tales tumbas de los siete durmientes y que lo que hemos visitado no son más que los sepulcros de los cinco hijos de Sidi-bel-Abbés y los de sus dos predilectos discípulos. ¡Lo que muy bien pudiera ser la verdad!

CAPÍTULO XIV

La cuestión de Agadir

Dar Muley Ali 18 de Junio de 1900.

Para dentro de quince días calculamos que podremos emprender el viaje de regreso. Las negociaciones que tanto han tardado en comenzar, marchan á pasos agigantados, y el Ministro de Estado, Sidi-Abd-el-Krim Ben Soliman, que hace ya varios días que viene celebrando conferencias con el señor Ojeda, asegura que muy en breve quedará todo terminado y

satisfechas por completo la legítimas exigencias de España. El que más y el que menos, todos deseamos abandonar la capital de Marruecos y tornar á la vida civilizada. Ya satisfecha la curiosidad y habituados en cierto modo á las extrañas costumbres de estas gentes, nada nos sorprende, y el encanto de la novedad, tan grande en los primeros días, va desapareciendo poco á poco. La realidad se hace paso y tan gran abandono y suciedad acaban por molestar, influyendo en deprimir el ánimo la monotonía de la vida que llevamos; los días se suceden de idéntico modo, y el aislamiento y soledad en que vivimos, reclusos en Dar Muley Ali, sin casi ningún comercio con el mundo exterior, pesa sobre nosotros de terrible modo, tanto, que unánimemente ansiamos tornar á la región de los vivos. En realidad, se diría que vivimos en el reino de la muerte; tal es la impresión que produce la ruina y decadencia del Imperio y de la raza árabe; impresión que ya se hizo notar en los primeros días del viaje, y continuamente va aumentando en intensidad.

Las conferencias se verifican generalmente por la tarde, viniendo el Ministro de Estado á nuestra residencia. Abd-el-Krim Ben Soliman es persona agradable y distinguida, señalándose entre sus compatriotas por poseer una instrucción bastante regular, completada por su viaje á España, y su conversación suele ser en extremo interesante. Según el padre Cervera, habla el árabe literario con rara elegancia, y entre sus compatriotas goza de la fama de gran poeta é improvisador. Durante su estancia en Madrid dió repetidas pruebas de su ingenio, y en las varias veces que hemos hablado con él, nos ha sido posible apreciar su despejada y clara inteligencia. Ameniza sus discursos siguiendo la costumbre oriental con poéticos apólogos, llenos de intención y de gracia. Recuerdo precisamente uno, que nos dijo cierto día en que el señor Ojeda se lamentaba del profundo desconocimiento de Europa y de nuestras costumbres que tienen los marroquies, y aludió á las preguntas que acerca de la extensión de España nos hizo en el campamento del *Kánthara* nuestro simpático Kaid-er-Rha.

Respondiendo á tales interrogaciones, Abd-el-Krim se expresó del siguiente modo: Vivía hace muchos años un desgraciado ciego, que como padeciera tan fatal enfermedad desde el momento de su nacimiento, había llegado á la edad madura desconociendo en absoluto las maravillas de la creación. En sus continuas peregrinaciones, pues sosteniéndose con las limosnas que recogía se veía precisado á ir de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, guiado y conducido por algunas per-

sonas caritativas y piadosas que se condolían de su miseria, oía hablar y referir los portentos creados por Allah y las grandezas del Universo; pero por más esfuerzos que hacía, le era imposible explicarse nada de aquello ni comprender lo que fueran la luz, los colores y las formas. Su desesperación por semejante causa era bien grande, y como cada día podía escuchar el relato de nuevas maravillas, su deseo por ver algo de lo mucho que desconocía se acrecentaba sobremanera. Piadoso creyente, aunque se resignaba con su suerte, confiaba en la misericordia, por lo que invocaba al Supremo Hacedor, rogándole que se dignase concederle el don de la vista, aunque sólo fuera por un brevísimo instante. Y tantas y tan devotas fueron sus oraciones, que Allah, cuya misericordia es infinita, se apiadó de él, y como todo lo puede, accedió á su demanda, y abriéndole los ojos, le concedió que viera, pero sólo algunos cortos momentos. Verificóse el milagro, y el antes desgraciado ciego, que contemplaba por primera vez las grandezas de la creación, quedó asombrado y confuso. Los rayos del sol le deslumbraban; pero como deseaba aprovechar el don que acababa de serle concedido y del que le era dado disfrutar tan poco, miraba atontado á todas partes y no sabía en dónde fijar la vista. De pronto cierto rumor llegó á su oído, y deseoso de conocer qué lo causaba, dirigió su vista al lugar de donde procedía, pudiendo ver á un ratón que correteaba graciosamente, moviendo su cabecita en todas las direcciones. Era el primer sér viviente que veía, y si gran asombro le habían causado la luz, los colores y las formas, mayor fué su maravilla al contemplar los movimientos. De sus labios brotó un grito de sorpresa, y con todo su corazón bendijo el santo nombre de Allah, que tales portentos creaba. El ratón, asustado, se escondió en un agujero, y como el tiempo fijado por el Todopoderoso había pasado, cerráronse los ojos del desgraciado, que quedó de nuevo y para siempre sumido en las tinieblas. No obstante, hallábase profundamente consolado; había visto, y en su alma quedaron grabadas las maravillas que en los breves instantes que duró el milagro pudo contemplar. Ya sabía cuáles eran las obras del Creador, y cuando oía hablar de ellas, refería á su vez lo que sus ojos muertos vieran. Para él nada existía en el mundo más bello que un ratón, y por todas partes cantaba las alabanzas de este animal. En vano se intentaba describirle cualquier otro; quién nombraba al camello, quién al elefante, quién ponderaba al león, quién al toro; el ciego, indefectiblemente, contestaba: Bellos serán esos animales, no lo dudo, pero nunca lo serán tanto como el que vi; este es, sin duda, la mayor maravilla creada por Allah,

cuyo santo nombre sea mil y mil veces glorificado en toda la eternidad.

Tal es el lindo apólogo referido por el alto funcionario del Gobierno Sheriffiano, que puede aplicarse perfectamente al estado actual del Imperio. Los marroquies son los pobres ciegos del cuento; por misericordia divina han visto únicamente los territorios del Magreb, y es inútil hablarles de nada más. ¿Qué puede importarles la existencia de Alemania ó Inglaterra, Francia ó España, si todo para ellos resulta lo mismo, y el ratón que conocen es lo más grande y maravilloso que existe en el Universo? ¿A qué quitarles sus ilusiones! Con ellas son felices y se creen habitar en el mejor de los mundos posibles. ¿Acaso el progreso está en relación directa con la felicidad, aspiración suprema del alma humana? Desgraciadamente, los grandes adelantos científicos, así como cuantos descubrimientos de todo género han venido á facilitar la vida, no han logrado resolver el arduo y pavoroso problema. Quizás el árabe que vaga libre por el desierto, confiado en Allah y sumiso á sus designios, no pidiendo al mundo más que lo que el mundo puede dar, satisfaciendo sus necesidades con poco y no deseando nada, sea mil veces más dichoso que cualquiera de nosotros que llevamos la vida inquieta y agitada, llena de luchas y de afanes, producto de la civilización moderna. ¿Con qué derecho, pues, venimos á turbar la felicidad de que gozan y á hablarles de cosas para ellos desconocidas, que aunque lograran acrecer su bienestar, no habían, ciertamente, de aumentar su dicha? ¿Cuántas veces durante el viaje de venida, al pensar en nuestras múltiples necesidades y en las privaciones á que nos veíamos sujetos por causa de ellas, no llegué á sentir verdadera envidia del Kaid-er-Rha, que nos acompañaba, ignorante si se quiere, pero siempre alegre y contento, siempre satisfecho y dichoso, libre de quebraderos de cabeza! Una tienda, un buen caballo y el horizonte inmenso y despejado para vagar á su capricho. He aquí un programa de vida verdaderamente seductor para almas sencillas, ingenuas é inocentes, que parecen no haber probado los frutos del árbol de la ciencia. Pero nosotros, los descendientes del robador del fuego, que aspiramos á conocer la verdad absoluta, necesitamos la lucha como elemento de vida, y estamos condenados á desear incesantemente, sin la esperanza de ver nunca satisfecho nuestro deseo. Por lo que me parece que deberíamos ser piadosos con estos nuestros hermanos menores, y conservarles con su ignorancia, su dicha.

Como las entrevistas se celebran por las tardes, suelen ser interrumpidas al comenzar el crepúsculo por el acostumbrado

canto del almuédano, que llama á la oración (1). Apenas la pañidera voz resuena en los aires, Abd-el-Krim Ben Soliman, libre de prejuicios humanos y dejando á un lado las cuestiones mundanales, detiene por algunos momentos la conferencia comenzada y sale al vecino patio de los naranjos, donde uno de sus servidores le tiene prevenido un tapete, para entregarse á sus devociones. El pueblo marroquí es en extremo religioso y fiel observante de los preceptos divinos, y los altos funcionarios del Gobierno son los primeros en dar el ejemplo, obedeciendo sin escrúpulo los mandatos contenidos en el Alcorán. Diferenciándose de los turcos, los árabes del Magreb practican el rito *Malekita* (2), uno de los cuatro ortodoxos que tiene la religión musulmana, que si bien es igual á los tres restantes en cuanto concierne al dogma, se distingue un tanto en la parte ritual y en las ceremonias religiosas. Cada una de las oraciones consta de una larga invocación al supremo hacedor y de varios *rikats*, ó sean saluciones que se pronuncian al mismo tiempo que se ejecutan varios movimientos con todo el cuerpo, arrodillándose, prosternándose hasta el suelo, inclinando la cabeza, extendiendo ó levantando los brazos, irguiendo el cuerpo, en fin, siguiendo un extraño ceremonial, determinado por el sentido de los versículos que se recitan y en extremo complicado. Se comprende lo difícil que ha de ser para un neófito reproducir con exactitud y sin estar muy acostumbrado, semejantes prácticas. Es de ver el respeto y la devoción con que el Ministro de S. M. Sheriffiana se entrega al rezo, sin que nadie ni nada le distraiga.

El objeto principal de nuestro viaje es conforme á lo declarado en las Cortes por el señor Ministro de Estado; reclamar del Gobierno Sheriffiano la cesión de los territorios vecinos á Ifni, á los que tenemos derecho por el tratado de Wad-Ras; por consiguiente, la cesión inmediata de tales terrenos es el punto más discutido en las conferencias que casi diariamente se vienen celebrando. El derecho de España sobre Santa Cruz de Mar Pequeña es indiscutible. Desde tiempo de Carlos III, y en todas las ocasiones que ha sido posible, hemos

(1) Es sabido que según las prescripciones del Alcorán, los mahometanos están obligados á hacer cinco veces oración durante el día: la primera, al rayar el alba, se llama *Essebah*; la segunda, á las nueve de la mañana, poco más ó menos, *Ed-Duhur*; la tercera, al mediodía, *El Aassar*, que es la más importante; la cuarta, á la puesta del sol, ó sea *El Magreb*, y la última ya de noche, denominada *El Asha*.

(2) Los otros tres ritos son el *Khanefi*, seguido por los turcos, y los *Hambeli* y *Schaffi*, únicamente practicados en la Arabia.

manifestado claramente al Maghzen nuestros legítimos deseos, así como nuestras aspiraciones de obtener la costa de Tartaya. Siempre hemos encontrado por parte de los Emperadores de Marruecos y de sus Ministros esa oposición pasiva, sistemática en los orientales, que consiste en acceder á todo en principio, pero á no cumplir nada en definitiva, dando largas á lo que se discute, con objeto, sin duda, de agotar la paciencia de los europeos, más vehementes y decididos. No obstante, con tenacidad todo se obtiene, y es de esperar que logremos dejar satisfechas las legítimas pretensiones de España.

Vienen á complicar nuestras negociaciones los encontrados intereses de las diversas potencias que aspiran á ejercer su influencia en los ricos é inexplorados territorios del Magreb. Sin embargo, pareceme que Francia, cuyas aspiraciones son tierra adentro y se justifican por la necesidad de establecer el ferrocarril *Trans-Sahariano* que ponga en comunicación la Argelia con el Senegal, no ha de poner grandes obstáculos á la realización de nuestros deseos, conviniéndole, ciertamente, hallarse de acuerdo con España para la solución de tan intrincado problema. Quizás pueda contarse con Inglaterra, por más que los intereses de esta gran nación radiquen en la costa norte, y parezcan por esto mismo en contraposición abierta con los nuestros. Según la situación permite presumir, es probable que la Gran Bretaña consienta en que Francia extienda sus fronteras por el Sur del Imperio y asegure sus comunicaciones con el Senegal. Algo indicó en este sentido al deshauciar no ha mucho tiempo al Magreb cuando solicitó su apoyo contra el Gobierno de la República. Además, juzgo muy verosímil que mirando á sus legítimos intereses, no permitiera ninguna intervención en el Magreb, sin tener en cuenta y apoyar en cierto modo las pretensiones españolas.

Contra la opinión general, creo firmemente que Alemania ha de influir directamente en el problema, y que cuanto se haga sin previo acuerdo con el Gabinete de Berlín, dará motivo á serias y quizás graves complicaciones, capaces de dar al traste con los planes más hábilmente concertados. Conviene recordar que el comercio alemán ha tomado gran desarrollo en el imperio, que ocupa lugar muy importante en las estadísticas de importación, y que sus agentes, introduciéndose por doquiera con singular tenacidad, aumentan cada día el radio de acción de la industria tudesca. Lo más interesante para Alemania en el problema de Marruecos, me parece deben ser los intereses comerciales y la necesidad de dar salida á su exceso de producción industrial, por lo que imagino, suscita-

rá toda clase de obstáculos y dificultades, hasta garantizar el régimen de la puerta abierta. No dudo que las seguridades de buenos tratados de comercio influirían seguramente en la actitud del imperio, pero esta es una opinión personalísima y un tanto aventurada, ya que en realidad no se concede gran importancia—con error manifiesto en mi entender—á la intervención de Alemania, creyéndola poco interesada en el problema de Marruecos.

La cuestión es, como se ve, en extremo complicada, y mi situación de Secretario de la Embajada me impide hablar con la libertad que desearía hacerlo, pues el asunto me interesa sobremanera y lo creo de vital interés, dada nuestra situación geográfica, para el porvenir de España. Abandonar Marrakesh sin haber adelantado nada en la cuestión de Ifni—puesto que aquellos son los territorios donde estuvo la antigua fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña—obteniendo alguna fórmula de cesión, y la facultad de canjear lo alcanzado por terrenos de igual importancia en la costa de *Tarfaya*, si llegásemos á conseguir la conformidad de las Potencias, para emprender á distancia nuevas negociaciones con el Maghzen, sería verdadera desgracia, que espero tengamos la fortuna de evitar.

20 de Junio.

Estamos de enhorabuena; la importante cuestión de Ifni ha quedado resuelta en principio y de modo satisfactorio, así como las demás reclamaciones formuladas por España (1). La contestación del Sultán al *Memorandum* presentado por el señor Ojeda, reviste, lo mismo que se practicó en la respuesta dada al Ministro de Italia Sr. Malmusi, la forma de instrucciones dirigidas al Delegado del Emperador en Tánger, Sidi Mahomed Torres, quien desde la muerte del Gran Visir ha sido investido de amplísimos poderes.

En el documento imperial se dictan las disposiciones necesarias para proceder á la inmediata cesión á España de los terrenos que se designen en las cercanías de Ifni, conforme á lo estipulado en el tratado de Wad-Ras, y en las convenciones

(1) Estas líneas no estaban destinadas á la publicidad. No obstante, habiéndose hablado mucho en la prensa de los resultados de nuestra Embajada, no vacilo en darlas á luz para completar mi trabajo, puesto que en ellas no se dice nada que no haya sido manifestado públicamente en el Parlamento por el señor ministro de Estado ó el Presidente del Consejo de Ministros señor Silvela.

y arreglos posteriores; ajustándose en todo á las bases establecidas en un protocolo acordado y firmado en Marrakesh con fecha de hoy, á fin de evitar las agresiones de las kabilas vecinas á los nuevos establecimientos. Se previene asimismo que las altas partes contratantes quedan facultadas para establecer negociaciones relativas al canje de dichos territorios por otros, en análogas circunstancias comprendidos, situados en la parte de costa que se encuentra entre el río Dráa y el cabo Bojador. Ofrece también S. M. Abdul Aziz trasladarse, en cuanto le sea posible, á Fez, desde donde se ocupará, después de haberse puesto previamente de acuerdo con el Gobierno español, en la demarcación de la zona neutral de Melilla. Al mismo tiempo manifiesta su agradecimiento por el generoso perdón concedido por el Gobierno español á todos los árabes comprometidos en los lamentables acontecimientos acaecidos en la citada plaza española hace algunos años, y reconoce explícitamente la conveniencia de afianzar la unión que existe entre ambos países, declarando estar dispuesto á demostrar su amistad hacia la nación vecina con los hechos concretos y positivos. En prueba de ello, dirigirá una carta á los Gobernadores de Marrakesh, Fez, Mequinez, Alcázar y demás ciudades importantes, recomendándoles la más solícita y especial protección de los españoles allí residentes, así como dará instrucciones á su delegado especial en Tánger para tratar de suprimir, de conformidad con lo propuesto por la Embajada, el contrabando que continuamente se efectúa por Alhucemas, manteniendo constantes y cordiales comunicaciones con nuestras plazas fuertes del Norte de Africa. Por último, el Emperador se muestra dispuesto á resolver con completa equidad y justicia todas las reclamaciones pendientes.

Para que nada falte, Abd-el-Krim-ben-Soliman nos ha dicho, que desea S. M. Sheriffiana de complacer á España, á pesar de los inconvenientes que desde el primer momento puso á semejante pretensión, accede en principio á la conducción á Ceuta de las aguas de los copiosos manantiales del Benzú, y que al efecto mandará cuanto antes á un agente y á un perito de su confianza para que le informen acerca del modo de dar satisfacción á nuestros legítimos deseos sin perjudicar á sus súbditos. Esto último y el protocolo relativo á Ifni, pueden considerarse como las mayores ventajas obtenidas por nuestra patria desde 1860. Los altos funcionarios del Gobierno Marroquí lo juzgan como verdaderos triunfos. Desde luego, á la vista salta, que si sabemos aprovecharnos de ellas, ambas concesiones son de gran importancia. La dotación de aguas constituye para Ceuta una ventaja inestimable, que mucho

dudábamos obtener del Maghzen, puesto que éste no desconoce, y así lo ha manifestado claramente, que nuestros Gobiernos se habían siempre opuesto de modo terminante á conceder igual beneficio á Gibraltar. Mucho me temo que no se obtenga nada práctico y que las intrigas particulares, más poderosas en España que el interés general, impidan realizar esta mejora en pro de la plaza, que debiera ser nuestro más importante punto de apoyo en Marruecos.

Respecto al protocolo concerniente á Ifni, no precisa encajarse su importancia. Optese por la antigua fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña, hoy designada, ó bien entáblense negociaciones por un territorio análogo en la costa de Tarfaya, no cabe duda, que el documento firmado en Marrakesh es una base importante que habrá que tomarse en cuenta para trabajos ulteriores, siendo el más firme y expícito resultado de todos los múltiples esfuerzos realizados desde tiempo de Carlos III hasta la fecha. ¿Se sabrán aprovechar sus conclusiones? Por mi parte no me atrevo á ser profeta, aunque lo dudo.

Quedó también convenido en la última conferencia, que el Sultán recibirá al enviado de España en audiencia de despedida el día 10 del corriente; de modo, que todo nos hace suponer que en los primeros días del próximo Julio abandonaremos Marrakesh. Las negociaciones han salido á pedir de boca, y, sin embargo, hablando con sinceridad, debo declarar que temo el porvenir y los frecuentes cambios políticos que tanto daño hacen á nuestra patria. Aunque hubiera deseado conclusiones más decisivas y terminantes, es casi imposible obtener mayor claridad del gobierno marroquí; por eso, sin duda, no se aparta de mi mente aquel proverbio árabe que dice: «De la copa á los labios hay tiempo bastante para que ocurra una desgracia.»

22 de Junio.

Durante los últimos días he dedicado preferente atención á estudiar el interesante problema de Ifni, y los antecedentes históricos de tan importante cuestión. Revolviendo papeles, folletos y libros, he podido formar una idea bastante clara y completa de los derechos que asisten á España, para establecer de nuevo su dominio sobre territorios que antiguamente le pertenecieron, no sólo por conquista, sino por la voluntad manifiesta de sus poseedores. Me refiero, al reino de *Bu Tatta*, como se llamaba en tiempos pasados, que equivale á los territorios hoy denominados *Guad-Num*, extensa provincia situada al extremo Sur de Marruecos, que se dilata por la orilla

derecha del río Draá, desde la costa donde se encuentra Ifni, hasta poco más allá de las alturas que por el Este limitan la cuenca del río Num. Llamóse de tal modo por ser la capital del antiguo reino, la ciudad de *Tatta*, situada á cuarenta millas al Oeste del lago *Ed-Debaia*, gran remanso formado por el río Draá.

Según refieren los historiadores, Alonso Fernández de Lugo, por orden del Rey Católico, después de haber proclamado en Tenerife el día 29 de Septiembre de 1496 la incorporación de aquella isla á la corona de Castilla, emprendió una expedición á la costa de Africa, levantando en dichas tierras tres fortalezas, una en el puerto de Nul, y las otras dos en Cabo Bojador y en Tagaost. Los nuevos establecimientos españoles fueron guarnecidos con cañones y defendidos con fosos y trincheras, y desde el tercero de los nombrados, Alonso Fernández de Lugo, salió repetidas veces á recorrer los territorios adyacentes, auxiliado por las kabilas de *Vlad-Amar*, con quienes había pactado estrecha alianza.

Ya con anterioridad don Diego de Herrera, que en 1461 había tomado posesión de la Gran Canaria en nombre de doña Isabel y don Fernando, deseando conocer el continente vecino y realizar la empresa soñada por el ilustre Bethencourt, se dirigió, por los años de 1476 á 1478, á la costa de *Guad-Num*, donde, aprovechando la obscuridad de la noche, desembarcó con su gente. Una vez que se hizo fuerte, mandó construir una fortaleza en la desembocadura del río Ifni, artillándola de modo conveniente, y dándole el nombre de Santa Cruz de Mar Pequeña. Al dar por terminada la expedición, dejó la plaza bien guarnecida, bajo el mando de Alonso de Cabrera, regresando al punto de su partida. Pocos años después el Sherif-Mohammed al frente de doce mil hombres puso cerco á la fortaleza, pero los españoles, con el auxilio de Diego de Herrera, le obligaron á levantar el sitio y á retirarse al interior. Enardecidos con el triunfo, los vencedores quisieron extender sus dominios más allá de los muros de la naciente ciudad, y al efecto emprendieron varias correrías por el país vecino, pero no considerándose Herrera con fuerzas suficientes para llevar á cabo su empresa, en 1478, ofreció lo conquistado á los Reyes católicos, que desde luego aceptaron con agrado, en atención á la importancia comercial y estratégica de Santa Cruz de Mar Pequeña. Desde entonces los adelantados de Canarias se llamaron Capitanes generales de Africa y los Corregidores de Tenerife percibieron un sueldo de cincuenta mil maravedises como Alcaldes natos de dicha fortaleza.

A pesar de que la dinastía de los Sheriffes que por aquel

entonces gobernaba el Imperio de Marruecos, combatió rudamente el nuevo establecimiento, sitiándole repetidas veces, es evidente que la influencia de España en aquella parte del Magreb fué aumentando de modo considerable, extendiéndose tanto la fama de su inmenso poder, que, en 15 de Febrero de 1499, siendo Gobernador de la Gran Canaria don Lope Sánchez de Valenzuela, los habitantes del reino de *Bu-Tatta* se declararon vasallos de nuestra nación, por escritura otorgada ante Gonzalo de Burgos y suscrita por Ahmed, capitán de la ciudad de *Ifián*, *Ifni* ó *Isfuren*; quien prestó obediencia al Rey Católico no sólo en su nombre, sino en el de treinta y ocho lugares cercados que poseía en el valle de Ufrán, y dió amplios poderes á Mohammed Maimón, Señor de *Tagaost*, cabeza del reino, para que en su representación hiciese cuanto fuera del agrado de los monarcas españoles.

Siguieron este ejemplo, reconociendo como soberano al Rey Católico, en 18 de Febrero del mismo año, los habitantes de la fortaleza de *Ifni*, y en 8 de Marzo siguiente los moradores de la ciudad de *Tamenarte* y lugares de *Tariagute*, *Tagadi*, *Ifaraberri* y *Eguguaz*, hasta que por último el Sultán de *Bu-Tatta*, Señor de *Tagamarte*, juró obediencia y puso su ciudad y cuantos derechos le correspondían al trono, bajo el Señorío y vasallaje de España, confiriendo facultades para que en unión de su hijo y heredero *Ali-ben-Bukin*, *Sidi Said Maimón* y *Sidi Mumen*, jefes de las kabilas de *Ulad-Amar*, fueron á Castilla á rendir homenaje al Rey don Fernando. Más adelante, los parientes de los alcaides de *Ufrán*, ratificaron todo lo hecho por éstos, siendo imitados á su vez por *Mohammed Maimón*. *Mohammed-ben-Amed*, Señor de *Agaos* y del castillo de *Tagaost*, y por *Ali-ben-Hachin*, Señor de la fortaleza de *Ticigumen*. Poco días después, se presentaba *Ali-ben-Alid*, principal Xiej de la kabila de *Auladamar*, con objeto de someterse también al dominio y señorío de Castilla, obligándose solemnemente á guardar fidelidad á sus nuevos soberanos, ante el Gobernador de *Ifni* y en la principal mezquita de la tal ciudad.

De todo lo antes expuesto se desprende que el vasto reino de *Bu-Tatta*, durante los últimos años del siglo XV, estuvo sometido al Gobierno de España, y que sus habitantes pagaron tributos y rindieron homenaje á Fernando V y á Isabel la Católica, legítimos soberanos de aquellos territorios por voluntaria elección de sus moradores. ¿Pero cuánto tiempo subsistió semejante estado de cosas? He aquí lo que resulta casi imposible de precisar. Lo único que puede asegurarse es que duró muy poco, y que el dominio español sobre aquellas

tierras fué tan efímero como el de los portugueses en otros puntos más septentrionales de la misma costa. Está probado, no obstante, que en 1508 aún se hallaban los españoles en posesión del castillo que fundara Diego de Herrera (cuyas ruinas conservadas hasta el día son denominadas por los moros *Borch-el Rumi*), puesto que en tal fecha el Rey don Fernando se negó á cederla al Rey de Portugal que la pedía como compensación de haber ocupado las huestes españolas la plaza del Peñón de Vélez. Ya con anterioridad he dicho que en el reinado de Carlos III, la Embajada que, presidida por don Jorge Juan, visitó al Emperador de Marruecos, recabó nuestros antiguos derechos, y que desde tal día hasta la guerra de Africa, no se dejó pasar ninguna ocasión oportuna sin intentar recobrar por lo menos la fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña, punto estratégico, importante para la defensa de nuestras Islas Canarias. Vencedores de los ejércitos marroquíes, por el tratado de Wad-Ras obtuvimos que el Gobierno Sheriffiano cediese nuevamente á perpetuidad á España los territorios necesarios para establecer en aquellas regiones una pesquería, concesión bien pequeña por cierto, sobre todo si se tienen en cuenta los precedentes históricos.

Aunque es sabido que más vale algo que nada, casi todos los Gobiernos que se sucedieron en España, después de la campaña de Africa, echando en olvido lo estipulado en la cláusula octava del tratado de Wad-Ras, han descuidado este asunto, de manera que se siguieron los años sin que hiciéramos nada para posesionarnos de lo que legítimamente nos pertenecía. Mucho se ha hablado del particular, no faltando quien llegase á considerar como inútil y hasta perjudicial para los intereses de España el cumplimiento de la dicha cláusula 8.ª del citado tratado, en la que se consignaba expresamente la cesión; ni quien creyese que le era imposible al Sultán realizar lo pactado, porque no contaba con fuerzas suficientes para hacerse obedecer de aquellas kabilas que no reconocían su autoridad. Argumento es el primero muy discutible, pues no parece deba considerarse como perjudicial la existencia de un establecimiento en tierra firme situado en la proximidad de islas importantes como lo son las Canarias; y en cuanto al segundo, supongo que si el Gobierno Sheriffiano se obligó, sería porque se consideraría con poder bastante para contratar. No es cosa de extenderme á estudiar un pasado de dudas y vacilaciones, cuya historia verdadera no nos puede ser aún claramente conocida, por lo que, circunscribiéndome únicamente á la controvertida cuestión de Santa Cruz, consignaré que los primeros Gobiernos de la restauración tomaron con bastante

interés este asunto, tratando de hacer efectivos nuestros derechos.

Al efecto, el día 28 de Diciembre de 1877, zarpó del puerto de Cádiz el buque *Blasco de Garay*, mandado por el entonces capitán de navío don Cesáreo Fernández Duro, llevando á bordo una comisión española encargada de buscar el sitio donde durante el transcurso de los siglos décimoquinto y décimosexto se levantó la fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña, de Mar Chica y Mar Menor, nombres con que ha sido conocida la fundación hecha en las cercanías de Guader ó Agadir, por el famoso don Diego de Herrera, Señor de las Islas Canarias y del Mar de Berbería. Regresó la expedición en Febrero del año siguiente, y al poco tiempo el señor Fernández Duro, presidente de la Comisión, leyó en la Sociedad Geográfica de Madrid una interesante y erudita Memoria, en la que demostraba que *Santa Cruz de Mar Pequeña* se halló situada en la desembocadura del río Ifni, opinión contraria á la manifestada por la Dirección de Hidrografía y los señores Coello y Ferreiro, que colocaban dicha plaza en la desembocadura del río Dráa. Posteriormente, don Pelayo Alcalá Galiano, por encargo del Ministerio de Marina, redactó otra Memoria, y ateniéndose á lo dicho por los eruditos geógrafos Bordá y Varela, rebatió ambos pareceres, tratando de demostrar que la verdadera situación de la mencionada fortaleza es la entrada Sur del río *Chibika* ó *Xikika*.

La Embajada española que en Mayo de 1882 visitó la corte de Marruecos, se ocupó preferentemente de esta cuestión, y sus gestiones dieron por resultado que, poco tiempo después, fuese por dos veces á España un Representante de S. M. Sheriffiana, que visitó al Rey don Alfonso XII, primero en Madrid y después en la Granja. Se dijo por entonces que el Emperador Muley Hassan ofrecía tres millones porque el Gobierno español renunciara á sus derechos sobre Santa Cruz, afirmándose también que siéndole imposible cumplimentar el aludido artículo 8.º del tratado de Wad-Ras, en vista de la independencia efectiva de que gozan las kabilas que habitan las provincias del Sur, se hallaba dispuesto á cederlos en cambio un aumento de territorio en el campo que limita la ciudad de Ceuta. Discutióse acerca de tales proposiciones con gran calor, manifestándose con toda claridad lo conveniente que resultaría para los intereses de España la posesión de Santa Cruz, por lo que era necesario exigir del Sultán el cumplimiento de lo pactado, y teniendo en cuenta que el Maghzen pudiera alegar que en realidad se ignoraba el sitio donde estuvo en el pasado nuestra plaza fuerte, se dió

en nombrar una nueva comisión hispano-marroquí, encargada de fijar definitivamente los territorios que Marruecos debía entregar á España.

Reuniéronse los comisionados españoles con los delegados del Gobierno marroquí, en la ciudad de Mogador, desde donde recorrieron las costas del Imperio hasta llegar á 110 kilómetros al Sur de Agadir, embarcando entonces en la goleta española *Ligera*, á cuyo bordo continuaron el viaje de exploración, examiando y reconociendo las desembocaduras de los ríos *Asaka*, *Dráa*, *Meano* y *Chibika*, continuando el viaje hasta *Puerto Cansado* y *Cabo Juby*.

Acompañaba á los enviados hispano-marroquíes otra comisión española, formada por dos ingenieros y dos ayudantes de obras públicas, que llevaban, por encargo del propio Sultán, la misión de buscar un punto en lugar á propósito para abrirlo al comercio europeo, en la misma forma que lo estuvo en tiempos pasados el de Agadir, pero con la precisa condición de que había de elegirse un punto cercano á las desembocaduras de los ríos *Asaka* ó *Ifni*, lugares donde se presume, no sin razones poderosas, que debió hallarse nuestra antigua fortaleza de Santa Cruz.

En los primeros días de Septiembre de 1883, regresó la goleta *Ligera* á Mogador, dando ya por terminado su viaje. Los delegados de ambos países celebraron las últimas reuniones, no pudiendo llegarse á ningún acuerdo, puesto que los delegados del Maghzen se retiraron sin haber querido firmar acta alguna relativa al lugar donde existió nuestra posesión, en tanto que los funcionarios españoles opinaban que el sitio buscado se encuentra en *Ifni*, es decir, lo mismo que había afirmado seis años antes la Comisión que realizó su viaje á bordo del *Blasco de Garay*. Tengo por indudable que los delegados del Sultán procedieron en todas estas negociaciones con completa y absoluta mala fe.

A pesar de lo costosas que resultaron tales expediciones, y cuando el Gobierno español tenía dispuestas en Santa Cruz de Tenerife dos compañías de infantería de marina, salidas de Cádiz en 1882, con todo el personal necesario de administración militar, más las ambulancias, tiendas de campaña para cuatrocientas personas, sin contar las tiendas del cuartel general, y las provisiones indispensables para llevar á cabo la empresa de tomar nuevamente posesión del antiguo establecimiento, se abandonaron las gestiones y todo quedó en suspenso hasta la fecha. Tras tantas idas y venidas, nada se puso en claro, y el asunto vino á quedar lo mismo que se hallaba al día siguiente de la firma del Tratado de Wad-Ras.

Aún no son del dominio público las causas que impidieron á nuestros Gobiernos el exigir del Maghzen el cumplimiento de lo pactado. Por entonces se dijo que todo lo efectuado habia sido con el sólo objeto de acallar la opinión y sin miras ulteriores, pero es lo cierto que han de pasar algunos años para que se llegue á conocer la verdad de lo ocurrido.

Refiérese también que la Embajada presidida por el General Martínez Campos, que visitó al Sultán Muley Hassan, como consecuencia de los tristes sucesos de Melilla, se ocupó de la importante cuestión de las pesquerías de Santa Cruz, sin que, á pesar de los esfuerzos de nuestros agentes, se llegara á estipular nada concreto. Mucho se habló entonces de este asunto, alegándose que S. M. Sheriffiana se excusaba de cumplir lo convenido en Wad-Ras, con pretextos más ó menos serios, encaminados á encubrir la verdad, es decir, á ocultar que en los territorios allende el Atlas y en todo el reino del Sus, no ejercía sino una autoridad nominal, solamente respetada en las cuestiones concernientes al dogma. Aunque hay mucho de cierto en semejantes especies, precisamente Muley Hassan era quien menos podía escudarse en ellas, ya que habia logrado realizar una expedición á aquellas provincias, reconociendo la costa de Santa Cruz de Mar Pequeña y llegando hasta al cabo Num, viaje que equivalía á una señal de dominio, y que no habia podido ejecutar ninguno de sus antecesores en el trono, desde tiempo de los Sheriffes Hassanies.

A pesar de tantas gestiones, tan debatido asunto se hallaba en el mismo estado que al finalizar la guerra de Africa, cuando se decidió que nuestra Embajada visitase al nuevo Sultán de Marruecos y recabase una vez más nuestros derechos, hasta llegar á un acuerdo definitivo. Más afortunado que sus predecesores, el señor Ojeda ha llegado á obtener un protocolo confirmatorio, en el que no sólo se reconoce y ratifica lo ya establecido, sino por el que se estipulan las condiciones para la toma de posesión de los territorios cedidos, consignándose la facultad de permutarlos por otros en análogas circunstancias. El nuevo convenio puede servir de base á gestiones ulteriores que lleven la famosa cuestión de Agadir á un término satisfactorio para los intereses de España.

Lo malo será que los frecuentes cambios de política que acaecen en nuestro país lleven al Ministerio de Estado á hombres que, por desconocer la historia de nuestras relaciones con Marruecos, no tengan una orientación determinada, ni prosigan un plan fijo acerca de los intereses tan grandes de nuestra patria en el imperio del Magreb. Aunque sea muy de lamentar, precisa reconocer que obramos en Marruecos con arreglo

á lo que imponen las circunstancias, y que en la misma cuestión de Santa Cruz, aún no han llegado nuestros políticos á un verdadero acuerdo sobre el lugar que nos conviene ocupar, ni sobre la forma de llevar á cabo la ocupación, habiendo quien opina por Ifni, encontrándose quien preferiría un punto cercano al Cabo Bojador, y no faltando quien no tenga concepto alguno sobre el particular.

No debe nunca confundirse la política exterior con los intereses de la política de partido, única que se considera en nuestra patria. La primera debe proceder con arreglo á un plan sistemático trazado en armonía con los intereses del país, que habrá de desarrollarse paulatinamente en un período más ó menos largo, hasta llegar á su completa realización. Este plan debería seguirse, á pesar y contra todos los obstáculos que pudieran surgir, sin desanimarse por las contingencias adversas, y dándose por satisfechos con ir ganando terreno, aunque fuera con sin igual lentitud. Sólo á fuerza de tenacidad—y ahí tenemos el ejemplo de Francia en el mismo Sur del imperio marroquí—se puede obtener algo. Mas pretender llegar á ningún fin práctico, variando á cada paso de rumbo, es punto menos que imposible.

La resistencia pasiva, arma principal de la diplomacia Sheriffiana, necesita ser combatida con una paciencia á prueba. Bien sabe el árabe que el *rumi* tiene la sangre viva y que no tardará en dejarse dominar por el aburrimiento y el hastío. Por eso hace falta que encuentre frente á frente un plan determinado, sostenido con tenacidad irreductible, por una energía inalterable. Sólo de este modo se podrá llegar á que España ejerza en el extremo Noroeste de Africa la justísima influencia á que es acreedora, y que legítimamente conquistó con la sangre de sus hijos y su glorioso pasado.

En lo que á nosotros concierne, y suceda lo que suceda, podemos estar satisfechos de haber trabajado con toda nuestra voluntad y todas nuestras fuerzas en beneficio de la patria, con la confianza de que si algún día otros recogen el fruto de lo sembrado para mayor honra y prez de España, siempre nos quedará la satisfacción de decir en el interior de nuestra conciencia por supuesto: *Pars minima fui.*

CAPÍTULO XV

Banquetes oficiales

Dar Muley Ali, 25 de Junio de 1900.

Firmado el protocolo que ha puesto fin á nuestra misión, sólo nos resta esperar la audiencia de despedida de S. M. Sheriffiana, fijada para el próximo día 30, y asistir á los agasajos con que nos obsequien el Sultán y sus altos funcionarios, para abandonar la ciudad de Marrakesh, nuestra residencia desde hace dos meses. ¡Y por qué lo he de ocultar, siento verdadera tristeza al pensar en alejarme de estos lugares en que he probado tan intensas y profundas emociones! Ansioso de dirigir una última mirada á lo que probablemente nunca más me será dado contemplar, recorro toda la ciudad y sus alrededores, renovando impresiones y almacenando recuerdos. Indefinida melancolía se apodera de mi espíritu cuando pienso que, dada la apatía de los musulmanes, todo lo que se conserva de un pasado glorioso está llamado á desaparecer, y mi pena se acrecienta viendo la gentil torre de la Kotubia ó la soberbia puerta de Aguinao, maravillas de un arte desgraciadamente extinguido.

Como ya conozco bien la ciudad, vago al azar y sin rumbo fijo, hallando especial placer en ver de nuevo lo que menos esperaba. La extraordinaria complicación de calles y callejas, que describen las más inverosímiles trayectorias, me reservan toda clase de sorpresas, de modo que cuando me creo cerca de un lugar, resulta que me hallo en el extremo opuesto. Una de estas tardes, que discurría por la *Sagena*, vine á dar en la plaza del Meshuar, donde encontré á las tropas de S. M. Sheriffiana haciendo maniobras. Me detuve á contemplar el espectáculo, que me interesó sobremanera.

Según los últimos datos publicados en Inglaterra, las fuerzas militares de Marruecos se componen de unos diez mil *askaris* ó soldados de infantería regular, á cuyo frente se encuentra nuestro amigo el Kaid Mac Lean, encargado de su

instrucción, y unos cuatrocientos *mejaznias* ó soldados á caballo de tropa disciplinada, sin contar algunas baterías de campaña, mandadas por dos oficiales franceses, y los cañones de tiro rápido enviados recientemente por Italia en unión de dos oficiales y un ingeniero. Mucho más difícil resulta calcular la importancia del principal elemento de defensa del Imperio, consistente en las tropas irregulares, ya que se desconoce con exactitud la cifra de los habitantes del Magreb. Las publicaciones inglesas á que antes he aludido, y que me parecen bien enteradas del asunto, fijan estas fuerzas en unos cuarenta mil hombres, entre los que se encuentran ocho mil de caballería. Pero según el cálculo de las revistas francesas, se elevan á trescientos mil los hombres que podrían reunirse en el caso de un levantamiento general. La diferencia es grande. No obstante, el segundo cálculo no está desprovisto de todo fundamento, si se considera que, según los datos más fidedignos, puede evaluarse la población del Imperio en unos ocho ó nueve millones de habitantes.

Las fortificaciones de Tánger y su artillado, así como el de las otras plazas de la costa del Atlántico, carecen hoy día de todo valor militar, á pesar de los trabajos realizados en Rabat durante estos últimos años. Desde este punto de vista, Marruecos no tiene absolutamente ninguna importancia, no ofreciendo ningún obstáculo serio á la nación que pretendiera apoderarse de su territorio. De contar sin complicaciones internacionales, nada menos difícil que hacer desembarcar un ejército en Mazagán, Saffi ó Mogador y lograr que, gracias á los armamentos modernos, recorriese triunfalmente los doscientos kilómetros de llanura, poco más ó menos, que separan los tres puertos citados de la capital Sur del imperio.

Una de las particularidades que presenta la organización del ejército marroquí, y que algunos juzgarán como un progreso, es la no existencia de generales. El grado superior en la milicia es el de jefe de batallón, *Kaid-er-Rha*, y cuando el Sultán confía el mando de alguna expedición militar á determinado alto funcionario de su corte, éste, al terminar la campaña, vuelve á recobrar su situación anterior, sin conservar autoridad alguna sobre el ejército.

Los soldados que componen el cuerpo llamado *Mejaznia*, son conocidos entre los europeos bajo el nombre de *Moros de Rey*, y forman, sin género alguno de duda, las fuerzas que el Emperador emplea con mayor utilidad y provecho, siendo por lo general las encargadas de hacer cumplir los mandamientos de las autoridades. Dos importantes tribus, los *Udaya* y los *Bojara*, dan el principal contingente á este ejército, y las

tradicionales rivalidades existentes entre ambas familias, transmitidas de generación en generación, son causa frecuente de terribles luchas intestinas, en extremo perjudiciales para los intereses que tienen encargo de defender. Los *Bojaras*, oriundos de Guinea, son de raza negra, y fueron traídos por los Sultanes, para formar su guardia personal. Cuando la dinastía de los Sheriffes Filalis ocupó el trono del Magreb, la kabila de los *Udayas* se mostró en extremo afecta á los nuevos soberanos, por lo que sus individuos fueron escogidos para reforzar el cuerpo de los *Mejaznias*, insuficiente para los fines que se proponían los Sultanes. Desde entonces las dos tribus citadas constituyen la famosa caballería marroquí, tan denodada y temible en la guerra. Durante el reinado de Muley Abd-er-Rahman, se suscitó una gran contienda entre ambas familias. Los *Udayas*, creyéndose ofendidos por los privilegios que el Emperador concediera á sus rivales, se declararon en abierta rebelión, haciéndose fuertes en la ciudad de Fez, y llegando á apoderarse del propio *Emir-el-Mumerin*, quien se vió precisado á capitular. Mas apenas Abd-er-Rahman se vió libre, diseminó aquellas tropas en pequeños destacamentos por todo el Imperio, en forma que al presente prestan sus servicios á las órdenes de los *Basha* de las ciudades y de los *Xiejs* de las kabilas. Como ya he dicho, estos soldados llevan el traje nacional, y por armas, sable y espingarda, distinguiéndose únicamente por el uso del *tarbún* ó gorro cónico de fieltro encarnado.

La artillería del Sultán está formada por los *Tabjias*, cuerpo que bien pudiera llamarse cívico-militar, ya que cada uno de los individuos que lo constituyen ejerce una profesión ó un oficio. Es en extremo reducida, y á su frente figuran los oficiales de la misión francesa, que bien poco partido pueden sacar de la incuria y el abandono propios de los musulmanes. En las expediciones acompañan al Sultán unos veinte *tabjias* encargados de servir seis piezas de campaña, y en cada una de las principales ciudades del Imperio se encuentran por lo general igual número de soldados destinados á cuidar los cañones que guarnecen las murallas, salvo en Tánger, donde según las afirmaciones de Gatell, el número de artilleros se eleva á cuatrocientos. De todos modos, estas fuerzas son poco considerables. Todo el trabajo de los *Tabjias* se reduce á hacer de tarde en tarde algunos ejercicios, á disparar las salvas en las grandes fiestas señaladas en el Alcorán y demás acontecimientos notables que ocurren en el país, y á contestar á los saludos de los buques de guerra que arriban á las costas del Magreb. El armamento es de sistema antiguo, excepción

hecha de dos cañones Krupp, de grueso calibre, establecidos en Rabat no hace muchos años por unos ingenieros alemanes.

Ya que estoy ocupándome incidentalmente de las tropas de Marruecos, no quiero dejar de citar el cuerpo de los *Bajarías* ó marineros que está constituido, pero que para nada sirve, dada la carencia total de buques de guerra, salvo el crucero *Etturqui*, que sólo se utiliza como transporte. La escuadra marroquí, tan formidable y temida en tiempos pasados, ha quedado reducida hoy día á las barcasas y lanchones indispensables para el tráfico de los diversos puertos. El contingente de los *Bajarías* se reduce escasamente á unos seiscientos hombres, esparcidos en las distintas poblaciones de la costa y dependientes de los Gobernadores, pero que como no tienen sueldo alguno señalado por el Maghzen, se dedican únicamente al embarque y desembarque de pasajeros y mercancías. Sin embargo, en Salé, cuyo puerto está cerrado al comercio, existen doscientos marineros, esperando, sin duda, una ocasión propicia para demostrar su arrojo y bizarria.

Réstame tratar de la *Askaria* ó infantería regular, organizada después de la memorable guerra con España, á cuyo cuerpo pertenecen los soldados que he visto maniobrar en el gran patio del palacio imperial. Muchos de ellos son voluntarios, mas la mayoría son alistados á la fuerza, puesto que las numerosas bajas que se producen en las filas, ya por la muerte, ya por continuadas deserciones, se cubren, en virtud de órdenes dictadas por los Bajás, á sus respectivos *Mejaznias*, comisionándoles para que recluten á todo joven de apariencia sana y aspecto robusto, perteneciente á una familia pobre. Cuantos se hallan en estas circunstancias son detenidos y marcados con una señal convenida, que se imprime en la mano izquierda, entre los dedos índice y pulgar. Semejante operación se denomina *Harka*, y viene á ser la forma de reclutamiento que ordinariamente se usa en todo el Magreb. En otras ocasiones, los mismos Gobernadores marchan al frente de sus tropas, recorriendo los aduares y alistando á viva fuerza á todo joven que no puede redimirse mediante el pago de diez ó veinte duros, según las riquezas que posea su familia, cantidades que vienen á aumentar las riquezas del Gobernador, que á nadie da cuenta de lo recaudado.

El efectivo de askaris se elevará, como anteriormente indiqué, á unas diez mil plazas. Su armamento consiste en fusiles de cápsula ó pistón y bayoneta de los desechados hace ya muchos años de los ejércitos europeos. Visten con sin igual fantasía, formando el más abigarrado conjunto que pueda imaginarse, y su aspecto descuidado y flemático no inspira el

menor recelo. En lo único que guardan cierta uniformidad es en las babuchas amarillas, que calzan, y en los gorros encarnados que cubren sus cabezas. Al *Askar* pertenece la banda de músicos de S. M. Sheriffiana, cuyo instrumental fué adquirido en París en 1866. Según mis noticias, los pocos trozos que saben ejecutar aquellos artistas rudimentarios, que, por sus trajes fantásticos y el aspecto solemne con que desempeñan de modo espeluznante su cometido, han causado tantas veces mis delicias, les fueron enseñados por un renegado catalán, músico que fué de nuestro ejército, á quien sucedió en la dirección de la que bien pudiera llamarse *murga imperial*, otro renegado de origen navarro. No he podido averiguar quién ocupa en la actualidad tan importante puesto.

En la plaza de Meshuar maniobraban, bajo la dirección del Kaid Mac-Lean, unos cuantos destacamentos de askaris, y me he pasado largo rato viéndoles hacer la instrucción. ¡Pobres desgraciados! Presentaban un aspecto marcadamente aburrido, dando á entender que la disciplina militar no se había hecho para ellos. Delante de la Kubba Suera se hallaban formados en tres divisiones, obedeciendo á las órdenes dadas por el oficial inglés, que les instruía con arreglo á la táctica de su país, y era de oírlos murmurar automáticamente: *One, two, three, four*, estropeando de modo lamentable las palabras, y ejecutando los movimientos á contratiempo. A pesar de la buena voluntad que ponían en su trabajo, se veía bien claro que echaban de menos la libertad de que gozaban en las kabilas, y aquellas alegres correrías en que sin sujeción á régimen alguno, marchaban en confuso tropel, saltando y brincando, y disparando tiros á todo su sabor.

Recuerdo la impresión que me ha causado siempre la llegada á Tánger de cualquier tribu de la montaña, con objeto de celebrar tal ó cual festividad. No puede imaginarse ni más alegría ni mayor animación. Siguiendo una táctica estudiada en su aparente desorden, avanzaron silenciosos, desplegados en ala, á manera de ojeadores, hasta llegar el momento en que cierran el círculo y disparan al aire sus largas espingardas. Entonces es ocasión de admirarlos, puesto que despliegan en sus movimientos toda la gentileza propia de los seres criados al aire libre y en completa libertad, causando una sensación de fuerza noble y elegante. Por el contrario, los pobres askaris resultan amanerados, mezquinos, y por qué no decirlo, ridículos. Obedecen resignados las voces de mando, temerosos del castigo siempre cruel, pero se diría que no dan la menor importancia á lo que hacen, y que cuanto ejecutan les es por completo indiferente. Tan sólo los cabos y

sargentos se pasean erguidos y tiesos, orgullosos de su dignidad, pero más grotescos aún si cabe que sus infelices subordinados. Nacidos libres, suspiran por su primitiva independencia, haciendo comprender que lo que nosotros llamamos progreso no se ha hecho para ellos, y que á las ventajas de la civilización, que todo lo reglamenta y cataloga, es preferible la vida errante en campo abierto y libre.

27 de Junio.

A medida que se aproxima el día de la marcha, siento mayor tristeza, que se aumenta al pensar que es casi seguro que nunca volveré á ver estos lugares, donde tantas y tan intensas emociones he recibido. Con todos sus defectos, los árabes han terminado por serme simpáticos, y la tranquilidad y la calma que en Marrakesh se disfrutaban, en extremo agradables. Al recorrer las calles y recordar el extraño efecto que me causaron los primeros días, al contemplar los monumentos que me descubrieron bellezas casi ignoradas, al tropezar con caras que á la larga han acabado por serme conocidas, pruebo una sensación amarga y dolorosa. Ayer me encontré con mi pequeño amigo el Sheriff, que al punto solicito y cariñoso como de costumbre, vino á saludarme. Le di el acostumbrado agasajo, y sus demostraciones de alegría fueron menos expansivas que en anteriores ocasiones. Sus grandes ojos negros y rasgados, de expresión cándida é inocente, se fijaban en mí como si quisieran decirme algo, y comprendí que aquel mirar tan elocuente me revelaba en el tal pequeñuelo un amigo ignorado, y sin saber por qué, sentí humedecerse mis mejillas. Diferencias de raza, de religión, de educación, de costumbres, me separaban de aquella criatura, casi nos era imposible entendernos con la palabra, y, sin embargo, bastó un primer encuentro, allá en las cercanías de Sidi-bel-Abbés, para que el chicuelo se hiciera amigo mío y yo acabara por tomarle afecto, que al fin y á la postre era quizás la única fisonomía que en toda la ciudad me miraba con cariño. Es probable, por no decir seguro, que el infantil musulmán, olvide á su amigo el *Sheriff Pañol*, como me llamaba, y acabe, educado en la escuela de sus conciudadanos, por odiar á los *rumis* enemigos. Yo, en cambio, no le olvidaré nunca. En tan tierna edad no se sabe fingir ni disimular, y una prueba de afecto de un alma ingenua y pura es flor preciosísima que, aun después de agostada, deja una fragancia suave y deliciosa.

También he visto algunas veces al árabe de Tarfaya, amigo de España, que conocí en el mercado de esclavos. Pero

desde que averigüé su profesión de traficante en carne humana, dejó de inspirarme simpatía por lo que no he vuelto á aproximarme á él. Sin embargo, le agradezco sus cordiales manifestaciones, pues en estos países, donde todo es contrario á nosotros, donde á cada paso se nos demuestra que somos tolerados á viva fuerza, donde con mal fingidas sonrisas se pretende disimular el odio que descubren las miradas, cualquier demostración de amistad, en apariencia sincera, se aprecia de modo extraordinario. Dejando á un lado la cuestión religiosa, es lo cierto que, lejos de hacer por atraernos á los mahometanos, procedemos con ellos, y conste que no somos los únicos, con tan marcada injusticia que tienen sobrada razón para odiarnos. Niños en el fondo, los árabes poseen un gran espíritu de rectitud, y se levantan contra quienes á la fuerza y sin razón pretenden imponerles nuevas leyes y doctrinas. Sus largas relaciones con los europeos han acabado por hacerlos recelosos, suspicaces y desconfiados.

Pero no sólo me causan impresión las personas. Las mismas cosas me producen hondo pesar. Al contemplar tanto lindo monumento, maravillas de un arte perdido, irremisiblemente destinados á perecer arruinados, sin que nadie se ocupe de defenderlos de las injurias del tiempo, una intensa tristeza se apodera de mi ánimo. En otros lugares de los que en mis no pequeñas correrías visité, al alejarme me quedaba el consuelo de que quizás volvería á disfrutar de ellos, pero en Marrakesh no me sucede lo mismo, ya que tengo la certeza casi absoluta de que nunca más pisarán mis plantas el valle del Tensif, ni verán mis ojos la gentil ciudad, dominada por la sin igual Kotubia y circundada de palmeras. Visión encantadora que se quedará grabada para siempre en mi memoria.

Y á esto hay que añadir la tristeza indefinible que causa todo lo que muere, sin que se pueda vislumbrar una sola esperanza de evitar el fin preconcebido. Muerte de una raza, noble y viril, que fué un día poderosa. Muerte de una civilización que dejó vestigios gloriosos en la historia. La obra destructora comenzada hace siglos, se aproxima á su terminación, patentizando, con singular elocuencia, que para los pueblos, no progresar equivale á retroceder, y que el permanecer estacionario, oponiéndose á la corriente, cuando todo en derredor se mueve hacia adelante, es lo mismo que morir. Verdad triste, amarga y dolorosa, á la que es preciso resignarse. Llegará un día en que Marrakesh, dada su admirable situación y la riqueza de su suelo, venga á ser una de las primeras ciudades del mundo, pero entonces habrá perdido todo

su encanto, toda su poesía y toda su belleza, y á decir verdad, no merecerá ser vista.

30 de Junio.

Como estaba convenido, en la mañana de hoy se celebró la audiencia de despedida, solemnidad que ha puesto fin á nuestra gestión política, cerca de la corte Sheriffiana. El acto se ha verificado con arreglo al ceremonial que se siguió en la audiencia privada celebrada el 30 de Mayo último. Á las ocho de la mañana salimos de nuestra residencia para dirigirnos á la plaza del Meshuar, donde se hallaban las tropas dispuestas en idéntica forma que en las anteriores recepciones. El cuadro me resultó tan pintoresco como interesante, por más que fuera la tercera vez que tenía la suerte de presenciario.

No faltaban, como puede suponerse, los admirables músicos del Sultán, vestidos con sus largas túnicas escarlata ó verde esmeralda, y cubiertas sus cabezas con aquellos característicos gorros cónicos que tanto me chocaron la primera vez que los vi. Con sus pomposos ademanes y armando igual alboroto, les vi ejecutar la descompasada marcha imperial, que resonó en el ámbito de la extensa plaza, imponiendo á todos los presentes su salvaje y estridente melodía, cuyo ritmo es marcado por los golpes del bombo y del tam-tam. Mientras tocaba la banda imperial, atravesamos las filas de soldados, hasta llegar ante la Kubba Suera, donde nos aguardaba el Kaid el Meshuar y su Jalifa. Bajamos de nuestros caballos, y el señor Ojeda, acompañado de su truchimán, penetró en el interior del edificio, en tanto que yo y algunos otros compañeros nos fuimos á charlar con el Kaid Mac-Lean, que mandaba las fuerzas.

La audiencia se prolongó durante unos veinte minutos, y á su terminación el señor Ojeda me ha manifestado que Su Majestad Abdul-Aziz, se le mostró en extremo cordial y afable, insistiendo en expresar sus vivas simpatías por España, é invitándonos para el almuerzo que mañana celebrará en nuestro honor, en su huerta de la Almenara. Agregó que todo su Gobierno trataría de agasajar como nunca á los representantes de la nación amiga. Se nos preparan por lo visto grandes fiestas, que tengo por seguro habrán de resultar muy curiosas.

Todas nuestras gestiones políticas y diplomáticas han terminado, y el Maghzen se opone por el momento á entablar nuevas negociaciones. En lo que á nosotros concierne hemos tratado de cumplir nuestro deber, haciendo gala el señor Ojeda de sus altas dotes de perspicacia y energía. La cuestión

está en que nuestros trabajos hallen el apoyo que merecen y produzcan los resultados apetecidos, cosa que ya depende únicamente del Gobierno español. No es prudente hacer conjeturas. Acaba de ser renovado el Ministro de Estado, sustituyendo al señor Silvela, el señor Marqués de Aguilar de Campóo, nuevo en tan importante puesto y cuyo criterio acerca de las cuestiones de Marruecos nos es desconocido, por tal motivo juzgo razonable atenerme al dicho popular francés: *¡Qui vivra verra!*

En tanto se verificaba la entrevista, he recorrido la plaza del Meshuar, contemplando por última vez el pintoresco aspecto que presenta en semejantes ocasiones. ¡Qué derroche de luz y de colores! ¡Qué cuadro tan pintoresco y caprichoso! La visión es verdaderamente fantástica y recordando el dicho de los orientales, el pobre condenado á perder la vista, momentos antes de que el hierro candente apague para siempre sus pupilas, *he mirado con todas mis fuerzas*, á fin de retener en mi cerebro el original espectáculo. Seguramente jamás lo olvidaré y al regresar á Europa y ver de nuevo la monótona indumentaria de los pueblos cultos, echaré de menos esta fantasía inconcebible y este portentoso lujo de tonos que presiden al adorno de los habitantes del Magreb. En medio de su rudeza primitiva, esta pompa salvaje no está desprovista de cierta majestad y grandeza que encaja muy bien con el espacio libre y el inmenso horizonte en que se desarrolla.

Aprovechando la sombra que proyectaba la Kubba Suera, en un rincón del amplio patio del Meshuar, encontré establecidas, como de costumbre, las oficinas del Ministerio de Estado Marroquí. Nada más primitivo y patriarcal. Sobre sendos tapetes de Rabat, gravemente sentados en torno de Abd el Krim ben Soliman, hallábanse los escribas y talebs encargados de despachar la correspondencia oficial. Acurrucados en el suelo, y teniendo ante sí pequeños pupitres de madera, trazaban sobre pliegos de papel caprichosamente adornados con multitud de fantásticos y variados arabescos, los extraños caracteres arábigos, utilizando para ello plumas de caña tallada. Escribían ajenos á cuanto les rodeaba, bajo la vigilancia del Jefe, que ocupaba el centro del arco que formaban, distinguiéndose por estar sentado sobre uno ó dos cojines y la magnitud del escritorio que ante él se hallaba. Allí se redactaban, sin duda, esos despachos de doble sentido escritos con el firme propósito de engañar al cristiano á quien se aparenta contentar, poniendo bajo cuerda todo género de dificultades para el logro de su intento. Procedimientos tradicionales de la política marroquí que, por más que en apariencia resulten ridícu-

los, dan los resultados más sorprendentes y ayudan á mantener el ruinoso prestigio del Maghzen.

Con un sol abrasador, que dejaba caer sin piedad alguna sus candentes rayos sobre nuestras cabezas, regresamos á Dar Muley Ali, donde se procedió á entregar á nuestra escolta el regalo usual en semejantes casos. Cada cual tomó su gratificación correspondiente, y todos se alejaron contentos y satisfechos, quedando nosotros entregados al descanso y pensando en las fiestas oficiales que habrán de comenzar mañana.

3 de Julio.

Ayer y anteayer han sido dos días verdaderamente de prueba para nuestros pobres estómagos, que han soportado los banquetes monstruosos y extraños con que nos ha obsequiado S. M. Sheriffiana, el Gran Visir y el Ministro de la Guerra, habiéndonos podido excusar por fortuna de los que otros funcionarios querían celebrar en honor nuestro. De las tres fiestas citadas, la segunda se ha distinguido por su oriental esplendidez, y la tercera por su refinada elegancia. El Menebbi ha dado pruebas de ser hombre distinguido y de exquisito gusto. A pesar de la curiosidad que despiertan, estos banquetes mahometanos resultan pesados por su larga duración, debida al prolijo número de platos que en ellos se sirven.

Fué el primero el del Sultán, que se celebró en la Almenara, hermosa posesión imperial situada á unos dos kilómetros poco más ó menos de la ciudad. El domingo por la mañana todos nos hallamos dispuestos para asistir al agasajo. Sobre las diez, montamos á caballo, y seguidos de nuestra habitual escolta, emprendimos la caminata, soportando los rayos de un sol implacable. El día era hermoso, y el horizonte, despejado, nos permitía admirar una vez más el maravilloso panorama que presenta la imponente cordillera del Atlas, con sus cimas altísimas cubiertas de inmaculada nieve. Salimos de la ciudad por la puerta de Bab-er-Roh, y atravesamos la campiña por su parte más desolada y árida. Pasamos bastante cerca del famoso estanque de las vacas, sorprendente construcción, hoy por completo abandonada y que debió servir en un tiempo para fertilizar aquella región del valle, que los dos ríos Tensif é Issyl esquivan desviándose hacia el Norte. Por una extraña anomalía, el bosque de palmeras, que en general circunda la ciudad, se interrumpe por este lado, de manera que el calor africano se hacía sentir en toda su imponente monstruosidad, sin nada que de él nos resguardase. Las nevadas cumbres que

divisábamos en lontananza semejaban ser una cruel ironía de la naturaleza, brindándonos desde lejos el fresco que tanto deseábamos.

Gracias que al llegar á la Almenara todo cambió, en virtud del arte especialísimo de los orientales para trazar jardines y lugares de recreo y esparcimiento. Aguas corrientes, fuentes murmuradoras, extensos estanques, embellecían la hermosa huerta imperial, en que no faltaban pensiles de olorosas flores y umbrosos bosquecillos de olivos, palmeras, granados, plátanos y naranjos; embalsamando el aire las frescas fragancias del mirto y del arrayán.

Junto a un grandioso estanque, de extraordinaria capacidad y no común extensión, se hallaba la Kubba ó pabellón de descanso en que había de celebrarse el agasajo, muy linda construcción de pintoresco aspecto, en cuyas cercanías numerosos sirvientes vigilaban los preparativos del banquete, que por las vituallas reunidas y la magnitud de los platos aprestados, prometía rivalizar con el opiparo festín de las famosas bodas de Camacho. Sabido es que el lujo y esplendor de los orientales consiste en hacer gala de numerosos servicios y que la cantidad de las viandas prima sobre su calidad.

Confieso que tenía vivos deseos de presenciar semejantes fiestas que habían constituido una de nuestras mayores ilusiones durante los días que las precedieron, y en puridad de verdad mis esperanzas no quedaron defraudadas. Aquello fué un sueño extravagante, visión de un mundo nuevo y desconocido, reflejo de una civilización ignorada, realización de algo entrevisto en lecturas de tiempos pasados. Los suntuosos yantares de la Edad Media revivieron en honor nuestro, y por un día me sentí transportado á épocas lejanas. Todo contribuía á aumentar el efecto mágico. El apacible silencio de la huerta, turbado tan sólo por el dulce murmullo de las aguas y el melodioso piar de las aves en la umbría, el ambiente embalsamado por las innumerables esencias de los árboles y flores de los jardines, la serenidad majestuosa del cielo azulado, el límpido horizonte cerrado por la gigantesca cordillera, el extraño ceremonial seguido en el alboroque, convite ó alifara, las raras costumbres de aquellas gentes, todo, en una palabra, concurría á producir una impresión original y única.

En la puerta de la Kubba nos aguardaba el Ministro de Negocios Extranjeros Sidi Abd-el-Krim-Ben-Soliman, encargado de representar al propio Emir-al-Mumenin. Por él acompañados, penetramos en el pequeño edificio, y siguiéndole por una escalera estrecha, oscura y tortuosa, según inveterada costumbre de arquitectos musulmanes, arribamos al sa-

lón superior donde debía celebrarse el grandioso festejo y pipiripao. La habitación ocupaba todo el perímetro cuadrado de la construcción. Sus muros encalados y únicamente adornados con arabescos en el zócalo y el friso, sostenían un hermoso techo artesonado, pintarrajado de caprichosos colores. Lindos ajimeces encuadrados por festones alicatados se abrían en tres de las fachadas, y uno de ellos daba paso á una hermosa terraza, pavimentada de azulejos, que dominaba el amplio estanque y la frondosa huerta, ofreciendo la vista más deleitosa que pueda imaginarse.

Frente al terrado, un gran arco de herradura comunicaba con una especie de vestíbulo ó tribuna donde se hallaban dispuestos en formidable orden de combate los numerosos servicios que habían de constituir el opiparo festín. Según costumbre tradicional, los invitados debíamos pasar revista al imponente ejército y recrear nuestra vista con aquella profusión de manjares succulentos. Sabiamente alineados, en ordenada formación, dispuestos sobre pequeñas tarimas circulares de madera y resguardados por enormes coberturas de forma cónica, fabricadas con enea hábilmente torneada, formando caprichosos dibujos, y vigilados por uno ó dos sirvientes, conforme á la magnitud del artefacto; encontrábanse los componentes del yantar. A una seña dada por un grave personaje que sin duda oficiaba de maestro de ceremonias, los esclavos levantaron á un tiempo los enormes cucuruchos que resguardaban las viandas y entonces pudimos gozar de un espectáculo que hubiera seguramente hecho brincar de gozo al bueno de Sancho Panza, y estremecer de júbilo al insigne Gargantúa, por más que nuestra satisfacción quedara limitada por cierto tufillo acre y desagradable á manteca rancia que dominaba á toda una sinfonía de perfumes penetrantes, como azahar, agua de rosa, almizcle, incienso y otros, que nada bueno presagiaban á nuestro paladar. Pero eran de ver aquellas pirámides de pollos, gallinas y pichones; aquellas moles de alcuzcuz, y aquellas montañas de manteca y carne, situadas no sobre platos ó fuentes, sino sobre sendos lebrillos, jofainas ó albornías de considerable tamaño, muchas de las cuales requerían la fuerza de dos hombres para poder ser movidas.

Es de advertir que no eran los presentes los únicos servicios preparados, puesto que en la huerta se asaban varios carneros y alguna que otra ternera, contrastando tal acumulación de vituallas con el exiguo número de comensales, dieciocho ó veinte cuando más, entre el personal de la Embajada y los altos funcionarios de la corte, entre los que representaba

al Sultán, como ya he dicho, nuestro antiguo amigo el simpático Sidi Abd-el-Krim-Ben-Soliman. La etiqueta magrebina prohíbe, en efecto, que el Soberano, lugarteniente de Dios, se siente á la mesa con ninguno de sus vasallos, y mucho menos con extranjeros enemigos y desconocedores de las santas doctrinas de Mahoma, leyes supremas del Estado.

En el centro del salón se hallaba la mesa convenientemente prevenida, pues, sin duda, queriendo hacer una demostración de respeto á nuestros usos, íbamos á comer sentados, prescindiendo de la costumbre oriental de yacer reclinados en el suelo. No faltaban cuchillos y tenedores, cosa que nos agradó sobremanera, puesto que nos hubiese resultado en extremo molesto coger los alimentos con los dedos conforme á la práctica marroquí. El servicio era de los más heterogéneos que pueda imaginarse, alternando los platos de fina porcelana de la China ó del Japón, con otros de loza basta y aun de barro vidriado. Notábase cierta escasez de cristalería, abundando poco los vasos para agua, y faltando en absoluto las copas para vino, líquido que nos estaba vedado, gracias á las prescripciones del promulgador del Alcorán. Aquella mesa dispuesta en cierto modo á la europea, con su mantel recogido en pabellones sobre un tapete de franela roja, y sus centros de flores dispuestas sin arte, recordaba á las que figuran en los teatros de tercer orden para los banquetes orgiásticos de príncipes y emperadores de melodrama. Constituía la nota cómica de aquel conjunto de tan intenso color y sorprendente novedad.

Pasada la consabida revista á los manjares, dispusímonos en torno de la mesa, cuyas cabeceras fueron ocupadas por el señor Ojeda y el Ministro de S. M. Abdul-Aziz. Acto seguido comenzó el largo, el interminable desfile de las viandas. Imposible consignar todo lo que nos sirvieron é indicar los endemoniados ingredientes empleados como condimentos por los cocineros árabes. Pollos y gallinas con pasas, agua de rosa, flor de azahar, almizcle, berengenas, membrillos, hierbabuena, aceitunas y limón. Carnero en salsa, asado; estofado, y qué sé yo de cuántas maneras. Otra vez pollos y gallinas y otra vez carnero y vuelta á lo mismo sucesivamente, hasta formar diez ó doce servicios de idénticas carnes condimentadas de distinto modo. Alternando con sendos platos de alcuzcuz, el manjar nacional, verdaderas montañas grasientas, alguna de las cuales exigía el esfuerzo de dos hombres para ser movida.

Al principio todos permanecimos en actitud expectante, mirándonos unos á otros y sin atrevernos á probar bocado de

aquellas sofisticaciones culinarias. No recuerdo quién fué el primero en romper el ayuno, pero imagino que debió ser el doctor Cerdeyra, y como viéramos en su cara que lo que comía resultaba soportable á su paladar, seguimos el ejemplo, comenzando á gustar la cocina morisca. ¡Hay que reconocer que no es tan delicada como la francesa, ni tan substanciosa como la española! Sin embargo, no faltan manjares apetitosos, entre los que recordaré cierto *Alcuzcuz* con gallina, pasas y garbanzos; la agradable *Quefta*, en otra ocasión celebrada; el en verdad succulento *Schua*, carnero asado entero, de cierto modo especial, que resulta exquisito; y la *gallina á la morisca*, muy celebrada en los antiguos libros de cocina española, que se presenta cocida con anís, alcaravea, cilantro, comino y otras especias. Algunas legumbres me eran por completo desconocidas, como la denominada *Melogia*, variedad de pimienta, dulzón y baboso, no muy agradable. Pero si algunos platos eran aceptables y hasta buenos, la mayoría, en cambio, es decir, todos aquellos en que la perfumería desempeñaba gran papel, resultaban imposibles para nuestro paladar, lo que no impedía que los magnates marroquies los gustasen con verdadera fruición.

Mucho echábamos de menos el vino, que nos hubiera auxiliado poderosamente para salir vencedores de alguna de tan diabólicas combinaciones; mas en materia de bebidas sólo teníamos á nuestra disposición agua fresca y cristalina, aguamiel que nuestros mayores llamaban aloja, agua de azahar, y jarabes de rosa, naranja y limón, líquidos que si bien sirven para componer refrescos agradables, no me parecen de los más indicados para alternar entre plato y plato. No quedaba más recurso que conformarse á lo prescrito por Mahoma, y sufrir con resignación la falta del sabroso jugo de la uva, al que algunos musulmanes rinden culto, aunque con la mayor reserva, figurando entre los más devotos, según de público se dice, el famoso Gharnit, Ministro de Hacienda del difunto Emperador Muley Hassan.

Cerca de tres horas permanecemos sentados á la mesa. Una colosal fuente que contenia diez ó doce libras de mantequilla y á la que ninguno de los invitados hizo honor, señaló el comienzo del último servicio, consistente en entremeses de dulce, confites, pastas, frutas y demás postres variados. Aquí del arroz con leche presentado bajo múltiples formas y de innumerables productos de la confitería y repostería marroquí, algunos de los cuales aún se conservan entre nosotros, como los alfajores, alajú, alcorza, cabello de ángel y tortas de almendra, sin contar el conocido mazapán. Entre las golo-

sinas más características señalaré las Hamadas con el poético nombre de *Hab-el-Gazel*, que traducido quiere decir Pie de gacela, y que vienen á ser unas pequeñas medias lunas formadas con masa de harina, mezclada con almendras picadas, azúcar y almizele y cocidas al horno. Es dulce típico de Marruecos, así como las *Chubaikias*, especie de barquillos de mazapán rellenos de almibar; los *Uelchs* ó pasteles impregnados de miel, y ciertas tortas de mesa, huevos, azúcar, almendras y azahar, especiales de la ciudad de Marrakesh, y que me parecieron ser lo que los antiguos reposteros españoles llamaban almojabana. Tampoco faltaron las confituras de rosa y flor de naranjo y limón, ni los bombones de almizele, menta, anís y otros excitantes; en fin, toda la infinita variedad de golosinas dulzonas y empachosas, inventadas por el pueblo más goloso del mundo. Hubo alguno de nosotros que saboreó y llegó á apreciar las delicadezas de la cocina marroquí, pero la mayoría se limitó á probar algunos manjares y á demostrar, por cortesía, á los huéspedes, que les parecían excelentes.

Durante todo el banquete y á su terminación, en tanto se servía el café á la morisca, es decir, sazonado con *almástica* ó sea la resina que produce el lentisco, y le da cierto sabor acre no muy agradable; así como el exquisito té marroquí ya por mí celebrado — aromáticas bebidas que ingerimos con deleite — no dejó de funcionar una banda de músicos cantores árabes, que situada en una especie de tribuna ó *diván*, nos regaló el oído con sus tocatas y canciones. Formaban la reducida, si bien jaleosa orquesta, dos *alaúdes* ó guitarras de cuatro cuerdas dobles; dos *rebabs* ó violoncellos orientales, instrumentos de arco, con dos cuerdas afinadas en quinta, y que servían para llevar el bajo de la sinfonía, y dos violines europeos, que aquí llaman *Camanyas*, cuyos ejecutantes, acurrucados en el suelo á usanza morisca, apoyaban sobre el pavimento y manejaban del mismo modo que nuestros músicos el contrabajo, presidiendo la asamblea otro artista situado en un extremo del medio círculo formado por los cantores, que bien visto por todos, actuaba de director de orquesta, entonando la melodía, señalando las entradas y marcando el ritmo con un *derbuka* ó tamboril. La importancia de este personaje es grande, ya que la música árabe, según he podido advertir, no obedece á un compás determinado, regulándose tan sólo por ritmos en extremo variados, originales, raros y curiosos, cuyos movimientos, indefectiblemente lentos en un principio, van acelerándose poco á poco, hasta llegar á una vertiginosa precipitación, en medio de la cual se interrumpen con una pausa repentina y en seco.

Como he de dedicar un estudio á la literatura y á la música marroquíes, utilizando las observaciones que he podido recoger, no creo conveniente extenderme ahora sobre el particular, tanto más cuanto que espero hacer nuevas averiguaciones en las fiestas anunciadas. Tras un rato de descanso, en el que volvimos á saborear el té magrebino, nuestros huéspedes vinieron á invitarnos á dar un paseo por los hermosos jardines de la Almenara. La tarde había avanzado bastante y era hora de emprender nuestro regreso á Dar Muley Ali, pues para que nada faltara habíamos recibido recado del Gran Visir, invitándonos para el banquete, sarao y tripudio que aquella misma noche tenía decidido celebrar en nuestro obsequio.

A la salida, los alrededores del pabellón presentaban el más animado aspecto que pueda imaginarse. Los numerosos esclavos y servidores del Sultán, nuestros criados, los soldados de la escolta, habíanse reunido en grupos y á su vez disfrutaban de la esplendidez imperial, consumiendo los no escasos relieves del monstruoso pipiripao que sólo nos fuera en cierto modo exhibido, ya que casi dos terceras partes de las viandas preparadas habían sido retiradas incólumes de nuestra presencia. Justo nos pareció que en honor de España y los españoles, aquellos desgraciados, famélicos por lo general, disfrutaran, al menos una vez en la vida, de tan opiparo festín, cuya sola vista causaba hartura.

Dejámosles comer á su satisfacción, y ya bien entrada la tarde, emprendimos el regreso á nuestra vivienda, haciendo mil comentarios sobre el interesante agasajo que nos había ofrecido S. M. Sheriffiana, y no sin que alguno se entretuviese en levantar calendario sobre la gran fiesta anunciada para la noche. Por mi parte pensaba en que acababa de presenciar una fiesta que sin duda alguna era en extremo análoga á las que nos describen los escritores españoles de la Edad Media y el primer Renacimiento, aquellos suntuosos yantares que se prolongaban durante toda la tarde y buena parte de la noche, y en los que se servían innumerables manjares, entre los que no faltarían, de seguro, algunos de procedencia árabe, como la gallina morisca y el alcuzeuz, cuya fórmula para hacer la masa y receta para guisarla figura todavía en el interesante *Arte de cocina* del ínclito Cocinero de Su Majestad don Felipe IV, Felipe Martínez Montañó, aquel que logró asar la manteca.

En tiempos pasados debieron también usarse en España, como condimentos, las substancias olorosas, conforme á los procedimientos de la cocina arábica, ya que don Miguel de

Yelgo dice textualmente en su *Estilo de servir á Principes* (1): «*El cocinero ha de tener unas cazetas donde tener aguas de olores para dar olor á las tortas, pasteles y empanadas*», y que Pellicer menciona en sus anotaciones al divino *Quijote*, que en la Biblioteca Real existe un Códice (núm. 128) en que se encuentran varias recetas para hacer diversas conservas y guisos, en que entran como componentes la miel y algunas otras golosinas y perfumes, siendo atribuidas dichas fórmulas á grandes damas, como lo eran doña Catalina de Cardona, la condesa de Mórica, doña Isabel Manrique y muchas más que el erudito comentador omite. Buena prueba de que la sensualidad oriental se había introducido en las costumbres españolas.

Apenas si tuvimos tiempo para descansar del primer festo y limpiarnos el polvo recogido en nuestro regreso de la Almenara, cuando nos reunimos de nuevo para trasladarnos á casa del gran Visir, nuestro amigo el Hadj Mucktar, donde nos aguardaba nuevo refocilamiento y alboroque. Para llegar á la vivienda del magnate recorrimos estrechas y tortuosas callejas, que á la escasa luz crepuscular presentaban aspecto medroso y desagradable, y cuando menos lo sospechábamos, nos encontramos frente á la casa habitación del primer Ministro. Sin más apariencia exterior que una alta muralla de barro apisonado, tras atravesar una ó dos corraletas para recoger el ganado, penetramos en el recinto destinado al agasajo, sin duda alguna las habitaciones de gala y aparato del palacio. El local era en extremo pintoresco y muy característico. Un patio no muy grande, solado con losetas de piedra, en cuyo centro se alzaba lindísima fuente en la que el agua corría produciendo agradable murmullo; á derecha é izquierda dos alas de edificio compuestas de dos cuerpos, y precedidas por galerías altas y bajas formadas por columnas que sostenían graciosa y ligera arquería, las del primer piso daban entrada de una parte al salón de recibo ó estrado y de la opuesta al comedor; las del segundo plano, cerradas con celosías de madera, á manera de ventanas conventuales, debían comunicar con las estancias del harén. Sin duda que desde dichas galerías altas, ocultas en la sombra, las numerosas esposas y concubinas del huésped debían curiosear el espectáculo. Los dos lados restantes del patio quedaban cerrados por tapias, una que daba al jardín interior y que dominaban las ramas de la arboleda. En la opuesta pared se abría la puerta de en-

(1) Madrid, 1614.

trada. Todo el circuito se hallaba revestido por un hermoso zócalo de azulejos vidriados de diferentes colores que formaban dibujos caprichosos, y reverberaban á la luz de la luna, suave y tenue que envolvía todos los términos en deliciosa penumbra. Un verdadero cuadro oriental, lleno de misterioso encanto y vaga poesía.

Penetramos ante todo en el salón de aparato donde nos esperaba el anfitrión, rodeado de numeroso y brillante séquito. El aspecto del estrado no dejó de sobrecogernos, presentaba una apariencia tétrica y melodramática. Hubiera sido marcado apropiado para uno de los fúnebres banquetes con que Lucrecia Borgia obsequiaba á sus enemigos. Quizás aquel suntuoso decorado fuera alegre para los mahometanos, pero á decir verdad, resultaba capaz de entristecer al ánimo más denodado y bullidor. Como casi todas las habitaciones árabes, aquella estancia era larga, estrecha y alta, sin más comunicación con el resto del edificio que la puerta abierta sobre el patio, por donde durante el día recibía la luz. Las murallas estaban recubiertas, según el uso del Magreb, por *Hattis*, esas especies de tapices, ó más bien reposteros, fabricadas con recortes de paños de distintos colores, aplicados sobre lienzo de una misma tonalidad. Por lo general, el dibujo preferido son arcos de herradura y algún que otro arabesco en los tímpanos. Las colgaduras del estrado del Hadj Mucktar eran de paño negro, y los adornos que las cubrían habían sido trazados con galones amarillos, lo que daba al conjunto cierta semejanza con una capilla dispuesta para un solemne funeral. Del techo formado por sombrío artesonado pendían lámparas de cobre, en cuyos candelabros ardían grandes cirios, que daban una luz amarillenta y lúgubre, en tanto que los pebeteros, situados en las esquinas, esparcían verdaderas nubes de incienso, sándalo y álces. ¡Hermoso decorado para el festín del Comendador! Confieso que mientras permanecí en aquella estancia me pareció oír á lo lejos, tras la muralla de la vecina huerta, que bien pudiera imaginarse cementerio, los lúgubres gemidos de varios fagotes, acompañando el oficio de los difuntos.

Los saludos de rúbrica no fueron muy largos, y pronto, por fortuna, fuimos invitados á pasar al comedor. La transición era deseada por todos los europeos, ansiosos de salir de un local capaz de competir con el famoso *Cabaret de la Mort*—tomado en serio—del parisien Montmartre, aunque sin ninguno de los alicientes del estrambótico cafetín que los decadentes de la gran metrópoli han abierto para explotar imbéciles y degenerados. Debo advertir que la fiesta dada por el gran

Visir ha sido la que mejor se ha ajustado á la tradición y á la etiqueta de Marruecos; el Hadj Mucktar debe ser fanático, conservador y tradicionalista. Antes de salir de la capilla mortuoria—en puridad sólo faltaba el cadáver—fuimos, conforme al uso establecido, invitados á tomar las tres tazas de té, consagradas por la costumbre, y á lavarnos las manos, para cuyo menester varios esclavos presentaron agnamaniles, mientras que otros rociaban nuestras cabezas y dedos con el contenido de lindos pomos de agua de rosa, de finísimo y penetrante aroma. En el entretanto otros servidores habian alineado en el patio el formidable ejército de viandas que habian de ser presentadas en el banquete. Como es natural hubimos de pasar la consabida revista á la numerosa escuadra. Cuando, á la seña dada por el maestro de ceremonias, los cucuruchos de enea que cubrian los manjares, fueron levantados, quedamos atónitos y espantados ante aquel derroche de fuerzas, comenzando á sentir cierta preocupación y temor al pensar en el tiempo que habia de durar el desfile solemne de los *ciento veintiocho platos*, ni uno más ni uno menos que habian de constituir el monstruoso banquete.

El corredor, aunque iluminado con cirios y lámparillas de aceite que brillaban en vasos de cristal de colores, con no sé qué dejos de iluminación á la veneciana, presentaba alegre apariencia. *Haitis* de paño rojo y azul cubrían los muros, y la mesa cubierta con ramilletes de flores, recordaba la del almuerzo del Sultán. El mismo heterogéneo servicio y la misma mezcla de calidades. Para nuestro uso no faltaban tenedores, cucharas y cuchillos. El número de comensales se habia aumentado con algunos más funcionarios de la corte y deudos del huésped. No he de extenderme á reseñar la lista de los platos, muy semejante á la del festín de la mañana. Comenzamos con una sopa de arroz con gallina cocida bastante aceptable. Siguiéron variados guisos en los que la carne de carnero, los pollos y los pichones formaban casi invariablemente la primera materia, ya cocida con manteca, ya con aceite, ya en estofado. Como condimentos y accesorios no faltaban aceitunas, almendras, corteza de limón y de almendras, habas, patatas, berengenas, membrillos, hierbabuena, melogías, limones, mazapán y todos los varios perfumes antes mencionados. Como particularidades, pude notar cierta ensalada de zanahorias adobadas en vinagre y mezcladas con lechuga y rabanitos, muy agradable; así como otra, compuesta de apio, perejil, orégano, comino y aceite frito, sazonada con granos de incienso, que nos resultó excelente. El perfume lí-túrgico usado como condimento culinario ha de extrañar á

muchos, pero puedo declarar que no dejaba de ser gustoso: ciertos pichones asados, servidos con una salsa á base de dicha esencia, merecieron todos nuestros sufragios. He de recordar también las *Duidas* (que en castellano antiguo se llamaban *Aletria*), especie de finos fideos hervidos; y algún que otro plato aún conservado en España como la *Alboronia*, guisada de berengenas, tomate y calabaza, y la salsa llamada *Almodrote*, que se compone con ajo, aceite y varias hierbas aromáticas. Sirvieron como asado el succulento *Schua* en otra ocasión celebrado, y comenzaron los diversos preparados de alcuzcuz, ya con leche y canela, ya con pasas, apareciendo, por último, los innumerables productos de la repostería, de los que pude contar más de treinta variedades.

Ante nuestros ruegos se había reducido á más de la mitad el número de servicios y llevamos no obstante más de tres horas de banquete. No hay que decir si estaríamos cansados y si las frutas que señalaban el final serían acogidas con júbilo. Saboreamos excelentes ciruelas, manzanas, peras y albrichigos, sin que faltaran uvas de varias clases y exquisitos dátiles de Taflete, reputados como los mejores. Absoluta carencia de vino, en su lugar agua sahumada con madera de sándalo ó incienso, jarabes de varias clases, agua de azahar, y para terminar sus correspondientes tazas de café con almástica. Esto fué todo. Volvieron los esclavos con aguamaniles y jabón, para que pudiéramos lavarnos las manos, y como de costumbre nos perfumaron otra vez con esencia de rosa que vertieron sobre nuestras cabezas y dedos; después nos presentaron caprichosos pebeteros en que se consumían maderas aromáticas, y entre ellas el preciado palo de áloes que se paga á peso de oro. Siguiendo el ejemplo de nuestros huéspedes, sahumamos detenidamente nuestras vestiduras. Nosotros fumamos y los moros que por lo general no lo hacen después de comer, reservándose para saborear más tarde sus pipas de Kiff, se contentaron con hacer ligeras tomas de rapé, y conforme al uso establecido, todos los circunstantes permanecimos silenciosos, en deleitosa beatitud, escuchando el murmurar de la fuente, gozando de la fresca brisa, de la suave luz lunar y de la fragancia que exhalaban las damas de noche del vecino jardín, dulcemente arrobados por la canturía triste, melancólica y mecedora entonada por los músicos árabes que amenizaban la velada.

Semejante estado de deleite y beatitud fué interrumpido por nosotros. Teníamos que marcharnos, necesitábamos gozar del reposo, pues la jornada había sido en extremo larga y cansada. ¡Es más difícil de lo que parece soportar seis ó siete

horas de banquete continuo, y todavía mañana nos espera la fiesta del Ministro de la Guerra! Los magnates árabes podían continuar en su dulce bienestar hasta que llegara la hora de fumar el Kiff que les abriese las puertas del ensueño ó entregarse á los placeres voluptuosos en las estancias apartadas del harén. No nos fué posible retirarnos antes de la media noche y mientras recorriamos las sucias y tortuosas callejas de la ciudad hasta arribar á nuestra habitación, recapitulaba las impresiones recibidas, y me parecía haber salido de un mundo fantástico de leyenda y poesía, tal era el efecto de aquella fiesta tan original y llena de carácter que ninguno de nosotros podrá olvidar en toda su vida.

Sin descanso suficiente hubimos de levantarnos ayer mañana, pues á las diez estábamos citados para asistir al agasajo que El Menebbi, el árabe más elegante que he conocido, nos tenía preparado. Era la última de las invitaciones aceptadas, ya que hemos logrado excusarnos de algunas otras, como la del Gobernador de la ciudad. Resultaría imposible continuar durante varios días semejante vida, pues nuestros cuerpos no están hechos para habitar en aquella tierra del pipiripao, de que hablaban nuestros mayores, y en que todo se reducía á pasar el tiempo en espléndidos y magníficos banquetes.

He indicado que la fiesta del Ministro de la Guerra se distinguió por su refinamiento y elegancia, y aunque en ella pudimos observar ciertos detalles de gusto europeo, debidos á la influencia del Kaid Mac-Lean, uno de los invitados, no dejó, sin embargo, de tener mucho carácter. El almuerzo, propiamente dicho, se efectuó en la planta baja de un lindo pabellón de recreo, pero gran parte del agasajo permanecimos en los dilatados y admirables jardines del palacio, disfrutando del ambiente perfumado por los naranjos, mirtos y limoneros y del murmullo de infinitos surtidores y riachuelos que circulaban por doquiera. No es posible dejar de admirar el arte exquisito desplegado por los árabes para satisfacer su nunca contenta sensualidad. No olvidan ni un solo detalle, y los cinco sentidos encuentran en qué recrearse. Lo primero que nos sorprendió fué la abundancia de flores cortadas, que alfombraban materialmente el suelo de los caminos por donde debíamos transitar. Por todas partes se veían guirnaldas y ramilletes colosales, formados con infinitas variedades, que mezclando sus colores en sabia ordenanza, solazaban la vista.

En una encrucijada del jardín, junto á dos estanques cuyos bordes desaparecían bajo el amontonamiento de flores y ramaje, se había improvisado una tienda, delicioso lugar de des-

canso, al que nos condujeron desde luego. El exterior del palacio no presentaba, como de costumbre en construcciones musulmanas, nada absolutamente de particular. Tampoco pudimos vislumbrar lo más mínimo del interior, pues no penetramos en su recinto; es más, ni pudimos sospechar cuál sería, entre los edificios que se veían asomar tras las tapias que allá en lontananza, limitaban el inmenso jardín, y el bosque de naranjos en que permanecimos. Largo rato estuvimos en la ligera tienda, decorada con soberbios tapices y *haitis* lujosísimos, de seda, damasco y terciopelo, bordados en oro, donde nos recibió el simpático Ministro de la Guerra, rodeado de sus deudos, clientes y servidores. Allí, al son de una orquesta morisca, cambiamos los saludos y cumplimientos exigidos por la prolija cortesía oriental, saboreamos el succulento té perfumado con ámbar, consumiendo las tres tazas, ó más bien vasos, que prescribe el ritual, lavamos nuestras manos en los aguamaniles que nos presentaban esclavos ricamente vestidos, que conforme á la usanza tradicional, perfumaron nuestras cabezas con agua de rosa y sahumaron nuestras vestiduras. Todos los detalles del complicado ceremonial fueron observados con esmero, chocándonos la elegancia y esplendidez del servicio y de la servidumbre.

La elegancia señorial del prócer se manifestaba en todos los detalles, y su exquisita manera de obsequiarnos y recibirnos pudiera rivalizar con la del más consumado gran señor de la corte más encopetada y aristocrática. Jamás olvidaré el gesto gentil y gracioso con que El Menebbi se dirigió hacia el señor Ojeda y le tendió la mano para conducirlo de la diestra al comedor. La gallardía de su figura, la armonía de sus movimientos, la nobleza de su actitud, le permitieron salir airoso de un acto en extremo cortés, pero extraño y desusado en nuestras costumbres europeas. Al lado de aquella suprema distinción nativa, había en el simpático personaje, cierta especie de cortedad, que atenuando su natural y legítimo orgullo, le hacía en extremo encantador. Seguro de ser el primero, quería hacerse perdonar su supremacía sin exagerar la obsequiosidad. No creo necesario decir que sus vestiduras eran lujosas sin ser llamativas, y las pocas armas que ceñía, de gran precio; aunque añadiré que manejaba con sin igual desenvoltura un amplio y sutilísimo alquicel de fina gasa de seda rameada con hilos de plata, que envolvía su cuerpo, y lejos de entorpecer sus movimientos, realzaba el prestigio de su persona. Era un verdadero *dandy* oriental, capaz de hacer palidecer de envidia al propio Jorge Brumel.

Conduciendo al Ministro de España, El Menebbi se enca-

minó hacia el comedor, y todos le seguimos. El paseo que se dirigía á la *Kubba* ó pabellón estaba también adornado con tapices, arcos de ramaje y flores en gran cantidad, y la sala destinada al banquete presentaba lujoso aspecto. En el centro una mesa larga, cubierta con ricos manteles y fina porcelana y cristalería, nos esperaba. Allí no había mezcla alguna, todos los objetos eran de igual valor, y en muchos detalles podía notarse la influencia del gusto inglés. Sin duda, el Ministro de la Guerra se había aconsejado de su subordinado el Kaid Mac-Lean, y por un detalle de exquisita galantería, había copas para varias clases de vino, sin olvidar el champagne, pero nosotros no hicimos uso de ellas, prefiriendo respetar los escrúpulos religiosos que pudiera tener nuestro anfitrión.

Describir el banquete sería repetir lo ya anteriormente dicho. Hubo la misma abundancia de platos y los mismos guisos, servidos en orden muy semejante. Entre ellos notamos ciertas albóndigas con salsa de huevo, exquisitas truchas, pescadas en los torrentes del Atlas, un excelente *Schua* ó carnero asado, pasteles de guirlache y ojaladre, y una especie de puches con miel, que debe ser lo que nuestros mayores llamaban *alejigas*, por corresponder este vocablo al nombre arábigo del tal entremés. No dejaron de figurar en el desfile los numerosos y variados productos de la repostería marroquí, alternados con compotas en conserva de fabricación europea y hasta con bombones franceses. Para terminar hubo muchas y muy sabrosas frutas que consumimos con delectación. Muy agradable nos fué el agua enfriada con nieve, aportada para este objeto de las vecinas montañas, que los esclavos presentaban en grandes alcollas y con verdadera profusión.

Concluido el almuerzo, regresamos á la tienda levantada en medio del jardín para descansar y tomar el café. Volvióse á repetir el ceremonial del lavado de las manos y perfumado de las personas con arreglo al ritual prescrito y nos entregamos al encanto de la conversación. El lugar era admirable, y yo, mientras escuchaba la monótona canturía de los músicos árabes, pensaba que este era el último acto oficial de nuestra estancia en Marrakesh, y que en breve regresaríamos á la vida civilizada, y digo mal, porque esta vida no se asemeja ciertamente á la nuestra, pero será injusto pretender que carece de encanto y hasta de refinamiento. Por esto miraba con marcado interés todos los detalles del cuadro, pretendiendo fijar en mi cerebro aquella visión de un mundo desconocido, próxima á desvanecerse para siempre. Noté que todo el mundo trataba con marcada deferencia y consideración á

cierto joven personaje de gentil apostura, no obstante que desempeñaba menesteres propios de la servidumbre. Extrañome tal anomalía, y hube de preguntar quién fuera el servidor tratado con tanto respeto. Mi sorpresa fué grande al oír la respuesta. Se trataba de un descendiente directo del Emperador Muley Mohammed, abuelo del actual Sultán; el Sheriffe Muley Ibrahim, hoy día servidor del Ministro de la Guerra. ¡Príncipe y criado á un mismo tiempo! La verdad es que semejantes contrastes son bien poco frecuentes, por más que en un país donde todo depende de los caprichos del Déspota que gobierna, nada puede parecer extraño. Lo más curioso era, á mi modo de ver, que la humildad del oficio, en un pueblo tan orgulloso y soberbio, no había desprestigiado la alcurnia del individuo. Sin duda, el carácter religioso de su prosapia era bastante para salvar todas las diferencias jerárquicas. Qué gran lección para los europeos acostumbrados á juzgar y considerar de preferencia las personas, por el lugar que ocupan, la fortuna que tienen, el puesto que desempeñan ó la apariencia que representan, sin tener en cuenta sus antecedentes ó sus cualidades personales.

Nuestro amable huésped vino á saludarme con gran cortesía. Utilizando los auxilios del bueno de Reginaldo Ruiz, intérprete impecable, pude trabar conversación, é hice decir al Menebbi lo mucho que había admirado la espléndida fiesta con que nos obsequiaba, la belleza de aquellos jardines, y el lujo y buen gusto de su casa, añadiéndole mi sentimiento por no poderle hablar en su armonioso idioma y expresarle directamente todas mis impresiones. La respuesta del prócer fué de la más exquisita galantería que pueda imaginarse. También él lamentaba no conocer el castellano para hablar con nosotros con toda libertad—á lo que agregó cogiéndome la mano, la siguiente delicada frase: *«Pero si mi palabra está lejos de tu oído, mi pensamiento está cerca de tu corazón.»* Confieso que no supe qué contestar. ¡Estamos tan poco acostumbrados á usar en el lenguaje vulgar tales elegancias de concepto! A más de dandy, El Menebbi era poeta por naturaleza, pues aquellas galanterías tan refinadas brotaban de sus labios espontáneamente, sin esfuerzo ni rebuscamiento, surgidas de una imaginación tan viva como despejada. Barbey d'Aurevilly, de conocerle, le hubiera admirado; con toda sinceridad declaro que guardaré de él un vivo recuerdo.

Todo tiene su fin en este mundo, y llegó la hora de separarnos del gentil anfitrión, y de la vida oficial marroquí. Infinitos cumplimientos, saludos y votos de ventura y prosperidad acompañaron nuestras despedidas. Montamos á caballo,

y recorrimos gran parte del extenso jardín, antes de salir á las calles de la ciudad. La comitiva del Ministro de la Guerra desapareció tras una pequeña puerta abierta en la muralla, y nosotros pudimos ver mientras circulábamos por las alamedas, los numerosos clientes y deudos de El Menebbi entregados á banquetear con los restos de nuestro espléndido pipiripao. En un pabellón apartado, escondido entre la umbría, se hallaban varios graves personajes. Alguien nos dijo que allí se encontraba el famoso Tasi, tan influyente en la política del Imperio, en la que interviene á manera de consultor, reservado para los casos extremos. Invitado por El Menebbi al banquete en nuestro honor, había preferido presenciarlo desde lejos, pues sus ideas retrógradas, su exagerado fanatismo y su reconocido odio por los extranjeros, le impedían compartir el agasajo con sus antiguos enemigos, los cristianos.

Muy cansados—tres festejos de tal índole á continuación uno de otro son capaces de rendir al más fuerte,—nos hemos recogido en Dar Muley Ali. Las postrimerías de nuestra residencia en Marrakesh han comenzado, y la parte más interesante de la comedia de magia á que hemos asistido ha dado fin. Dentro de pocos días emprenderemos el viaje de vuelta; decididamente tomamos el camino de Mazagán, desistiendo de nuestra idea de regresar por Mogador, á fin de evitar dificultades al buque de guerra que había de recogerlos en la costa. Se teme que al *Carlos V* le fuera difícil la entrada en el puerto de la seguridad de dichas ciudades. Siento volver por el mismo itinerario, privándome de recorrer otra región del Imperio, tan importante como la formada por la cuenca del río Tensif. Pero las circunstancias mandan y á ellas hay que atenerse.

Los pocos días que aún permaneceremos en la ciudad—estamos obligados á esperar los regalos que hace el Emperador á toda Embajada—hemos de dedicarlos á realizar las últimas excursiones y á preparar lo necesario para volver á la vida del campamento. Con el mundo oficial no hemos de tener más contacto, ni volver á ver ninguno de los magnates y grandes funcionarios. Para ellos nos hemos ausentado al terminar el banquete del Ministro de la Guerra. Sólo algunos enviados de Sidi-Abd-el-Krim-ben-Soliman acudirán á visitarnos en nuestro primer campamento y á transmitirnos los últimos saludos de la Corte y del Gobierno.

No he salido para dedicarme á escribir las presentes líneas y consignar mis impresiones sobre los últimos días, tan curiosos como interesantes. El interior de Dar Muley Ali, presenta una verdadera confusión, no se ven más que cajas y

baúles por todas partes. Los criados han comenzado á embalar, y oigo los golpes de martillo que dan al clavar varios cajones.

Recapitulando mis recuerdos, no puedo por menos de pensar en nuestro simpático amigo El Menebbi. ¿Podrá mantener su prestigiosa situación de valido y favorito del Emperador? En este caso sería un poderoso auxiliar de la civilización, cuyas ventajas parece comprender. Pero mucho me temo que no suceda así. Ocupa un puesto demasiado elevado para no despertar envidias y recelos, y tengo por seguro que acabará por ser blanco de las intrigas tenebrosas que con tanta frecuencia se desenvuelven en la corte sheriffiana. Su amistad de la infancia con el Soberano no bastaría para salvarle (1). Un capricho de Abdul-Aziz le ha hecho Ministro de la Guerra, una sospecha cavilosa del déspota puede reducirle á la nada. La muerte de Ba-Amed abre una nueva era para el Imperio, y el porvenir me aparece preñado de amenazas que el joven Sultán no será capaz de conjurar. Hay que temer una reacción violenta del fanatismo marroquí; y la sombría figura del Tasi, entrevista en el escondido pabellón del jardín de El Menebbi, me parece simbolizar la revancha del espíritu musulmán. No sé por qué se impone á mi mente la memoria de aquel célebre Mohammed el Zaguer, Ministro de la Guerra del difunto Muley Hassan, que recibió y obsequió con suntuoso banquete, en este mismo palacio que habitamos, á la Embajada presidida por el general Martínez Campos, y que hoy gime encerrado en una lúgubre y tétrica mazmorra de Tetuán, sin que nadie conozca las causas de tan desastroso cambio de la fortuna. ¡Misterios, sin duda, de la política marroquí!

4 de Julio.

Seguimos en el maremágnum de la preparación del viaje. Para dar gusto á las señoras, que, no habiendo asistido á los banquetes oficiales, deseaban probar el succulento *Schua* ó asado de carnero que tanto habíamos celebrado, los árabes del servicio del Kaid-er-Rhá han preparado semejante guiso en

(1) Al releer estas líneas no deja de sorprenderme haber acertado. Nadie ignora la desgracia de El Menebbi, acaecida en estos últimos años después de su Embajada á Francia é Inglaterra, las persecuciones de que ha sido víctima, la confiscación de sus bienes, y la necesidad en que se ha encontrado de pedir la protección de la Gran Bretaña para salvar su vida.

nuestra huerta, y habiendo presenciado la operación, creo poder consignar en estos apuntes tan sabrosa receta culinaria.

Los cocineros indígenas han comenzado por invocar á Allah; continuando sus rezos mientras abrían las venas del cuello del carnero y dejaban que se desangrase. Es sabido que siendo la sangre la residencia del alma, los buenos mahometanos no consumen carne alguna que conserve algo del líquido vital. Ignoro los efectos que las oraciones continuadas producirían en el guisado, pero consigno el hecho, recordando que algunas cocineras de nuestra tierra, siguiendo sin duda el ejemplo de la venerable Sor Inés de Toro (quien empleaba en sus sofisticaciones culinarias, celebradas como milagrosas, el agua bendita) calculan el tiempo de cochura de ciertos guisos por la duración de determinadas plegarias. Por lo visto los cocineros árabes no les ceden en religiosidad.

Cuando el animal quedó sin gota de sangre, le abrieron en canal, sin despojarle de la piel, y tras sacar los intestinos y las entrañas, dejando en el interior el hígado y los riñones, lo lavaron y salaron con escrupulosidad, y rellenaron el hueco con manteca fresca, sal, pimienta, higos, pasas, y gran variedad de hierbas aromáticas, como tomillo, hierbabuena, cilantro, hierbaluisa, orégano, comino y anís, sin contar numerosas especias, acabando por coserle cuidadosamente el vientre. Mientras tanto, otros auxiliares habían construido un hoyo, cuyo fondo y paredes laterales fueron cubiertas con las piedras más chatas que pudieron hallar; lo llenaron de ramas secas y les prendieron fuego. Cuando el combustible se consumió, había formado un lecho de brasas, sobre el cual los oficiales colocaron el carnero, amontonando sobre su cuerpo, ya condimentado, gran acopio de ramas secas, que incendiaron de nuevo. Al cabo de cierto tiempo el combustible añadido se redujo también á brasas; con lo que el carnero se asaba entre ellas, como suele hacerse con las castañas.

Este sistema de asar produjo primero un olor de lana quemada muy desagradable, que no tardó en evaporarse, siendo sustituido por un perfume de carne asada, succulento y exquisito. Cerca de una hora duró la cochura. Después, los árabes sacaron el carnero del horno improvisado. El asado estaba listo. Lo colocaron sobre un lecho de hojas y procedieron á raspar la corteza calcinada y ennegrecida. Bien pronto apareció una capa de carne sonrosada y tentadora que brotaba por todos sus poros un jugo abundante, perfumado con las especias y hierbas aromáticas incluídas en el relleno. Cortaron un buen fragmento destinado á nuestra mesa, y los cocineros se regalaron con el resto. Apenas recibieron la autorización,

cada uno alargó sus dedos, é imitando lo que hacen los pájaros con el pico, pellizcó y arrancó el pedazo. Aunque nosotros lo comimos de otra manera, puedo afirmar que nos pareció tan sabroso como á ellos. La verdad es que estaba excelente, y que el relleno resulta succulento. El que lo dude, no tiene más que seguir la receta indicada. Después podrá juzgar.

Acabado este almuerzo hemos salido á dar un paseo por las afueras. Regresamos bien entrada la tarde, y ya anochecido, cuando nadie los esperaba, se han presentado los esclavos que nos traían los regalos del Sultán. Han sido los de costumbre en tales casos: caballos, mulas, alfombras ó alcatifas tejidas al uso de Rabat, hermosos sables con vaina de plata y terciopelo, y para la servidumbre, piezas de tela y prendas de vestir. El animal destinado al Ministro era un soberbio ejemplar, un poco corpulento y en extremo grueso, que pudiera muy bien calificarse de poderosa alfana, digna de ser cabalgada por el propio Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique. Venía lujosamente ataviada con un rico jaez de terciopelo rojo recamado de oro, y tanto el bocado, como los estribos á la jineta y todo el hebillaje, estaban primorosamente repujados y esmaltados. También se destinaban al Jefe de la misión una hermosa espingarda damasquinada y un magnífico sable. Los demás han recibido tapices y sables, distribuyéndose entre ellos caballos y mulas. Quien más, quien menos, todos han quedado contentos, ya que cuando de reparar algo se trata, nunca deja de haber intrigas y apetitos desordenados, no faltando quien utilice la ocasión para aprovecharse á costa de aquellos que sólo confían en la justicia escueta. Después de todo, á mí ni me va ni me viene, digo lo que pienso, y cada cual se las arregle con esa prójima, tan complaciente, que llamamos conciencia. Por mi parte, como nunca esperó nada, he sido todavía sorprendido con un hermoso obsequio. Vine á la expedición sin sueldo ni gratificación alguna, dispuesto á trabajar con ahinco y á estudiar este interesante país; no á recibir regalos. Creo haber cumplido mis propósitos; resultado de ellos son estas páginas en que he consignado lo recogido en mis pesquisas, inquirimientos y averiguaciones. Por lo demás, no necesitaba recuerdo alguno para conservar memoria imperdurable de mi estancia en la corte del Sultán.

CAPÍTULO XVI

Música y literatura

Dar Muley Ali, 5 de Julio de 1900.

Mañana emprendemos el viaje de vuelta. Todo está listo y prevenido. El programa trazado consigna ir á comer y dormir en el campamento de El Kánthara, desde el cual y en la siguiente madrugada comenzará el verdadero viaje. He dado un largo paseo por la ciudad, para despedirme de los lugares y monumentos que más me han interesado. Una vez de regreso, retirado en mi habitación, aprovecho la tarde para poner en orden las numerosas notas recogidas acerca del cultivo de las bellas letras y la música en el decadente Imperio del Magreb. Dada mi afición constante y decidida por las materias estéticas, he dedicado gran atención á acopiar datos sobre temas tan interesantes como poco conocidos.

La literatura árabe contemporánea ha sido muy poco estudiada (1). En cuanto á lo que concierne á Marruecos, país al que he de circunscribir mis averiguaciones, puede afirmarse desde luego que es poco importante y nada rica, por más que sus escasos productos no dejen de tener interés. No fué así en tiempos pasados, cuando las célebres universidades de Fez (*El Kayruim*) de Marrakesh eran grandes centros de cultura y emporios de saber. En la corte de los almoravides brillaron algunos ilustres escritores nacidos en España, glorias preciadísimas de las letras arábigas. Avenpace (Abon-

(1) Para redactar las presentes notas he sido auxiliado por el ya citado Reginaldo Ruiz, el Padre Cervera y el malogrado orientalista Julio Rey, con quien he trabajado mucho durante mi estancia en Tánger. A los tres debo gran gratitud. También he tenido presente las curiosas obras *Storia della litteratura arabe sotto il califfato*, del caballero Filippo de Bardi (1846) y *Geschichte der Arabischen Litteratur*, de Y. C. Brockelmann, profesor de la Universidad de Breslau (Weimar, 1897-1898).

Bekr Ibn es-Saigh Ibn Badjdja) natural de Zaragoza, residió en la primera de dichas ciudades; y el Sultán Almohade Abu Yusef, padre del famoso Yacub Almanzur, llamó á la segunda residencia de su corte al inmortal guadijeño Ibn Totaíl, autor de la magnífica novela *El filósofo autodidacto*, llamada por algunos el *Robinson metafísico*, de la que mi sabio y admirado amigo don Marcelino Menéndez y Pelayo, dice que *pocas concepciones del ingenio humano tienen un valor tan sintético y profundo*; y al no menos ilustre cordobés Averroes (Abou'l-Welid Ibn Rochd). Los dos últimos ingenios murieron en la ciudad de Marrakesh, el neoplatónico novelista en 1185, y el ilustre filósofo peripatético el 10 de Diciembre de 1198.

Para juzgar la importancia de la rama de la literatura árabiga desarrollada en el Magreb, tendría que extenderme más allá de donde me lo permiten mis escasas fuerzas, y no es este ciertamente mi intento. Sólo diré que en los siglos medios hubo numerosos cultivadores de las bellas letras y de la didáctica en todas sus manifestaciones, en el entonces dilatado imperio del Magreb. Para convencerse de ello basta consultar cualquier literatura árabe, sin que sea necesario recurrir á las ricas y copiosas fuentes originales, como el *Djadrhvet el-Iqtibas*, especie de diccionario biográfico, consagrado á los hombres célebres é ilustres por su sabiduría, nacidos en Fez, escrito en las postrimerías del siglo XVI por Abul-Abbát Ahmed Ben Mohammed, más conocido por su apodo de Ibn el-Quádi, autor también de otro diccionario biográfico, general á todos los países del Islam, manuscrito de la Biblioteca universitaria de Argel, denominado *Darret el-hidjál*; ó bien la compilación biográfica y bibliográfica conocida con el nombre *Danhat en-Nächir*, concerniente á los hombres célebres que florecieron en el Magreb durante la décima centuria redactada por el famoso Ibn'Asker (Mohammed ben Ali ben Miçbâh) que pereció al lado de los reyes don Sebastián y Muley Mohammed en la memorable batalla de Wadi'l-Makhâzin (*Alcazar Kebir*). Esta última producción ha sido continuada por Abri-Abdallah Mohammed ben et-Tayyib, que compila al presente en Fez un diccionario de celebridades marroquíes vivientes en los siglos undécimo y duodécimo de la hégira, titulado *Nedhr el-Mathâni* (1).

Mas aquel singular florecimiento fué disminuyendo poco á poco, al mismo tiempo que se acentuaba la decadencia del

(1) Según mis noticias, una gran parte de esta obra monumental ha sido litografiada en Fez en el año 1892.

Imperio árabe de Occidente, y el siglo XIX ha sido en verdad poco fecundo. Las obras literarias de alguna importancia escritas en el Magreb durante la última centuria, son escasísimas. Apenas si pueden citarse: el *Terdjumân el-Morib* (traducido al francés por M. O. Hondas), que es una historia del Imperio desde el año 1631 al de 1812, escrita por Abul-Kassem ben Ahmed ez-Ziyâni, exgobernador de Oudja, que murió desterrado en Tlemcen, y la interesante historia de los tiempos modernos, redactada por el Xiej-Ahmed-ben-Yaled ennaziri esselaui, nacido en 1834 y fallecido en 1897—no sin haber sufrido grandes persecuciones, debidas á la publicación de su obra,—que desempeñó la plaza de administrador de las aduanas imperiales en varios puertos de la costa, y que fundamentó su trabajo en documentos oficiales. De aquí su nombre *Kitab el Istikza bi ajbar Dul el Magreb el Akza*. En diferentes puntos de estas notas de viaje, he consignado algunos detalles procedentes de esta curiosa é interesante obra, que he debido á la bondad amistosa del Padre Cervera. Esto es todo en cuanto á la producción en prosa y conviene precisar que no es mucho.

La poesía —especialmente la *kássida* ó canción que puede escribirse en lengua vulgar—ha tenido mayor número de cultivadores. De carácter elevado, apenas puede citarse más composición que la elegía, escrita por el Xiej Abd-el-Kader ben Abd-el Kerim-el-Wardifi, dedicada á la muerte del Sheriff Muley Ahmet, tío carnal del Emperador Muley Hassan, desterrado del imperio y refugiado en Constantinopla, donde falleció en 1889; que ha sido impresa en París. Por el contrario, el gran desarrollo de la *Griha* ó música ligera, de que hablaré más adelante, ha favorecido el cultivo de la poesía popular. Algunos poetas se han distinguido en este género y su fama crece de día en día, pues el gusto del pueblo parece preferir las obras antiguas á las modernas composiciones. A fines del siglo XVIII floreció Sidi-Abdelaziz el Maghrani, insigne poeta cantor, cuya fama aún perdura, pero cuando la producción de *kássidas*, aplicadas á la *Griha*, adquiere su mayor incremento, es durante los primeros años de la décimanovena centuria, bajo el reinado del Sultán Muley-Solimán, en que escriben literatos tan apreciables como Sidi-Mohammed-ben-Ali, cuyas obras son aún las más populares, el Hadj Mohammed, Ennejjar, Sidi-Mohammed-ben-Soliman y Sidi-Abdelerabab-el-Farari.

El Emperador Sidi Mohammed Adherramán, abuelo de Su Majestad Abdul-Aziz, fué un gran protector de la poesía; durante su reinado y en su mayor intimidad, vivió Sidi-Tuhami-

el-Madaghri, autor de numerosas *kássidas* muy celebradas, algunas de las cuales se dicen ser obras del propio Sultán, dadas á luz encubiertas bajo el nombre de su amigo y protegido. No ha muchos años falleció en Fez, El Hadj-Driss-ben-Ali, poeta y cantor de gran renombre, apodado *El Honnch* (la serpiente). Entre los poetas actuales deben citarse Muley-Hassem-Essadani y Djilali-el-Hakiki, de oficio babucheros, el Hadj Ahmed-el-Gherabbli, tejedor y Sidi Mohammed-el-Luandusi, herrero. Estos artistas consagran sus versos á cantar las cosas y casos del amor, ó los incidentes de la vida pública, y como, igualmente que en Europa, el cultivo de las musas no produce en Marruecos á nadie, por más talento que tenga, con qué comer, el poeta que no posee alguna fortuna tiene que desempeñar por fuerza cualquier oficio ó industria que le suministre medios para mantenerse. La mayor parte de las *kássidas* humorísticas y satíricas son obra de Sidi-el-Madani-Etturkomani, que vivió en Marrakesh durante los reinados de Sidi-Mohammed y de Muley-Hassan, en cuanto á las más célebres canciones místicas é edificantes, entre las hoy populares, son debidas á Sidi-Kador-el-Alami, quien empleó la primera mitad del siglo décimonono en cantar las alabanzas y méritos gloriosos de los más santos morabitos del imperio. Sus restos, que gozan de gran veneración, se conservan en la ciudad de Mequinez de los olivares.

Como muestra de las dichas canciones, no quiero dejar de reproducir una de las más lindas, la titulada *El Harrez*—el guardián — (aplicando esta palabra al marido celoso), que figura entre las más conocidas y populares del repertorio moderno. Es debida al ingenio del célebre Sidi-Mohammed-ben-Ali, y no brilla ciertamente por su moralidad.

EL GUARDIÁN

«Ved el guardián de Yamna, cómo teme mis ardides, como recela mis astucias. Por tal causa encierra á mi bienamada en lo más recóndito de su mansión, y cuida de cerrar las puertas con cerrojos y candados. En el interior del hogar ha instalado cuanto ella pueda apetecer; plantó un lindo jardín para recreo de su vista y lo sembró de vistosas flores; le hizo construir un baño para los días fríos, y le ha prohibido que vea á ningún sér humano, ni á hombres, ni á mujeres. Con el fin de vencer mis argucias y deshacer mis tretas, tomó tal lujo de precauciones, pero aún desconoce todo lo que soy capaz de imaginar...

»Burlé al guardián de Yamna y he gozado á la dulce gacela. Vosotros los enamorados me comprenderéis; él pensaba que jamás lograría mi intento...

»La primera vez me presenté en su casa bajo la apariencia de una joven, núbil todavía, agraciada y bien vestida, mi talle, mis ojos y mis mejillas sobrepujaban al resplandor del sol y al reflejo de la luna.—Oh mi amado, á ti vengo y á ti me ofrezco: no tengo familia ni amigos, y te ruego que me am pares y recojas.—No tengo necesidad de ti; ve á buscar un joven soltero ó algún viudo que te acoja; sólo un esposo legítimo puede convenirte.—Tómame por tu compañera legítima, á ti me entrego.—Ya tengo esposa y no la cambiaría por nada en el mundo.—Recíbeme entonces como sirvienta de tu mujer.—Mi compañera no necesita de ti ni de ninguna servidora; la sirvo yo mismo.» Aún insistí cerca de él, suplicándole me atendiera por amor de Dios; pero lanzándome una mirada iracunda, me arrojó á la calle. Me alejé pensando en un nuevo ardid para acercarme á mi gacela...

»Volví á visitarle, disfrazado de anciana, aparentando la mayor austeridad y devoción. Llevaba un rosario en mi mano derecha, y con la izquierda me apoyaba en un báculo. Mis vestiduras eran verdes y mi aspecto descuidado.—Oh amigo—le dije con humildad—quieres introducirme cerca de tu esposa para que la bendiga? Ella te dará cierto día un heredero, y así conocerás los efectos de la bendición divina.—Sal de aquí. No necesito tus bendiciones para nada. Confío en Dios dispensador de todos los bienes. Vete, porque nunca penetrarás en mi casa. Mi morada es inaccesible para todo el mundo...

»Por tercera vez me presenté ante él. Me había transformado en una vieja beduina de esas que vagan por las ciudades y los campos, visitan los mercados y saben formular conjuros y decir la buenaventura. Quien me escuchara juraría que nada de lo oculto me era desconocido: poseía el arte de dormir al infante dentro del claustro materno por un plazo señalado, y sabía despertarlo, tras un sueño prolongado, cuando tal era mi voluntad. Cuando llegué á su presencia le descubrí todos mis secretos. El me respondió.—Lo que acabas de referirme sólo son patrañas é imposturas. No quiero dar oído á tus necias palabras, pues los sabios han dicho: «Aquel que cree en la veracidad de los echadores de suerte, ofende gravemente al profeta y á los enviados de Dios. Corre, pues, á reunirse con las gentes de tu ralea.» Y al decir esto me echó á la calle. Parti llorando, pero mi mente imaginaba una nueva estratagema...

»Me presenté la cuarta vez como si fuera un negro. Para engañarle había teñido mi cara y mis manos. Hablaba en mal

árabe, y cuantos me veían me tomaban por un verdadero *gnani* (negro de Guinea). Le abordé con grandes demostraciones de respeto y le besé la mano. El guardián de Yamna se volvió hacia mí y me dijo: ¿Qué me quieres?—Vengo á ponerme á tu disposición. Quizás puedas necesitar mis servicios, porque sé tratar con los espíritus y sé curar ciertas enfermedades.—Los rostros negros han traído siempre á mi familia la adversa fortuna, y jamás emplearé en mi casa hombres de tal color.—Y al decir esta frase me volvió las espaldas y se metió en su domicilio...

»Al volver á verle, por quinta vez, fingí ser un rico comerciante recién llegado de las Indias. Traía conmigo ricas mercaderías y una numerosa caravana de camellos, rodeados por infinitos servidores y alhameles con sus mozos de carga. Había preparado un gran regalo para obsequiar al guardián de Yamna, y al llegar cerca de él, le dije:—Soy un rico mercader extranjero, y no conozco á nadie en esta ciudad. Acepta el obsequio que te ofrezco, y considérame como tu amigo.—No acostumbro á admitir regalos, y para nada necesito tu amistad. Tu situación ha sido prevista por mis conciudadanos.—Vete al Fondak; allí tus mercancías serán guardadas con toda seguridad. Doyte un consejo amistoso. En cuanto á mi persona, puedo decirte que jamás tuve amigos...

»Volví aún por sexta vez. Entonces fui un valiente caballero, muchas veces vencedor en los combates. Montaba un hermoso caballo blanco, joven y brioso, y ceñía un riquísimo alfanje. Junto á mí, dos esclavos negros sujetaban dos ágiles galgos; y en el arzón de mi silla se veían dos halcones bien amaestrados. Al presentarme ante él le ofrecí una gacela en unión de los halcones y de los galgos, para que pudiera dedicarse á la cacería.—Te doy las gracias, me dijo, tengo ya gacelas en mi jardín. Respecto á los halcones y á los galgos, no me hacen falta, porque para ser cazador, conviene habitar en el campo mejor que en la ciudad.—No alcanzando nada con mis dádivas y subterfugios, le hablé de este modo:—Recíbeme en tu casa como huésped, sólo por tres días. Pasaré la jornada cazando, y únicamente por la noche me recogeré junto á tu hogar.—Aléjate pronto, me respondió encolerizado, presumo que eres un embromador y un farsante. ¿Quién sabe si no serás acaso algún enamorado! Y con estas palabras, entró en su morada y cerró la puerta con violencia...

»Al verlo tan alborotado su esposa le preguntó:—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?—Estoy disgustado. Desde hace algunos días, los visitantes inoportunos se multiplican en mi casa: primero se presentaron tres mujeres, profesando cada una

distinto oficio; después han sido tres hombres, y cada cual vestía diferente traje.—Mi bienamada comprendió que todo era debido á los ardides y astucias de su buen amigo, y para auxiliarle en la empresa, fingió al instante que los espíritus malignos se habían apoderado de su hermoso cuerpo y la atoraban con fuertes dolores...

»La favorable fortuna me impulsó á que volviera hacia él por séptima vez, inspirándome la idea de disfrazarme de *tebib*, de esos que poseen el arte de curar las enfermedades. Lo encontré en la puerta de su casa lleno de inquietud. Su mirada perpleja se dirigía en todos sentidos, como si sus ojos buscasen un médico capaz de remediar el mal que aquejaba á su gacela.—«Soy yo, le dije interpeleándole, soy yo quien conoce la enfermedad de tu esposa. Tú eres la causa; pues los tormentos que le infliges teniéndola encerrada, y el modo con que la tratas, han motivado su mal. Sospecho que debió enfermarse el mismo día que le hablastes de las numerosas visitas que te han importunado; al decirle tal cosa le hicistes recordar sus parientes y sus amigos.—Eres, me repuso, un verdadero sabio. Ven pronto á curar la niña de mis ojos...

»Entré con él en la casa y hallé á mi bella desvanecida sobre su lecho.—Enciende pronto el fuego y corre á comprar los perfumes necesarios para conjurar á los espíritus.—Al instante obedeció mi orden y salió de la casa para ejecutar mis encargos. A su regreso, la jaula estaba vacía. Arrebaté á mi gacela y la conduje á mi morada, donde gozamos del amor. Desde entonces pasamos las noches recitando poesías y cantando, acompañándonos con el laúd. Para aumentar nuestra alegría encendemos tantas luminarias como estrellas lucen en el cielo, y los dos somos dichosos. He obrado de tal modo, para alcanzar á mi adorada y vengarme de mi enemigo. Cuento mi historia para que los guardianes cuiden de ser prudentes...

»Oh, tú, que eres capaz de aprender de memoria una poesía y el ritmo con que se canta, desconfía de los que la critican; serán, de seguro, envidiosos ó ignorantes. Y ahora sólo me queda que pedir á Dios perdón, aunque la historia por mí referida no sea una realidad. Ha sido una ficción de mi mente, y los poetas y los hombres de ingenio habrán comprendido su verdadero valor. Por mi parte, sólo soy un humilde siervo del Profeta, creado para cantar sus alabanzas y pedir, por su intercesión, la remisión de mis culpas. Mis pensamientos son puros y he puesto mi esperanza en el Dios de la misericordia, quien, de ello estoy seguro, colmará con creces mis deseos. Saludo amistosamente á todos los poetas de estos tiempos, sin

exceptuar á los más jóvenes. Mi nombre es Mahommed y procedo de una alcurnia cuya nobleza es indiscutible.»

Creo que bien valia la pena de reproducir tan linda composición. A decir verdad, rebosa de fresca poesia, está llena de carácter y constituye un cuadro de costumbres delicioso y encantador. Revela, desde luego, todo el espíritu de la raza y puede considerarse como verdaderamente típica. Lo mismo que ocurre con la mayor parte de las poesías de este carácter, la primorosa *kássida* *El Harrez* es cantada por los bardos populares. En el Magreb, como en todos los países en que domina la civilización arábiga, música y poesia están íntimamente ligadas, y la mayor parte de las obras de los poetas antiguos y modernos—como ocurría entre los trovadores provenzales—han sido escritas para ser cantadas. La música es, en efecto, para los árabes uno de los más nobles placeres que adornan la vida. Sin música y cantores no se explica ninguna fiesta de familia; no puede celebrarse ninguna *uzaha* (sarao) de sociedad.

La música marroquí puede ser de dos clases: el género alegre y ligero, llamado *griha*, compuesto por melodías fáciles y sencillas, á las que se adaptan poesías populares, que son acompañadas por instrumentos no complicados, como el *quem-bri* (mezcla de guitarra y banjo, muy rudimentaria, y de dos cuerdas que se puntean) y el género serio y elevado, denominado *ála*, que exige melodías complejas, cargadas de adornos y vocalizaciones, poesías literarias, y ser ejecutadas por artistas capaces de tañer instrumentos difíciles. Ambas especies de música están muy popularizadas, pero la segunda es, sin disputa, tenida en mayor consideración y aprecio por los inteligentes. La *griha* se juzga como un pasatiempo frívolo, bueno solamente para recrear la ignorancia de las mujeres ó la disipación de los hombres. La culta ciudad de Fez puede calificarse de capital del *ála*, en tanto que Marrakesh es el verdadero centro de la *griha*.

Ya he dicho que en el Magreb los artistas son á un mismo tiempo cantantes y tañedores. Se acurrucan sobre sendos tapetes, y sus cantos, monótonos, tristes y un tanto chillones, se prolongan horas y horas. El *ála* debe ser ejecutado sólo por hombres, y se acompaña con una orquesta por dos *camanyas* (violines europeos), dos *alaudes* (1), dos *rebabs* y un *der-*

(1) Como curiosidad diré que las cuatro dobles cuerdas del *alaud* son llamadas *Bemm*. (El bordón, y este nombre se aplica igualmente á todas las cuerdas más graves de los instrumentos análogos), *Vil-Kacein* y *Maya*, que es el tiple ó cuerda más aguda.

uka ó tamboril. El artista que percute este último instrumento, señala el ritmo y dirige á los demás. En las tres recepciones oficiales á que hemos asistido, hemos podido disfrutar de los encantos del *ála*.

No puede decirse que sean extraordinarios. Las anómalas sucesiones de tonos, semitonos y tercios de tono que forman las distintas gamas generadoras de los múltiples modos que constituyen el sistema musical más vario y complicado que existe, producen desinencias melódicas extrañas, á las que nuestro oído, viciado en cierto modo por el temperamento, destructor de los *comas*, se habitúa con dificultad, por más que aquellos giros tan nuevos é inesperados y aquellas cadencias tan imprevistas como repentinas, aviven y despierten la curiosidad. Ninguno que se fije un poco podrá negar el parecido, más diré, la semejanza de estas modalidades, con las que constituyen la médula y enjundia característica de los cantos andaluces, llamados sin razón flamencos; semejanza que me parece indicar bien á las claras un mismo solaz ó genealogía. En primera impresión todos los trozos son iguales, y como consisten en la repetición hasta la saciedad de un mismo motivo ó período melódico, con la única variante de la aceleración del ritmo, acaban por cansar. A la larga aquella música quejumbrosa y plañidera debe hacerse insoportable para quien sólo se limite á escucharla, sin entender la poesía ó atender á las mil sutilezas rítmicas, que la variedad de ritmos es precisamente una de las mayores riquezas del arte musical arábigo.

Por lo general, los artistas árabes practican su arte sin conocer la teoría, limitándose la enseñanza al aprendizaje de los varios trozos que componen el repertorio corriente, no notados en parte alguna, sino conservados de memoria y transmitidos de músico á músico. Entre los maestros más reputados en todo el Imperio por su sabiduría y el gran número de canciones que conoce, figura un tal *El Mehdi*, juzgado como el más notable trovador de *alaud* existente en el Magreb, y considerado como músico único y excepcional. Dos cosas es necesario distinguir en las composiciones musicales: el *Mazan* ó ritmo general y el *Saman* ó arte propiamente dicho (que equivale á nuestra expresión). El primero debe ser conocido por todo ejecutante, aun de ínfima categoría, y una vez iniciado no se modifica de modo esencial en todo el curso de la obra que se interpreta; el segundo sólo es patrimonio de los verdaderos maestros, que son capaces de fijar la mayor ó menor velocidad del movimiento, indicar los ritmos incidentales y los ecos, ejecutar las complicadas vocalizaciones

que se llaman *alatihs* y señalar las paradas ó pausas que deban hacerse, así como la terminación del trozo. Aunque sencillas en apariencia, las canciones árabes que he oído, son en extremo complicadas, y punto menos que imposible de ser reducidas á nuestra notación. Sobre el ritmo principal y persistente, nunca se reproduce el periodo melódico del mismo modo, y cada repetición engendra nuevas variantes, que alternan y transforman las líneas primordiales. Mucho de esto ocurre también en la música neta y prietamente andaluza,—como la *caña* y sus múltiples derivados,—lo que acusa y vigoriza la sospecha de un origen común.

Y así es en efecto. Según los escritores árabes, el *ála* procede de Andalucía. Cuando los últimos árabes expulsados de Granada se refugiaron en el Magreb, un famoso músico llamado Haïg, recogió como postrer recuerdo de la patria perdida, las principales canciones, y la compilación que conserva su nombre, puede considerarse como el fundamento del arte musical en todos los centros cultos de Marruecos. Este célebre artista tuvo buen cuidado de conservar las verdaderas tradiciones musicales, y al efecto las simplificó todo lo posible. Es fama que los andaluces poseían veinticuatro *nonbas* ó tonadas modales típicas y diferentes y en cada una de ellas, reconociendo cinco ritmos sucesivos, de más en más acentuados, se desarrollaba el tema principal. Haïg redujo las veinticuatro *nonbas* á once, y éstas son tan largas y complicadas, con sus veinticuatro ó treinta versículos por periodo rítmico, que los músicos necesitarían ocho ó nueve horas para ejecutar una sola serie en toda su integridad. Cada *nonba* posee una colección de poesías determinadas, escogidas en relación con la tonada y el modo, ó bien por la conformidad entre el ritmo musical y la versificación.

He dicho que el *ála* exigía poesías literarias (1) y ciertamente que este género no ha sido del todo abandonado en el Magreb. No faltan *chairs* (poetas, más propiamente sabios inspirados) que componen *Ghagels* y *Mokhammasât*, con arreglo á las difíciles leyes de la prosodia y de la retórica, pero por lo general dedican sus complicadas y sabias composiciones á celebrar las glorias de los sultanes y de los morabitos ó santones. Estas obras no sirven para el canto. En un principio son declamadas, y más tarde reunidas en *divanes* ó colecciones para uso y recreo de los eruditos.

(1) Los arabistas comprenderán que me refiero á las escritas con arreglo á la complicada métrica oriental y en árabe literario: para la poesía popular se emplea el idioma vulgar y sus infinitos dialectos.

Los textos que se emplean en el *Ala* son casi todos antiguos, han sido entresacados en su mayor parte de las obras de los más celebrados poetas árabes de Andalucía. En las horas de asueto, los moros y árabes se complacen en escuchar esta su música favorita, acompañando las *Sikas* ó himnos andaluces, que les recuerdan las risueñas vegas de Córdoba, Sevilla, Granada ó Málaga, ciudades donde brilló el esplendor de su poderío y de su civilización. Existe una composición del antes mencionado poeta y cantor Haïg, particularmente célebre y típica en este concepto. No puedo resistirme á reproducirla como documento precioso de un estado de ánimo. Su título es *Ya asafl* (1). (Recuerdos. Sentimientos). Dice así:

«¡Cuánto deploro el pasado que huye velozmente de nosotros! ¡Oh, Dios mío! ¡cómo no recordar los días de dicha y de ventura, las veladas dulces y apacibles! ¡Oh nuestras mansiones de Andalucía, con cuanto dolor os dejamos! No, no os olvidaremos nunca.

»Ya no gozamos las hermosas noches de Granada, ciudad de delicias. ¡Oh, Dios mío! Allí fué donde conocí á la mujer que me reveló los secretos del amor. ¡Oh nuestras mansiones de Andalucía, con cuanto dolor os dejamos! No, no os olvidaremos nunca.

»¡Oh, Dios mío! Yo te pido que en tu inmensa bondad me concedas volver á ver aquella tierra de bendiciones. ¡Oh, Dios mío! devuélveme lo que amo y consiente que lo disfrute en paz. ¡Oh nuestras mansiones de Andalucía, con cuanto dolor os dejamos! No, no os olvidaremos nunca.

»¡Oh, tú! tú que los ojos mortales no ven; tú que no rechazas á quien en ti deposita su esperanza. ¡Tú, cuyas órdenes no sufren apelación y cuyos juicios son inescrutables! ¡Oh nuestras mansiones de Andalucía, con cuanto dolor os dejamos! No, no os olvidaremos nunca.»

No puede soñarse nada más triste y sentido que la melodía que sirve de tema á esta hermosa *Sika* ó canción andaluza. El texto ya de por sí es muy expresivo; realizado por la música produce profundísima é intensa emoción. Es la nostalgia despiadada y la dulce añoranza, el triste recuerdo y la memoria dolorosa de un bien perdido para siempre y que ni un solo instante ha dejado de ser amado.

Y tiempo me parece de que vengamos á la música ligera,

(1) Las traducciones de esta y de la anterior poesía me han sido proporcionadas por el malogrado orientalista Julio Rey, poderoso auxiliar en mis trabajos y averiguaciones. Debo consignar este recuerdo de gratitud á su memoria.

ó *griha* que puede ser indistintamente ejecutada por hombres ó mujeres, á quienes se da por extensión el nombre de poetas improvisadores—*cheik* ó *cheikka*—por más que se limiten á cantar poesías ajenas. *El-barid* ó melodía de estas canciones se acompaña con tres ó cuatro panderetas que señalan el ritmo, en tanto que el propio cantante, percutiendo un *derbuka* ó tamboril pequeño, marca el *Kaim-unuz* ó compás. Exactamente lo mismo hacen las *cheikkas*, utilizando unos diminutos panderos de forma cúbica y cubiertos de piel muy fina, que sostienen entre sus dedos. Su voz es apoyada por dos panderetas cuando menos, y es uso frecuente que las mujeres circunstantes acompañen ó jaleen—usando el término empleado para designar este efecto entre los cultivadores del arte flamenco—batiendo las palmas. Semejante proceder, sujeto á ciertas reglas, es de origen muy antiguo y recibe el nombre técnico de *almasafih*. La costumbre de adaptar al canto la poesía popular, escrita en idioma vulgar, puede considerarse como de fecha reciente. Según los conocedores de este arte, hace apenas dos siglos, que un tal *El-Masmoudi*, músico muy notable, recogió las principales *Negaim* ó tonadas que el pueblo había adaptado poco á poco á sus expansiones poéticas. Por tal causa *El-Masmoudi* es considerado como el legítimo creador de la *griha*. Su obra fué desde luego muy apreciada, y conforme á las ideas orientales, se juzgó como favorecida por la intervención divina; la tradición asegura que el ilustre cantor recibía sus inspiraciones en una casa frecuentada por los genios. Gracias á *El-Masmoudi*, el repertorio de canciones que constituyen la *griha* ha llegado á ser considerable, bien porque la imaginación del pueblo, siempre viva, haya desarrollado los primitivos aires recogidos por el inventor, bien porque se hayan compuesto nuevas melodías. En la actualidad todas ellas se dividen y clasifican en tres *modos* principales ó típicos: el *mchergui*, propio de las regiones orientales del imperio y extendido en la Argelia; el *meksour-el-djenah*, popular entre la masa más importante de los habitantes del Magreb, y el alegre y movido *mezloug*, procedente del Sus y de las provincias de allende el Atlas.

Los tres modos se emplean igualmente para cantar las *kássidas*, que como ya he dicho pueden ser escritas en idioma vulgar, llegando hasta admitir los dialectos propios á cada provincia. La forma poética de estas canciones pertenece á la mayor antigüedad; su tipo definitivo se encuentra ya fijado entre las producciones de la poesía preislámica, y se considera como anterior á los modelos contenidos en las siete famosas colecciones, donde se conservan los más vetustos monumentos

de la literatura arábica, que son conocidas bajo el curioso epíteto de las *Mo'allaga*, lo que quiere decir literalmente las *suspendidas* (1) nombre que les fué dado en tiempos posteriores por Hammad er-Rarviya, y que ha originado la suposición, completamente desprovista de fundamento, de que los manuscritos de las dichas colecciones poéticas, escritos con tinta de oro, estaban suspendidos del techo del venerado santuario de la *Kaaba*. Volviendo á la *kássida* ó canción, añadiré que es fama fuera inventada por el famoso literato Mohalhil gran amigo del poeta real *Imron-el-Quais*—el más antiguo de los escritores árabes conocidos—que mereció ser llamado el *poeta sutil*. También agregaré que en aquella época, el retórico *Ibu-Zotaiba* fijó las reglas esenciales que caracterizan y distinguen estas canciones tan importantes en la poesía oriental. Los escritores posteriores han reproducido lo que él consignó, pero conviene advertir que en el transcurso de los años la *kássida* ha sufrido innumerables transformaciones, aunque no en su primitiva esencia.

El texto de estas poesías es casi siempre obra de un escritor no músico; el cantante de profesión escoge las que más le gustan, las aprende de memoria, y las adapta á la melodía que le parece más apropiada. Si se trata de alguna invocación religiosa dedicada al profeta ó á algún venerable santón, ó bien de alguna descripción de los encantos de la naturaleza y de la vida, es seguro que el artista recurrirá para cantarla al monótono y plañidero *mchergui*: las canciones amorosas, llenas de suspiros y lamentos, siguen el modo *meksour-el-djenah*: en fin, las canciones satíricas y humorísticas se acomodan al desenvuelto y vivaracho *mezlong* meridional. Cualquiera de los tres modos puede elegirse para cantar las efímeras improvisaciones, suscitadas por los incidentes de la política, las ocurrencias locales, ó el sólo deseo de agradar al Sultán y al Maghzen. Una vez acogida en el repertorio de un cantante reputado, la nueva obra no tarda en hacerse popular, pues el artista se encarga de divulgarla de soko en soko, y de ciudad en ciudad.

Abundan mucho los cultivadores de la *griha*, pues ya he indicado que á diferencia del *ála*, este género musical puede ser interpretado indistintamente por hombres y mujeres.

(1) También son conocidas estas venerables colecciones bajo el nombre de *es-Somott*—sartas ó collares de perlas. Quienes las calificaron con tales epítetos quisieron, sin duda, aludir al puesto de honor que ocupan en el parnaso árabe, como la lámpara suspendida en el centro del estrado; como el collar pendiente del cuello del caballero.

Tanto en Fez como en Marrakesh se encuentran numerosos *cheiks* y *cheikkas*, que llevan de fiesta en fiesta los productos de la musa popular; los que gozan de alguna reputación ganan lo bastante para vivir con el cultivo de su arte, los otros tienen que mantenerse desempeñando un oficio manual. Entre los de primera fila figuran los hermanos El-Fathi-Barrada, muy apreciados por su verdadero talento cómico: interpretan con preferencia las canciones bufas, y uno de ellos posee la especialidad de imitar con gran donaire y picardía las desenvueltas y lascivas danzas femeninas, cuidando de revelar, de cuando en cuando, su verdadera identidad, por medio de un gesto único y procaz, que agita, levanta é inflama la chilaba que cubre su cuerpo, con lo que produce la delicia y el entusiasmo de los espectadores (1). Los profesionales del sexo fuerte conocen por lo general mayor número y variedad de canciones que las mujeres cantoras, y por esta causa son los preferidos de los aficionados é inteligentes. Sin embargo, la mayoría otorga bien á las claras su favor á las *cheikkas*; su sexo les abre las puertas del harén y les permite entrar en las familias, y de este modo acaparan todas las fiestas íntimas, y alcanzan los mayores triunfos para la poesía popular.

Las *cheikkas* notables son muy raras, aunque se encuentra gran número de *ghennaïat* capaces de improvisar dos ó tres versos en celebración de algún acontecimiento familiar, que van á cantar á la casa favorecida, acompañadas de sus tamborileras. En realidad, apenas si se encuentran en todas las ciudades del Magreb diez ó doce *cheikkas* que puedan ser consideradas como artistas de primer orden: y si bien son incapaces de concebir ninguna obra poética, interpretan con gran arte, en unión del séquito de sus acompañantes, las composiciones de los poetas más celebrados. No ha mucho, en Fez, residían dos cantoras que se disputaban la supremacía: Kadoudji-Eceptiya y Brika-bent-ben-Allal. La primera, descendiente de una familia originaria de Ceuta, ha corrido una vida muy accidentada. Comenzó por fugarse de la casa paterna en compañía de un rico comerciante que se la llevó á Argel. En la próspera posesión francesa, y durante el tiempo que permaneció con su amante, aprendió muchas canciones argelinas, que algunos años más tarde, cuando, abandonada por su raptor, regresó á Fez, hizo conocer á los aficionados del Magreb, alcanzando gran reputación y nombradía. Su contrincante, la célebre Bri-

(1) Recuérdese lo por mí descrito en el capítulo VIII: *La Pascua de Ashwa*, al hablar de lo que se puede ver en el gran soko de Marrakesh.

ka-bent-ben-Allal, es oriunda de Cheragua, é hija de un distinguido cheik, que dice fué su instructor y maestro. Al presente goza singular y merecida fama por la intención con que dice las poesías que canta, cualidad que disimula su voz nasal y chillona. He oído referir á quien la ha escuchado, que sus canciones recuerdan de modo muy especial á los cantores andaluces, aunque ejecutadas en un movimiento más lento.

Al lado de la cheikka Brika, que no reconoce rival, merecen ser mencionadas la cheikka Zineb, cantadora titular de la corte, y la cheikka Hanina, de raza beduina, y que tardó mucho en ser apreciada, por los tatuajes que, conforme al uso de las mujeres de su pueblo, adornaba su rostro, así como por hablar en dialecto montañés. Tanto estas artistas como sus compañeras menos famosas, son invitadas á asistir á las fiestas familiares, especialmente los matrimonios, y constituyen el principal atractivo de las *mahas*, ó sarao, y de los banquetes íntimos. A veces, son huéspedes de una familia durante algunos días. Su salario consiste en una *gherama* ó colecta recogida entre los asistentes; el dueño de la casa les da por sí sólo cinco ó seis duros, y es costumbre establecida, á la que nadie falta, que cada invitado coloque una moneda sobre la frente de la cheikka, que, tras haber ejecutado algunos gestos de la danza del vientre, viene á arrodillarse sucesivamente ante cada uno de los circunstantes. En una fiesta de gente adinerada, la cheikka puede ganar ochenta y hasta cien duros. Me han asegurado que la famosa Brika realiza un beneficio anual que no baja de tres ó cuatro mil duros. A pesar de cobrar tales honorarios, considerables para Marruecos, las cheikkas viven pobremente y andan mal vestidas; gente maleante y embaidora, se dedican á la bebida, derrochan el dinero que ganan y llevan una vida viciosa y disipada.

No debo dejar de mencionar algunas otras manifestaciones musicales de carácter más general. En los entierros se canta al unísono por los concurrentes, la *Retzá* ó himno fúnebre, especie de prosa litúrgica, de ritmo muy marcado y en extremo característica. Viene á ser algo semejante á las *Kaabas*, nombre que dan en Turquía á ciertas danzas de derviches, propias de algunas ceremonias del culto de ciertas sectas del mahometismo. Conviene decir que cada una de las grandes sectas religiosas que existen en el Magreb, posee un repertorio de canciones é himnos apropiados á sus extrañas y á veces sangrientas prácticas. Los *aisauas* cantan una melodía planífera de ritmo alborotado, y presumo que igualmente que la *Handucha* ó himno de los *handuchi*, debe contribuir, y no poco, á aumentar la exaltación frenética que se apodera de

aquellos fanáticos. La *déndena* ó lamentación entonada por las mujeres en presencia de un cadáver, es también muy típica; reputada de gran antigüedad, se asemeja un tanto á los *trenos* judaicos. Los *Namáz*, ó invocaciones del almuédano, con sus inflexiones de voz tan originales y sus escalas cromáticas ascendentes y descendentes, merecen un recuerdo, por más que me haya referido á ellos en más de un pasaje de estos apuntes. Tampoco sería justo olvidar el venerable é ilustre *Hida* ó canto del camellero, fuente, tronco y solar de donde proceden, según los eruditos, toda la música y la poesía de los árabes.

Semejante opinión adquiere gran vigor, con sólo tener en cuenta los orígenes nómadas de la raza. Las largas marchas de la caravana á través del desierto, la abrumadora monotonía del viaje, el movimiento uniforme producido por el andar del camello (que, como es sabido, marea al jinete no acostumbrado á soportarlo), debieron, sin duda alguna, invitar á los árabes á acompañarse y distraerse con el canto. Bien pronto pudieron observar que á medida que aceleraba el ritmo de su canturía, los camellos erguían la cabeza, vigorizaban el paso y apresuraban la marcha, que estos animales, en apariencia estúpidos, no dejan de ser sensibles á la música. Los cuatro pasos pesados con que caminan suministraron al cantor el compás, y la sucesión de sílabas largas y breves del idioma hablado se utilizaron para marcar los tiempos. Así debió nacer el *Hida* ó canto del camellero, origen casi indudable de los diversos metros de la prosodia, descubiertos por el genio creador del beduino, á fin de distraer su monótona existencia. Mucho más tarde, los retóricos eruditos formularon sus leyes, y es sabido que *Khalil ben Ahmed*, el más famoso de entre ellos, dedujo las reglas de su métrica escuchando en una fragua la alternancia de los golpes del martillo sobre el yunque. Hasta que el profundo gramático hizo tal descubrimiento, los árabes habían compuesto versos sin conocer sus leyes, guiados únicamente por un instinto nativo de la medida y del ritmo poético.

Aunque esta serie de deducciones no pueden ser más razonadas y aceptables, los escritores árabes atribuyen al *Hida* un origen mucho más poético. Es interesante lo que sobre el particular consigna el celebrado escritor del siglo XV, el *Shey-Chihâb-Eddin-Mohammed-ben-Ahmed-el-Abschihi*, en su notable compilación *Kitab el Mostatraf* (1), y veo oportuno reproducir lo que dice.

(1) Poseo una traducción del importante capítulo concerniente á la voz armoniosa, contenido en dicha obra. Se trata de una especie de

«Una piadosa tradición nos enseña que el Profeta Mahoma, —¡bendígalo Dios y consérvelo en su gloria!—preguntó un día á sus discípulos: ¿Sabéis cuál es el origen del canto del camellero? (*El Hida*).»

«No por cierto—respondieron los interrogados.—A fe de nuestro verdadero padre, que eres tú, ¡oh, enviado de Dios!

«Pues bien—repuso el Profeta—nuestro padre Moddar, habiendo salido cierto día á visitar un bien (tierra) de propiedad suya, encontró á un esclavo suyo cuyos camellos se habían dispersado y le pegó en la mano con su báculo, y el esclavo echó á correr por el valle, gritando: ¡Ay, mi mano! Oyéronle los camellos y acudieron eternecidos al sonido de su voz. Entonces dijo Moddar:—Si del lenguaje se derivan exclamaciones como esta, que conmueve á los animales, no hay duda que en la voz del hombre bien modulada se encierra una fuerza maravillosa. De este modo nació *El Hida*.»

Sólo á título de curiosidad he transcrito la anterior leyenda, que tiene su interés poético y no creo muy conocida. Volviendo á nuestro tema, juzgo inútil decir que la banda del Sultán no ejerce ninguna influencia sobre la música indígena, aquellos instrumentos—bárbaros para ellos—atemorizan á los magrebinos, que los escuchan asombrados y como cosa rara y exótica, prefiriendo con justicia, en mi entender, las dulces sonoridades del *alaud*, instrumento que se tañe punteado y que, con la resonancia de sus dobles cuerdas, produce sonidos en extremo agradables. La verdad es que la banda imperial, gracias al formidable estruendo que causa, me parece más propia para molestar que para seducir á cualquier persona de gusto. Cuando se oye en medio de la pompa que acompaña y rodea al Soberano, ó en alguna fiesta pública, no descompone el cuadro; pero fuera de estas ocasiones, debe resultar inaguantable, aun para oídos marroquíes.

Para nosotros tampoco resulta muy grata otra manifestación del arte musical moruno, que con gran frecuencia se puede escuchar por calles y plazuelas. En efecto, no hay fiesta posible, matrimonios, circuncisiones, cumplidos de felicitación y días de pascua, sin que concurran y tomen parte en el tripudio los empecatados dulzaineros á quienes pretendo hacer referencia. Ali Bey, en su interesantísimo libro, por mi tantas veces citado, describe muy bien la impresión que causan. No

tratado de estética del arte de los sonidos tan curioso como interesante. Quizás algún día me decida á publicar este trabajo realizado en unión del ya citado Julio Rey, ilustrándolo con numerosas notas y comentarios.

me resisto á copiar lo que dice: «Figúrese cualquiera dos músicos groseros armados de dos dulzainas más groseras aún que sus personas, que queriendo tocar á un disono con instrumentos desacordes, toman cada cual su movimiento diferente. No tienen aires determinados, porque jamás los escriben en música, y sólo los aprenden de memoria. Sucede de ordinario, que uno de los músicos arrastra al otro según su capricho, y el segundo se ve forzado á seguir como puede su apresurado movimiento. Esto produce un efecto exactamente igual al de un mal órgano cuando lo afinan. Dichos aires, á los que es muy difícil poner un bajo, van casi siempre por la cuerda de *re*.»

La descripción es gráfica, y á lo molesto de la música, hay que añadir la desagradable impresión que produce la vista de los esfuerzos de estos desgraciados para poner en vibración sus instrumentos: sus cuellos se hinchán desmesuradamente; á pesar de una especie de bozal de cuerda que les cubre dos ó tres pulgadas en torno de la boca, no dejan de arrojar mucha saliva; el vientre se les dilata y endurece por la forzada y violenta expansión del aire que emplean; señales todas que indican su gran fatiga, siendo fama que tales dulzaineros no cuentan nunca una larga existencia. Siempre van acompañados por uno ó más tambores de bronco sonido, cuyos redobles marcan los tiempos fuertes del compás ó fijan un ritmo determinado.

Ninguna clase de tañedor de instrumentos puede ejercer su profesión dentro de las mezquitas. Esto no es extraño, sabiendo que durante mucho tiempo los comentadores del Alcorán han discutido el problema de si el arte de los sonidos era ó no era lícito. Las opiniones siempre han estado divididas, pues si los habitantes de Feidjaz la han considerado como provechosa, la generalidad de los habitantes del Yrak la han reprobado como ilícita. Averroes, siguiendo las teorías del divino Platón, la censura y condena, como capaz de enmuellecer y enervar el ánimo y excitar el vano tumulto de las pasiones. Los defensores de uno y otro parecer escribieron muchas obras para probar la justicia de sus causas respectivas, y la famosa obra del andaluz Mohammed-Ibraim-Alschalabi, citada por Casiri (1) resuelve la cuestión en sentido favorable, apoyándose sobre autorizados textos y venerables tradiciones. El autor del *Mostatraf*, gran partidario de la licitud de la música, llega á decir: «Si las modulaciones de la voz (el canto)

(1) Vide: *Bibliotheca Árábica Hispanica Escorialense*, pág. 527, artículo MDXXX.

fuesen reprobables, la lectura sagrada y el llamamiento á la oración deberían abstenerse de su empleo.»

No he de terminar sin dedicar un recuerdo á la música que se hace durante las noches del Ramadan. Por todas partes resuenan *guembris*, y bandas de dulzaineros con sus tambores acompañantes recorren las calles, avisando á los fieles musulmanes que no se entreguen al reposo y que coman, para poder sostener y guardar el ayuno obligatorio durante el día. Es imposible dormir en ninguna ciudad morisca en tanto dura el mes de abstinencia, y nunca olvidaré la alteración nerviosa que produce el horrible y fúnebre sonido de las trompetas que suenan en lo alto de los minaretes á diferentes horas de la noche.

En cambio recuerdo con gusto la gran impresión que me produjeron los gritos ó *lelilies* de las mujeres el día de nuestra entrada solemne en Marrakesh ó en ocasión de alguna festividad religiosa. Al aire libre el efecto es imponente. Semejantes gritos de júbilo, agudos y penetrantes, vienen á constituir un verdadero arte, difícil de aprender, por lo cual las mujeres se ejercitan en ello con frecuencia, procurando excederse unas á otras, tanto en lo agudo de la entonación, como en lo sostenido del aliento.

Mi gran afición por las cuestiones artísticas me ha hecho, quizás, extenderme demasiado sobre este tema. No lo siento, pues entiendo que el estudio de la literatura y de la música árabe presentan vivísimo interés, sobre todo por la influencia que ambas manifestaciones artísticas han podido ejercitar sobre nuestro arte popular y viceversa. He tenido buen cuidado de señalar ciertas coincidencias que me han parecido curiosas. Pero si la literatura árabe ha sido estudiada, con la música no ocurre lo mismo, ya que son muy pocos los que se han aventurado á abordar una materia tan difícil y complicada. Por mí mismo he podido comprobarlo, y los escasos resultados que he podido obtener, aquí consignados, sólo demuestran mi curiosidad insaciable y mi buena voluntad. Mi único propósito es aportar los datos por mí observados y las averiguaciones por mí recogidas al acervo común. ¡Ojalá muchos contribuyeran á facilitar semejantes estudios!

CAPÍTULO XVII

De regreso

Campamento de El Khántara, 6 de Julio de 1900.

Las últimas horas pasadas en Marrakesh han transcurrido bien tristes y melancólicas. Todo parece haberse conjurado para aumentar dicha impresión, y las postreras noticias venidas de España no han sido de las más agradables. No sé por qué me imagino que el resultado de las negociaciones entabladas con Francia para solucionar la controvertida cuestión del Río Muni, ha de repercutir sobre nuestros trabajos, y mucho me temo que produzcan un nuevo cambio de orientación en el complicado problema de Ifni. No puedo calcular las consecuencias de este salto inesperado de la brújula política, pero como lo hecho, hecho está y no tiene remedio, precisa aguantar y ver por dónde sopla el viento. Parece, además, prudente esperar á conocer qué es lo obtenido en el Río Muni, pues aquí apenas sabemos algo más de lo anticipado por algunos periódicos de Cádiz, llegados en estos últimos días. Como en breve regresaremos á España, ya averiguaremos la verdad y podremos formar una opinión.

Se había convenido que durante la mañana se expedirían los equipajes y la impedimenta, bastante más reducida que la que nos acompañaba en la primera parte del viaje, pero siempre considerable; y que los *fraiguías* encargados de las tiendas levantarían el primer campamento en el bosque de palmeras que rodea la ciudad y pasado el gran puente sobre el río Tensif. Vendríamos á comer y á pernoctar en nuestras nuevas viviendas. El programa se ha cumplido con bastante exactitud, salvo cierto retraso en las horas fijadas; pues aunque somos muchos menos que á la venida, por haberse separado de nosotros hace ya más de un mes gran parte de la misión militar, la organización de la caravana no ha dejado de ser difícil, habiendo podido presenciar de nuevo las pintorescas escenas ocurridas en el campamento de Mazagán la me-

morale mañana de nuestra partida, así como la calma inalterable de los servidores árabes, capaces de agotar la paciencia del mismísimo Job.

A fuerza de energía todo se ha puesto en orden, y los que formábamos el último cuerpo de la expedición hemos visto partir, unas tras otras, las largas filas de camellos y mulas, alhameles destinados á transportar hasta la costa nuestros equipajes. Recorremos por última vez el hermoso palacio de Muley-Ali, nuestra habitación durante más de dos meses, y por mi parte no puedo dejar de probar cierto sentimiento melancólico, sobre todo ante aquel delicioso jardín interior, tan lleno de vago encanto y misteriosa poesía, con su alegre surtidor y sus admirables paseos suspendidos, donde los pies hollaban una alfombra de flores y las cabezas se perdían entre la copa de los naranjos, mirtos y limoneros; donde he pasado tan dulces y apacibles horas, admirando la gentil torre de la Kotubia, que domina sus murallas. No he de volver á ver estos lugares, y sólo en la memoria podré revivir dichos momentos. Triste convicción que nubla mi alegría y produce en mi espíritu una sensación indefinida, aunque no exenta de cierta amargura; el resquemor, sin duda alguna, de no haber apurado por completo tan rica copa de delectación. El bulle-bulle de la servidumbre era poco favorable para entregarse á meditar y tampoco faltaban quehaceres que atender; estos acabaron por absorber la atención, y la tarde se nos vino encima más de prisa de lo que esperábamos.

A las cinco y cuarto montábamos á caballo y salíamos de Dar Muley Ali. Todos los amigos habían venido á despedirnos, y con verdadera emoción nos separamos de ellos, estrechándoles por última vez la mano. Nos habían acompañado durante nuestra estancia en la ciudad, haciendo cuanto estuvo á su alcance para sernos útiles y agradables. Saludé cariñosamente al bueno del tebib Mariano, mi guía y acompañante en mis más arriesgadas excursiones por las calles y callejas de Marrakesh; gracias á su paciencia, he podido visitar los rincones más escondidos de la ciudad, y penetrar donde no llegó ninguno de nuestros compañeros; por todas sus bondades le quedo muy reconocido y puede estar seguro de que no le olvidaré nunca. El Kaid Mac-Lean y sus hijas, vestidas á la usanza morisca, querían acompañarnos hasta el campamento, y en su unión emprendimos la marcha.

Miraba por última vez cuanto nos rodeaba, y en la plaza que precede á Dar Muley Ali, me detuve un instante para contemplar la gran mezquita de la Kotubia y su admirable alminar que el sol envolvía en sus rayos de oro así como la

tumba del insigne Yusef Ben-Taxefin, fundador de la ciudad. Pero hube de proseguir al momento á fin de no distanciarme de la caravana, que se internaba por las calles de la ciudad, en dirección á las murallas. Pasamos junto á la mezquita levantada por la Sultana Mesoda, y en breve llegamos á *Bab-Dukala*, la puerta por la que definitivamente salimos de la ciudad, á la que nunca volveremos. Recorrimos el camino que circunda las fortificaciones y junto á *Bab-el-Djemnis*, surgen las cúpulas verdes de Sidi-Bel-Abbés y los blancos casquetes semiesféricos de las tumbas de los siete durmientes, y tras esta visión entrevista en la luz crepuscular, volvemos la espalda á Marrakesh, y penetramos en el bosque de palmeras, dirigiéndonos al puente sobre el Tensif.

El trayecto ha sido rápido (no ha llegado á dos horas), pero rico en emociones. Poco á poco una inmensa tristeza se ha apoderado de mí, y siento alejarme de aquellos lugares y del espléndido paisaje que los rodea, no sólo por el sentimiento que indefectiblemente produce el alejarse de todo sitio donde se ha vivido, sino porque tengo la certeza de que la ruina y la muerte, en plazo más ó menos lejano, amenazan á la ciudad y á la raza. Los últimos restos de la gran civilización cuya decadencia hemos comprobado, desaparecerán ante el progreso invasor, enemigo de todo lo pintoresco y tradicional, y para seguir viviendo, Marrakesh tendrá que perder su encanto y su poesía. Mi impresión es tan grande que no me siento con ánimo de conversar con nadie, y lleno de melancolía, me siento junto á mi tienda, para soñar á mis anchas, y admirar libremente el valle del Tensif, y la cordillera del Atlas, á la débil luz de un crepúsculo indescriptible y soberanamente hermoso. Un galopar de caballos me saca de mi abstracción y al dirigir mi mirada hacia donde el rumor se produce, diviso entre las sombras proyectadas por la copa de las palmeras, varios fantasmas blancos que se alejan en rápida cabalgada. Son las hijas del Kaid Mac-Lean que vuelven á la ciudad, rodeadas por sus servidores. Pronto son seguidas por los funcionarios del Maghzen venidos á tributar los últimos honores oficiales á la Embajada de España; es tarde y temen encontrar cerradas las puertas de Marrakesh. Quedamos solos, y en tanto avisan para comer, á la luz de mi linterna escribo las presentes notas, hay que aprovechar el tiempo, y acostarse temprano, puesto que en la próxima madrugada comienza la parte más difícil, penosa y cansada del viaje.

Campamento de Suinia, 7 de Julio.

A las cuatro y media emprendíamos el camino. La partida fué bien triste, y en absoluto silencio, á la pálida luz del alba, se abatieron las tiendas, se cargaron los alhameles, y comenzó nuestra marcha en dirección hacia la garganta del Djebilat y los pozos de Ben Seid, donde proyectábamos detenernos para tomar el desayuno. A la espalda dejábamos la ciudad y su amplio cinturón de palmeras, envuelto con densa bruma, y como el resplandor era escaso, y el camino escarpado, pues ascendíamos las vertientes de las montañas que al Norte cierran el valle del Tensif, caminábamos con gran lentitud, en medio de una calma augusta y soberana. No se percibía ni el más leve rumor ni el menor ruido. Los accidentes del terreno nos obligaban á marchar esparcidos, y como la niebla era bastante densa, la caravana daba una impresión misteriosa. Aquello parecía una huida de fantasmas.

El sol, remontándose con gran rapidez sobre el horizonte, no tardó en disipar la bruma, inundándolo todo con su luz radiante y bienhechora. Ya estábamos á bastante altura, y en las revueltas que describíamos para ir ascendiendo, podíamos admirar el espléndido y magnífico paisaje, cuyos distintos términos, á medida que desaparecía la niebla, acumulada en la llanura, iban haciéndose cada vez más perceptibles. Al llegar al enorme bloque de mármol, junto al cual los peregrinos que vienen en romería á la tumba de *Sidi-Bel-Abbés*, depositan en homenaje piadoso las siete piedrecitas tradicionales, en honor del patrono de la ciudad y de los siete durmientes, sin previo aviso, volviendo la cara al Mediodía, detenemos nuestras cabalgaduras, para admirar, por última vez, el fértil valle del Tensif, y el grandioso panorama de las montañas que tanto nos sorprendió cuando recorrimos el camino en sentido inverso.

La espléndida hermosura de la mañana, la absoluta diafanidad del cielo, la luz deslumbradora esparcida por el sol, contribuían á embellecer el espectáculo portentoso. Se diría que la naturaleza entera se había revestido de sus más hermosas galas, para dejarnos una impresión imperecedera. Sin proferir una sola palabra—la verdadera admiración es silenciosa—recreamos nuestra vista con el indescriptible cuadro, mirábamos con todas las fuerzas de nuestra alma: al fondo, cerrando el horizonte por el Sur, las altas cumbres del Atlas, irguiendo sus picachos, siempre cubiertos de nieve, hasta el cielo; á sus pies, el fertilísimo valle regado por los ríos Tensif

é Issyl; en el centro del valle, la inmensa mancha verde-oscuro, formada por el bosque de palmeras, y en medio del bosque, otra mancha más pequeña, rojiza: la ciudad, *Marrakesh-el-Amhra*, dominada por sus gallardos y elegantes minaretes, entre los que descuella como reina y señora la torre elegantísima, rival de la Giralda sevillana, la torre construida por Yacub Almanzur el victorioso, mi vieja amiga, la gentil *Kotubia*.

Pero es preciso continuar la marcha, y pronto nos arrancamos á la deleitosa contemplación, recobrando el primitivo rumbo. Ninguno vuelve la cara hacia atrás, temeroso, sin duda, de dejarse seducir por la encantadora vista de aquel verdadero paraíso, y pronto, muy pronto, semejante trabajo resulta por completo inútil; hemos doblado la cumbre y descendemos por la vertiente opuesta. Las alturas del Djebilat nos ocultan el valle del Tensif y la ciudad de Marrakesh, de modo definitivo, y ya no nos queda más que recurrir al recuerdo para renovar las impresiones. Todavía no nos es posible divisar la inmensa y desolada llanura de *El Yera*, que habremos de recorrer en sucesivas jornadas, pues caminamos en el desfiladero que da salida á aquel pequeño sistema orográfico.

La caravana desciende al llano, siguiendo el curso de uno de los torrentes que recogen las aguas vertidas de la altura. Mas ahora, por lo avanzado de la estación, no se encuentra ni una gota del líquido bienhechor, y los raquítricos arbustos y débiles plantas que aún soportan los rigores de la temperatura, se inclinan al suelo, muertos de sed. Comienza á anunciarse la proximidad del yermo y el reino de la muerte, más despiadado y cruel que en el primer viaje, nos abre sus puertas. Hoy por hoy, gracias á haber caminado por las alturas ó por el fresco fondo de una cañada, el calor ha sido soportable, pero no será lo mismo durante los días venideros, y esta misma tarde, un cambio del viento, elevando la temperatura, nos ha hecho sentir todos los rigores de este clima implacable.

Después de cuatro horas y cuarto de marcha, hemos llegado á *Suinia*, donde debíamos acampar á las ocho y media. La instalación ha sido muy rápida, en la que ha influido ciertamente la disminución del personal. Esta causa contribuye también á quitar animación al actual viaje, bien diferente del que realizamos hace casi tres meses. Entonces nos dirigíamos hacia un fin desconocido, y la esperanza de llegar á la misteriosa ciudad, meta de nuestra expedición, nos alentaba. Todo era nuevo para nosotros. Ahora, por el contrario, sabemos que no nos aguarda ninguna sorpresa, y los pocos atractivos

del país que hemos de recorrer, nos incitan á desear llegar cuanto antes á la costa. Además, tememos, con sobrada razón, el calor propio de la estación y de estas latitudes.

Como ya he dicho, sobre mediodía cambió el viento. Grandes ondas de aire caliente, procedentes del Este, recorrieron la inmensa llanura, levantando verdaderas nubes de polvo, que dificultaban la respiración. Cada cual se refugió en su tienda, y aun allí cobijados, resguardados del sol y un tanto del aire, la situación era en extremo molesta y desagradable. Sólo ya entrada la noche, nos hemos aventurado á dar algún paseo, pero el gran calor persistente durante todo el día ha contribuido á aumentar nuestro cansancio, y sin tardar mucho, todo el campamento se ha entregado al reposo. Yo acabo de redactar estas líneas, y como no tengo nada nuevo que consignar acerca de *Suinia*, bien pronto me apresuro á imitar tan buen ejemplo.

Campamento de Snela Smira, 8 de Julio.

Como tuve que despedir á mi primer criado Abdallah, cada día más embrutecido por el abuso del Kiff, que le hacía disputar con todos sus compañeros é inútil para el servicio, he necesitado buscar un nuevo servidor que me auxiliara durante el viaje de regreso. La buena suerte me ha deparado á un cierto Kassen, *rúca* ó mozo de las caballerizas imperiales, en extremo inteligente, que se ha percatado en un instante de lo que tiene que hacer, y me presta muy buenos servicios. Hoy, tercer día de campamento, en un dos por tres, me ha ayudado á efectuar la instalación, y bien pronto estaba todo listo y prevenido. En nuestro deseo de abreviar la expedición, habíamos convenido en hacer la misma doble jornada que en el primer viaje, aunque naturalmente en dirección inversa. Es decir, en vez de detenernos en *Saharidji*, como es práctica constante, vendríamos á pernoctar á *Snela Smira*; lo que equivale á una cabalgada de seis horas por la inmensa y monótona llanura de *El Yera*. También se hizo presente la conveniencia de emprender el camino apenas se anunciara el alba, con el fin de evitar la crueldad de los rayos solares, despiadada cuando el rubicundo astro del día se eleva algo sobre el horizonte.

Por tales razones, á las que hay que añadir el deseo del Padre Cervera, de decir su correspondiente misa por ser Domingo, hemos madrugado mucho; así que á las tres de la mañana, ya despachada la ceremonia religiosa, montábamos á caballo. La circunstancia de hallarnos precisamente en los

días más largos del año, nos es en extremo favorable, y aunque con escasa luz todavía, emprendimos el camino con la bastante para distinguir cuanto nos rodeaba.

No he de insistir sobre lo ya dicho en las primeras páginas de estas notas de viaje. La monotonía del trayecto es desesperante. Ni una mata, ni un arbusto. Nada, absolutamente nada en el dilatado horizonte. La inmensa, interminable llanura árida y desolada, nos rodea por todas partes, sin ofrecer un solo punto de consuelo á la mirada fatigada por el deslumbrante resplandor. Sin ver una sola persona hemos caminado largas, muy largas horas, abrumados por un calor insoportable. La proximidad de la Pascua de Mulad, una de las principales fiestas de la religión mahometana, hace que en *Sock-el-Hat*, el mercado del primer día—precisamente hoy domingo—no se hubiera congregado ni un alma viviente. Lo mismo ocurre en los *duares* que rodean á *Saharidji*, donde se encuentra la cisterna de que he hablado en otra ocasión y donde tan grande é intensa impresión de tristeza recibí. La única diferencia notada al pasar, es que aquellas pequeñas charcas en las que algunas moras miserables lavaban, se han sacado. El gran Atlas y el Djebilat que en el viaje anterior veíamos como esperanza de frescura, al fondo del horizonte, quedan á nuestra espalda. Además, el vaho que despiden la tierra abrasada, y el polvo contenido en el aire, impedian que los viéramos; porque la atmósfera era densa, y todo estaba envuelto en ese tinte plomizo uniforme, tan tétrico y desconsolador. Verdaderamente es aquella la región de la muerte.

Sobre las nueve hemos llegado á *Snela Smira*, en extremo cansados, pues las últimas horas han sido bien crueles; y apenas levantado el campamento, nos hemos entregado al descanso. Después de un conveniente y satisfactorio reposo, encontramos que ha refrescado un poco, y que la temperatura es algo más soportable; por esta causa hemos paseado, visitando de nuevo las ruinas de las edificaciones levantadas por el famoso M'Sodi, aquel profundo casuista, que tan gran partido sabía sacar de todas las circunstancias de la vida, favorables ó adversas, aplicándolas á la realización de sus deseos y apetitos sin preocuparse de escrúpulos impertinentes. Es lo cierto que el célebre peregrino trajo á estos lugares la fertilidad, por medio del acueducto que hiciera construir; una vez arruinado, salvo la pequeña huerta que aprovecha sus escasas aguas, pérdidas en su mayor parte gracias á la incuria de estas gentes, lo que pudiera ser terreno productivo se ha transformado en verdadero páramo. Nada más miserable que la pequeña aldea ó *Enzalla*, situada junto á la tumba de *Sidi*

Dania, en las cercanías de las ruinas del Fondak fundado por M'Sodi. Sus habitantes, preparándose para la próxima gran festividad religiosa, permanecen encerrados en sus tugurios, y ni siquiera acuden en demanda del médico como la vez primera que en este lugar acampamos. Nos hemos retirado á nuestras tiendas, buscando un reposo bien ganado, en medio de la más completa soledad y del más absoluto silencio.

Campamento de Guerando, 9 de Julio.

La naturaleza se ha apiadado de nosotros y nos ha enviado un día relativamente fresco, que hemos gozado con verdadera fruición. También la jornada ha sido corta, con objeto de no extremar el cansancio debido á la larga etapa recorrida ayer. Por esta misma causa hemos emprendido la marcha algo más tarde, no saliendo de *Snela Smira* hasta las cuatro y media de la madrugada, y señalando como lugar para pernoctar las estribaciones del *Gebel Laydar*, la montaña verde.

Nuestra caravana ha cruzado el desierto valle del *Hámara*, y abandonando los territorios de la provincia de Rejamna, ha entrado en la región de Dukala, mucho más fértil y rica. Ya he hablado de la espantosa desolación de la comarca que se encuentra desde *Snela Smira* hasta *Guerando*, y creo inútil repetir lo mismo. Cierta agradable y curioso incidente ha venido á distraer nuestra marcha; el encuentro con una caravana de peregrinos que se dirigían en romería al Santuario de *Sidi Ibrahim*, con objeto de celebrar, en tan venerado lugar, la gran solemnidad que conmemora la muerte del Profeta. Los romeros, quince ó veinte cuando más, aparentando no olvidar ni un solo instante el objeto de su expedición, caminaban llenos de unción y recogimiento, en torno á las banderas, que nunca faltan en toda manifestación religiosa mahometana. Para distraer la monotonía del viaje, entonaban una especie de salmodia, plañidera y melancólica, y se cruzaron con nosotros sin hacernos el menor caso, sin dirigirnos siquiera una mirada. Tengo por seguro que en su ardiente fanatismo juzgaron como presagio funesto y de mal agüero su encuentro con aquellos odiados *rumis*, que profanaban en la proximidad de fiesta tan sagrada el sacrosanto suelo del Magreb. Durante algún tiempo escuchamos su triste canturía turbar el profundo silencio ambiente; poco á poco fueron alejándose, desaparecieron en lontananza y todo rumor cesó. ¡Vayan benditos de Allah y del Profeta!

Estos peregrinos han constituido el primer grupo de seres

vivientes que nos hemos tropezado desde nuestra salida de Marrakesh. La gran miseria que acosa á los desgraciados habitantes de Rejamna, víctimas de la cruel y despiadada venganza del Sultán, les impidió, sin duda alguna, venir á nuestro encuentro y saludarnos corriendo la pólvora. Por mi parte, no los he echado de menos, pues recuerdo el triste aspecto que presentaban los pobres *Rejamnis*, obligados por la etiqueta á salir á cumplimentarnos, pobremente vestidos, montando en pelo raquíticos caballos, que regían con un bocado hecho de cuerda de esparto. Pobres desgraciados obligados á presentarnos su miseria, y que más bien infundían lástima que otra cosa. Los habitantes de la provincia de Dukala gozan de mayor holgura, y nuevamente hemos podido comprobarlo, puesto que el Kaíd de la kabila de *Vlad Bu Sarrara*, escoltado por numerosos jinetes, nos esperaba en el campamento de *Guerando*, donde hemos llegado á las ocho, siendo recibidos en medio de gran algazara y albórbola.

En honor nuestro corren la pólvora, y otra vez gozamos de este pintoresco espectáculo. La animación es grande, y como, gracias á la brevedad de la etapa, no sentimos gran fatiga y el calor no es extremado, podemos disfrutar con satisfacción, presenciando la ejecución de tan elegante y viril ejercicio, efectuado por elegantes caballeros, montados en hermosos corceles, pues estamos precisamente en la región que comparte con su vecina la de Abda, la justa fama de ser donde se producen los más preciados ejemplares de la raza caballar marroquí.

Fuera de esta, ninguna otra sorpresa nos reservaba el campamento de *Guerando*. Por la tarde, en vez de subir como hace tres meses á visitar las ruinas del castillo del caballero portugués, nos hemos enfrascado por una cañada, en dirección á los pozos que permiten acampar en este lugar. Lo que en cualquier parte carecería de todo encanto y atractivo, resulta en Marruecos, tal es la aridez y monotonía de la comarca que recorreremos, agradable y deleitoso. A no mucha profundidad del suelo, debe hallarse un manantial abundante que surte dos ó tres pozos, cuyo rebose ha formado algunas lagunas. Gracias á la humedad que producen, varias plantas, lentiscos, palmitos y agayombas, conservan su lozanía, y entre las anfractuosidades de las rocas crecen musgos aterciopelados y graciosos culantrillos. El terreno es rocoso, y grandes bloques de formas caprichosas le prestan cierta apariencia fantástica. A no mucha distancia se entrevé una gran peña calcárea que afecta de modo extraño la forma de un navío con todo el velamen desplegado, y el tono blancuzco de la piedra contribuye bas-

tante á aumentar la ilusión. Junto á los pozos hemos permanecido largo rato disfrutando de consoladora frescura.

Ruido de disparos, procedente de aquella dirección, son impulsó á regresar al campamento, donde los *Vlad Bu Sarra-ra*, con su Kaid al frente, se entretenían en correr la pólvora, con la natural elegancia y bizarria que tanto habíamos admirado esta mañana. Hasta que la obscuridad lo impidió por completo, han continuado practicando su gallardo deporte. Nosotros presenciábamos algún tiempo el ejercicio, pero pronto hubimos de congregarnos para comer, y una vez efectuado tan necesario menester, no ha tardado mucho cada cual en retirarse á su tienda respectiva.

Campamento de Sock-el-Telata, 10 de Julio.

Como hemos recorrido la parte más pintoresca del trayecto, la jornada ha resultado bastante más amena que las anteriores. A las cuatro de la mañana salimos de *Guerando* con un tiempo muy hermoso, y como para nuestros servidores árabes es día de solemne fiesta, precisamente la gran Pascua de Mulud, hemos realizado una etapa no muy larga, á fin de darles mucho tiempo para entregarse á sus prácticas religiosas y celebrar la conmemoración de la muerte del Profeta en el santuario de *Sidi Ben Nur*.

Es de notar que el camino nos ha presentado nuevos aspectos, debidos, sin duda, á recorrerlo en inverso sentido. Como los puntos de vista han sido distintos, las montañas de *Guerando* y el *Gibel Laydar*, acusaban nuevas siluetas, y al salir al valle de *Mtal*, hemos podido contemplar los numerosos *aduares*, situados en la falda de las montañas, que forman una especie de corona en torno de la *Kubba de Sidi Embareck*. En las primeras horas de la mañana, á la pálida luz crepuscular, todas aquellas chozas esparcidas por las laderas, así como los numerosos grupos de indígenas que descendían al santuario para celebrar la Pascua, semejaban un gran nacimiento, de esos que los chicos disponen en Noche Buena. Por más que hubiera sido curioso detenerse algunos instantes, cediendo á requerimientos de la prudencia, hemos pasado de largo junto á *Mtal*, y no precisamente con el fin de abandonar el terreno montuoso, sino con el objeto de alejarnos de una comarca cuyos habitantes se distinguen por su exaltación y fanatismo. En efecto, la tribu que reside en tales *aduares* es considerada como *Shorfa*, ó sea, formada por descendientes de la numerosa familia del Profeta, y en atención á tan preclara alcurnia, se

consideran como independientes, no pagando los tributos, y no respetando al Sultán sino en lo concerniente al dogma. Es seguro que hubieran visto con poco agrado nuestra permanencia en aquellos lugares, juzgando que nuestra impura presencia profanaba la santidad de la Pascua. Recuerdo que á la venida, también pasamos con rapidez por estos contornos; y más razones existían hoy para efectuarlo del mismo modo, ya que toda prudencia es poca con estos bárbaros fanáticos y exaltados.

Los viñedos y las huertas que hemos pasado antes de llegar á *Sidi Ben Nur*, prueban lo fértiles que son estos territorios, cultivados del modo más primitivo que pueda imaginarse. Un proverbio árabe, expresa con gran exactitud la generosidad y abundancia de tales tierras, diciendo: «*Si Dukala y Abda tuvieran doble extensión, la carga de trigo que puede llevar un camello no valdría más de dos cuartos.*» Y la modicidad del precio fijado, sorprende tanto más, cuanto se piensa en el extraordinario peso que pueden soportar dichos animales. En la decadencia actual, en medio del mayor abandono, estas dos provincias son consideradas como las más ricas y productoras de todo el imperio, y en ellas es donde se crían, según ya he dicho, los más apreciados caballos de la raza marroquí. Ptolomeo llamaba á esta región el granero de Roma, y no hay duda que cultivada con arreglo á los progresos de la agricultura moderna, constituiría un verdadero emporio de riqueza.

No quiero dejar de consignar cierta graciosa leyenda que encomia la fertilidad de la provincia de Dukala, aunque sea muy conocida y yo la considere como apócrifa. Según parece, cuando nuestro padre común el patriarca Adán, después de haber transgredido el precepto del Todopoderoso, fué expulsado del paraíso terrenal, en compañía de su indiscreta y curiosa esposa, comenzó á peregrinar por toda la tierra, buscando lugar donde instalarse. En ninguna parte encontraban algo análogo á lo perdido, y ya desesperaban, cuando la misericordia divina, apiadada de sus criaturas, las encaminó hacia el Magreb. Apenas Adán y Eva llegaron á la región del Tell, quedaron sorprendidos; nada igual habían visto desde que salieron del maravilloso lugar en que fueron creados: Eva contempló ansiosa á su esposo, esperando una resolución que no se hizo esperar, pues Adán, seducido por aquella exuberancia de vida, que le recordaba las riquezas perdidas, hubo de exmar: «*Du-ka-la*», lo que no sé en qué misteriosa lengua, quiere decir, según los narradores de la tradición: *Aquí me quedo*. Algunos pretenden que este es el origen del nombre con que

se designa la provincia comprendida entre la costa del Atlántico y la *montaña verde*, donde se hallan las ruinas de *Guerando*, y que limita al Este en el mar, al Norte con la provincia de *Chauya*, y al Este y al Sur con los territorios de *Beni Madan Bejamna* y *Ahmar*, todo comprendido entre los cursos de los ríos *Tensif* y *Umó Morbea*. Ignoro los fundamentos de la citada tradición, ya que las palabras aludidas no tienen en árabe el significado que se les atribuye, y la transcribo tan sólo á título de curiosidad.

Durante casi todo el trayecto hemos sido acompañados por numerosos jinetes que no han dejado un solo instante de correr la pólvora. La gallardía de los caballos, la bizarria y lujo de los trajes y jaeces, y la elegancia con que los miembros de las kabilas de *Vlad-Bufaraix* y *Vlad-Bu-Azis* practican el airoso deporte, constituían un hermoso y distraído espectáculo, y nuestra llegada al campamento erigido en *Sock el Telata*, rodeados por más de quinientos jinetes, sin contar nuestra habitual escolta, que no cesaban de disparar salvas, verdaderamente grandiosa y sorprendente.

La jornada no ha excedido cuatro horas y cuarto, y la temperatura, bastante soportable, nos ha evitado el cansancio sufrido en días anteriores.

Por la tarde hemos invitado á tomar el té en nuestra compañía, al Kaid del distrito y al simpático Kaid-er-Rhá. Ambos han aceptado gustosos, concurriendo al agasajo ataviados con sus mejores galas; revestidas para solemnizar la Pascua, pues ni aun en pleno desierto dejan de celebrar, por cuantos medios están á su alcance, la gran festividad religiosa. Nuestro nuevo conocido, mancebo apuesto y elegante, se llama *Ben-Hassein*, y gobierna, desde la muerte del poderoso *Ba-Ahmed*, el distrito en que nos hallamos. Debe ser muy joven y sus maneras resultan afables y distinguidas, de esa distinción innata que caracteriza á los individuos de pura raza árabe. Después de los saludos rituales, se sienta á la moruna en un extremo de la tienda y permanece indeciso, turbado en presencia de los extranjeros. Somos los primeros europeos con quienes trata y todo cuanto nos rodea le sorprende. Le ofrecemos galletas y dulces, sin contar el consabido té morisco, que desde luego acepta, pero ante los otros manjares adopta una actitud expectante, se diría que lucha entre la curiosidad y el temor de comer algún producto impuro, prohibido por el Alcorán. Nuestro intérprete, Reginaldo Ruiz, acude á sacarle de cavilaciones, y *Ben-Hassein* se atreve, y, sin duda, debe gustarle lo que prueba, cuando al instante repite la suerte. Con las golosinas se despierta la sed, y á poco, *Ben Hassein*, siente nece-

sidad de beber algo. Claro está que no ha de probar los vinos y licores que nosotros bebemos, y, á decir verdad, el agua del campamento no es muy apetitosa. A alguien se le ocurre ofrecer una gaseosa, y tras las explicaciones sucesivas, la proposición es aceptada. Mas no contábamos con la huésped. El calor había dilatado el ácido carbónico, y al ser abierta la botella, el líquido espumoso hizo una pequeña explosión, que produjo singular azoramiento en el pobre Ben Hassein. La fisonomía expresó viva sorpresa y marcado recelo. ¡Qué cosas más endemoniadas inventan esos malditos *rumis*!, debió exclamar en su fuero interno; pero haciendo un esfuerzo, se recobró por completo, envolviéndose en la más absoluta impasibilidad. Claro está que desde aquel instante, se abstuvo de beber y comer nada de lo que podíamos ofrecerle. Inútiles fueron todas las aclaraciones, Ben Hassein asentía placentero á cuanto se le decía, pero no acercaba la copa á sus labios. Por último, tras mantenerse algún tiempo serio y reservado, se despidió cortésmente de nosotros, y se alejó pensativo, sin volver la cara hacia aquellas gentes capaces de beber líquidos explosivos.

El gracioso incidente dió motivo á muchos comentarios, y llegamos á temer que el simpático Kaid hubiera podido ofenderse. Sin duda no ocurrió así, cuando al poco tiempo le vimos de nuevo á caballo, al frente de su séquito, dispuesto á correr la pólvora en nuestro obsequio, como efectivamente lo hizo. Mientras el crepúsculo lo consintió, continuaron practicando el estrepitoso ejercicio, y sólo la llamada del almuédano, que desde la vecina *Kubba de Sidi Ben Nur*, avisaba la hora del *Abha* ó sea la postrera oración, puso término á su entretenimiento.

Ben Hassein, aunque aparentase lo contrario, no había dejado de pensar en lo ocurrido con el refresco que le ofreciéramos; yo, por mi parte, no he podido menos de sonrojarme al recordar un incidente análogo, acaecido, según se afirma, en nuestros días, en un gran café de una de las principales capitales andaluzas; y este recuerdo me ha hecho mucho más simpático al apuesto y elegante Kaid de Dukala.

Campamento de El Kel-Lali, 11 de Julio.

Por no interrumpir estas notas, me pongo á escribir verdaderamente cansado, por la terrible jornada efectuada hoy, en medio de un calor horroroso. Jamás la temperatura africana había sido tan cruel para nosotros, queriendo, sin duda

alguna, demostrarnos de esta manera, antes de nuestra partida, toda su fuerza. Habíamos salido de *Sock-el-Telata* á las cuatro y cuarto, pensando pernoctar en *Sock-el-Arbáa*, según la general costumbre, pero en medio del camino fuimos sorprendidos por un mensajero que nos enviaba el cónsul de Mazagán, para avisarnos la oportuna llegada del *Carlos V*. Tan buena nueva fué recibida con verdadera alegría. La monotonía del largo viaje comienza á fatigarnos, y todos deseamos volver lo más pronto posible á las comodidades de la vida civilizada; por estas razones, sentíamos cierto temor ante la idea de que el buque de guerra, encargado de recogernos, acudiera con algún retraso á la cita convenida, obligándonos á permanecer en Mazagán, alojados en el campamento, por no existir en la ciudad fondas ú hoteles, dos ó tres días. La perspectiva no era muy risueña que digamos, y la noticia agradable que disipaba nuestros temores nos infundió nuevos bríos, y en el acto se decidió que nos detendríamos para tomar un almuerzo fiambre y descansar algún rato en *Sock-el-Arbáa*, continuando la marcha hasta *El Kel-Lali*, desde donde se avisaría á la ciudad nuestra próxima arribada. Con gran energía se ha realizado tal programa, y nadie dudará que nos ha hecho mucha falta, teniendo en cuenta que, á mediados de Julio y con el calor propio de Africa, hemos efectuado una marcha de ocho horas y media á través del más espantable desierto.

Durante la primera parte de la jornada nos han acompañado las kabilas de *Vlad-Bu-faraix* y *Vlad-Bu-Azis*, y el bueno de *Ben-Hassein*, con exquisita cortesía, nos ha conducido hasta el límite de su distrito, despidiéndose de nosotros con grandes pruebas de afecto. ¡No hay duda de que es una excelente persona!

El camino ha sido en extremo monótono y sin el menor incidente, salvo los encuentros con diversos kaides de las kabilas por cuyo territorio pasamos ó de las limitrofes. El protegido español *Hach Ismael El Hilali Buisi*, sale á saludarnos—como en el primer viaje—al pasar junto á su residencia de *Bir-Hilal*. Pretende obsequiar á la representación de España, pero, dándole las gracias, continuamos el viaje, ansiosos de arribar á *Sock el Arbáa*, pues el sol pesa rudamente sobre nuestras cabezas, y deseamos cobijarnos bajo una tienda, que nos resguarde de sus rayos, al menos durante el centro del día.

Renuevo la triste impresión recibida al llegar á este campamento, levantado en un lugar tan fatídico y desolado. Las lagunas saladas conservan muy poca agua, y la sal cristaliza-

da reverbera y reluce á la claridad deslumbrante del mediodía. Sin preocuparnos del paisaje, nos refugiamos bajo la tienda que nos espera, donde tras tomar un almuerzo fiambre, cada cual se acuesta sobre el duro suelo y trata de descabezar una pequeña siesta. El calor es sofocante y falta aire para respirar, lo que aumenta nuestro deseo de acabar esta expedición, tan penosa, por la avanzada estación en que la efectuamos.

A las tres volvimos á montar á caballo, emprendiendo de nuevo la caminata por la terrible y desesperante llanura. Estas últimas horas de la etapa han sido en extremo penosas, pues cabalgamos en dirección Noroeste, y los rayos del sol que comienzan á declinar hacia el Océano, nos hieren casi de frente. La impaciencia de llegar nos mantiene, y confiados en el seguro instinto en nuestras cabalgaduras—la mayor parte de los expedicionarios montamos pacíficas mulas de paso reposado y agradable que nos hacen comprender la preferencia de que son objeto por parte de los árabes para las largas jornadas,—sin reparar en nada, nos dejamos conducir hasta la meta. Como no nos esperan hasta mañana, los Kaides de este distrito no salen á saludarnos, y marchamos en absoluta soledad.

Por fin llegamos á *El-Kel-Lali* sobre las siete y media de la tarde, y como por fortuna el agua es abundante, me apresuro á darme sendas abluciones, que me refrescan y vigorizan á un mismo tiempo. Después de comer hemos podido ver la luz despedida por los poderosos reflectores del *Carlos V* reflejarse en el horizonte. El espectáculo era extraño y curioso, y los soldados de nuestra escolta lo han contemplado con visibles muestras de asombro que en vano han tratado de disimular. El *Kaid-er-Rhá* nos invita á tomar el té en su tienda, y aunque algo fatigados, nos decidimos á aceptar. ¡Son tan pocas las noches que nos quedan de campamento, y el simpático marroquí ha sido siempre tan amable y servicial con nosotros!

La conversación ha girado sobre el progreso moderno y las maravillas de la electricidad; los reflectores del buque de guerra habían suministrado el tema. Reginaldo Ruiz ha tratado de explicar á *Sidi Mohammed Ben Guerazi* las grandes ventajas que el misterioso fluido reporta á la humanidad, transmitiendo el pensamiento y la palabra á grandes distancias, proporcionando luz y desarrollando energía. Todo ha resultado letra muerta para el prócer marroquí. No sé lo que habrá podido pensar en su fuero interno—quizás haya juzgado que le referían un cúmulo de patrañas,—pero en aparien-

cia se ha conservado impasible, como si se tratara de alguna relación fantástica. «Algo de cuanto te decimos se encuentra á bordo del navío español—le agrega el intérprete—y por ti mismo puedes comprobarlo, con sólo hacerle una visita, antes de nuestra marcha, dispuestos estamos á acompañarte.» La propuesta no es acogida de modo favorable; Sidi Mohammed no siente ninguna curiosidad, resistiéndose á embarcarse. «¡Si es cierto cuanto me decís—responde,—á qué conocer lo que no he de disfrutar!» Y tal respuesta que encierra una profunda máxima filosófica, nos deja perplejos y no nos atrevemos á insistir. Es posible que el *Kaid-er-Rhá* tenga razón. Nosotros volvemos á la vida civilizada, con sus luchas y sus sinsabores, sus desilusiones y amarguras; él, después de nuestra partida, emprenderá de nuevo la marcha por el desierto, sin necesidades, ni trabas, libre, independiente, durmiendo bajo la tienda y soñando á su capricho. Es probable que sea él quien encuentre primero la felicidad.

Campamento de Mazagán, 12 de Julio.

De nuevo nos hallamos en el mismo punto desde donde emprendimos el viaje á Marrakesh; nuestro último campamento ha sido instalado, como la primera vez, á orillas del mar, y en las cercanías del santuario de *Sidi Musa-ben-Hamara*, extramuros de la ciudad. La postrer etapa no ha sido muy larga, pues sólo dos horas y tres cuartos de marcha separan la dehesa de *El-Kel-Lali* de la ciudad de Mazagán. Además, casi á mitad del camino nos encontramos con un numeroso grupo de personas que habían salido á esperarnos; entre ellas figuraban las autoridades marroquíes, el Cónsul de España, señor Cabanilles, algunos individuos de la colonia, y numerosos oficiales del *Carlos V*. Con semejante aumento, la caravana cobra pronto viva animación, pues los recién llegados de Cádiz nos traen noticias frescas de la Península, que son acogidas con verdadera ansia. Recibimos los últimos correos antes de nuestra partida de la capital, y puede decirse que hacía cerca de dos semanas, que carecíamos de ellas. Al fin averiguamos los resultados tan lisonjeros que se dice haber obtenido de las negociaciones entabladas en París por el señor León y Castillo para terminar el asunto del Río Muni, desde tantos años pendiente de solución.

Pero en realidad, lo que nos ha causado mayor alegría y satisfacción ha sido el encontrarnos entre compatriotas, el poder cambiar ideas con toda libertad, el oír hablar en torno

nuestro el hermoso idioma de Cervantes. Siempre es grato volver al país nativo, aunque se regrese de otras regiones quizás más bellas y más adelantadas, pero para nosotros, la impresión es más grande, pues durante casi tres meses puede asegurarse que hemos permanecido en otro mundo, viviendo una vida inusitada, probando emociones insólitas. Por eso, este primer contacto con la civilización—Mazagán está muy lejos todavía de ser una ciudad europea—nos resulta delicioso. Algo es algo, y las pocas comodidades que aquí se encuentran son doblemente apreciadas, pues para nosotros el efecto es análogo al despertar de un sueño. Todo el día hemos permanecido en un estado indeciso en el que la realidad comienza á hacerse perceptible, sin que se hayan aún dejado de percibir las creaciones de la imaginación. Y es que para los españoles este país no puede ser indiferente; el largo dominio de los árabes en la Península ha dejado un rastro profundo, existen afinidades de raza, y cada paso que se avanza en el Magreb, aviva un mundo de recuerdos históricos y legendarios. Aquí se encuentra algo de lo que debió ser gran parte de España durante la Edad Media; y con poco esfuerzo intelectual puede vivirse en el pasado, y esta experiencia no puede ser más interesante.

Aunque como los demás, pruebo tales emociones, no estoy del todo satisfecho, y en el fondo de mi conciencia rebullen ciertos resquemores. Las noticias que nos dan referentes á la cuestión del Muni, me preocupan bastante, y temo que repercutan en cierto modo sobre los resultados de la Embajada. En la política española nada hay seguro, y en el trascendental problema de Marruecos, como no existe un plan fijo y determinado, el más leve pretexto, un cambio de Ministro por ejemplo, es bastante para modificar la orientación seguida y señalar un nuevo rumbo. Verdadera desgracia, que nos ha impedido recoger los frutos que hubiéramos podido lograr de la gloriosa guerra de Africa. Me parece que se celebra demasiado lo obtenido por el convenio con Francia, para que sea tanto y tan bueno como se dice. En fin, lo que fuere sonará, pero es lo cierto, que al recibir nuevas tan lisonjeras, al mismo tiempo que llegábamos á Mazagán, murmuraba en mi interior: *Malum signum, malum signum*, como es fama decía el inmortal hidalgo manchego al regresar vencido á su lugar natal.

Desde luego nos dirigimos al Consulado de España, donde nos aguardaba un succulento almuerzo, galantemente preparado por el señor Cabanilles y su amable esposa. Nuestro primer propósito era embarcar esta misma tarde; pero el Gober-

nador de Mazagán ha recibido orden expresa del Emperador de obsequiarnos, á nuestro paso, con un gran banquete, y tenemos que retrasar la partida, para aceptar el agasajo. Por fortuna, hemos podido obtener que la fiesta se celebre mañana á mediodía, á fin de poder llegar á Tánger, después de navegar toda la noche, en la tarde de pasado mañana.

He podido dar un nuevo paseo por la ciudad morisca y visitar otra vez sus interesantes fortificaciones, edificadas en tiempo de los portugueses. *Yedida*, nombre con que los árabes llaman á Mazagán, tiene un carácter especial, y con sus restos de antiguas construcciones incorporadas á los edificios modernos, presenta rincones muy pintorescos. La mayor parte de los extranjeros que la habitan son españoles, y entre ellos figuran los más ricos comerciantes, lo que ha dado á las calles un aspecto marcadamente español. En efecto, aquellos balcones con sus toldos, llenos de tiestos de flores, así como los grupos de mujeres sentadas en la puerta de las casas, recuerdan mucho á los pueblos de Andalucía. Algún que otro árabe circulando por el barrio europeo viene á recordar que estamos en Marruecos.

Ya anochecido, hemos tenido á comer, en el campamento, al cónsul y su señora y á algunos de los oficiales que mandan el *Carlos V*. Ha sido una fiesta española, francamente española, y la velada al aire libre, á orillas del mar, en una noche hermosísima y despejada, con luna clara y refulgente, ha resultado muy agradable. Es la postrera que pasamos bajo la tienda, y yo prolongo la vigilia, esperando que todo duerma y repose, para dar una última mirada al campamento silencioso. La disposición que presenta es la misma adoptada en todo el viaje; algunos árabes velan en torno, dándonos guardia, las olas vienen á morir en la orilla con dulce murmullo, y la gentil Diana acaricia el paisaje con sus tenues resplandores...

He vuelto á mi habitación lleno de tristeza. De esa honda tristeza que produce el despedirse de aquello que nunca jamás se ha de volver á ver.

Legación de España.—Tánger, 15 de Julio.

Todo ha terminado. Dentro de dos días regresaré á mi casa, después de haber realizado uno de los deseos más ardientemente acariciados por mi espíritu. Cerca de tres meses he vivido una vida extraña, he caminado de sorpresa en sorpresa y, en realidad, me parece haber despertado de un sueño.

Anoche, al acostarme en la estancia de la casa de la Legación, que me habían ofrecido los señores de Ojeda, siempre tan buenos, amables y cariñosos para conmigo, me parecía que nada de lo pasado era cierto; y esta mañana, la misma impresión se ha reproducido con mayor intensidad. Creía que después de haber pasado la velada charlando, en el despacho del Ministro, de nuestro proyectado viaje, tema preferente de nuestras conversaciones en las noches que precedieron á la partida, me había retirado á mi habitación y había efectuado durante el sueño lo que con tanta vehemencia deseaba. Por fortuna, ha sido una realidad, y para convencerme de ello me basta recorrer las páginas de los gruesos cuadernos en que he consignado mis Notas de viaje, que hoy sin falta he de concluir, relatando lo ocurrido en las últimas jornadas.

Con gran tristeza levantamos el campamento en la mañana de anteayer, y vimos partir en dirección al muelle los numerosos bultos que componían nuestros equipajes. A mediodía se celebraba el banquete dado en obsequio de la Embajada por el Gobernador de Mazagán, y entretenidos con los numerosos preparativos que debían preceder al embarque, sonó la hora fijada sin que nos hubiéramos dado cuenta de ello. Como la distancia no era grande, llegamos al lugar designado, una casa perteneciente al Gobernador, deshabitada en la actualidad y situada extramuros de la ciudad, en tiempo oportuno. La última escena de la vida oriental no ha dejado de ser pintoresca. La mesa estaba prevenida en una habitación larga y estrecha que abría sobre un patio. Ni éste ni aquélla presentaban nada de particular. El banquete, servido á la usanza marroquí, fué opiparo, y en él se practicaron todas las ceremonias propias de tales casos prescritas por la etiqueta nacional. No he de detenerme á describirlo; ya he hablado bastante de estos pipiripaos monstruosos, capaces de echar á perder el estómago más robusto. Lo que para nosotros era ya conocido, resultaba nuevo para los oficiales del *Carlos V*, invitados también á la fiesta, quienes trabaron conocimiento con las delicadezas de la cocina morisca. No faltaron en el programa los guisos perfumados con esencia de rosa y azahar, el succulento *Schua* y las numerosas variedades de *alcuzcuz*, pues aunque más modesto que los festines celebrados en Marrakesh, el que nos ofreció la primera autoridad de Mazagán no dejó de ser abundante y espléndido. Por desgracia, no hubo música árabe. En vez de gozar de las delicias del *ála* ó de los graciosos desplantes de la *griha*, sufrimos un verdadero suplicio. No sé qué espíritu maligno suscitó á nuestro anfitrión la infernal idea de regalarnos el oído con las tocatas de un

organillo de manubrio, descompuesto y desafinado, cuyos sonidos estridentes desgarraban nuestro órgano auditivo. Y no hubo más remedio que soportar durante algún tiempo aquel concierto de demonios, á fin de no herir la susceptibilidad de nuestro huésped, admirador quizás de aquella sinfonía, que era capaz de considerar como producto de la civilización más refinada. Si en su fuero interno renegaba de la música europea, hay que confesar que no le faltaba razón.

Saboreados los abundantes productos de la repostería moruna, y tomado el té ó el café, á gusto de cada cual, llegó la hora de las despedidas. La tarde se venía encima y convenia proceder al embarque. Confieso que, verdaderamente emocionado, estreché la mano de *Sidi Mohammed Ben Guerazy*, nuestro simpático *Kaid-er-Rhá*, nuestro amable compañero de viaje, siempre tan atento, cortés y servicial, siempre dispuesto á prestarnos cuantos servicios estuvieran á su alcance. Ofrecímosle algún recuerdo y puede estar seguro que nunca le olvidaremos. En vano habíamos querido hacerle visitar el *Carlos V*, que desde lejos podía ver. Siempre se resistió de modo afable á abandonar la tierra firme, y cuando la lancha que nos conducía se alejó del muelle, pudimos verle largo rato mirando hacia nosotros, pensativo y meditabundo.

Ya á bordo, nos despedimos del Cónsul y de su amable señora, que se había empeñado en acompañarnos hasta el buque, así como del doctor Cerdeyra, que debe regresar á Marrakesh. Como la servidumbre había embarcado con anterioridad, bien pronto el poderoso acorazado surcaba majestuosamente el Atlántico en dirección hacia el Norte. Eran las cinco de la tarde. Todo estaba terminado, definitivamente terminado, la visión morisca desaparecía para siempre. La lancha que conducía al señor Cabanilles se dirigía hacia tierra, y nosotros nos alejábamos mar adentro, contemplando desde la toldilla cómo se desvanecían en el horizonte los muelles, las fortificaciones de Mazagán y la playa, donde se mantenían aún de pie las tiendas de nuestro campamento. Bien pronto perdimos de vista la costa y el inmenso Océano nos rodea por todas partes.

Nos acompaña un interesante personaje agregado á nuestra expedición en Mazagán. Se trata de un joven *alfaquí* ó letrado, sobrino del Gobernador de la dicha ciudad, que se dirige hacia Fez, con el fin de terminar sus estudios en la famosa universidad del *Kayruin*. Con objeto de ahorrarle una parte del largo y pesado viaje por tierra, su tío pidió al Ministro que le admitiese á bordo hasta Tánger, y el señor Ojeda no encontró inconveniente en concederle tan pequeño favor. Se

trata de un muchachote de dieciocho años, elegante y simpático. Una vez instalados, en compañía de algunos de los oficiales francos de servicio, procedemos á hacerle visitar el buque. Aunque pugna por ocultarlo, no puede disimular su asombro, y acaba por confesar á Reginaldo Ruiz que todo aquello debe ser obra de los malos espíritus. Le conducimos á las torres blindadas, para que pueda ver los grandes cañones; á la cámara de las máquinas, que debe parecerle la antesala del infierno y con toda seguridad le ratifica y confirma en el juicio antes enunciado; en fin, á cuanto de curioso encierra esa especie de micróscopo, que viene á ser un buque de guerra de tal importancia. La sorpresa del estudiante árabe crece de todo punto cuando se enciende la luz eléctrica; esta claridad inusitada é imprevista le deja confundido. Decididamente, el poder de los espíritus es más grande de lo que podía suponerse, y es lástima que tales maravillas no hayan sido puestas al servicio de los verdaderos creyentes. La ciencia aprendida en las escuelas magrebíneas no basta á resolver tales problemas, y el futuro doctor en la ley musulímica, no sabe qué decir. La rapidez con que la luz se hace y muere dejándonos en tinieblas, le parecen cosas de magia—de magia negra, por supuesto—y resulta imposible hacerle oprimir el botón que deja circular el fluido. Pero lo que más admiración le causa es el telégrafo de señales. Un oficial, manejando los respectivos conmutadores, hace que en las cofas se enciendan luces rojas, verdes ó blancas, según su capricho, y estas variaciones sucesivas, que Reginaldo Ruiz cuida de anunciarle, le producen extraña impresión. Se enardece á pedir que el resplandor que ha de aparecer en la altura, sea de tal ó cual color, y, como es natural, al instante ve realizado su deseo. Pero como su mirada no puede abarcar al mismo tiempo los aparatos y las luces, y han de pasar algunos instantes en realizar la doble operación, una idea surge en su mente, y presumiendo que quizás alguno de los circunstantes, que le oyen formular su demanda, es quien lo realiza, nos coge con sus dos manos, sujetándonos en dos grupos, para asegurarse que ninguno de nosotros sube á la entena á encender la luz ó las luces misteriosas, porque varían de color y de número, conforme á su petición. Que por una habilidad extraordinaria, cualquiera de los presentes ejecutase el maravilloso fenómeno, constituiría acaso una explicación aceptable: lo que para él resulta decididamente incomprensible es la función de aquellos aparatos, que considera con supersticioso terror, y á los cuales no se atreve á acercarse. Es seguro que conservará memoria imperecedera de este viaje maravilloso y sorprendente.

La detenida visita del barco en compañía del estudiante musulmán nos ocupó bastante tiempo y una vez terminada, nos retiramos á descansar. El mar tranquilo y sereno nos brindaba una travesía hermosísima, y apenas si sentíamos un suave y casi imperceptible balanceo, que no tardó en mecer nuestro sueño. Cansados como estábamos, no es de extrañar que nos despertáramos algo tarde, de modo, que mientras procedíamos á los menesteres necesarios—la hospitalidad á bordo no podía ser más obsequiosa y esmerada—se acercó la hora del almuerzo, que reunió en una misma mesa y por última vez á todo el personal de la Embajada, á quienes hacían los honores la alta oficialidad del buque. Se habló mucho de nuestra estancia en la corte del Sultán, de las costumbres árabes y de las curiosidades que habíamos visto, y Jaime Ojeda y yo pudimos ilustrar las palabras, mostrando la copiosa colección de fotografías por nosotros obtenida, en las que se consignan todos los episodios salientes del viaje y todo lo notable que habíamos podido observar.

Como la sobremesa fué larga y animada, cuando subimos de nuevo á la toldilla tocábamos al término de la travesía. Ya podía verse el faro del Cabo Espartel, erguido sobre el Atlántico y desafiando la inmensidad. El veloz caminar del barco nos va aproximando á la costa y poco á poco van surgiendo los detalles del paisaje, el monte San Juan con sus huertas de vegetación espléndida, la finca de Perdicaris, y por último la colina del Marshan con sus preciosos hotelitos. El buque, antes de penetrar en el Estrecho, parece acercarse á la costa española, y con una sola mirada, abrazamos la extensa zona que se extiende desde el peñón de Gibraltar al cabo de Trafalgar, que muy lejos se perfila en el horizonte diáfano y claro. Saludamos á Tarifa, de gloriosa recordación, y dejándola á nuestra espalda dimos vista á Tanger. La ciudad morisca, reclinada en el fondo de la bahía, fué haciéndose cada vez más perceptible, con sus casitas blancas como la nieve, rodeadas de un círculo de suaves montañas, cobijadas por un cielo azul purísimo, encerradas en un paisaje radiante de luz y de alegría; que se extienden sobre pintorescas colinas, que se deslizan hasta el mar como pretendiendo sus caricias, y sobre las cuales se alzan algunas palmeras esbeltas y elegantes, las torres de las mezquitas cubiertas de mosaicos verdes, y dominándolo todo la *Kasba*, rodeada por sus murallas almenadas. Delicioso conjunto que encanta y fascina.

En el muelle nos esperaban los funcionarios de la legación, presididos por el Primer Secretario, Encargado de Negocios durante la ausencia del Ministro, señor García Jove; Mahom-

med Torres, Delegado del Sultán y las autoridades de la ciudad; representantes del cuerpo diplomático, y numerosos amigos y conocidos. Desembarcamos sobre las dos de la tarde, en medio de las salvas de ordenanza, disparadas por el *Cartos V* y contestadas por las baterías tangerinas, y la recepción no pudo ser más cordial y cariñosa. Hacía precisamente tres meses que embarcamos con rumbo á Mazagán dando comienzo á nuestro viaje.

Aunque siento deseos de volver á mi casa para descansar del todo y hallarme entre los míos, por algunos días todavía seré huésped de la Legación de España. Cuestión de entregar el archivo de la Embajada confiado á mi custodia, y de despedirme de mis amigos y compañeros. Realizados estos gratos deberes, me refugiare en Málaga, esperando que pronto termine la difícil situación que me crea una arbitrariedad del Gobierno. Es de esperar, aunque me temo lo contrario, que al menos en la colocación de los excedentes se proceda con justicia.

Y con este deseo daré por terminadas las presentes notas de viaje, aunque no sin expresar en ellas mi gratitud y sincera amistad á cuantos formaron parte de la expedición: en primer lugar, al querido jefe, siempre cariñoso y afable, dirigiéndonos con su gran experiencia y aconsejándonos con su no común cultura, amigo y compañero apreciadísimo cuyas bondades no podré nunca olvidar, y cuyo elogio no me toca hacer; á su señora, que se ha desvivido por hacernos agradable nuestra residencia en Marrakesh, amenizando nuestras veladas con su delicado trato y natural ingenio; á sus hijos, Luz y Jaime, ella, derramando la alegría con su carácter franco y abierto, igual y contenta en toda ocasión, y animándonos con su gracia juvenil; él, amigo leal, con quien me une profundo y verdadero afecto. Y lo mismo debo decir del Coronel Alvarez Ardanuy, alma del campamento, jovial y decidido, preocupado en todo instante de evitarnos fatigas ó molestias; de Reginaldo Ruiz, cuya inagotable paciencia le ha permitido soportar el continuo abuso que le he hecho de sus grandes conocimientos del árabe, mi intérprete bondadoso, sin quien nunca hubiera podido llevar á término el presente estudio; del Padre Cervera, cuya vastísima erudición acerca de Marruecos, siempre estuvo á mi completa disposición; del doctor Cerdeyra, que queda allá en Marrakesh sirviendo los intereses de España; y del excelente Fray Domingo, la bondad personificada, dispuesto á todo por evitar á cualquiera de nosotros, no diré el menor disgusto, sino la más leve contrariedad.

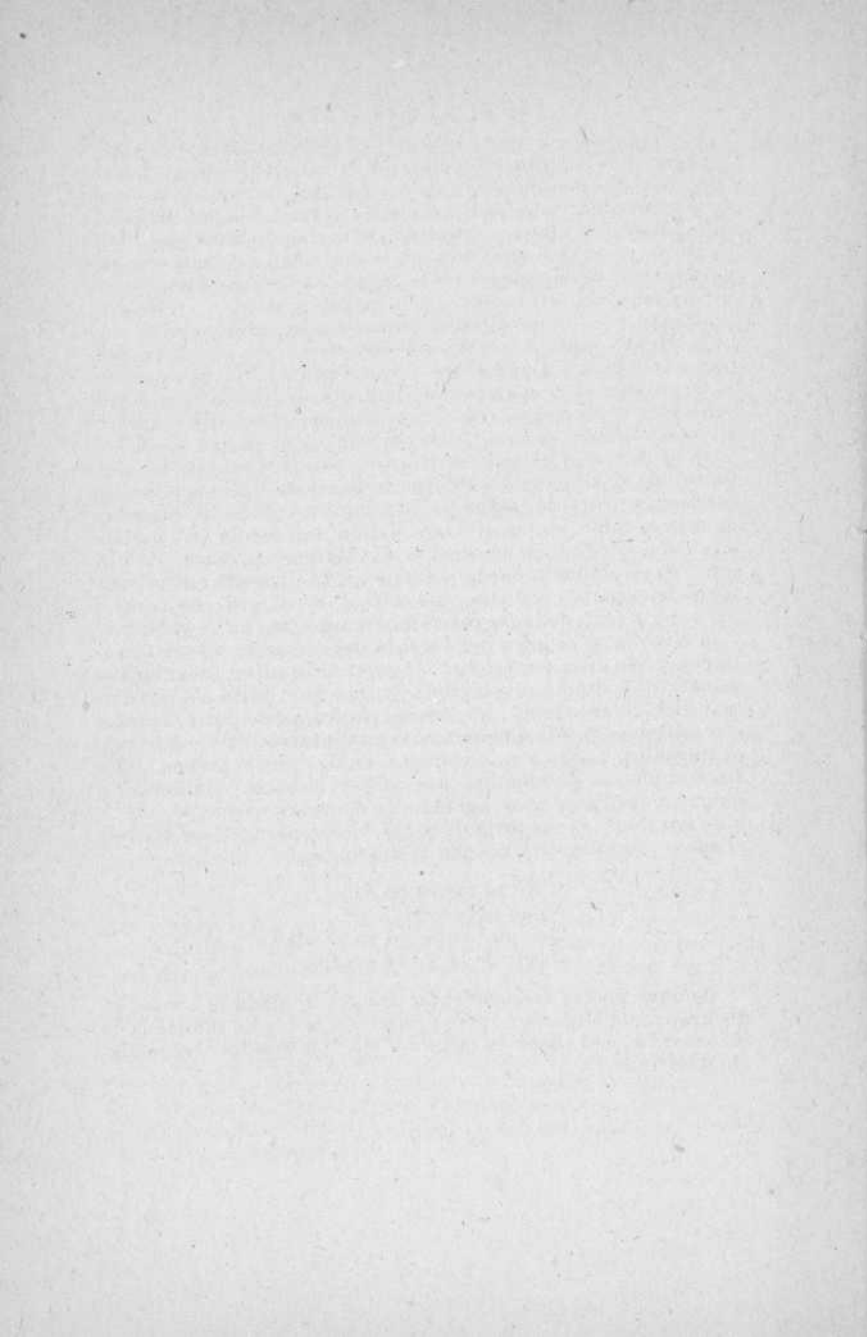
Ignoro si las contingencias de la vida volverán á reunirnos; de todos conservaré siempre un vivo recuerdo, reconociendo y afectuoso. A todos mi sincera amistad, á la familia Ojeda mi adhesión cariñosa y decidida, á Reginaldo Ruiz y al Padre Cervera, mi mayor gratitud; pues así como así, han sido mis verdaderos colaboradores en la redacción de este trabajo, que me he esmerado en hacer lo más exacto posible.

Respecto á los resultados de nuestra expedición, el tiempo dirá. Hemos cumplido todos nuestro deber, sin escatimar fatigas ó trabajos, y ahora á otros toca decidir. Dios quiera que al fin se siga una orientación definitiva en este complicado problema de Marruecos, y emprendamos una política fija que no se modifique con cada cambio de Gobierno; á fin de que cuando llegue la hora de la solución, estemos prevenidos para todas las contingencias. Porque la cuestión marroquí es bastante más grave de lo que parece, y en mi modesto entender, de mayor importancia que la cuestión famosa de Oriente. La situación geográfica admirable de Marruecos, hace que ninguna gran potencia pueda permanecer indiferente ante el conflicto, y el mantenimiento del actual *statu quo*, es cosa en extremo difícil, dada las relaciones fronterizas entre el Magreb y la Argelia, y el gran incremento del comercio alemán en el imperio. No creo ser profeta augurando que el desenlace se acerca; una simple revolución, de las que tanto abundan en este Estado decadente, mantenido únicamente por el fanatismo religioso, puede dar motivo á una intervención y provocar el incendio, cuyas consecuencias nadie puede prever. ¡Qué hará entonces España! No me atrevo á hacer comentarios, que en nuestra patria, pensar alto suele ser expuesto, por lo que, sin duda, la mayoría de nuestros compatriotas se atienen al sabio precepto de Urganda la desconocida:

No te metas en dibu-,
Ni en saber vidas aje-;
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-.

Aunque en tan trascendental problema—dada la situación geográfica de España y su vecindad con la nueva manzana de la discordia,—el pasar de largo no sea más que un irremediable desatino.

FIN



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA.	V
INTRODUCCIÓN.	VII
CAPÍTULO I.—De Tánger á Mazagán.	11
» II.—Diario de viaje.	20
» III.—La entrada solemne.	50
» IV.—Un poco de historia antigua.	56
» V.—Marrakesh-el-Amhra.	75
» VI.—La Audiencia pública.	96
» VII.—En la Medina.	103
» VIII.—La Pascua de Ashura.	120
» IX.—Un poco de historia moderna.	188
» X.—El mercado de esclavos.	157
» XI.—Por las afueras de Marrakesh.	165
» XII.—La vida en Marrakesh.	176
» XIII.—Sidi-bel-Abbés y los siete durmientes.	205
» XIV.—La cuestión de Agadir.	219
» XV.—Banquetes oficiales.	235
» XVI.—Música y literatura.	263
» XVII.—De regreso.	282

Una peseta el tomo

- Merejkowski*.—La muerte de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—La resurrección de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—El Anticristo (Pedro y Alejo). 2 tomos.
Mirbeau.—Sebastián Roch (La educación jesuítica).
Morote (Luis).—Pasados por agua.
Moyote (Luis).—Rebaño de almas.
Naquet (Alfredo).—La Anarquía y el Colectivismo.
Octavio Picón.—Drama de familia.
P. J. Moebius.—La inferioridad mental de la mujer.
Pérez Arroyo.—Cuentos é historias.
Petronio.—El satiricón.
Proudhon.—¿Qué es la propiedad?
Pío Baroja.—El tablado de Arlequín.
Reclus.—Evolución y revolución.
Reclus.—La montaña.
Reclus.—Mis exploraciones en América.
Reclus.—El arroyo.
Reidn.—Estudios religiosos.
Reidn.—El porvenir de la Ciencia. 2 tomos.
Reidn.—El Anticristo. 2 tomos.
Reidn.—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos.
Reidn.—La iglesia cristiana.
Rizal (José).—Noli me tângere (El país de los frailes).
Robert (Roberto).—Los cachivaches de antaño.
Rochefort.—La aurora boreal.
Rodriguez Mendoza.—Vida nueva...
Rydberg.—Singoala.
Salinas (Germán).—Los satíricos latinos. 2 tomos.
Schopenhauer.—La libertad.
Schopenhauer.—El amor, las mujeres y la muerte.
Serao (Matilde).—¡Centinela, alerta!
Spencer.—Origen de las profesiones.
Spencer.—El individuo contra el Estado.
Spencer.—Creación y evolución.
Sudermann.—El camino de los gatos.
Sudermann.—El deseo.
Sudermann.—Las bodas de Yolanda.
Sudermann.—El molino silencioso.
Sudermann.—La mujer gris.
Séverine.—Páginas rojas.
Strauss.—La antigua y la nueva Fe.
Strauss.—Estudios Literarios y Religiosos.
Tchekhov.—Vanka.
Tolstoi.—La verdadera vida.
Tolstoi.—La guerra ruso-japonesa.
Tolstoi.—La escuela de Yasnáia-Poliána.
Teniente O. Bilse.—Pequeña guarnición.
Ugarte (Manuel).—Visiones de España.
Ugarte (Manuel).—El Arte y la Democracia.
Vandervelde.—El colectivismo.
Voltaire.—Diccionario filosófico. 6 t.
Wagner.—Novelas y pensamientos.
Zola.—El mandato de la muerte.
Zola.—Cómo se muere.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Colección de volúmenes ilustrados con grabados de artistas de la época

- Voltaire**.—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.
Casanova.—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.
Apuleyo.—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.
Longo.—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.

Francisco Sempere y C.^a, Editores.—Valencia

UNA PESETA EL TOMO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

La Gran Huelga, por Carlos Malato (2 tomos).

En marcha..., por Séverine.

Discantes y contrapuntos, por Rafael Mitjana.

Psicología del Socialista-Anarquista, por A. Hamon.

Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo, por Ernesto Renán (2 tomos)

Italia en la vida, en la ciencia y en el arte, por José In-
gennieros.

MODELOS DE CARTAS, arreglados por Carmen de Burgos Seguí
(Colombine).—Un tomo: UNA peseta.

ACCIDENTES DEL TRABAJO.—Ley, Reglamento general, de Inca-
pacidades, de Guerra y Marina, por José Manáut Nogués.—Un tomo:
DOS pesetas.

Á TRES PESETAS EL TOMO

Ernesto Haeckel.—*Historia de la Creación de los seres según
las leyes naturales*.—Obra ilustrada con numerosos grabados.—Dos
tomos en 4.º, seis pesetas.

P. Lanfrey.—*Historia política de los Papas*.—Traducción, prólogo
y continuación hasta Pío X, por José Ferrándiz.—Un tomo en 4.º,
tres pesetas.

A. Renda.—*El destino de las dinastías*. (La herencia morbosa en
las Casas Reales).—Un tomo en 4.º, tres pesetas.

R. MITJANA

EN EL
MAGREB - EL - AKSA

Viaje á Marruecos

4 reales

FAN
XX
2788